Un trato con mi Diabólico Jefe



SERIE JEFES MALVADOS Y MILLONARIOS

KYRA PARSI

Montena

Un trato con mi Diabólico Jefe

SERIE JEFES MALVADOS Y MILLONARIOS

KYRA PARSI

Traducción de Amaia Zorriqueta Ruiz

montena

AVISO SOBRE EL CONTENIDO

Ciertos pasajes de este libro no son adecuados para todos los públicos. El libro contiene lenguaje explícito, referencias al consumo de alcohol, escenas sexuales, referencias a un comportamiento de acoso, referencias a la pérdida de los padres y algunos elementos suaves de BDSM (bondage, disciplina y dominación, sumisión, sadismo-masoquismo). Para ver la lista completa de avisos sobre el contenido de todos mis libros, consulta mi página web.

1

Estaba por todas partes.

En todas las redes sociales, la televisión, mis chats grupales. El vídeo de Wally azotando con un bastón de senderismo a Adrien Cloutier en las pelotas había llegado (para sorpresa de nadie) a las noticias nacionales más rápido que los últimos resultados de las elecciones federales.

Y la gente estaba encantada.

Deslicé hacia abajo los comentarios de la última publicación que me había enviado Jamie y me sentí bastante generosa con mis «me gusta».

> **ClubLaSillitaDeLaReina:** Este es el tipo de contenido por el que pago internet
>
> **BuscandoUnHimbo:** Quién es ella?
>
> **soyelNPC:** ¿A alguien le ha tocado Dónde está Wally en su tarjeta de bingo de 2020? A mí tampoco
>
> **MamaGansoIlegal:** Wally trastornado trotando por Toronto y azotando a multimillonarios en las pelotas con accesorios aleatorios de disfraces es mi nuevo fetiche.

Y luego también había ciudadanos preocupados…

ChupameLasBolas69: Se va a arrepentir enseguida. Ya puedo oler desde aquí a Cloutier buscando abogados. Va a destrozarle la vida. RIP

MuMuRutaDeLaLeche39: Si conocéis a esta chica, mejor cerrad el pico. No sabemos dónde está Wally. Jamás hemos oído hablar de ella

El último usuario acababa de subir una nueva versión reducida del fragmento y lo había enlazado a su comentario. Era una edición de tres segundos del bastón haciendo contacto con todas sus fuerzas en el objetivo, la risa ahogada de asombro de la persona que lo grababa y el grave gruñido de Adrien cuando cae de rodillas frente a mí, con la cara desencajada de dolor.

Solo que ese fragmento de tres segundos se había editado como un bucle de diez horas y se había titulado, de forma muy apropiada: *ASMR | Sonidos relajantes de meditación para dormir y contra el insomnio.*

Dejé escapar una risita y reenvié el enlace a Jamie justo cuando el tren empezaba a reducir la marcha para detenerse. Había sido el trayecto al trabajo más entretenido que había tenido en años. Lo más probable, en toda mi vida.

«Y lo más probable es que vayas a pagar por ello dentro de unos diez minutos».

Ignoré esa voz, negándome a permitirle que me desanimara.

No tenía sentido estresarse por algo que todavía no había ocurrido.

La gente no sabía que era yo la del vídeo. En la grabación solo se veía mi cabeza desde atrás y llevaba peluca, gorro y un par de

gafas. Era un buen disfraz y en internet la capacidad de atención era escasa. Había muchas posibilidades de que toda esta historia cayera en el olvido y que la gente no la recordara para cuando acabara la semana, a más tardar.

Hurgué en mi bolso para sacar la tarjeta de acceso y subí hasta la quinta planta del edificio donde trabajaba, incapaz de borrar la sonrisita retorcida de mi boca. Cada vez que pestañeaba, se me aparecía la imagen de la cara de Adrien contraída de dolor, enviándome otro chute de efervescente oxitocina.

ChupameLasBolas69 estaba equivocado. De lo único que me arrepentía era de haber salido corriendo por el vestíbulo como alma que lleva el diablo sin dedicar ni un solo segundo a apreciar de verdad la justicia que acababa de impartir. Adrien se lo merecía por haber…

Me sobresalté cuando una mano salió de una puerta a mi izquierda, me agarró del brazo y me arrastró hasta una sala de reuniones que había al fondo del pasillo donde estaba mi cubículo.

—Madre mía —susurró Alba, clavándome las uñas en el brazo mientras se cerraba la puerta tras de mí—. Madre mía.

Sonreí.

—Ya lo sé. Increíble, ¿no?

—No, para nada —me replicó, juntando sus cejas recién depiladas—. Esto no es una broma, Ria. Está que trina. ¿En qué coño estabas pensando?

—Se lo merecía —argumenté tranquila mientras maniobraba para liberar el brazo del agarre mortal de mi hermana—. El tío es un auténtico cabronazo. Tú lo sabes mejor que nadie.

—¿Así te justificas? —susurró. Se le empezaba a poner roja la punta de la nariz, delatando su estado—. ¿Le azotaste a Adrien Cloutier en la polla con un bastón porque crees que es un

cabronazo?

—No. Lo hice porque es un mierdas codicioso y asqueroso que me tocó el culo sin mi consentimiento. El hecho de que también sea un cabronazo solo es la guinda del pastel.

Pestañeó en mi dirección.

—¿Qué?

—Sí. Seguro que ahora te sientes como una tonta, Alba. Por gritarme sin contar con toda la información.

Entornó los ojos despacio.

—Espera, empieza de nuevo. ¿Me estás diciendo que te tocó el culo… en medio del vestíbulo de nuestro hotel insignia?

Bueno, claro, al decirlo así sonaba ridículo.

—En esencia, sí —le confirmé—. Algo así.

Casi podía oír cómo se movían los engranajes de su mente hiperanalítica.

—¿El CEO del mayor grupo hotelero de Norteamérica te agredió sexualmente o algo así en público?

—Sí —dije—. Tal vez.

Alba se cruzó de brazos.

Yo me moví inquieta en el sitio, preparándome para lo que iba a llegar.

—A ver, supongo que hay una pequeña posibilidad de que no fuera él.

Sus ojos se estrecharon hasta formar una rendija afilada y peligrosa.

—¿Y eso qué quiere decir?

Esa conversación no me estaba yendo bien.

—En mi defensa diré que estaba muy borracha.

—Ria.

—¡De verdad! —Di un paso hacia atrás. Me miró como si

estuviera a punto de implosionar, y no solo porque estuviera embarazada de siete meses de gemelos—. ¡Era Halloween! ¡Íbamos todos pedo!

Mi excusa no pareció servir de mucho.

—Explícame lo que pasó —me pidió—. Desde el principio hasta el final.

—Vale, pero ¿no podríamos, no sé, hacer un par de respiraciones profundas antes? —probé, bajando la voz un tono para que sonara más relajante—. Creo que al resto de esta conversación le podría ir bien un poquito de rollo zen.

Ella no estaba de acuerdo, por la forma remilgada con la que apretó los labios. Pero yo seguí adelante y, despacio, respiré hondo de todas formas, conteniendo el aire hasta que ella me imitó a regañadientes. Y entonces lo soltamos.

Su exhalación fue corta, enérgica y acompañada por el sonido impaciente que hacía con el pie. Era lo máximo que se podía esperar.

—Vale, de acuerdo. Vamos a ello. —Eché un vistazo por la ventana de la sala de reuniones para asegurarme de que ninguno de los cotillas de la oficina estuviera mirando o poniendo la oreja, luego bajé la voz y dije—: Vale, a ver, Arman, Jamie y yo fuimos al desfile de Halloween el viernes por la noche, que más que un desfile era, para serte sincera, una enorme fiesta en la calle con un montón de bebida y tíos con disfraces chapuceros de Dwight Schrute liándose con Harley Quinn aún más chapuceras. Era bastante asqueroso, pero también se podría decir que genial. Te lo recomiendo de veras para el año que viene.

No parecía convencida.

—Da igual —seguí diciendo, mientras apoyaba el hombro contra la pared—. En un momento dado, pasamos por el hotel y tenía que ir al baño, así que entré.

Solo que en realidad no había sido tan sencillo. Había todo un grupo de guardas de seguridad a lo largo de la entrada para evitar que cualquiera que estuviera de fiesta entrara en el edificio, lo que tenía mucho sentido. No creo que a ninguno de los huéspedes que pagaban tarifas de cuatro cifras por noche por una habitación les apeteciera compartir su espacio con una banda de idiotas borrachos y pendencieros vestidos con disfraces ridículos.

—¿Te dejaron pasar y usar el aseo? —me preguntó escéptica—. ¿No habían restringido el acceso al edificio?

—Eh, sí, a ver… Puede que usara tu pase de empleada con acceso total para entrar. —Mi voz se fue desvaneciendo hasta convertirse en un susurro cobarde hacia el final de mi confesión mientras contemplaba cómo la mirada de mi hermana se transformaba en asesina.

—Qué. —No creía que fuera posible que una palabra sonara tan cortante.

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! La cagué —dije, levantando las manos con las palmas hacia ella—. Pero de verdad que tenía que ir, Alba. ¡Era una emergencia!

—¿Así que utilizaste mi pase con acceso total, el pase exclusivo que solo yo y nadie más que yo puede usar, para entrar en el edificio y luego le pegaste a mi jefe en la polla con un accesorio de tu disfraz? ¿Tienes idea de lo mal que podría acabar todo esto para las dos?

—Vale, dos cosas. Primera: en realidad no sabía que era él. Y segunda: él, desde luego, no sabía que era yo.

A Alba le apareció un tic bajo el ojo izquierdo.

—Explícate.

—Al principio creí que solo era algún gilipollas con un disfraz muy convincente —admití—. No era el primer Adrien Cloutier con el que

me topaba esa noche, solo que resultó que él era el auténtico. Y, como te he dicho, estaba muy borracha. En plan… tan borracha que fue un auténtico milagro que consiguiera darle a mi objetivo.

—¿Se supone que eso me tiene que hacer sentir mejor?

—A ver…, sí, más o menos.

—Ria. —Dijo mi nombre despacio, de esa forma tan seca que significaba que tenía que escuchar con atención cada palabra que dijera a continuación—. Llevo trabajando para este tío cuatro años y jamás lo he visto tan cabreado. Te va a matar y va a hacer que entierren tu estúpido cadáver.

—Eso es muy siniestro, Alba. No te pega nada.

—¿Sabes lo que también es siniestro? Los ataúdes.

—¿Y sabes lo que es todavía peor? Que estés ignorando el hecho de que él me agredió primero.

Eso le cerró la boca durante unos buenos cinco segundos.

—Lo siento —murmuró al fin, con un toque de culpa en la voz—. Solo… cuéntame lo que ocurrió para que podamos decidir qué hacer.

Solté un fuerte suspiro.

—Vale. A ver, para resumir, cuando salí del aseo, un tipo me tocó el culo desde atrás y me dio una palmada con mucha fuerza, y luego dijo algo sobre un «culito prieto y follable» antes de irse. Fue allí mismo en el pasillo y… la verdad, me quedé paralizada del susto.

Alba volvió a fruncir el ceño. Pero esa vez, la rabia no iba dirigida a mí.

—El problema es que —seguí diciendo— como me quedé tanto rato paralizada, solo le vi la cabeza por detrás antes de que doblara la esquina y desapareciera en el vestíbulo. Sabía que era alto con pelo oscuro y que llevaba un traje azul.

También recordaba el tufo invasor y penetrante de su perfume. Olía como si se hubiera bañado en ese líquido con olor a almizcle,

con ropa y todo. Era asqueroso.

—¿Y entonces qué pasó? —me empujó a continuar Alba, moviendo las manos por su tripa redonda mientras cambiaba de postura.

Saqué una silla de la pequeña mesa de reuniones y la giré, señalando que se sentara.

—Entonces apareció la rabia. Salí hecha una furia hacia el vestíbulo y lo vi enseguida, hablando con un grupo de tíos; yo al menos creí que era él. Alto, pelo oscuro, traje azul. Y me acuerdo de que pensé que cómo se parecía a Adrien Cloutier…, pero el alcohol acumulado en mi cerebro pensó que tan solo era algún capullo disfrazado de él.

Si los imbéciles tuvieran su propia revista, habrían votado «el *look* Cloutier» de forma no irónica como el disfraz que con mayor probabilidad iba a conseguir que su cita se abriera de piernas. O algo igual de repulsivo.

En Halloween podías detectar a sus grupis a un kilómetro. Iban de traje, con el pelo liso peinado hacia un lado, y todos ellos luciendo una réplica de esos relojes de precio desorbitado que siempre utilizaba.

La gente tenía una extraña obsesión con ese tío. De verdad que no lo entendía.

—Así que cuando llegué toda cabreada donde él estaba, no me lo pensé dos veces. Solo lo llamé puto engendro descerebrado y fui directa a por sus pelotas. Me percaté de que era el auténtico unos dos segundos después de que se encogiera en el suelo de dolor.

Sí, se decía que Adrien Cloutier era un cretino privilegiado y despiadado. Sí, había convertido la vida de Alba en un infierno. Pero también era rico hasta decir basta e influyente, y ninguna cantidad de alcohol me hubiera impedido darme cuenta al momento de que

atacarlo había sido un terrible error con consecuencias que me podrían arruinar la vida.

Que es por lo que salí corriendo.

—¿Cómo es que no te persiguieron los de seguridad? —preguntó Alba, que seguía acariciándose la tripa. Yo no tenía claro si lo hacía para tranquilizar a los bebés o para tranquilizarse a sí misma.

—Sí que lo hicieron. Pero desaparecí entre la gente del desfile y debieron de perderme la pista. —Sobre todo porque Arman había sido lo bastante inteligente y estaba lo bastante sobrio como para hacer que me quitara el sombrero, la peluca y las gafas antes de darme su chaqueta. Nos marchamos enseguida después de eso.

Todo resultó ser mucho más divertido por la mañana, en particular porque el vídeo se había hecho viral. Porque, por suerte, alguien estaba grabando la famosa fuente Cloutier y la espectacular lámpara de araña que la coronaba cuando sucedió todo.

Era una imagen elegante, lujosa, realzada por la suave música de piano de fondo… hasta que Wally irrumpió con decisión en el encuadre con «aire de estar muy trastornado», según internet, y empezó a gritar insultos sin sentido al propio Adrien Cloutier. Y lo siguiente fue, ¡bam!, hombre al suelo y personaje de ficción fugitivo a la carrera.

Era buenísimo.

—¡Deja de sonreír! —me gritó Alba, dándome una patadita en la espinilla—. ¡No tiene gracia, Ria! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? A Adrien se le ha ido la olla con toda esta historia. Lleva aquí desde las cuatro de la madrugada en lo que parece un ataque de productividad impulsado por la rabia. Tenía cuarenta y tres mensajes suyos en mi bandeja de entrada antes incluso de que amaneciera.

La verdad, eso solo lo hacía más divertido aún.

—Deja. —Patada—. De reírte. —Patada.

—¡Ay! —bufé frotándome la espinilla—. ¡Relájate! ¡Nadie sabe que fui yo!

—¡Todavía! —replicó—. No saben que eres tú, todavía. Un par de gafas redondas y una peluca no son un disfraz tan convincente como te crees.

—Bueno, eso no es cierto. Ya solo las gafas hubieran bastado de acuerdo con todas las películas que se han hecho en la vida —argumenté—. ¿Te suena Clark Kent? A ver, no digo que sea una heroína para la gente como Supermán *per se*… ¡Ay! ¡Deja de darme patadas!

—¡Que no es un chiste!

—Bueno, iba a serlo cuando lo rematara diciendo que Adrien Cloutier era Lex Luthor, pero lo has fastidiado —dije, con tentación de devolverle la patadita—. Y lo digo en serio. No me habría reconocido sin el disfraz. Ese tío no tiene ni idea de quién soy, y punto.

—Eso no lo sabes seguro —replicó, aunque pude ver que se le relajaban los hombros un poquito.

—Alba, llevo dos años trabajando aquí y me he topado con él solo una vez. Eso es todo. —Compartimos ascensor con otras dos personas el año anterior y ni siquiera miró en mi dirección.

—Ya, pero también eres mi hermana.

Le lancé una miradita escéptica.

—¿Pero sabe siquiera que tienes una hermana? ¿Te lo ha preguntado alguna vez?

Frunció los labios y apartó la mirada, lo que me bastó como respuesta. Claro que nunca se lo había preguntado. ¿Por qué tendría él que saber que su explotada asistente durante cuatro años tenía algún hermano? ¿Por qué tendría que saber nada sobre ella? ¿Por

qué tendría que importarle alguien más que él mismo?

El peor jefe del puto planeta.

—Vale, entonces no tenemos nada por lo que preocuparnos, ¿no? —le dije.

Alba abrió la boca, seguro que para volver a replicarme, pero la interrumpió una ráfaga de pitidos agudos que sonaron en su móvil.

—Madre mía —gruñó al mirar la pantalla—. Quiere que vaya otra vez.

Le di un apretón en la mano para consolarla mientras la ayudaba a levantarse.

—Deja de estresarte tanto —le dije, tocando con cariño su tripa abultada—. No es bueno para el proceso de horneado.

—Dejaré de estresarme si empiezas a tomarte la vida un poco más en serio —respondió, sujetándome los dedos. Por su gesto, parecía ahora menos enfadada, pero mostraba más preocupación—. Esto es… Ria, podría presentar cargos. ¿Entiendes cómo…?

La puerta se abrió de golpe antes de que pudiera terminar la frase, sobresaltándonos a ambas.

—Madre mía, ¡aquí estás! —exclamó Hassan. Agarraba el móvil con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos—. ¿Por qué no contestas al teléfono? Adrien tiene a gente buscándote.

El tío era un puto impaciente. No habían pasado ni treinta segundos desde sus mensajes.

—Lo siento. Ahora mismo voy. —Alba dejó caer mi mano con un suspiro, pero no antes de lanzarme una mirada que decía que no había acabado de hablar de eso conmigo.

—Tú no —dijo Hassan, levantando la barbilla en mi dirección—. Quiere a Ria. Sus chicos de seguridad la están buscando por todas partes.

Juro que pude ver el alma de mi hermana salir de su cuerpo

rígido cuando asimiló esas palabras.

«Menuda… mierda».

2

Sabes que estás en apuros cuando uno de los hombres más ricos del país tiene a todo su equipo de seguridad buscándote.

Así es. Según Hassan, Adrien Cloutier tenía a todo «su equipo de seguridad personal al completo» tratando de encontrarme, lo que, además de ser excesivo, era un poco raro. Porque no me estaba escondiendo.

—¡Aquí está! —gritó Peter Gladwell en cuanto salimos de la sala. Como si fuera una especie de fugitiva huida y por fin me hubiera atrapado—. ¡Se estaba escondiendo en una sala de reuniones!

En primer lugar, incorrecto. En segundo lugar, ostras. Ese tío no se tomó bien el rechazo, ¿no?

—¿Eres Ria Sanchez? —Un hombre calvo y corpulento con traje negro se acercó despacio hacia mí, recorriéndome con la mirada como si tratara de determinar el nivel exacto de amenaza física que mis uno sesenta y siete de altura suponían para sus dos metros de puros músculos.

Abultaban en ese traje demasiado apretado. No parecía muy cómodo.

—Culpable, no puedo negarlo —dije descarada.

Alba me pellizcó el brazo con tanta fuerza que tuve que dar un tirón.

—¡Ay!

Me ignoró.

—Eh, Frankie. ¿De qué va todo esto?

Frankie negó con la cabeza.

—No puedo hablar de ello. Lo siento, Albs. Se nos ha ordenado que la acompañemos al despacho de Cloutier lo antes posible. Es todo lo que te puedo decir.

—Podría haber ido solita —le dije, sin dejar de frotarme el brazo —. Pero de acuerdo, vamos.

Alba y yo lo seguimos por el pasillo y hasta los ascensores, ignorando las miraditas y cuchicheos de nuestros compañeros mientras otros tres miembros del equipo de seguridad se colocaban a nuestro alrededor, rodeándonos. Por si era tan estúpida como para intentar escaparme, supongo.

Además, uno de ellos no dejaba de murmurar a su propio hombro y yo había visto suficientes películas de acción en mi vida (dos) como para saber que lo más probable es que tuviera un micrófono enganchado por ahí en algún lado.

La verdad es que todo era dramático y excesivo. Una exageración total. Sobre todo por algo que se podría haber comunicado con un solo correo electrónico.

«Ven a mi oficina». Eso es. Solo me hacía falta eso. Un correo, una frase.

Tomé nota mental para decírselo.

Alba se giró hacia mí cuando entramos en el ascensor.

—Prométeme que te comportarás cuando entres allí. Nada de insultos poco disimulados, nada de soltar insolencias y, desde luego, nada de sarcasmo alguno.

—¿Por qué? ¿Es que no pilla el sarcasmo? —Mi tono de voz era bajo y denotaba preocupación cuando me puse la mano en el pecho

—. Ay, pobrecito.

El tío rubio que estaba a mi izquierda dejó escapar una especie de risita, que intentó ocultar haciendo como que tosía.

—¿Qué te acabo de decir? —me regañó Alba exasperada y de malas maneras.

Tuve que hacer un esfuerzo consciente para evitar poner los ojos en blanco.

—Te prometo que intentaré comportarme.

Soltó un fuerte suspiro al tiempo que se apretaba el puente de la nariz.

—Te va a comer viva —susurró.

Dos de los hombres que nos acompañaban asintieron.

Se oyó el sonido que indicaba que el ascensor había llegado a su destino antes de que yo pudiera decir nada más y los seis salimos al pasillo.



Menudo final más decepcionante.

Todo ese espectáculo con los tíos de seguridad y las advertencias apocalípticas de Alba para que el despacho estuviera vacío cuando llegamos allí. Ni Adrien cabreado ni nadie del equipo de Recursos Humanos, ni abogados amenazadores ni agentes de policía queriendo tomar declaración.

Me ordenaron que me sentara en el sofá de piel marrón y que esperara.

—Llegará enseguida —dijo Frankie antes de cerrar la puerta tras él.

Y luego tuve que fingir que no había oído que la cerraba con llave.

Eso fue hacía más de una hora.

Los primeros cuarenta y cinco minutos estuvieron bien…, pero luego me quedé sin batería en el móvil y a solas con mis pensamientos, a solas en el inmenso y lujoso despacho de Adrien.

Aguanté tres minutos.

—Eh, ¿Frankie? —llamé tras confirmar que la puerta estaba, en efecto, cerrada con llave—. ¿Sabes cuánto tardará?

Sin respuesta.

—Vale. ¿Al menos tienes un cargador para prestarme?

Sin respuesta.

—¿Alba? —probé. Su despacho se hallaba a tres metros de la puerta. Si estaba allí, me debería haber oído—. ¿Estás ahí?

Una vez más, sin respuesta.

Desde el punto de vista técnico, eso se podría considerar una detención ilegal. Lo que significaba que, si Adrien me amenazaba con una demanda, podría contraatacar con eso.

Tal vez.

No era abogada, pero seguro que era mejor que nada.

—Así que estamos todos de acuerdo: se me está reteniendo de forma oficial en contra de mi voluntad —le grité a la puerta.

Se me ocurrió que tener una foto o un vídeo de prueba seguro que reforzaría mi argumento, y empecé a arrepentirme de haber gastado el último diez por ciento de batería viendo a gatitos tirar cosas de baldas mientras mantenían el contacto visual con sus irritados humanos.

Casi. Algunos habían sido muy muy divertidos.

«Seguro que Adrien tiene un cargador por aquí en algún lado…».

Recorrí el espacio con la mirada en busca de cables blancos que salieran de un enchufe o enrollados con cuidado en una de las superficies de madera.

No era tarea fácil. El enorme despacho estaba abarrotado de un sorprendente número de plantas. Había tantas que el aire olía diferente allí. Menos viciado que en el resto de la oficina.

Me paseé por el despacho, comprobando cada enchufe uno por uno, pero todos estaban vacíos. Así que decidí buscar en su escritorio.

La superficie de caoba estaba impoluta, sin polvo, desorden ni señal alguna de vida humana, salvo por una caja negra claramente fuera de lugar que había junto al teclado inalámbrico.

La ignoré y traté de abrir el cajón superior del escritorio, pero estaba cerrado. También lo estaban el segundo y el tercero y… todos. Estaban todos cerrados.

Suspiré y me dejé caer en su silla, envidiando de inmediato lo cómoda que era en comparación con la que yo tenía abajo. Apuesto a que no le dolía la espalda si se sentaba en esa cosa mucho rato. Parecía la hostia de ergonómica.

Di un par de vueltas en la silla, zapateé en el suelo, tamborileé con los dedos, me eché un vistazo para ver si tenía las puntas del pelo abiertas e intenté aguantar la respiración para ver si podía aliviar un poco el aburrimiento. (No lo conseguí).

Pasaron otros diez minutos. Y luego quince. Veinte.

Llegada a ese punto estaba tan aburrida que hasta pensé en empezar a contar las hojas del helecho más cercano mientras lo veía crecer. Pero entonces mis ojos se volvieron a fijar en la caja negra.

«¿Y si hay un cargador dentro?».

Sabía que no lo había. No parecía el tipo de caja en el que guardar accesorios de oficina. Era demasiado elegante y con pinta de cara como para eso.

Entonces ¿qué contenía? ¿Un regalo? ¿Vil metal? ¿Almas de vírgenes?

«Ábreme —me susurraba la caja, provocándome—. Guardo tantos cargadores que no te haces una idea. Estoy repleta de ellos. Te lo juro por la propia Pandora».

Dos cosas eran desde luego seguras. Una: la caja era una mentirosa. Dos: se me estaba colapsando la mente de puro aburrimiento. Se doblaba y retorcía, y se inventaba teorías cada vez más peregrinas sobre el contenido de la caja, solo para tener algo que hacer.

Como, por ejemplo, ¿y si se trataba de uno de esos experimentos psicológicos? Como cuando metes a un crío en una habitación donde hay un botón y le dices que no lo toque, así que lo único que quiere hacer es tocarlo. ¿Y si habían instalado cámaras en ese despacho y Adrien estaba observándolo todo, esperando a ver en cuántas horas me vendría abajo?

Porque era extraño, ¿no? Era extraño que todo ese despacho estuviera limpio y ordenado tipo *American Psycho* y que luego solo hubiera una caja negra colocada de forma siniestra en medio del escritorio de Adrien, del todo fuera de lugar y rogando, suplicando, que la abrieran.

O tal vez era una situación rollo «genio de la lámpara». Adrien Cloutier estaba atrapado en el interior de la caja y por eso estaba tardando tanto puto rato. Abrirla lo liberaría y él estaría tan agradecido que se olvidaría de todo el asunto del bastón en las pelotas y me concedería tres deseos.

O tal vez, siendo más razonable, era una caja repleta de pruebas que había reunido para demostrar que yo era Wally. Primeros planos de mi cara sacados con las cámaras de seguridad y ese tipo de cosas.

Pero también podría contener tan solo un tapón anal decorativo con incrustaciones de diamantes. (Los ricos eran, eh, gente

excéntrica. Con ellos nunca se sabía).

O, también, podría contener un cargador. Así que quizá un vistazo no hiciera daño a nadie, solo para asegurarme…

Mi mano ya se estaba moviendo antes de poder pensármelo mejor, dirigiéndose hacia la suave esquina de la tapa negra para que pudiera…

¡BUM!

Di un salto cuando todo estalló. En cuanto mi dedo empujó la tapa para abrirla, desencadenó una fuerte explosión de confeti dorado y purpurina roja.

La. Hostia. De. Purpurina.

Estaba por todas partes. Flotando en el aire, cubriendo el escritorio, la silla, el suelo, las plantas, el teclado. Y también se me había metido en la boca abierta una tonelada de aquella porquería.

Me quedé ahí plantada, en *shock*, levantando mis temblorosas manos al aire como si me apuntaran con una pistola. Porque así es justo como había sonado la explosión. Un disparo. Y me había dado un susto de la hostia, joder.

Tenía el pulso a mil por hora, bombeándome adrenalina por las venas. Apenas podía respirar mientras mi cerebro asimilaba despacio las palabras que habían salido disparadas de la caja. Estaba tan…

—Pero ¿qué cojones?

Me asusté, me dio un vuelco el corazón. La explosión había sido tan atronadora y me había sobresaltado tanto que no había oído cómo se abría la puerta.

Había un hombre ahí de pie, mirando con sorpresa a mi yo cubierto de purpurina y a las cuatro palabras enormes que habían surgido de la caja en letras doradas y gruesas:

QUE TE JODAN, ADRIEN.

3

Adrien Cloutier estaba de pie en el umbral de la puerta de su despacho, con los ojos oscuros clavados en mi deslumbrante escena del crimen. Me había pillado con las manos en la masa. (Imposible negarlo. Las tenía cubiertas de brillante purpurina roja).

Y como seguía paralizada en el sitio, tuve el placer de contemplar cómo su gesto pasaba de la confusión a la irritación para acabar siendo pura ira sin adulterar.

El hombre estaba cabreado de cojones.

Tenía pinta de que iba a ser de todo menos divertido. Estaba un noventa y nueve por ciento segura de ello.

—Pero. Qué. Cojones —repitió, entrando en el despacho. Las palabras salieron cortantes y casi como un gruñido. Como si tuviera un montón de gravilla atrapada en la garganta.

Con un fuerte tirón de muñeca, la puerta dio un portazo tras de él.

—¿Esto es lo que entiende por una puta broma? —ladró Adrien, dando grandes pasos con furia. Se detuvo antes de llegar a la parte del suelo que estaba cubierta de purpurina, con la rabia recorriéndole el cuerpo con oleadas tan visibles que juro que podría haber sido capaz de saborearlas si no hubiera tenido la lengua cubierta de brillantes motas de arrepentimiento.

«Parece diferente en persona».

No estaba segura de por qué fue eso lo que primero me vino a la cabeza cuando la afilada mirada de Adrien se cruzó con la mía, pero así fue.

Para ser justos, nunca antes lo había visto tan de cerca. Por lo menos no en la vida real. Había visto algunas fotos de ese tío en internet (y en contra de mi voluntad) y lo había visto pasar alguna vez por el edificio y en alguna fiesta del trabajo, pero nunca de cerca. Y el viernes estaba tan borracha y concentrada en vengarme del pervertido acosador que me había tocado el culo que no me fijé en su cara.

Así que, sí, todo esto para decir: no me había dado cuenta de que tenía los ojos verdes.

Qué estupidez, ¿no? Estaba cubierta de purpurina carmesí de la cabeza a los pies, había destrozado el despacho de ese tío solo tres días después de azotarle en la polla con un bastón por un crimen que podría haber o no haber cometido, y en lo único en lo que podía pensar era en lo oscuros que tenía los ojos, de un verde siniestro.

Me recordaban a la selva por la noche. Del mismo color y ambiente aterrador. Es el único motivo por el que mi cerebro se bloqueó de aquella manera.

—Señorita Sanchez —dijo mi nombre como si rimara con todos los tacos que existen—, le he hecho una pregunta.

Sí. Claro. Me había preguntado si eso era lo que yo entendía por una broma.

—Eh, no —dije. Hasta que no moví la lengua no me di cuenta de cuánta purpurina me había entrado en la boca. Era seca, granulosa y… muy desagradable—. Es decir, está claro que alguien pensó que sería divertido. Pero no fui yo.

Comencé a sacudirme las manos y la blusa mientras Adrien me

miraba. No parecía creerme, pero lo entendía. Lo más probable es que yo tampoco lo hubiera hecho.

—Soy Ria, por cierto —dije extendiendo una mano brillante.

Mi intento de limpiarme las motitas pegajosas había sido en vano. Quienquiera que hubiera planeado aquello lo odiaba de corazón. Iba a encontrar motitas de purpurina roja en su despacho durante la próxima década. Se le iba a estar pegando en los trajes caros y la gente se lo iba a señalar en medio de reuniones importantes y haría bromas estúpidas sobre *strippers* y esas cosas.

Estaba esforzándome por no reírme. Porque puede que hubiera mentido, tal vez sí que fuera un poquitín gracioso.

—Ya sé quién es usted —dijo entre dientes, ignorando mi mano tendida hacia él.

—Excelente —asentí, dibujando una sonrisita amable con los labios—. Y usted es…

Sé que le había prometido a Alba que intentaría comportarme, pero, santa madre de los superegos, su reacción merecía la pena. Nunca había visto que a nadie se le desencajara tanto la cara.

Me merecía un Oscar por conseguir mantener el contacto visual y la cara seria.

—Tiene diez segundos exactos para explicarse.

«¿O qué?».

La vocecilla del instinto de supervivencia de ese rincón de mi cabeza repleto de telarañas y que pocas veces visitaba fue capaz de impedir que preguntara eso en alto.

—Estaba buscando un cargador —dije en cambio—. Se me había acabado la batería.

Silencio.

En serio, sus ojos eran de un tono verde oscuro muy intimidante. Estaba casi segura de que eran lentillas. O que había alterado de

algún modo el color con cirugía.

—¿Y? —me animó a seguir hablando, frunciendo las cejas oscuras.

—No he encontrado ninguno en los enchufes y todos los cajones están cerrados, así que he probado en la caja —dije, señalando los trozos desgarrados que quedaban de la caja negra de su escritorio. Me aseguré de señalar con el dedo la caja y no las palabras que habían salido de ella—. Pero todo ha explotado justo cuando ha entrado.

—¿Ha revisado mis cajones?

—No. Estaban cerrados. —¿Es que no estaba escuchando o qué?

—Ha intentado revisar mis cajones. —Dijo las palabras despacio como si necesitara asegurarse de que entendía lo que acababa de confesarle—. Y lo está admitiendo. En voz alta.

—Sí. Me hacía falta un cargador para el móvil. Como he dicho, me había quedado sin batería.

Me miró durante un par de segundos, intentando medir mi nivel exacto de locura. Por lo visto, decidió bastante rápido que estaba «chalada».

—¿Es consciente de que esto es motivo de despido? Por no mencionar que es ilegal.

Su voz había adquirido un nuevo tono, un poco más desconcertado. Como si mi insolente estupidez fuera una bola con efecto que no hubiera visto venir.

El hombre se pensaba que yo era una imbécil total con unas dos neuronas en pleno funcionamiento, como máximo. Podía verlo en su cara, en el leve cambio en sus facciones cuando el desconcierto escéptico comenzó a hacer que su ira se disipara.

Fueron unos tres segundos. Hasta que abrí la boca de nuevo.

—Ya lo sé. Casi tan malo como encerrar a un empleado en un

despacho sin su consentimiento. No soy abogada, pero estoy bastante segura de que también es ilegal. Incluso podría ser peor que rebuscar entre las cosas de alguien. Detención ilegal y todo eso.

Traté de quitarme de nuevo la purpurina pegada en la piel, pero la verdad es que ni se movía. Menuda mierda. Odiaba la sensación que dejaba la arena o la tiza o cualquier cosa granulosa y seca entre mis dedos. Me recordaba al sonido de cuando se pasan las uñas por una pizarra y me hacía querer encoger los hombros hasta las orejas y hundir las manos en agua.

—No ha sido detenida a la fuerza, señorita Sanchez —dijo Adrien con esa voz intensa suya.

¿Y a qué venía todo eso de «señorita Sanchez»? ¿En qué siglo estábamos?

—Pues quién lo diría —repliqué, cruzando los brazos repletos de purpurina—. La puerta estaba cerrada con llave y nadie me respondía desde el otro lado. Lo que, por cierto, es algo bastante imprudente. ¿Y si hubiera habido un incendio?

—Había seguridad fuera. La habrían dejado salir en cuanto sonara la alarma.

—¿Cómo iba a saber yo eso?

Dio otro par de pasos hacia delante; al parecer, ya no le preocupaba pisar el vómito de unicornio rojo.

—¿Cree que eso excusa que haya revisado mis cosas y sembrado el caos en mi despacho? ¿Tiene idea de cuánto se va a tardar en limpiar todo esto?

«No es mi puto problema».

—¿Cómo narices iba a saber yo que la caja de su escritorio contenía una bomba de purpurina, de entre todas las posibilidades? ¿Qué ha hecho, cabrear a un oso amoroso?

En realidad, yo no sabía si los osos amorosos expulsaban

purpurina por el pecho, pero fue lo mejor que se me ocurrió. Todavía tenía el cerebro medio aturdido después de todo lo de la explosión.

Adrien dio otros tres pasos al frente y…

Espera, ¿por qué estaba contando los pasos que daba? No era algo que soliera hacer, ¿no?

—Eso no es de su incumbencia —dijo—. Para empezar, no debería haberla tocado. Se le indicó con toda claridad que se sentara en el sofá y esperara.

—Sí, y también se me dijo que usted llegaría en breve —repliqué. Me salió un tono un poco más irritado de lo que pretendía y me percaté de que tenía los puños tensos contra las costillas—. Eso fue hace dos horas, señor Cloutier.

No sabía por qué había dicho su nombre así, con tanto veneno sarcástico. Ni por qué de pronto me sentía tan cabreada. No iba a ayudarme con mi situación.

—Tenía otros asuntos de los que ocuparme primero. —Un paso.

Cuatro más y estaríamos nariz con nariz. No es que siguiera contándolos.

—¿Y cómo se supone que iba a saber que acabaría por aparecer? ¿O cuándo lo haría? ¿Cuánto más pretendía que me quedara sentada esperándolo?

Un pequeño músculo de su mejilla se movió de forma involuntaria, por desgracia.

—Cuidado con el tono, señorita Sanchez. Me he pasado los dos últimos días intentando arreglar el lío en el que me metió en Halloween y ahora esto. No sé cuál es su puto problema, pero no estoy de humor como para aguantar ni una sola más de sus tonterías.

«¡Y yo estuve todo el martes pasado consolando a mi sobrina de seis años porque no fuiste capaz de darle a su madre una puñetera

noche libre para celebrar su cumpleaños! ¡Ese es mi puto problema, cabronazo!».

Entrecerré los ojos para lanzarle una mirada asesina y se me tensaron los hombros.

Vale, tal vez supiera por qué estaba tan enfadada. Tal vez ese enfado no hubiera salido de repente de la nada. Porque tal vez estaba harta de quedarme de brazos cruzados y permitirle que tratara fatal a mi hermana. Y de tener que consolarla cuando se desahogaba, sobrepasada por la carga de trabajo y las ridículas expectativas de Adrien.

Tal vez estaba resentida por haber visto toda la presión que las horas extras habían supuesto para el matrimonio de Alba. Por todas las fiestas y cumpleaños a los que había llegado tarde, o que se había perdido por completo, porque «Adrien necesita que me quede solo una hora más, dos como máximo» o «Se ha convocado una reunión de urgencia y Adrien necesita que vaya. No voy a llegar para la cena. Lo siento muchísimo. Dale un beso a Olivia de mi parte y dile a Ben que se lo compensaré. Lo prometo».

No lo lamentaba. Ni lo de Halloween ni lo de la estúpida purpurina ni mi tono irrespetuoso.

Me había pasado cuatro años escuchando las historias de Alba sobre ese hombre, empezando por cuando todavía estaba en el equipo de operaciones, antes de que su papá le sirviera el puesto de CEO en una puta bandeja de plata. Sabía quién era y no lamentaba nada de todo aquello.

—Fue usted, ¿no? —dijo Adrien, dando un paso más hacia mí. Ya estaba tan cerca que tuve que levantar la barbilla para mantener el contacto visual—. En Halloween. Fue usted.

Me encogí de hombros.

—No sé de lo que está hablando.

Una parte de mí sabía que no tenía sentido negarlo, pero otra parte mucho más grande y terca quería ponérselo lo más difícil posible.

Se sacó el móvil del bolsillo, lo desbloqueó y casi me lo empuja contra la cara.

Para sorpresa de nadie, era una foto mía vestida de Wally. El ángulo era mucho más alto que cualquiera que hubiera visto en internet, como si la hubiera sacado una cámara de seguridad, y habían hecho *zoom* a mi cara gritando, justo antes de que lo bateara con el bastón.

Tuve que morderme el labio inferior por dentro para evitar reírme. Fracasé.

—¿Le parece divertido? —gruñó Adrien con las mejillas teñidas de un rosa fuerte. Lanzó el móvil a su escritorio y dio un último paso adelante, ocupando mi espacio personal.

—¿Tiene idea de lo que hizo? ¿De lo que me ha costado su sutil búsqueda de atención? —siguió diciendo.

«¿Mi qué?».

—¿Disculpe?

—Setecientos millones.

Eso borró de golpe mi sonrisita burlona. Parpadeé.

—Un momento…, ¿qué?

—Setecientos. Millones. De. Dólares. —Lo dijo despacio, estirando cada palabra como si fuera una frase independiente para que me resultara más fácil entenderlo—. ¿Se acuerda de esos hombres con los que estaba hablando antes de que entrara en el vestíbulo y me golpeara? Inversores. De Japón.

Oh.

Eh, vale, eso no lo sabía.

—¿Sabe lo que ocurrió después de su pequeño espectáculo? Se

fueron, la hostia. Me había pasado meses trabajando para ese trato. Habían venido para firmar los papeles. ¡Casi estaba hecho!

Pensaba que había visto a Adrien cabreado antes, pero no era nada en comparación con la ira que ahora desprendía. Sus ojos eran selvas ardiendo con un fuego abrasador.

Una parte de mí quería señalar que correlación no suponía por fuerza causalidad y preguntarle a ver si estaba seguro de que no se habían marchado por algún otro motivo. Pero tal vez fuera un buen momento para cerrar el pico y eso es justo lo que hice.

—Me he pasado todo el puto fin de semana lidiando con las repercusiones de perder la inversión, intentando mantener en lo posible controlada la cobertura de los medios y apagando todos los otros fuegos que encendió usted. ¿Y ahora tiene el valor de rebuscar entre mis cosas, dejar mi despacho hecho un caos y contestarme de mala manera en lugar de disculparse? ¿De reírse como si algo de esto fuera remotamente divertido? Joder. ¿Cuál es su puto problema?

Tragué saliva. Para ser sincera, era un poco menos divertido cuando lo explicaba así.

Ladeó la cabeza.

—¿De qué va todo esto? ¿Qué es lo que quiere? —Pude oler una nota cálida y especiada de su perfume cuando se acercó. Nada que ver con el invasivo hedor del tío de Halloween—. ¿Dinero? ¿Atención? ¿Ha sido todo esto una elaborada estratagema para poder estar en la misma sala que yo?

«Espera… espera, ¿qué?».

—¿Por eso rebuscaba entre mis cosas? —continuó—. ¿Trataba de encontrar algo con lo que chantajearme? ¿O es una de esas acosadoras que cree que está enamorada de mí?

Me quedé pasmada.

Porque «¡¿qué?!».

—No, ¿qué? ¿Qué tipo de malabares mentales tiene que…?

—Joder, no me mientas, Sanchez.

Vale, así que se suponía que se acabó lo de «señorita» entonces.

—Tío, estaba buscando un cargador. Te juro que no… no estoy enamorada de ti.

La hostia. No me podía creer que hubiera tenido que decir eso en alto.

Pero ¿qué le pasaba? ¿Ese tío estaba bien?

Di un paso atrás, intentando poner un poco de distancia entre los dos, pero me siguió.

—Entonces ¿qué coño pasa? —soltó, dando los mismos pasos que yo hasta que di con la espalda en la pared. En ese momento me dominaba desde su altura, todo rabioso y con los músculos en tensión.

Puede que Alba no exagerara cuando decía que iba a matarme y hacer que enterraran mi estúpido cuerpo, porque me fulminaba con la mirada como si no quisiera hacer otra cosa que estrangularme allí mismo.

—Vale, escucha —dije, tratando de mantener un tono lo más calmado posible mientras levantaba las brillantes palmas de mis manos en un gesto de rendición—. Te juro que no he hecho nada de esto en un intento de… llamar tu atención o lo que sea. Lo de Halloween fue solo un malentendido, creo.

Llegados a ese punto, estaba bastante segura de que no había sido él el que me tocó el culo esa noche.

Su voz era mucho más profunda, olía muchísimo mejor y parecía… más fuerte que el otro tipo. Sé que solo vi la espalda del tío y todo eso, pero desde luego no recordaba que tuviera los hombros tan anchos.

Adrien tenía una constitución casi tan intimidante como sus ojos.

—La foto del móvil es de una cámara de seguridad, ¿no? —pregunté—. Así que doy por hecho que viste dónde estaba antes de entrar en el vestíbulo. Viste lo que ocurrió.

Apreció un tic en su cara, pero no dijo nada. Seguí hablando y me lo tomé como un «sí».

—¿Eras tú? —pregunté—. Porque yo creía que sí y…

—No. —La palabra salió de su boca con firmeza y en tono seco.

—De acuerdo, bueno, iba vestido igual que tú… por lo que recuerdo. Tenía el pelo oscuro y todo, y solo lo vi de espaldas. Así que… si no eras tú, entonces fue solo un malentendido.

Adrien se quedó en silencio como si esperara algo más. Una disculpa, tal vez.

—De verdad que estaba buscando un cargador —dije en lugar de la disculpa, sacándome el móvil del bolsillo trasero—. Está muerto. ¿Ves? No te miento.

—¿Y qué? ¿No podías pasar cinco minutos sin el puto móvil?

«Dos horas. Me hiciste esperarte dos horas, ¡no cinco minutos, imbécil!».

Pero me mordí la lengua porque me miraba como un loco y le había prometido a Olive que la llevaría al parque de atracciones Six Flags si sacaba un diez en su próximo examen de matemáticas el mes siguiente. Así que, por lo menos, tenía que seguir viva hasta entonces.

—¿Algo más? —me alentó a seguir—. ¿Alguna otra excusa de mierda que quieras sacarte de la manga, o te has quedado sin ideas?

Parpadeé para evitar poner los ojos en blanco.

—Ninguna otra excusa —le aseguré—. Solo esas dos.

Entonces me preparé para lo peor. Porque ese era el momento

en el que me iba a decir que iba a presentar cargos. Y que sus abogados me estaban esperando afuera y que querían hablar conmigo.

Ese era el momento en el que Adrien Cloutier me iba a explicar con precisión cómo tenía previsto arruinarme la vida. Y entonces me exigiría una disculpa antes de notificármelo de forma oficial.

—Estás despedida. Fuera.

Tardé un segundo en asimilar que no iba a añadir nada más.

—Espera…, ¿eso es todo? —dije como una tonta.

Porque no podía ser todo. Seguro que me esperaban más consecuencias.

Se le contrajo un músculo de la mandíbula antes de contestar, casi en protesta por lo que iba a decir.

—Eso es todo.

Un momento. Había agredido al tío, le había hecho perder una inversión de setecientos millones de dólares, había rebuscado entre sus cosas, destrozado su despacho, le había armado un lío con la prensa, me había negado a disculparme y… ¿eso era todo? ¿Que estaba despedida?

Algo no cuadraba.

Adrien era un tiburón cruel y despiadado que tenía como *hobby* arruinarles la vida a otros (suponía) y no me salían las cuentas.

—¿Por…?

—F-u-e-r-a.

Reprimí el millón de preguntas que tenía en la punta de la lengua y pasé a su lado, medio esperando que un batallón de abogados me estuviera aguardando fuera del despacho, con la demanda en la mano.

Pero no fue así. Solo estaba Frankie sujetando una caja de cartón vacía.

«¿Ein?».

4

Tardé unos ocho segundos en vaciar mi escritorio.

Un par de cascos con cancelación de ruido, un paquete viejo de chicles de fresa del que me había olvidado por completo y un tubo de crema de manos del tamaño de muestra. Eso es lo que metí en la enorme caja que me había puesto Frankie en los brazos cuando salí del despacho de Adrien.

Le habían ordenado que me escoltara mientras guardaba mis cosas y me iba. Por si decidía mangar una grapadora o algo, supongo.

—Ya está —anuncié, levantando la caja—. Nos podemos ir.

Frankie enarcó una ceja.

—¿Te acababan de contratar?

—No. Llevaba aquí dos años.

—¿Y eso es todo lo que tienes?

Me encogí de hombros.

—Nunca he sido de las que acumulan basura. Eh, ¿alguna vez te han dicho que pareces un doble mazado de Don Limpio? —Tenía el pendiente y las cejas canosas y todo.

—Sí.

—Guay. Aunque tú eres más guapo.

—Lo sé —respondió sin dudar.

Me reí y me puse a su lado mientras regresábamos al ascensor, ignorando los susurros no tan silenciosos y las miraditas no tan discretas que me lanzaban mis excompañeros, dos de ellos grabando no tan en secreto mi increíble y deslumbrante salida.

Ninguno se acercó a despedirse y lo entendí.

Nunca había hecho amigos allí. La verdad es que no le veía el sentido. Siempre había supuesto que ese iba a ser un empleo temporal, solo hasta que encontrara algo que no fuera… No sé. Algo que no me drenara el alma y convirtiera mi cerebro poco a poco en una pasa seca, supongo. Ese sería un buen punto de partida.

Frankie me acompañó hasta la puerta y me quitó la tarjeta de acceso, recalcando que se me prohibía volver al edificio y blablablá. Alguien del equipo de Recursos Humanos se pondría en contacto conmigo en las próximas horas. Eso era todo lo que me hacía falta saber.

Aunque dudaba que fuera a recibir algún tipo de indemnización. Tenían de sobra para justificar mi despido de acuerdo con el código de conducta de la empresa.

Lo sabía porque en mi segundo día allí me había aburrido tanto como para leerlo entero.



—Eh, qué pronto has llegado, por… —Jamie se detuvo de golpe cuando entré en el apartamento y se quedó pasmada cuando me vio cubierta de purpurina—. Pero ¿qué narices te ha pasado?

—Hola —le dije, dejando la enorme caja casi vacía en el suelo.

Se la habría devuelto a Frankie y me habría guardado los chicles y la crema en el bolso (o los habría tirado), pero no podría pagar el alquiler si no encontraba pronto otro trabajo, y las cajas de mudanza

eran caras.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jamie ojiplática.

—A ver, veamos… Adrien se ha enterado de que yo era Wally, me ha encerrado en su despacho y sin querer he detonado una bomba de purpurina y me han despedido. ¿Qué tal tu día?

—No vas a entrar aquí así —dijo—. Sal fuera y quítate la ropa.

—No me voy a desnudar en el descansillo.

—Ria, esa mierda se va a meter por todas partes. Odio la purpurina. ¿Cómo has conseguido llegar a casa?

—Andando. —Había tardado cuarenta y cinco minutos y soportado un montón de miradas curiosas. Pero era imposible que me hubieran dejado entrar de esa guisa en el tren, así que me coloqué los cascos y me puse a andar.

Jamie suspiró, levantando la vista al techo como si pidiera paciencia.

—Espera aquí un segundo.

Cuando regresó, llevaba una bolsa de plástico y la aspiradora.

—Eh, no —dije, sabiendo justo lo que estaba pensando ella.

—Eh, sí. Abre la puerta y sal fuera.

—¡Qué van a pensar los vecinos! —Levanté los brazos con dramatismo mientras Jamie enchufaba el arma.

Luego sujetó el tubo de acero con ambas manos y apuntó directa a mi cabeza, entrecerrando sus ojos malvados.

—¡Eh! Tranquila —dije, levantando las manos.

—He dicho que abras la puerta y salgas —murmuró entre dientes.

Tragué saliva, dando un paso atrás.

—Escucha —dije con la voz y las manos temblorosas—. No quieres hacerlo. Yo… Me llamo Ria, soy esposa y madre y b-bebés. Tengo bebés. Setenta y ocho. Está Jolly, la morsa; y Bubbles, el pez;

y Princess, la osita, y dentro de unos años van a valer una fortuna, ¡te lo prometo! ¡Podemos repartirnos las ganancias!

Pero hizo oídos sordos a mi generoso y multimillonario soborno en forma de peluches Beanie Baby.

—¡Me lo arrebataste! —gritó Jamie—. Era mío y tú… ¡te lo llevaste!

—¡Empezó él! —insistí al tiempo que chocaba con mi espalda en la puerta—. Lo juro. ¡Tobigote vino a mi cama por voluntad propia!

Siempre supe que no estaba bien. Le había dicho que se fuera, que volviera con ella. Era su gato. Era con ella con quien tenía que pasar las noches.

Pero no me hizo caso.

—No lo hagas —supliqué entre susurros, con los hombros encogidos de miedo—. Por favor, no lo hagas. Piensa en mis bebés.

Cargó su arma.

«Madre mía».

Justo en ese momento, Tobigote Maguire salió trotando de mi dormitorio, maullando como la zorrita mimosa que era.

—Hola, precioso —le dije con cariño mientras se frotaba contra mis piernas—. ¿Quién ha sido el chico más bueno y más guapo esta mañana?

—En serio, sal antes de que sueltes toda esa mierda encima de él. Te voy a aspirar.

Dejé caer las manos.

—Vale, pero mantente alejada de la cara. Para eso utilizaré aceite de coco. Eh, y antes puedo hacer la secuencia de transformación de Guerrero Marte de Sailor Moon. Con el giro centelleante y todo.

No pareció muy conforme.

Alba me estaba haciendo el vacío de manera oficial.

No había sabido nada de ella desde hacía más de cuatro días, y no había sido por no intentarlo. Hasta Ben estaba pasando de mis mensajes. Había conseguido que su marido me ignorara. Así de cabreada estaba.

Para el viernes por la noche ya tuve bastante. Tenía todo el derecho a estar enfadada conmigo, pero íbamos a gestionarlo como adultas, joder. Lo mínimo que podía hacer era ignorarme a la cara, aunque preferiría que me gritara. Unos quince o veinte minutos de gritos solían calmarla.

Me presenté en su casa con una caja de los dónuts favoritos de Alba (*crème brûlée* de esa tiendita que hay en la otra punta de la ciudad) y unos regalitos para Olive.

—No está en casa —me mintió Ben en cuanto abrió la puerta.

—La he oído antes de llamar, bobo. Dile que tengo que hablar con ella.

Vaciló durante un par de segundos, luego miró por encima del hombro y salió afuera. La puerta se cerró tras él.

—Escucha. De verdad que no es un buen momento —dijo en voz baja, pasándose una mano por los rizos castaños—. Tal vez deberías volver…, no sé. Danos un poco de espacio.

«Danos». Dijo «danos».

No había estado pasando de mí por Alba. Estaba enfadado. Y no fue hasta que se puso debajo de las luces del porche cuando me di cuenta de las oscuras ojeras que tenía y de cómo se le pegaba el pelo a los laterales de la cabeza, como si hubiera estado pasándose por ahí una mano con frustración durante todo el día.

—Eh…, ¿estás bien? —pregunté. ¿Habían discutido otra vez?

—No, la verdad es que no. —Se metió los puños en los bolsillos, tensionando toda la mandíbula. Y entonces lo dijo—: La han despedido, Ria. Por lo que hiciste.

Al principio creí que lo había oído mal. Porque era imposible que hubiera dicho que Alba había perdido su trabajo.

Alba, que había dedicado sus últimos cuatro años al completo y mucho más a Adrien Cloutier.

Alba, que siempre priorizaba el trabajo por encima de su propia salud, cordura y bienestar. Por encima de su familia. Por encima de mí.

Alba, que se suponía que empezaba la baja de maternidad al cabo de siete semanas. Una baja de maternidad pagada. Durante un año.

—¿Qué? —dije.

—La ha despedido —repitió Ben con todo el cuerpo tenso de puro estrés—. Un despido procedente. Así que sin paquete de despido ni indemnización ni… nada. No le han dado nada.

«Pero ¿qué narices estás diciendo?».

El aire se volvió denso en mis pulmones cuando asimilé lo que me estaba contando.

—Se suponía que empezaba la baja por maternidad dentro de menos de dos meses. ¿Aún va a…, todavía…?

—Nada.

Parpadeé con la cabeza dando vueltas.

No había sido culpa suya. Ella no había hecho nada. Todo lo había hecho yo sola. Había sido yo la que lo había fustigado. La que le había destrozado el despacho.

—¿A qué te refieres cuando dices que la han despedido con causa justificada? —pregunté, con la voz rota por el pánico, la rabia y… la vergüenza. Todo había sido mi culpa—. Alba no hizo nada. Ni

siquiera estaba allí. Ni siquiera lo sabía hasta lo del vídeo y…

Me callé de golpe cuando la puerta se abrió de nuevo, dejando ver a mi muy preñada y, por su aspecto, muy cansada hermana mayor.

Su pinta era horrible.

Tenía el pelo medio recogido en un moño, la cara sin maquillar y cargada de estrés y los ojos… Debía de haber estado llorando sin parar durante días.

—Hola —dije, intentando tragarme el espinoso nudo que se me había formado en la garganta—. Ben me ha contado lo que ha pasado. No lo entiendo. Cómo o por qué o… Tú no hiciste nada.

Puede que tuviera motivos para demandarlos. Por despido improcedente o despido por represalias o algo así.

No lo sabía.

No era abogada.

«¿Y de quién es la culpa?».

—Venga, entra —dijo Alba, haciéndose a un lado para dejarme pasar—. Hace frío aquí fuera. —Dudé, cambiando de postura en el sitio hasta que me tiró de la manga—. Vamos. Se me están cansando los pies.

Entré y dejé la caja de dónuts y los regalos en la mesita.

—¿Dónde está Olive?

—Mis padres se la han llevado el fin de semana —dijo Ben—. Necesitábamos tiempo para… Tenemos que resolver algunas cuestiones.

«Culpa mía».

Alba se hundió en el sofá con un fuerte suspiro y echó la cabeza hacia atrás, tragando saliva para tratar de no llorar.

Yo me quedé de pie en un rincón, incómoda, esperando a que me empezara a reñir.

Solo que no lo hizo.

—Albs…

—La tarjeta —respondió antes de que pudiera siquiera preguntar —. Utilizaste mi tarjeta para entrar al hotel y la rastrearon para llegar hasta mí. Adrien me convocó a una reunión en cuanto llegué a mi escritorio. Me despidió incluso antes de verte a ti. Algo relacionado con la seguridad. Por lo visto, cuando empecé, firmé un documento aceptando que solo la podía usar yo.

Sentí un nudo en el estómago. ¿Ese era el asunto del que se tenía que ocupar él? ¿Había llegado tarde porque estaba despidiendo a Alba?

—¿Por qué no le dijiste que yo te había robado la tarjeta o algo así? —Yo ya estaba metida en un lío. No habría importado.

Fui yo la que le había suplicado que me prestara la tarjeta. «¡Si ya no vas a ir al gimnasio!», repliqué cuando me dijo que no. «Estoy pagando ciento cincuenta dólares al mes por máquinas que, por así decirlo, están pegadas con cinta aislante».

Pero ¿el que había en el hotel insignia? Era el sueño húmedo premiado de cualquier *gym bro*, equipado con un bar de zumos gratis, masajes gratuitos, piscina y saunas privadas.

Después de dos meses de rogarle y suplicarle, Alba por fin había cedido y me había dado la tarjeta de acceso por mi cumpleaños. Todo aquello era culpa mía.

—Todavía podrías hacerlo. Todavía podrías decirle que te la quité —dije, aferrándome a la más mínima esperanza de que tal vez no fuera demasiado tarde—. Podrías decirle que no lo sabías y, y…

—¿Por qué no le cuentas el resto? —soltó Ben con amargura, dirigiéndose a su mujer.

—Ben…

—Debería saberlo, Alba.

Miré primero a uno y luego al otro mientras se me formaba un nudo en la garganta.

—¿Qué? ¿Qué es lo que no me estás contando?

—Iba a presentar cargos —dijo Ben—. Estaba hecho una furia e iba a presentar cargos y demandarte por daños y perjuicios. Alba se pasó dos horas rogándole que lo dejara pasar en vez de pedirle que no la echara y nos permitiera mantenernos a flote…

—¡Ben!

Se calló. No estaba de acuerdo, pero se calló. Justo antes de marcharse echando humo por las orejas.

—Estaré abajo si me necesitas.

—Pero ¿qué cojones? —dije.

—Solo está estresado —respondió Alba—. No era un buen momento para que perdiéramos mi sueldo con lo de… Bueno, ya sabes. —Se señaló la tripa—. Y no es como si pudiera conseguir otro trabajo ahora mismo, así que las cosas van a ponerse difíciles durante un tiempo. Está preocupado por la hipoteca.

Me estaba costando hasta respirar.

—En serio, Alba, ¿qué cojones?

—No es para tanto —dijo. No sabía a quién de las dos intentaba convencer, si a ella o a mí—. Adrien me debía un favor y me lo cobré.

Espera un segundo.

—¿Te debía un favor y no lo utilizaste para conservar tu trabajo? ¿O para que te firmara un cheque de mil millones de dólares?

Giró la cabeza para fulminarme con la mirada.

—¿Te estás escuchando? ¿Qué parte de «iba a presentar cargos» no has entendido?

Mi corazón me latía incontrolable en el pecho y yo apretaba los puños a ambos lados del cuerpo.

—¡Eso no importa! ¡Yo…!

—¡A mí sí me importa! —soltó, interrumpiéndome—. ¡A mí sí que me importa, Ria! Me preocupa que presente cargos. Me preocupa que vaya a por ti con todos sus abogados. Me preocupa que te arruine la vida. ¡Me importa! ¿Qué coño te pasa?

Tuve que recordarme que tenía que seguir respirando. Que no era la mejor idea tener una discusión acalorada con una mujer embarazada de siete meses. Ya estaba bastante estresada, así que mantuve la boca cerrada.

—¡Mírate! ¡Mira tu vida! —dijo Alba, poniéndose en pie. Tenía los ojos llorosos de pura frustración y me hizo sentir como una auténtica mierda—. Llevas años con esta larga racha autodestructiva y no me puedo quedar de brazos cruzados y ver cómo sigues haciéndote esto a ti misma. Es una puta tortura.

Se llevó una mano protectora a la tripa y tragó saliva un par de veces, tratando de contener las lágrimas.

—Ya no te reconozco, Ree…, y… me da miedo. No sé qué hacer ni cómo solucionarlo. No sé cómo ayudarte.

Alba hizo una pausa, esperando a que yo dijera algo, pero lo único que podía hacer era clavar los ojos en ella, paralizada.

—Me preocupo —repitió—. Me preocupo por ti. —Le temblaba el labio inferior y se limpió los ojos llorosos con una mano trémula—. Sé que lo que pasó con Josh fue muy injusto. Sé lo… desalentador que tuvo que ser para ti. Pero han pasado diez años y yo solo… Lo has dejado ganar. Sigues dejándolo ganar. No te importa el trabajo, no quieres conocer a otras personas ni hacer amigos nuevos. No sales con nadie. Ya no tienes objetivos ni ninguna ambición. Te ríes y bromeas y finges que ya nada te importa, pero te has rendido. Te has insensibilizado hasta tal punto que ya… ya no vives. Solo existes y nada más.

Su voz se suavizó hacia el final del discurso mientras esperaba mi reacción.

No tenía un espejo frente a mí, pero, a juzgar por cómo frunció el ceño, mi gesto era tan vacío y ausente como me sentía de golpe.

—¿Ree?

—No te pedí que te sacrificaras por mí.

Hundió los hombros con un fuerte suspiro.

—No tenías que hacerlo, esa es la cuestión. Eres mi hermana pequeña. Por no mencionar que tú habrías hecho exactamente lo mismo por mí.

No le faltaba razón.

—De acuerdo. ¿Algo más? —pregunté.

Tardó un segundo en responder.

—¿Eh?

—¿Algo más que tenga que saber o que necesites soltar?

—Eh…, no.

—Guay. Te llamo mañana.

—Espera, ¿qué? ¿Te vas? ¿Ahora?

Eché un vistazo al móvil. 5:56. Adrien casi siempre se quedaba trabajando hasta tarde, así que, si pedía un Uber, todavía podía pillarlo antes de que se fuera del despacho. Tal vez. Si no me paraban los de seguridad.

—Sí. Tengo algo que hacer —dije mientras pedía un coche. Un sedán Nissan negro, menos de un minuto—. Podemos terminar esta conversación más tarde.

Volvió a suspirar.

—Estás enfadada conmigo.

—Tú estás enfadada conmigo —señalé.

—¿Es porque he mencionado a Goldman?

Me metí el móvil en el bolsillo otra vez.

—Sí. Está en mi lista de temas prohibidos por un motivo. Hablamos mañana por la mañana. —Después de que hubiera arreglado el lío que yo misma había montado.

Salí fuera antes de que pudiera replicar.

5

El plan era sencillo: interceptar a Adrien cuando saliera del despacho y convencerlo de que le devolviera el trabajo a Alba. Iba a ser amable y pedírselo con educación y todo.

Parecía infalible hasta que llegué al garaje subterráneo y me di cuenta de que no tenía ni idea de cuál era su coche. Y no podía quedarme merodeando entre los deportivos pijos como una lunática, esperando a toparme con él. No con ese inoportuno vigilante de seguridad que no dejaba de hacer rondas por allí. Así empezó la misión «colarme en el edificio y subir al despacho de Adrien sin que me pillen».

Mi otra opción era descubrir dónde vivía y esperarlo allí, pero eso era algo típico de una acosadora y ya me había dejado claro que no le iba ese rollo, así que iba a tener que ser lo del allanamiento.

Admitía que era una de las ideas más estúpidas que había tenido en mi vida, pero también era brillante y… sorprendentemente fácil.

La mayoría de los administrativos ya se habían ido cuando entré en el vestíbulo, y los tíos de recepción estaban demasiado ocupados hablando de sus planes para el fin de semana como para darse cuenta de que me había colado a hurtadillas en sus narices. Y entonces utilicé la tarjeta de acceso total de Alba en el escáner para subir hasta la vigésima planta, porque nadie se había molestado en

quitársela (o desactivarla, por lo visto).

En definitiva, me resultaba más difícil conseguir que mis Sims dejaran de jugar al ordenador cuando su casa estaba ardiendo de verdad. La seguridad ahí era «laxa», como mínimo. Si fuera una acosadora de verdad, Adrien no habría tenido ninguna opción.

Tomé nota mental para comentárselo después.

Las puertas del ascensor se abrieron con un din que me puso nerviosa de golpe. Me sequé las manos en los vaqueros antes de salir, tratando de convencerme a mí misma de que todo iba a salir bien. Podría hacerlo.

Había bastantes posibilidades de que Adrien llamara a seguridad (o a la policía) antes de poder exponerle mis argumentos, pero no pasaba nada. Solo tenía que resumir rápido mis premisas principales antes de que me esposaran y sacaran a rastras de su despacho.

Eran casi las siete de la tarde de un viernes, así que la planta estaba vacía, salvo por un lugar.

Hice una inhalación profunda y algo vacilante y empecé a caminar hacia el despacho de Adrien. La puerta estaba entornada y él estaba sentado ante su escritorio, concentrado, con la mirada clavada en la pantalla. Me mordí el interior de la mejilla mientras empezaba a repasar de nuevo mi discurso. Solo tenía una oportunidad antes de que me sacaran a la fuerza del edificio chillando y pataleando, así que…

—¿Vas a quedarte ahí mirándome o vas a entrar?

Me llevé un susto y di un paso atrás como si no me hubieran pillado todavía.

—No estaba mirándote —mentí, notando cómo el rubor me subía por la nariz y las mejillas. Apenas había apartado la vista de su ordenador y tal vez en realidad no sabía que era yo. Eso explicaba por qué no estaba ya gritando o llamando a la policía.

Di un par de pasos poco firmes para entrar, volviendo a frotar las palmas contra los vaqueros.

—¿Tienes un par de minutos? Para hablar.

Adrien por fin giró la silla y su mirada oscura me detuvo en seco. Y entonces…, ¿sonrió? Me estaba sonriendo.

Era algo frío y cortante que no se reflejaba en sus ojos, pero ahí estaba.

—Soy… Ria Sanchez —le recordé, incómoda, solo por si no me reconocía sin la purpurina o algo así.

Señaló una de las sillas que había frente a su escritorio.

—Siéntate, señorita Sanchez.

Una sensación de inquietud me recorrió la espalda mientras me sentaba despacio en el asiento de piel. Si Adrien estaba, aunque fuera un poquito, sorprendido por mi visita improvisada, no lo demostró. En cambio, me estudió durante unos segundos con una mezcla de diversión y desagrado, y luego me tendió la mano.

—Y ahora me puedes devolver la tarjeta.

Ahí es cuando me di cuenta. Era una trampa. No habían desactivado la tarjeta ni me habían pedido que la devolviera a propósito. Estaban esperando a que apareciera.

Saqué la tarjeta del bolsillo y la coloqué en su palma abierta, tratando de que no se notara lo nerviosa que me había puesto de pronto.

Adrien lanzó la tarjeta a un cajón y se acomodó en el respaldo de su silla, con la cabeza un poco inclinada hacia un lado. No dijo nada. No me preguntó por qué estaba allí ni lo que quería. Tan solo se quedó sentado, observándome con esos ojos verdes despiadados, aguardando expectante.

«Corre».

Eso es lo que decía la voz en mi interior. Me decía que saliera por

patas de ese puto despacho y nunca jamás mirara atrás.

Y, como una tonta, no la escuché.

—He venido a pedirte que le devuelvas el trabajo a Alba —dije—. Por favor.

Ni siquiera fingió pensárselo.

—No.

Cambié de postura en la silla, moviendo nerviosa los dedos en el regazo.

—Ella no sabía lo de la tarjeta. Se la quité del bolso sin decírselo.

—Ella ya ha confesado.

—Mintió para protegerme —dije sin más.

Juro que me miraba como si ya hubiera previsto todo aquello, incluso hasta el calzado que llevaría para la ocasión.

Me sentí expuesta de una forma extraña, como si hubiera entrado allí con la idea de jugar al tenis y me hubieran engañado para, en lugar de eso, jugar una partida de póquer amañada. Sabía lo mala que era la mano que tenía y, de alguna forma, necesitaba lograr que él se retirara de la partida.

—Eso es peor —dijo Adrien.

Ah, ¿sí?

—¿Por qué?

—De acuerdo con las grabaciones de la cámara de seguridad, llevas utilizando esa tarjeta para ir al gimnasio del hotel más de dos meses. Si no se había dado cuenta de que le faltaba la tarjeta durante tanto tiempo… Bueno, es bastante irresponsable y negligente por su parte, ¿no te parece? —Frunció el ceño—. Desde luego que no son atributos que quiero en mi asistente personal. Preferiría que te la hubiera dado a sabiendas. Así al menos habría sabido dónde estaba la tarjeta.

Se le crispó la boca en respuesta a fuera el que fuera el gesto

que acababa de cruzar mi rostro, y antes de que yo pudiera meter más la pata por bocazas, dijo:

—Por suerte, he trabajado con Alba el tiempo suficiente como para saber que no es ninguna de esas dos cosas. Así que ¿quieres probar otra vez?

No, en realidad no. Nunca jamás me había sentido tan poco preparada para algo en mi vida.

Cambié de postura en la silla y me aclaré la garganta, pero Adrien volvió a hablar:

—Ah, y si intentas mentirme una vez más, esta conversación se habrá terminado y te acompañarán a la salida del edificio.

Cerré la boca y apreté los dientes. Eso me hizo ganarme otra sonrisita sarcástica.

Al menos uno de los dos se lo estaba pasando bien.

—¿Sabes? La verdad es que estoy un poco decepcionado —reflexionó Adrien en voz alta cuando me quedé callada demasiado rato—. Pensé que entrarías aquí mucho más preparada que esto. Esperaba más de alguien con tu… historial.

Lo miré con los ojos entrecerrados.

—¿Qué se supone que significa eso?

Adrien se inclinó hacia delante y entrelazó los dedos en el escritorio.

—Significa que un 178 en el examen de admisión para la facultad de derecho es bastante impresionante, señorita Sanchez. Sobre todo para alguien que no ha recibido educación superior después de la secundaria. Con esa puntuación podría entrar en cualquier facultad de derecho de Norteamérica.

De verdad que pude sentir cómo palidecí de golpe.

—Esos resultados no son públicos. —Nadie sabía siquiera que había hecho el examen.

Me dedicó una sonrisa directa de oreja a oreja, con hoyuelos incluidos, mientras sus ojos verdes resplandecían, divertidos.

—No. No lo son.

Me humedecí los labios, cada vez más secos, y traté de calmarme. Notaba el latido de mi corazón en la garganta y cómo me invadía el pavor.

—¿Qué quieres?

Volvió a inclinar la cabeza, burlándose.

—¿A qué te refieres?

No me podía creer que hubiera sido tan estúpida como para colarme ahí sin un plan mejor. Y de verdad que no me podía creer lo mucho que lo había subestimado.

—Esa tarjeta no seguía estando activa y en mis manos por casualidad. No cuando te preocupan tanto los acosadores. —¿Cómo no se me había ocurrido antes? ¿Por qué no lo había tomado en serio desde el principio?

—Correcto —dijo—. Continúa.

—Querías que viniera aquí por el trato que cerraste con Alba. No presentarás cargos ni involucrarás a tus abogados, pero eso no significa que no me lo hagas pagar de otra forma. —Sabía que había sido demasiado fácil. En absoluto iba a dejar que me marchara tan tranquila. No le pegaría nada—. La despediste después de que se cobrara el favor, ¿verdad? Porque necesitabas algo para atraerme y que mordiera el anzuelo.

Tal vez no hubiera perdido su empleo si se hubiera quedado calladita. A él no le importaba lo de la estúpida tarjeta de acceso.

—¿Y? —me alentó a seguir hablando. Porque eso también era parte del juego.

—Y ahora ya has tenido cuatro días para planear tu venganza, lo que significa que lo más probable es que sepas bien lo que quieres.

—Y no iba a ser nada bonito ni fácil. Por lo menos, para mí no—. Da igual lo que diga o haga, esta conversación va a terminar con cualquiera que sea el castigo que ya tienes pensado. De ahí mi pregunta: ¿qué quieres?

Adrien se volvió a apoyar en el respaldo y me dedicó otra sonrisa condescendiente.

—Muy bien, señorita Sanchez. No eres tan tonta como quieres hacernos creer, ¿verdad?

«Que te jodan».

Me costó la vida no decírselo a la cara.

—¿Me vas a decir lo que quieres o no? —pregunté.

Adrien me chistó como si yo fuera un gatito malo jugando con los brillantes adornos de Navidad que sabe que no debería estar tocando.

—No estoy seguro de que quieras utilizar ese tono conmigo.

«Que te».

«Den».

—Creo que la verdadera cuestión es ¿qué estás dispuesta a hacer? —planteó.

—Los dos sabemos cuál es la respuesta a eso.

Él sabía muy bien lo que estaba haciendo cuando despidió a Alba justo antes de su baja por maternidad. A cuánta presión iba a someter eso tanto a ella como a su familia. A lo que me estaba empujando. Cuánta ventaja le daba.

Cabrón malvado.

Un odio auténtico y genuino me inundó el pecho. No recordaba la última vez que había permitido que alguien me pillara tan por sorpresa. O que me hiciera sentir tan… estúpida.

Adrien tamborileó con el dedo en su reposabrazos.

—Me gustaría oírtelo decir.

Me tragué el nudo que me bloqueaba la garganta. Y mi orgullo también.

—Cualquier cosa. Estaría dispuesta a hacer casi cualquier cosa.

—Casi —repitió, diciéndolo con un tono al final que casi parecía una pregunta.

—Nada ilegal —aclaré—. Ni sexual, claro.

Su sonrisa se hizo más grande y los hoyuelos torcidos a ambos lados de su boca, más profundos.

—No seas creída, Sanchez. No te tocaría ni llevando un traje de protección contra materiales peligrosos.

—Lo mismo digo —repliqué sin dudarlo.

Ignoró mi pulla.

—Te garantizo que todo será legal al cien por cien. No soy yo el que tiene antecedentes penales.

Estaba bastante segura de que la ira hizo que se me hincharan las fosas nasales porque bajó la mirada directo hacia ellas, con la boca crispándosele.

«Tranquilízate, joder. Ya le estás dando demasiado de lo que quiere».

—¿Consultar los antecedentes de alguien sin su permiso es legal? —dije entre dientes.

Movió una mano en el aire como quitándole importancia.

—Hay formas de hacerlo.

—Fantástico —conseguí decir, mascullando—. ¿Y ahora me puedes decir lo que quieres?

Reflexionó durante un instante, casi saboreando el momento. Luego dijo:

—Suplica.

Parpadeé, con el cerebro trabado.

—¿Disculpa?

—Suplica, señorita Sanchez —repitió mientras curvaba el lado derecho de la boca hasta formar una sonrisilla que me dieron ganas de borrarle de un puñetazo—. Pídemelo de buenas maneras.

Trataba de humillarme porque yo lo había humillado a él. Eso era todo. Y cuanto mayor fuera mi reacción, más iba a disfrutar él de toda esa historia.

«Exacto. Así que trágate tu orgullo y acaba con esto».

Me froté un labio contra el otro y puse una palma sudada contra la otra frente a mí, pasando por alto el destello de alegría que apareció en los ojos de Adrien al ver mi gesto. Parecía tan satisfecho consigo mismo que me sacaba de quicio, pero no pasaba nada, porque yo ya no estaba allí.

Estaba en el vestíbulo del hotel, bastón en mano, con Adrien doblado de dolor en el suelo a mis pies. Sonaba una música de piano suave de fondo, acompañada por el dulce sonido del sufrimiento de Adrien y de setecientos millones de dólares desapareciendo sin dejar rastro. Mi nuevo lugar feliz.

Con esa imagen en la cabeza, me aclaré la garganta y dije:

—Adrien Cloutier, por favor, por favor, por favor, devuélvele el trabajo a mi hermana.

Se echó a reír.

El cabronazo estalló en carcajadas como si yo acabara de contar un chiste.

—No, señorita Sanchez. Vas a rogar por tener la oportunidad de ganarte que le devuelva el trabajo a Alba.

Así que era eso, ¿no? El décimo círculo del infierno.

Casi cojo y agarro una de las macetas de su escritorio para poder tirársela a su estúpida cara. La tentación hizo que me temblaran los dedos, suplicándome que cogiera el cactus más cercano.

—No sé lo que significa eso —dije—. ¿Cómo esperas que me gane que le devuelvas su puesto?

Se encogió de hombros.

—Solo hay una forma de descubrirlo.

Nunca más le iba a permitir a Alba que me dijera que no me preocupaba por nada. No habría hecho eso por nadie más. Yo incluida.

—Vale, de acuerdo. Entonces, por favor, por favor, por favor, dame la oportunidad de ganarme que le devuelvas el trabajo a Alba —dije deprisa y en tono monocorde.

—Se te da fatal.

—¿El qué?

—Pedirlo de buenas maneras.

—He dicho «por favor» tres veces. ¿Qué más se supone que tengo que hacer?

Podía notar el calor en las mejillas mientras Adrien me observaba con una mezcla de burla arrogante y… algo que no podía descifrar del todo. Y la verdad es que me cabreaba. Así que le dediqué la más dulce de las sonrisas y dije:

—¿Sabes? También me podrías enseñar a hacerlo —dije—. De todas formas, siempre he sido más de las de aprendizaje visual.

Inclinó la cabeza con una sonrisita de satisfacción, casi como si le hubiera hecho gracia.

—Te voy a decir algo —dijo—. Ya que se te da tan mal hacer esto, te dejaré que me lo compenses con otra cosa.

Eso no sonaba sospechoso en absoluto.

—¿Como qué?

—Ven aquí el lunes por la mañana a las siete. Te lo diré entonces.

Apreté los labios. Toda esa historia iba a ser frustrante a más no

poder.

—¿Podrías contarme ahora de qué se trata?

—No.

Claro que no. Quería que agonizara dándole vueltas todo el fin de semana.

—Vale, me da igual —dije. En ese momento, solo quería salir pitando y beber para olvidarme de toda esa experiencia—. Nos vemos el lunes, entonces.

O tal vez no. Quizá saliera a la calle, comprara un montón de billetes de lotería y ganara. Solo uno, solo necesitaba que me tocara uno para poder cubrir el salario anual de Alba.

«¿Y si voy y compro treinta? ¿O cincuenta? ¿O…?».

—Ah, y… ¿Sanchez? —me llamó Adrien justo cuando salía de su despacho—. Espero que el lunes traigas tus propias pinzas.

Vale. Pero, de verdad, ¿qué coño significaba eso?

6

Adrien Cloutier era un sádico depravado. Eso es lo que significaba lo de las pinzas.

Me había pasado todo el fin de semana intentando (sin éxito) no pensar en lo que me iba a obligar a hacer con esas puñeteras pinzas, que es justo lo que él había querido. La tortura mental y la angustia eran parte de su malicioso plan.

—Puede que te obligue a que te depiles todos los pelos del cuerpo, uno a uno —aventuró Jamie el domingo por la noche, después de que hubiéramos abierto la segunda botella de *shiraz*—. Setecientos millones de pelos por setecientos millones de dólares.

Me entraron ganas de lanzarle el corcho manchado a la cabeza.

—En primer lugar, es muy grosero por tu parte suponer que tengo más pelo en el cuerpo que Chewbacca. En segundo lugar, ni de broma va a ser tan fácil. Ni indoloro.

Por desgracia, yo tenía razón.

Porque ¿sabes lo que es mucho más difícil y doloroso que depilarse todos los pelos del cuerpo? Utilizar un diminuto par de pinzas para sacar purpurina de entre la tierra.

Por lo visto, cuando estalló la fatídica bomba de odio, un montonazo de purpurina había caído en un grupito de plantas que rodeaba el escritorio de Adrien. Trece, para ser exactos.

—Tienes veinticuatro horas para hacerlo —había dicho Adrien, sin levantar apenas la vista de sus papeles cuando entré en su despacho esa mañana—. Si terminas, entonces podremos hablar.

Así que, como ya he dicho, Adrien Cloutier era un sádico depravado. Pero era un sádico depravado que me había subestimado.

Empecé por la maceta más pequeña y decidí ir aumentando de tamaño. Pero solo después de haber pedido los más que necesarios refuerzos.

—¿Tienes las cosas? —le pregunté a Jamie en el garaje subterráneo una hora después.

Se había vestido de la cabeza a los pies para la ocasión: gabardina negra, tacones, guantes, gafas de sol enormes, pintalabios carmesí y una maleta de piel oscura. Estaba del todo metida en el personaje, mirando a su alrededor cada dos por tres, tratando de esconderse detrás de las columnas y los coches mientras se acercaba a hurtadillas hasta donde la esperaba yo de pie, bien a la vista. Y juro que en un momento dado vi que intentaba dar una voltereta completa, antes de recordar que llevaba tacones.

Mi mejor amiga era una friki. Y, joder, cuánto la quería.

Cuando Jamie llegó por fin hasta mí, me hizo un breve gesto de asentimiento con la barbilla, toda profesional, y me pasó el maletín negro.

—Buena suerte, camarada —dijo, saludándome al estilo marcial —. Nos vemos al otro lado.

—Eres una puta rarita, tía —le dije—. Pero también me encanta este estilo que llevas. Muy *femme fatale*.

Me dedicó una sonrisa.

—Lo sé. Estoy increíble. Tanto que estoy considerando en serio cambiar de carrera para convertirme en espía sexy. O en villana de

Bond de la vida real.

Eso tenía todo el sentido.

Adrien estaba atendiendo una llamada cuando regresé dando zancadas furiosas a su despacho y enarcó las cejas un poco sorprendido cuando me vio. Lo más probable es que hubiera supuesto que me había rendido y marchado porque creía que la tarea era imposible de completar dentro del límite de tiempo que me había dado…, que era el motivo por el que me la había asignado, para empezar.

Ignoré cómo me clavaba su mirada oscura y volví a mi sitio en el sofá. Luego saqué los guantes de jardinería, la linterna frontal, el par de pinzas extra y la lupa del maletín negro y me puse a trabajar.

Y justo veintidós horas y ocho minutos después, terminé. Había despurpurinado todas y cada una de las trece macetas, las había revisado dos veces y luego tres para eliminar los trocitos más rebeldes. Hasta que estuve dispuesta a apostar lo poco que me quedaba de cordura a que ninguna de ellas tenía ya otra cosa que no fuera tierra.

«Debería haberle pedido a Jamie que también trajera colirio», pensé, frotándome los ojos secos y cansados mientras el sol comenzaba a asomar por detrás de los edificios de la ciudad. Por lo menos disfrutaba de unas vistas de primera. El despacho de Adrien estaba lo bastante alto como…

—¿Has dormido aquí?

«Hablando del rey de Roma, por la puerta asoma, supongo».

Aparté a regañadientes los ojos del cielo teñido de rosa y de la suave y amarillenta luz del amanecer para mirar a Adrien, de pie al otro lado de la puerta abierta de su despacho, con un café recién hecho en la mano.

Y se me trabó el cerebro.

Por culpa del agotamiento y de la falta de sueño, combinados con el hecho de que lo único que había estado mirando sin apartar la vista durante las últimas veintitantas horas era la tierra de las macetas. Eso fue lo que me congeló las neuronas durante unos cinco segundos interminables, no el verlo con su impecable traje verde oscuro que parecía cosido a su cuerpo.

No era porque el traje fuera del mismo color exacto que el de sus ojos y no era porque, en ese momento, esos ojos atravesaran los míos desde la otra punta de la estancia, llegándome hasta el cerebro.

Era la falta de sueño. No él.

—Te has vuelto a quedar mirándome.

Me aclaré la garganta y parpadeé un par de veces para eliminar lo que fuera que fuese aquel trance de extremo agotamiento en el que había estado atrapada y le dije:

—No te estaba mirando.

El lado derecho de la boca de Adrien se curvó en una sonrisa de arrogancia infinita.

—Creo que tal vez no entiendas lo que significa esa expresión.

Me crucé de brazos y me eché hacia atrás fulminándolo con la mirada mientras Adrien entraba en el despacho, mirando las trece macetas alineadas frente a mí.

—He terminado —le anuncié, por si no fuera obvio.

Adrien se acercó a una de las plantas y apartó con cuidado una hoja para poder examinar mi impecable trabajo.

—Toma —le pasé la lupa, presumiendo con orgullo.

Podía poner esas bichas bajo un microscopio si quería, y aun así no encontraría una puñetera…

—He encontrado una.

Mi sonrisita socarrona palideció y sentí una opresión en el pecho

que me puso el corazón en un puño.

—¿Qué?

Adrien chasqueó la lengua con un tono sarcástico de decepción y luego levantó la enorme hoja que había estado inspeccionando.

—Ahí.

Parpadeé ante la mota reluciente escondida bajo el tallo y abrí la boca mientras un grito crecía en mi garganta. ¿Estaba de puta broma?

—Dijiste que mi tarea era quitar la purpurina de la tierra. Se suponía que ya habían limpiado las hojas y los tallos.

Me había dicho que los conserjes ya habían limpiado la mayoría, pero que no iba a hacerles rebuscar entre la tierra. Que era por lo que me había encargado ese trabajo a mí. Eso es lo que había dicho.

—Ah, ¿sí? —se burló Adrien—. ¿Estás segura?

Y, maldita sea, no me iba a hacer eso. Lo iba a matar como siquiera pensara en hacerme eso a mí.

—Sí —logré decir entre dientes, aunque parecía que me los hubieran cosido.

Adrien advirtió mi rabia y sonrió con satisfacción, demasiado complacido con la rapidez con la que había conseguido sacarme de quicio. Y, joder, claro que lo había hecho. El cabrón dio un golpecito con el índice en la hoja hasta que la pequeña motita se soltó y cayó… justo en la tierra que me había pasado toda la noche limpiando.

Y, madre mía, me iban a detener por el asesinato de Adrien Cloutier. Iba a utilizar un puto helecho para rodearle ese estúpido cuello y estrangularlo hasta eliminar todo rastro de vida de sus ojos de bicho raro. Iban a emitir el juicio en directo y me iba a declarar culpable con todo el orgullo del mundo y me presentaría como una heroína ante la gente.

—¿Me estás vacilando, joder? —pregunté, poniéndome en pie. Empecé a echar humo y juro que si todo el sustento de Alba no hubiera estado en juego, habría empezado a patear macetas y plantas hasta hacerlas añicos.

Estaba. Tan. Terriblemente.

«Frustrada».

Y entonces se rio, el puto cabrón se rio de mí.

Se rio entre dientes. Como si yo fuera una estúpida cría con una pataleta por un puñetero juguete y no una adulta considerando posibles armas letales.

El sonido de su risita me puso los nervios de punta y tuve que contenerme de verdad para no lanzarme sobre la mesa y hacerle un placaje.

Lo odiaba. Lo odiaba.

Lo miré con furia, con mis muelas a punto de romperse en mil pedazos cuando Adrien se acercó a su escritorio y agitó la mano con indiferencia hacia mí.

—Ahora te puedes marchar.

No. Joder, claro que no.

—No me voy a ninguna parte. Teníamos un trato.

—Sí. Y no has cumplido con tu parte —dijo con frialdad mientras se sentaba.

Fuego. Iba a prender fuego a sus estúpidas plantas y a todo su estúpido despacho.

—¿Tienes idea de lo que me ha costado conseguir terminar todo esto a tiempo?

Los dedos, los ojos, las piernas, el cuello. Me dolía todo. Tenía el cuerpo agarrotado, agotado y con agujetas. Estaba consumida y me sentía… tan exhausta. No me había pasado toda una noche despierta en casi una década. Estaba cansada, dolorida, a punto de

llorar, y ni de coña me iba a hacer eso a mí.

No le iba a permitir que lo hiciera.

—Teníamos un trato —repetí, con un matiz de desesperación en la voz—. Dijiste, prometiste, que le devolverías el trabajo a Alba si hacía esto.

—No —susurró Adrien, estirando los hombros mientras se apoyaba en el respaldo de su silla—. Dije que me plantearía permitirte que te ganaras la posibilidad de que le devolviera el trabajo a tu hermana si completabas la tarea a tiempo. Cosa que no has hecho.

Abrí la boca para replicar, pero me detuve a tiempo. Porque sabía a dónde me llevaría eso. Detecté la rabia y el veneno en los ojos de Adrien, apenas ocultos tras su petulante sonrisa.

Me odiaba.

Y no me refería a una antipatía excesiva. El tío me despreciaba del todo por lo que yo había hecho y solo quería venganza. Eso es de lo que iba todo aquello.

Dejé escapar un fuerte suspiro y me obligué a relajar los puños, porque por mucho que quisiera decirle a Adrien que se metiera un cactus por el culo, necesitaba hacer las cosas bien por Alba.

Así que me pasé una mano por el pelo y crucé el amplio despacho hasta su escritorio.

—Te estás desquitando con la persona equivocada —le dije, incapaz de mantener la voz firme—. Alba no se merece que la castiguen así por lo que hice yo, y lo sabes. Sabes lo mucho que le importa este puesto, lo mucho que ha trabajado por ti.

Adrien no dijo nada, pero creo que pude ver cómo se le relajaban un poco los hombros.

Me moví inquieta en el sitio.

—No le hagas esto —dije en voz baja—. Por favor. Es la que me

consiguió este trabajo y no… Nada de esto ha sido culpa suya. Te juro que… Alba no tuvo nada que ver con lo que ocurrió en Halloween. Fue todo culpa mía.

Ahí plantada, de pie, hablaba de forma inconexa y fragmentada, luchando para formar frases completas. Me quemaba la garganta mientras una angustia me crecía sin remedio en el estómago. Me dolía todo, desde los músculos agarrotados hasta la emoción que se me enredaba en el pecho. Me sentía fatal.

Me sentía como una mierda.

—Estás enfadado conmigo, así que házmelo pagar a mí —supliqué—. Haz lo que quieras. Policía, abogados, lo que quieras. Tan solo déjala fuera de todo esto porque de verdad, de verdad que no se merece que la castiguen por un crimen que yo he cometido.

Nada. No dijo nada de nada. Se quedó ahí sentado clavándome la mirada con un anodino desdén.

—¿Quieres que suplique otra vez? —Me temblaron la voz y los labios al decirlo. No recordaba la última vez que había estado tan… así: cansada, frustrada, desesperada, triste, enfadada.

No recordaba la última vez que tuve ganas de llorar.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunté de nuevo—. En serio, tiene que haber algo que pueda hacer…

—Tiempo —dijo Adrien.

—¿Qué?

—Tiempo —repitió—. Te permitiré que recuperes el trabajo de tu hermana con tu tiempo.

Solté un suspiro entrecortado y parpadeé para tratar de eliminar la niebla provocada por el agotamiento mental.

—Vale. De acuerdo. Claro. ¿Qué… qué implica eso con exactitud?

Adrien se inclinó hacia delante y entrelazó los dedos sobre el escritorio.

—Me pasé meses trabajando para conseguir el trato que tú lograste echar a perder en menos de veinte segundos con tu agresión física injustificada. Seis meses de charlas, presentaciones, vuelos nocturnos a la otra punta del mundo y reuniones de madrugada para compensar la diferencia horaria, todo cosas en las que colaboró tu hermana, por cierto. No fue solo mi esfuerzo el que se quedó en nada después de tu escenita. —Hizo una pausa, mientras se daba toquecitos con el índice en el dorso del puño—. Me has costado seis meses de duro trabajo, una inversión de setecientos millones de dólares y un montón de contactos y recursos que hubieran llegado con esa colaboración. Por no hablar del infierno que supone el control de daños en el que aún estoy metido con la prensa.

»Tu descuido egoísta me ha costado tiempo, dinero, sueño y mi cordura. Has revisado mis cosas sin mi permiso, has creado el caos absoluto en mi despacho y todavía no he escuchado de tus labios algo que se parezca lo más mínimo a una disculpa. —Mientras hacía el resumen se le tensaron los músculos de la mandíbula, como si tan solo pensar en ello ya lo cabreara.

Se hizo un silencio denso, cargado de expectación, y yo sabía lo que él esperaba. Tenía la disculpa en la punta de la lengua, ansiosa por salir. Pero… no podía hacerlo. Era algo físico, no era capaz de hacerlo.

Así que, en lugar de eso, bajé la mirada.

—Un mes —dijo Adrien al fin. Las palabras sonaron tensas y forzadas, como si apenas hubiera sido capaz de empujarlas a través de esos dientes apretados—. Quiero un mes de todo tu tiempo, a partir de la semana que viene. Estarás a mi entera disposición veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Si consigues aguantar hasta el final de los treinta días, readmitiré a tu hermana

en el puesto y recibirá una compensación por todo lo que dure su baja de maternidad.

Me mordí el interior de la mejilla.

—¿Y qué hay… de los próximos treinta días? ¿También recibirá una compensación?

—Sí.

—¿Y tengo que estar a tu disposición las veinticuatro horas todos los días?

—Sin excepción. —Firme, innegociable.

—De acuerdo. ¿Puedes… puedes ponerme un ejemplo de qué es lo que podrías necesitar de mí a las dos de la madrugada?

Adrien se encogió de hombros.

—Ya lo descubrirás.

Era insoportable.

—Te lo pregunto porque vivo un poco lejos de aquí y no creo que haya autobuses en mitad de la noche, así que no tengo del todo claro si…

Me interrumpí cuando Adrien se metió la mano en el bolsillo, sacó un juego de llaves y me lo lanzó.

—Las llaves de un apartamento de dos dormitorios en mi edificio, donde vivirás durante las próximas cuatro semanas. ¿Algún otro tema que te preocupe?

Me quedé con la boca abierta como un pez fuera del agua. Sin duda, estaba de broma.

—¿Quieres…, esperas que me mude a tu edificio? ¿En el que vives tú?

—Espero que estés disponible a todas horas.

Miré las llaves, luego lo miré a él y después bajé otra vez la mirada hacia las llaves. A continuación me pellizqué el antebrazo con todas mis fuerzas.

—No es una pesadilla, me temo —dijo Adrien.

No podía culparme por comprobarlo, ¿no?

—Vale —murmuré después de una pausa larga y densa. No es que tuviera mucha elección—. Estoy de acuerdo, pero solo si lo pones por escrito. —Necesitaba asegurarme de que esta vez cumpliría con su parte del trato.

Adrien asintió, y un brillo peligroso iluminó sus ojos oscuros.

Y supe, ahí mismo y en ese momento, que iba a hacer todo lo posible para que me arrepintiera de ello.

7

—Esclava. Entonces, vas a ser esclava de Adrien Cloutier durante un mes.

Jamie estaba a los pies de mi cama, triste, con los brazos cruzados mientras yo llenaba mi maleta de ropa.

—Él prefiere el término «asistente personal».

—Eso es como pegarle a un burro un dildo en la frente y llamarlo unicornio —replicó impasible.

—Vale —admití, sacando el cargador de mi portátil del enchufe —. Seré su esclava durante un mes. ¿Contenta?

—No.

—Genial. Yo tampoco. —Enrollé el cargador haciendo más fuerza de la necesaria con la muñeca—. Pero no es como si tuviera un montón de opciones, Jamie. No me da ninguna.

Dio unos toquecitos impacientes con el pie.

—¿Lo sabe Alba?

—Todavía no he tenido la oportunidad de hablar con ella. —Y antes de que Jamie pudiera decir algo más, saqué un sobre del bolso y se lo tendí—. Aquí tienes, el alquiler del próximo mes.

Tenía diez semanas exactas de gastos básicos ahorrados para emergencias, lo que me dejaba unas seis semanas para encontrar otro trabajo cuando se acabara toda esa pesadilla con Adrien. Los

plazos eran un poco justos, pero podía haber sido peor.

—Cógelo —insistí cuando dudó. Podía ver que no quería hacerlo, pero también sabía que no se podía permitir no aceptarlo.

—Gracias —murmuró. Aunque pareció más una disculpa a regañadientes que otra cosa, así que le apreté el antebrazo con cariño para que supiera que no pasaba nada.

Un silencio largo y poco habitual se instauró entre nosotras mientras acababa de hacer la maleta, y Jamie siguió moviéndose nerviosa en el sitio como si estuviera tratando de decidir algo importante.

—Vale, de acuerdo —espetó por fin, sobresaltándome. Tobigote nos miró desde donde descansaba sobre un montón de ropa doblada encima de mi cama. No toleraba los gritos en su casa—. Me mudaré contigo.

Me quedé paralizada a medio doblar una prenda.

—¿Qué?

—Deja de suplicármelo. ¡Ya te he dicho que lo haré!

—Yo no…

Me presionó un dedo contra los labios.

—Chsss. No pasa nada. Tobigote y yo estamos dispuestos a sacrificarnos por ti. —Tobigote maulló para expresar su desacuerdo, golpeando enfadado la ropa con la cola. Él no se iba a ninguna parte —. Lo superará —dijo Jamie, sabiendo muy bien que no lo haría.

La agarré de la muñeca y le aparté la mano de mi cara.

—No voy a obligarte a que te mudes conmigo.

Alzó un hombro.

—Insisto.

—Estás siendo ridícula.

—Ya —coincidió—, pero te quiero y no voy a permitir que hagas esto sola. Lo siento.

A veces pensaba que de verdad no me merecía tener a Jamie en mi vida. Era leal y comprensiva hasta niveles insospechados.

Abrí la boca para replicar otra vez, pero levantó la mano para detenerme.

—Si te sientes mejor, también tengo mis propias razones egoístas para querer ir —me mintió a la cara—. En primer lugar, he comprobado la dirección que me pasaste y el edificio es mucho más bonito que este. En segundo lugar, te echaría demasiado de menos. Estoy demasiado obsesionada contigo y nuestra relación es demasiado codependiente como para que sobreviva todo un mes sin ti.

—No es como si no te fuera a ver…

—No es lo mismo.

Tuve que contener una sonrisa.

—Creo que un poquito de espacio podría llegar hasta a ser sano…

—¡Nop! —Se dio la vuelta con dramatismo, moviendo una mano en el aire—. Mete en la maleta tu manta de Spidey, Tobigote Maguire, ¡nos mudamos!

Jamás había escuchado un maullido tan desgarrador.



—La hostia —dijo Jamie con asombro.

—La hostia —coincidí.

—Pensaba que todo el propósito de obligarte a hacer esto era castigarte.

Solté el equipaje y volví a inspeccionar el salón, con la boca abierta. Porque, «la hostia», sí que era un apartamento bonito. Parecía salido directo del sueño húmedo de un diseñador de

interiores bohemio.

—¿Crees que es una trampa? —le susurré a Jamie mientras ella pasaba los dedos por un cojín con un aspecto lujoso en extremo—. ¿Tipo Hansel y Gretel, pero con muebles superbonitos en vez de caramelos?

Se dejó caer en el sofá de color crema, hundiendo la espalda entre los cojines.

—Lo más seguro.

Incluso Tobigote no parecía tan descontento con su nuevo entorno como hubiéramos esperado. Al principio actuaba de forma cautelosa, quejándose con maullidos cada vez que pasábamos a su lado, pero solo le duró un par de horas, hasta que descubrió lo cómodo que era el algodón egipcio.

—Fuera de mi almohada —lo reprendí por enésima vez.

Pero, de nuevo, hizo oídos sordos a mi petición. Puede que no fuera capaz de oírme por el ruido de su propio ronroneo.

Lo dejé en paz y continué deshaciendo las maletas. Me había prometido que en cuanto hubiera acabado y ordenado todo, me premiaría con una copa de vino y un baño de burbujas.

No solo tenía mi propio baño (un lujo del que había disfrutado un total de cero veces en toda mi vida), es que la bañera era enorme. Estaba bastante segura de que iba a poder hacer hasta largos y tenía previsto demostrar mi teoría en cuanto fuera posible.

—Oye —Jamie se asomó por la puerta de mi habitación, sosteniendo en la mano un secador de pelo—, ¿crees que tal vez deberíamos haberle preguntado a Adrien si le parecía bien que también nos quedáramos nosotros aquí?

Parpadeé y entreabrí un poco la boca. Puede que no se me hubiera ocurrido avisarlo hasta ese mismo momento.

—En teoría, no dijo que no podía tener compañera. O gato. Así

que… culpa suya.

Además, Adrien no me había facilitado ninguna forma de ponerme en contacto con él. Por lo que, en cualquier caso, tampoco podría haberlo avisado con antelación.

—De acuerdo, pero, en teoría, tampoco te dijo que pudieras.

Metí la maleta vacía en el (inmenso) vestidor y cerré la puerta.

—Fuiste tú la que insististe en mudarte conmigo.

Me señaló con el dedo en el pecho de forma acusatoria.

—¡Y fuiste tú la que no me lo impediste!

—Lo intenté.

—Apenas —bufó.

—Mmm…, ¿y qué hay de lo de que estabas demasiado obsesionada conmigo como para permitir que me fuera sola?

Resopló de forma melodramática.

—Me dijiste que lo era todo para ti.

Suspiré.

—No me hagas esto, amor. No llores. Sabes que no era mi intención.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó Jamie con dramatismo, intentando con todas sus fuerzas provocarse un buen chorro de lágrimas de cocodrilo—. ¡No te atrevas a decirme que me quieres! ¡Eso dijiste la última vez!

—¡No fue culpa mía! ¡Ni siquiera era mi coche! —grité, poniéndome de rodillas frente a ella—. Jamie, amor, por favor. Habla conmigo. Hablemos.

Le temblaba el labio inferior.

—Sé lo de los fulares.

«Joder».

—Estaba borracha —dije, tartamudeando—. Estaba borracha y era el cuatro de mayo, *May the 4th*, y ya sabes lo que me gusta

celebrar el Día de la Marmota con Michael a solas.

Nuestro teatrillo absurdo se vio interrumpido por una firme y fuerte llamada en la puerta. Jamie y yo nos miramos, abriendo mucho los ojos.

—¿Habías quedado con él? —vocalizó en silencio.

Negué con la cabeza. Se suponía que nuestro acuerdo no comenzaba hasta el día siguiente.

Otro golpecito en la puerta y Jamie se escabulló hacia su dormitorio con un «buena suerte» en bajito.

Nerviosa y nada preparada para cualquier tipo de interacción que fuera a ocurrir, corrí al espejo para ver cómo tenía el pelo y…

«Un segundo, ¿a quién le importa?».

Volvieron a llamar a la puerta y, madre mía, jamás había conocido a alguien con tan poca paciencia.

Puse los ojos en blanco mientras me dirigía hacia la puerta, tomándome mi tiempo. Era ruin, pero me sentaba bien hacerlo esperar un par de segundos más, sabiendo lo mucho que seguro que le molestaría.

Cuando abrí la puerta, me miró con el ceño fruncido.

Adrien Cloutier estaba de pie frente a la puerta de mi (su) apartamento, vestido como siempre con otro de sus trajes caros (porque, para qué tomarse un descanso en domingo), y parecía del todo infeliz al verme. Como si mirarme a la cara bastara para fastidiarle el día.

Me sentaba de maravilla ponerlo de mal humor. Me hacía sentir satisfecha. Me alimentaba el alma a nivel espiritual.

Sonreí y levanté la barbilla hacia él.

—¿Qué tal?

Parpadeó despacio, como un lagarto imperturbable.

—Podía oírte arrastrar los pies. Me has hecho esperar a

propósito.

—Eso no me pega nada.

Frunció el ceño aún más.

—Tal vez debería recordarte, señorita Sanchez, que tú eres la que pediste la oportunidad de… —Adrien se detuvo, deslizando los ojos hacia algo que había en el suelo, tras de mí.

Giré el cuello para ver cómo Tobigote se acercaba con sigilo hacia nosotros, clavando con cautela su mirada en la potencial nueva amenaza.

Adrien entrecerró los ojos mientras volvía a mirarme a la cara.

—¿Tienes gato?

Incliné la cabeza hacia un lado.

—¿Tú qué crees?

—Está muy gordo.

«¿Disculpa?».

—Y tú parpadeas como un lagarto. ¿A dónde quieres llegar?

Adrien ignoró mi pulla y se volvió a centrar en mi perfecto Tobigote (que era precioso tal cual era, por cierto).

—¿Puedo? —preguntó de pronto.

Tardé un instante en comprender a lo que se refería.

—Eh…, puedes intentarlo —dije con prudencia—. Pero no le suelen gustar los extraños. Los hombres, en particular.

Adrien ignoró mis advertencias y pasó a mi lado.

Cerré la puerta y me apoyé en ella con los brazos cruzados y una sonrisita de satisfacción queriendo dibujarse en mi boca.

«Esto promete ser interesante».

Tobigote iba a ganarse un montón de premios cuando, como era de esperar, arañara toda la estúpida cara de Adrien. Nos gustaba reforzar el buen comportamiento.

Y que conste que había advertido a Adrien. No era culpa mía si

había decidido no hacerme caso.

Adrien se puso en cuclillas y estiró una mano, invitando al gato a acercarse. «Hola, bonito», lo arrulló. Su voz sonaba tan dulce y amable que me quedé sorprendida, mientras veía cómo Tobigote se acercaba despacio y le olisqueaba los dedos.

Contuve el aliento, esperando que llegara el gruñido y el zarpazo de una pata gris enfadada.

Solo que… no llegó. En vez de eso, Tobigote, complacido, pasó su mejilla por la palma abierta de Adrien y aceptó feliz las caricias y toquecitos de afecto que llegaron a continuación.

Me quedé con la boca abierta.

—Qué suave eres —lo elogió Adrien, sin dejar de acariciarlo aquí y allá con los dedos—. Y qué buen chico.

Lo único que podía hacer yo era quedarme allí plantada con la mirada fija mientras Tobigote empezaba a ronronear, acercándose cada vez más a Adrien hasta casi estar metido en su regazo.

Y entonces Adrien lo levantó. Y lo abrazó. En su pecho.

¡Y Tobigote se lo permitió! ¡El estúpido gato se derritió entre sus brazos!

«¿Qué coño está pasando?».

En ese momento yo tenía la mandíbula hasta desencajada. Tampoco es que ninguno de los dos se fuera a dar cuenta.

—Te vas a llenar el traje de pelos de gato —avisé a Adrien, porque estaba claro que no había pensado en eso—. Suelta un montón de pelo.

Pero en lugar de bajar al gato, lo abrazó con más fuerza.

—¿Cómo se llama?

Podría decir con total honestidad que en mi vida había estado tan sorprendida. Jamás.

—Eh… —Tragué saliva y meneé la cabeza—. To…, eh, se llama

Tobigote Maguire.

No sabía por qué me había trabado. Notaba cierta confusión mental y un torbellino de emociones empezó a crecerme en el pecho, haciendo que me ruborizara.

Adrien soltó una risita ronca y demasiado delicada, clavando esa mirada cálida en el bicho que no dejaba de ronronear contra su ancho pecho.

Pecho, solo pecho. No ancho.

Lo siento.

«¿Ante quién te estás disculpando?».

—Ingenioso —dijo—. Supongo que no se te ocurrió a ti.

«Puto grosero».

El torbellino del pecho no dejaba de crecer, lanzándome oleadas de calor por todo el cuerpo. El nombre se le había ocurrido a Jamie, así que tenía razón, pero no iba a admitirlo en voz alta.

Además, Tobigote ronroneaba ahora con tanta fuerza que, de todas formas, Adrien no hubiera podido oírme.

Fulminé a ambos con la mirada, formando un puño con las manos mientras Adrien arrullaba, acariciaba y murmuraba los halagos más tiernos al desvergonzado traidor que tenía entre los brazos.

—¡Tengo una compañera de piso! —solté.

Porque ver cómo interactuaban me estaba provocando cosas que no comprendía y de verdad que necesitaba que parara de una vez.

Adrien por fin, por fin, consiguió apartar los ojos de Tobigote y mirarme.

Ese afecto dulce y cálido en su gesto se endureció de golpe en cuanto posó sus ojos en los míos.

—¿Qué?

—Tengo una compañera de piso —repetí—. Que me he traído

conmigo. Aquí. Sin decírtelo. Tobigote es su gato.

¿Era cosa mía o mi voz sonaba muy nasal?

—¡Jamie, ya puedes salir! —grité con un tono demasiado ansioso incluso para mí.

Adrien mantuvo su mirada asesina mientras Jamie entraba a regañadientes en el salón. Pero no dejaba de mover los dedos ni Tobigote de ronronear.

Me daba tanta rabia que estaba fuera de mí.

—Hola —dijo Jamie incómoda, metiéndose las manos en los bolsillos traseros del pantalón.

Me lanzó una mirada inquisitiva; lo más probable es que hubiera oído toda la conversación desde su cuarto.

Señalé el gato con la cabeza. Era toda la explicación que necesitaba.

Como era de esperar, se le dilataron los ojos cuando lo entendió y abrió la boca de par en par mientras observaba cómo Tobigote, o debería decir «Toputita», frotaba su estúpida, gorda y adorable cabeza contra la mandíbula de Adrien. Ya era oficial: él y yo estábamos enemistados. Nunca me había sentido tan traicionada por alguien en toda mi vida.

—Hola —le dijo Adrien a Jamie, dedicándole una sonrisa amable.

Yo no sabía que podía hacer eso. Lo de la sonrisa amable.

—Hola —repitió ella, moviendo las cejas con una mezcla de pánico y confusión—. Lamento si, eh, si te parece una intromisión. Solo es que… estaba un poco preocupada por la seguridad de Ria y…

Pero Adrien ya se estaba encogiendo de hombros.

—No pasa nada. No hace falta que te disculpes. No eras tú la que me tenía que avisar.

El rubor de las mejillas se me extendió hasta el cuello y el pecho.

Jamie le ofreció una sonrisa cálida antes de señalar al gato.

—Le gustas de verdad. Nunca se comporta así con extraños.

—¿Es tuyo? —preguntó Adrien, volviendo toda su robusta silueta hacia ella. Jamie asintió, lo que pareció agradarle—. Y el nombre fue idea tuya, ¿no? —Asintió de nuevo y él le dedicó una sonrisa encantadora, hoyuelos incluidos—. Le pega.

No sabría decir si ella se estaba ruborizando o si yo ya estaba tan cegada por la ira que lo veía todo rojo.

—Sí. No dejaba de trepar por todas partes cuando era un gatito, incluso por las paredes y demás, así que me pareció apropiado.

Él le tendió la mano.

—Soy Adrien, por cierto.

Ella se la estrechó.

—Jamie.

Hoyuelos.

—Es un placer conocerte, Jamie.

Otra sonrisa.

—Lo mismo digo. Y puedes venir a jugar con Tobigote siempre que quieras —le ofreció. Ni de coña—. En serio, estoy asombrada… Nunca lo he visto así con nadie que no fuéramos Ria o yo. De verdad que le gustas.

Ni de coña.

Ni de coña. Ni de coña. Ni de coña.

—Puede que te tome la palabra. Es muy dulce —murmuró Adrien antes de plantar un par de besos rápidos justo detrás de la estúpida, gorda y adorable oreja izquierda del gato.

Jamie se derritió y se le pusieron los ojos tiernos.

El torbellino de mi pecho estalló al tiempo que los próximos dos años de mi vida pasaban ante mis ojos, haciendo que se me encogiera el estómago. La primera cita de Jamie y Adrien. La segunda. Su aniversario. La proposición por sorpresa en las

Bahamas.

Ni de coña. Ni de coña. Ni de coña. Ni de coña. Ni de coña.

Eso no iba a pasar. No iba a ser la dama de honor de su boda ni iba a ver a Tobigote recorrer el pasillo con una pajarita y los anillos atados en su estúpida, gorda y adorable cola.

«Ni de coña».

—¿Qué quieres? —Las palabras casi salieron disparadas de mi boca, demasiado rápido y demasiado alto. Tuve que contenerme para no interponerme entre los dos.

Adrien me lanzó otra mirada asesina.

—¿Disculpa? —me dijo de malas maneras, imitando mi tono.

Jamie se mordió la mejilla, tratando de no reírse. Aunque yo no sabía qué era lo que le parecía tan divertido de todo aquello.

—Adrien, ¿quieres tomar algo? —le preguntó con dulzura—. Todavía no hemos podido ir a hacer la compra, pero te puedo preparar un té si te apetece.

La tensión en todo el cuerpo de Adrien se relajó cuando volvió a centrarse en ella. Parecía que tuviera un botón de encendido y apagado.

—No, gracias. Solo he venido para darle a Ria su programa.

—¿Y no me lo podías enviar por correo electrónico? —Yo no tenía sus datos de contacto, pero él sí que tenía los míos.

—Empezamos mañana temprano —dijo.

—Eso también lo podrías haber puesto en el correo.

Adrien ladeó la cabeza.

—Sí. Podría haberlo hecho. Pero no tengo del todo claro que moderadora@clubodioaAdrienCloutier.biz sea tu dirección de verdad, así que he decidido pasarme por aquí para confirmarlo.

Jamie tuvo que apretar los labios con firmeza para contener la risa.

Yo levanté un hombro.

—Me hacía falta un nuevo correo electrónico de trabajo. No te iba a dar mi correo personal.

Además, era la nueva moderadora de ese club. Había solicitado el puesto a principios de esa semana.

No pareció molesto con mi respuesta.

—Nos vemos abajo mañana a las cuatro.

—Bien —dije—. Y ahora, ad…, un momento, ¿a las cuatro de la madrugada?

Su sonrisita de satisfacción era tan siniestra y malvada que parecía una caricatura.

—Me vas a acompañar a correr. Necesito que alguien me lleve la botella de agua.

En primer lugar, ¿qué clase de masoquista retorcido comenzaba el día tan pronto por voluntad propia? Y en segundo lugar:

—Yo no corro.

—Ah, ya, ya lo sé. Aguantas ocho minutos escasos en la elíptica, haces un par de sentadillas con peso y luego te tomas un batido de coco que pesa el doble que las mancuernas con las que haces las sentadillas. Lo he visto en la grabación de seguridad.

Jamie se llevó la mano a la boca, pero de todas formas se le escapó una risita.

Ella y yo también estábamos peleadas de forma oficial.

—Bien —dije furiosa—. ¿Algo más?

—Sí. Hazte una dirección nueva de correo electrónico y deja de lado esa puta actitud.

Yo tenía la mandíbula tan apretada que me dolía.

—Tus deseos son órdenes, jefe.

Adrien sonrió. No era una sonrisa ni tan cálida ni tan auténtica como la que había recibido Jamie.

—Vamos a dejarlo en «señor», ¿vale? Me gusta más cómo suena.

Jamie lloraba. El esfuerzo que estaba haciendo para contener una carcajada la estaba haciendo llorar.

Los odiaba a los dos. Pero sobre todo a Adrien. Su cara. Sus hombros tan anchos. La cantidad de espacio que ocupaba. Cómo respiraba. Sus ridículos hoyuelos.

—Fantástico. ¿Algo más? —dije entre dientes.

Enarcó las cejas, expectante. También las odiaba.

Toda su existencia me sacaba de quicio.

Conté hacia atrás desde cinco.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti, señor? —pregunté de nuevo.

Iba a vomitar. Allí mismo y en ese momento. Encima de los mocasines marrones que no se había molestado en quitarse antes de entrar al apartamento.

—Nop. Por ahora —dijo con indiferencia, rechazándome con un movimiento de la mano como si fuera un puto rey.

Dio otro par de besos y caricias a Tobigote, le dijo a Jamie (de nuevo) que había sido un placer conocerla y luego se marchó con tan solo una breve mirada en mi dirección.

—Ostras —dijo Jamie en cuanto se cerró la puerta—. Ha sido…

Me volví de golpe y le apunté a la cara con el dedo.

—¡Tú! —gruñí—. ¿Qué coño ha sido eso?

Pero antes de que pudiera responder, «Toputita» se deslizó entre mis piernas, aún ronroneando. Parecía una puñetera lancha motora.

—¡Cállate, furcia! —le grité en su estúpida, gorda y adorable cara.

—Ostras —repitió Jamie.

La miré con los ojos entrecerrados.

—¿Lo has visto actuar así alguna vez? ¿Con alguien?

Jamie volvió a apretar los labios para no sonreír.

—Mmm. Sip. Un comportamiento muy sorprendente y también inusual por todas partes.

Lo que me recordó algo.

—Y tú —volví a gritar, señalando de nuevo con mi dedo su estúpida, simétrica y preciosa cara—. Recuerda mis palabras, Jamie Paquin: no voy a ir a la boda en el extranjero que celebréis Adrien y tú. Y no me importa lo mucho que llores y supliques. No la apruebo.

Parpadeó un par de veces como si yo hubiera perdido la cabeza. Como si se me hubiera salido el cerebro del cráneo, tal cual, y estuviera todo espachurrado en el suelo frente a ella.

—Ostras.

Me aparté de Tobigote, que seguía restregándome su aroma, y el de Adrien, por las piernas.

—No me puedo creer lo que me habéis hecho vosotros dos. Nunca jamás me he sentido tan ofendida. Qué vergüenza, chicos. Qué vergüenza.

Jamie cruzó los brazos y se le iluminó todo el rostro, divertida.

—Así que te saca de quicio de verdad, ¿eh?

¿Dónde había estado toda la semana anterior? ¿Cómo es posible que eso la pillara por sorpresa?

—Es Satanás personificado, Jamie. Tiene un palo tan metido por el culo que le ha atravesado la parte del cerebro que se ocupa de mantener el ego bajo control. ¿A ti qué te parece?

Se encogió de hombros y torció el morro.

—Para ser sincera, no parece tan malo. Me ha dado buena sensación y a Tobigote, desde luego, le gusta. Es mucho más amable de lo que me habías contado… Y también es divertido en cierto modo.

No me podía creer lo que estaba diciendo.

—¿Estás hablando de Adrien…, la gárgola arrogante que acaba de estar aquí pidiéndome que a partir de ahora lo llame «señor»?

¿Qué sentido tenía que apretara así los labios cuando se le escapaba la sonrisa de todas formas?

—Y también es mucho más guapo en persona —dijo—. Y más alto. Y huele muy bien.

Chasqueé los dedos en su dirección.

—No.

—Solo digo que huele como si se le diera muy bien follar.

Me estaba saliendo urticaria en el cuello.

—¿Qué coño significa eso?

—Creo que está bastante claro. Y por todo eso del «señor», seguro que le va el rollito pervertido. —Meneó las cejas en mi dirección—. Desde luego, esa es la impresión que me ha dado.

«Qué puto asco. Espero que nunca lo descubramos».

—Jamás me va a parecer bien. Te mereces algo muchísimo mejor que esa mierda de ser humano. Me opondré a cada paso que des en esto. —Ahora le temblaba toda la boca—. Madre mía, ¿qué es lo que te hace tanta gracia?

Meneó la cabeza y contuvo otra carcajada.

—Solo digo que… puede que haya una pequeña posibilidad de que las emociones estén a flor de piel y tal vez lo hayas juzgado mal. Solo un poquito.

Eso no estaba ni siquiera cerca de ser una posibilidad.

—Tal vez deberías venir a correr con nosotros mañana —propuse con dulzura—. Podemos empezar a hablar de lo majo y gracioso que es en cuanto nos despertemos. ¡Será divertido!

Apretó los labios sonrientes.

—*Touché*.

Tobigote me puso la pata en la rodilla, defendiéndose con maullidos tiernos.

—Búscate a otra con la que dormir esta noche —le dije con frialdad antes de entrar en mi cuarto y dar un portazo.

«Eso le servirá de lección».

8

Morir. Eso es lo que deseé cuando las estúpidas campanillas empezaron a sonar a las 3:47 de la madrugada.

Apagué la alarma con un gruñido y me obligué a salir de la cama y entrar en el baño. No tenía tiempo de posponerla ni de hacer café.

«¿Cómo demonios había disfrutado de esto?», me pregunté mientras me lavaba la cara con agua fría.

Yo solía ser una persona madrugadora. Me gustaba despertarme antes del amanecer y empezar pronto el día.

¿Ahora, en cambio? Me había ido a dormir la noche anterior con la ropa de deporte puesta (calcetines, sujetador deportivo y todo) solo para poder estar dos minutos más en la cama. Pero me aterraba tanto esa alarma tan temprano que me pasé dos horas dando vueltas en la cama antes de caer dormida al fin.

Tobigote estaba junto a mis zapatillas de deporte, mirándome con curiosidad mientras me ataba los cordones. Y como todavía estábamos peleados, solo le acaricié tres veces en la barbilla y le solté un piropo antes de salir por la puerta.

Muy fría. Lo sabía. Pero el traidor no se merecía otra cosa.

El vestíbulo estaba vacío cuando llegué, excepto por los dos guardas de seguridad sentados tras la mesa de recepción, lo que tenía todo el sentido del mundo. Lo más probable es que la mayoría

de la gente del edificio fueran seres humanos cuerdos y racionales que no sentían la necesidad de arrancar el día antes de que la mismísima Dios abriera un ojo.

Pero claro, la mayoría de la gente no era el diablo en persona, tal cual. Lo más probable es que él quisiera evitar a Dios a propósito.

Di un vistazo rápido a mi móvil y vi que tenía justo cuatro minutos para calentar, algo que de verdad me hacía falta. No había salido a correr en casi diez años y mis músculos me iban a odiar por lo que estaba a punto de hacerles pasar.

Esa mañana solo tenía dos objetivos: no pararme (porque Adrien lo utilizaría como excusa para cancelar el trato) y no vomitar (porque no quería darle esa satisfacción).

Si lograba ambas cosas, podría considerar el día como una victoria.

Salí a la calle y comencé a estirar en el fresco aire de la mañana. Hacía bastante frío como para llevar un par de guantes y quizá orejeras, pero era demasiado tarde como para subir a por ellos, así que seguí estirando. Y estirando.

Y… estirando.

Miré el móvil. 4:09.

«Igual me está esperando en el vestíbulo».

Abrí la puerta y eché un vistazo, pero seguía vacío. Así que seguí esperando. Y esperando.

Y… esperando.

Cuarenta minutos más tarde seguía sin haber rastro de él, ni una llamada, mensaje o correo electrónico para avisarme de que el plan había cambiado. Y como seguía sin tener sus datos de contacto, no podía llamarlo yo misma. Al final, me rendí y me acerqué al mostrador de seguridad.

—Disculpen. Lamento molestarles tan pronto —dije, dedicando a

los dos hombres con barba una sonrisa de disculpa mientras me acercaba. No eran los mismos que había visto al bajar, así que el cambio de turno de la mañana ya había tenido lugar. Qué mejor ejemplo de cuantísimo tiempo me había hecho esperar Adrien—. ¿Hay alguna posibilidad de que me puedan ayudar a ponerme en contacto con un residente de este edificio?

El de la izquierda me miró con escepticismo.

—¿Con quién quiere ponerse en contacto? —preguntó.

—Se llama Adrien Cloutier. No estoy segura de en qué planta vive, pero se suponía que habíamos quedado aquí a las… —Se me fue apagando la voz, confundida por su reacción.

Se lanzaron una mirada cómplice en cuanto dije el nombre de Adrien y uno de ellos hasta puso los ojos en blanco.

—Ya, claro —dijo el de la barba castaña larga y bien cuidada con un tonito despectivo—. Señorita, le voy a tener que pedir que abandone el edificio antes de llamar a la policía.

«Eh…».

—¿Disculpe?

—Adrien Cloutier no vive aquí. Está en el edificio equivocado —explicó el de la barba más corta y menos poblada.

Pero eso no tenía ningún sentido.

—¿Está… está seguro? Porque…

—Señora, le estoy pidiendo que se marche. Ahora. —Barba Parda se levantó y yo me aparté del mostrador por instinto.

Todavía no llevaba suficiente cafeína en el cuerpo como para tratar de adivinar cuál era su puto problema, así que solo asentí.

—Eh…, vale. Lo siento. Solo voy a… —Señalé sin fuerzas el ascensor—. Solo voy a volver arriba.

Lo que ocurrió a continuación fue tan indignante y absurdo que me convencí de que todo era un sueño. Que me había sonado la

alarma a las 3:45 y, en lugar de salir de la cama, le había dado a «posponer» y me había vuelto a dormir. Porque en cuanto empecé a retirarme presurosa, Barba Parda gritó:

—¡Tenemos una corredora!

Antes de poder siquiera entender a lo que podía estar refiriéndose, Barba Rubia se lanzó por encima del mostrador y se abalanzó sobre mí. Caímos ambos de golpe y con fuerza, yo con un aullido de sorpresa y Barba Rubia con lo que solo puedo describir como un grito de guerra bárbaro.

—Te tengo —soltó mi atacante con aire engreído, sujetándome por las muñecas frente a mí antes de sentarme. Y de repente, me estaban esposando.

—Tío, ¿qué cojones te pasa? ¡Suéltame!

—Me parece que no —dijo con las mejillas sonrosadas y los ojos bien abiertos—. Estamos hartos y cansados de todos vosotros. Ni siquiera dejáis al hombre salir a correr tranquilo por la mañana.

¿De qué coño estaba hablando?

—Yo vivo aquí.

Soltó un bufido.

—Ya, claro.

Barba Parda estaba escribiendo algo en el móvil.

—Vivo en este edificio —repetí—. Me mudé ayer.

Pero no me hacía caso.

—Buen intento. Aunque ya lo hemos oído antes.

Fue entonces cuando empecé a cabrearme.

¿Por qué todo el puñetero mundo se creía que estaba acosando a Adrien?

—Madre mía, aquí tienes. —Levanté la cadera—. Apartamento 1102. La llave está en mi bolsillo. Sácala.

Los dos guardas intercambiaron otra mirada, pero Barba Rubia

me metió la mano en el bolsillo y sacó las llaves. Parpadeó un par de veces al verlas, frunciendo el ceño con dureza.

Ahora me tocaba a mí ser engreída.

—Te lo dije. Ahora suéltame antes de que…

—¿De dónde las ha sacado? —preguntó, interrumpiéndome.

¿En qué idioma estaba hablando yo?

—Por última vez, vivo aquí.

Barba Parda negó con la cabeza.

—No se nos ha avisado de la llegada de un nuevo inquilino a ese apartamento. Tiene que decirnos dónde ha conseguido esas llaves.

Me quedé en blanco al intentar explicárselo.

Que no tuviera los datos de contacto de Adrien no era buena señal. ¿Cómo iba a decirles que él me había dado las llaves cuando ni siquiera me había dado su número de teléfono?

—Eh…, puedes llamar a Adrien —probé a decir—. Y preguntárselo tú mismo. Me llamo Ria Sanchez y se suponía que había quedado con él aquí a las cuatro para ir a correr.

Otra miradita escéptica entre los dos antes de que Barba Rubia dijera:

—De acuerdo, señora. Vamos a tener que pedirle que nos acompañe. Tendrá que esperar en la parte de atrás mientras resolvemos todo esto.

Me aparté unos centímetros de él.

—Ya… No, gracias.

Podían llamar a la policía si querían, pero de ninguna manera iba a seguir yo por voluntad propia a dos hombres cualesquiera a una especie de cuartucho apartado con las manos esposadas. De ninguna manera.

—¿No podéis dejarme marchar y ya está? —pregunté.

—No, no podemos —respondió Barba Parda—. Tenemos órdenes

estrictas de tomarnos estos incidentes muy en serio.

¿Qué incidente? ¡Yo solo estaba haciendo lo que me habían dicho!

Pero antes de poder discutir con él, Barba Parda colgó el móvil y miró a su compañero.

—Estará aquí enseguida. No hay que llamar aún a la policía, pero ha dicho que la retengamos hasta que llegue.

Y así, sin más, me levantaron a la fuerza y me llevaron al cuarto de atrás. Debería haber pataleado, gritado y luchado, pero sabía que habría sido en vano. O tal vez incluso habría empeorado las cosas.

Así que cerré el pico y los seguí, con la rabia recorriéndome las venas.

—Espere aquí —me ordenó Barba Rubia antes de desaparecer.

Y, una vez más, estaba atrapada en un cuarto cerrado con llave, obligada a esperar a que llegara Adrien Cloutier.

Demasiado lejos. Eso había ido demasiado lejos. Y solo llevábamos cinco horas del primer día.

¿Cómo narices iba a sobrevivir todo un mes de esas chorradas?

Eché los hombros hacia atrás y noté el corazón latiendo a mil por hora en mi cabeza cuando lo entendí. Adrien iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para que los treinta días siguientes fueran toda una pesadilla para mí. El hombre me iba a arrastrar hasta el infierno porque es lo que pensaba que me merecía. Yo era la villana en su historia como él lo era en la mía, y quería verme sufrir. Quería ver mi reacción ante cualesquiera que fueran las torturas que había planeado. De eso se trataba toda esa escenita, y me negaba a darle esa puta satisfacción.

Así que me senté en el sofá azul, cerré los ojos y me concentré en la respiración.

No había nada más. Solo yo y el aire entrando y saliendo de mis

pulmones. Inhalar, exhalar. Inhalar, exhalar.

Hasta que, por fin, la puerta se abrió y entró Adrien.

9

—Buenos días por la mañana —casi ronroneó Adrien, del todo incapaz de disimular su alegría al verme esposada.

Parecía un niño pequeño descubriendo por primera vez la alegría de la mañana de Navidad.

Mantuve el gesto impasible, los hombros relajados.

—Buenos días.

Apoyó un hombro contra el marco de la puerta y cruzó sus brazos fuertes y musculosos. Llevaba una camiseta de correr negra y pantalones a juego. Era la primera vez que lo veía con algo que no fuera un traje.

«Así que supongo que sí que vamos a correr».

—¿Un comienzo de día complicado? —se burló, animado.

Alcé un hombro.

—Solo un pequeño malentendido, supongo. Los de seguridad no se creen que viva aquí.

Adrien desvió la mirada hacia mis zapatillas raídas.

—Normal.

Se me retorció el dedo medio, pero mantuve las manos quietas y, en vez de eso, le dediqué una leve sonrisa.

—Claro.

—Y supongo que se me olvidó avisarlos —comentó con ligereza

—. Es el tipo de cosas de las que se suele ocupar mi asistente, pero ahora mismo no tengo de eso. Seguro que lo comprendes.

Incliné la cabeza hacia un lado y le hice un pequeño puchero con cara de lástima.

—Debe de ser muy duro hacer todas esas cosas insignificantes tú solito.

Adrien se centró en mi boca, y la sonrisita arrogante que lucía palideció un poco y el brillo divertido de sus ojos desapareció. Decidió intentarlo de nuevo.

—¿Sabes? Nada de esto habría pasado si no fueras tan entusiasta. ¿Cómo es que has bajado tan pronto?

Ah, así que el plan no había sido dejarme plantada. Me había mentido sobre la hora para que tuviera que esperarlo.

Contuve una risita. Me pilló.

—Debí de haberte oído mal anoche. Pensaba que habías dicho que nos encontraríamos a las cuatro.

Chasqueó la lengua.

—A las cinco.

—Culpa mía. No volverá a pasar…, señor.

Entornó los ojos cada vez más y la sonrisa arrogante con la que había entrado desapareció por completo. Me estudió en silencio un par de segundos y yo casi podía escuchar lo que les costaba a esos rígidos engranajes suyos girar en su enorme cabeza.

—¿A ti qué es lo que te pasa?

«Si pudiera decirlo…».

—Nada. Es que al fin lo he entendido.

Miró su reloj y se puso recto. Durante un instante, pensé que no iba a morder el anzuelo, parecía que sabía que era un anzuelo, y que no quería preguntar. Pero no podía evitarlo, ¿verdad?

—¿Entender qué?

—Esto. —Nos señalé a los dos con las manos esposadas—. Al fin he comprendido de qué va todo esto.

Soltó un sonoro suspiro y echó la cabeza hacia atrás como si tratara de convencerse para no tener que seguir haciendo preguntas al respecto. Ya había desperdiciado demasiado tiempo conmigo esa mañana.

Era un hombre ocupado con una agenda muy apretada. Tenía cosas que hacer y una empresa que dirigir, joder.

Pero no le di tiempo suficiente para retirarse.

—Estás enamorado de mí —le dije.

Él no habría reaccionado con tanta intensidad si le hubiera dado en todo el morro con un ratón muerto. Se le tensó toda la cara.

Y. Fue. Maravilloso.

—Qué.

—Lamento no haberlo visto antes —dije, intentando sonar lo más sincera posible—. Y está claro que no lo estás gestionando nada bien, así que… podemos hablarlo si quieres.

Adrien no dejaba de repasarme la cara con la mirada, sin duda tratando de adivinar si le estaba tomando el pelo o si de verdad estaba loca. Le temblaba la piel debajo del ojo.

—A ver…, hay formas mejores de gestionar tus sentimientos que… —Levanté las muñecas esposadas—. Primero mandas a todo tu equipo de seguridad a perseguirme, luego me encierras en tu despacho, después encuentras la forma de obligarme a pasar el máximo tiempo posible contigo y ahora esto.

Su clara repugnancia era como un bálsamo para mi alma agotada. Yo podría vivir de su odio.

Así que continué.

—O sea…, es la segunda vez que me encierras en un cuarto, y esta vez con esposas de verdad. Combina eso con el hecho de que

el otro día me obligaste a suplicarte, y todo esto empieza a parecer como el típico libro romántico sobre la mafia. Y, a ver, para gustos, los colores, pero la verdad es que no es mi género favorito. Me van los alienígenas azules peludos con cuernos enormes y p… corazones aún más enormes. Y lo que de verdad me gustan son los rollos de canela, tanto hablando de comida como de tíos, ya sabes, esos tíos monos, amables y dulces, pero sobre todo los tíos que saben cocinar de verdad.

»En fin, para terminar, voy a tener que pedirte que te relajes y bajes un poquito la intensidad. Si quieres que paremos en la pastelería que hay al final de la calle después de correr para comprar unos rollos de canela, no me voy a quejar. A no ser que lleven pasas. De ser así, me voy a quejar un montón.

Adrien hizo de nuevo lo de ese parpadeo suyo de lagarto, tratando de adivinar sobre qué coño estaba divagando. En su defensa diré que yo había mantenido el gesto natural, serio, con el grado justo de preocupación. No me había salido del personaje ni una sola vez.

—Me podías haber pedido una cita sin más —le dije—. A ver, desde luego que habría dicho que no, pero al menos los dos nos habríamos ahorrado un montón de tiempo. La verdad es que nunca he entendido todo eso de «a un chico le gusta una chica, así que le tira de las coletas para llamar su atención». —Crucé las piernas y le sonreí.

Pensaba que había logrado dejarlo mudo, porque durante unos diez buenos segundos, lo único que hizo fue parpadear. Pero entonces dijo:

—¿Sabes que se te hincha la fosa nasal izquierda cuando mientes?

«Eh…, ¿desde cuándo?».

—No, qué va.

—Sí. E inclinas la cabeza hacia el otro lado.

—Yo no…

Hizo un gesto de indiferencia con la mano y me interrumpió.

—Me da igual. Hay que correr contra el reloj. Vamos.

El juego de palabras no había sido a propósito y me ignoró cuando se lo señalé.

Barbudo Uno y Barbudo Dos me ofrecieron toda una serie de disculpas avergonzadas cuando fueron a quitarme las esposas.

Pero esa mañana no me sentía para nada indulgente.

Tal y como prometió, Adrien me pasó su botella de un litro de agua en cuanto salimos a la calle y, sin más, nos pusimos a correr.

Fue inhumano.

Detesté cada doloroso segundo de la carrera de veintiséis minutos que me dejó sin aliento.

Pero lo logré.

Me ardían los pulmones, me quemaban los músculos, que estaban agarrotados y temblorosos, y juro que podía notar el sabor metálico de la sangre en la boca, pero lo logré, joder. Le seguí el ritmo a Adrien. (Casi todo el tiempo, salvo unos metros al final).

No sé quién de los dos estaba más sorprendido de que hubiera logrado hacerlo. Si él o yo.

No dejaba de lanzarme miraditas cada vez que me impulsaba lo bastante como para alcanzarlo después de que me hubiera dejado atrás, y creo que capté una mirada de sorpresa auténtica cuando por fin llegamos al final de la ruta. Pero, para entonces, sobre todo trataba de no vomitar o desmayarme, así que tiré su botella de agua a la hierba y me dejé caer allí mismo, luchando por meterme aire en los pulmones.

No me pidió la estúpida botella ni una vez. Seguía llena.

Puto sádico.

«No vomites. No vomites. No vomites».

—Creía que habías dicho que no corrías.

«Y así es».

«Por favor, no vomites».

—¿O también me has mentido sobre eso? —preguntó.

«¿Por qué no mides el diámetro de mis fosas nasales y el ángulo de inclinación de mi cabeza, imbécil?».

«Ria, por favor, no vomites».

Notaba cómo me bullía la sangre, estaba mareada. ¿Lo peor de todo? Adrien apenas parecía sin aliento.

De verdad que lo odiaba. Lo despreciaba a un nivel que no recordaba haber sentido hacia nadie ni nada en toda mi vida. Había un lugar reservado en el infierno para alguien que obligaba a otra persona a correr en contra de su voluntad. Y si no lo había, yo construiría uno para él.

Pero antes, tenía que recuperar el aliento.

Me giré de espaldas y parpadeé un par de veces ante el cielo teñido de color violeta. Inhalar, exhalar. Inhalar, exhalar.

—Levántate.

«Que te jodan».

Giré el cuello para mirarlo, rogándoles a mis piernas que se movieran. No lo hicieron.

Adrien miró su reloj, con la respiración casi normal ya. Ni siquiera estaba sudando demasiado. Tenía la piel cubierta con un ligero brillo, las mejillas un poco coloradas. ¿Cómo podía tener nadie tan buen aspecto después…?

No. Espera.

Lo siento. Buen aspecto no. No era la expresión adecuada. Me refería más a…

—Te has vuelto a quedar mirándome.

Estaba tan agotada que no tuve fuerzas para apartar la mirada.

—Necesito… aquí… un… segundo.

Otro vistazo impaciente al reloj.

—Como quieras. Me voy al gimnasio. Tienes setenta y cinco minutos exactos para reunirte conmigo en el despacho.

¿Iba a trabajar con él?

Pero antes de que pudiera preguntárselo, recuperó su botella de agua del césped y se marchó.

«Solo dos minutos más», me prometí, y me desplomé otra vez.

Y fue entonces cuando caí en la cuenta de que iba a tener que hacer todo eso otra vez al día siguiente. Y al siguiente. Y al siguiente.

Me di la vuelta y hundí la cara con un quejido en el césped cubierto de escarcha.

Alba tenía razón: me iba a matar de verdad.

Y, ¡ah!, qué muerte más lenta y tortuosa iba a ser.

10

Casi lo hago. Casi cojo un pequeño cactus del escritorio de Adrien y se lo lanzo a su estúpida cara de engreído. Se me crisparon los dedos y me picaban las palmas, y tampoco ayudaba que el pequeño cactus siguiera suplicando que lo cogiera.

En vez de eso, me concentré en la respiración y me permití escaparme a mi lugar feliz. Era como un monje, en realidad. Mi paciencia no tenía parangón.

—¿Quieres que lleve una campana? —Mi voz era agradable, tranquila, con un tono de curiosidad.

—Sí.

«Cógeme, Ria», rogaba el cactus. «Ya verás cuánto daño le hago si me lanzas contra su cabeza de idiota…».

Adrien me acercó una caja que estaba en su escritorio con un empujoncito. Era un reloj digital con una sola aplicación instalada: una campana de mayordomo.

—Sonará cada vez que te necesite —me explicó Adrien como si fuera demasiado tonta como para sumar dos y dos.

Se suponía que tenía que dejar todo lo que estuviera haciendo y acudir a él inmediatamente cada vez que sonara el estúpido cacharro. ¿Y qué era lo mejor de todo? La aplicación tenía función de seguimiento en segundo plano, así que podía (y lo haría)

informar a ambas partes del tiempo estimado que tardaría en llegar. Bien por mí.

«Mira todos mis pinchos y espinas. Los he hecho crecer yo solito. Mira qué puntiagudos son. Se le clavarán por toda la cara si me lanzas».

Adrien parpadeó como un lagarto, como si ya estuviera aburrido de tener que explicarlo todo.

—A veces la notificación irá acompañada de un mensaje o tarea; otras, solo te facilitará mi ubicación.

«Apunta a sus ojos, Ria. Allí se le clavarán bien los pinchos. Se me da genial clavarme en las cosas, no te haces una idea. Yo soy pura violencia».

Carraspeé. No pasaba nada. Todo iba bien. Claro que no sentía cómo me ardía la cabeza.

—¿Podré responder los mensajes? —pregunté con voz tranquila y suave.

Todo iba bien.

—No.

—Vale… ¿Me vas a dar otra forma de ponerme en contacto contigo?

—¿Por qué ibas a necesitar ponerte en contacto conmigo?

Me dolían los ojos del esfuerzo para no ponerlos en blanco.

—Por si tuviera alguna pregunta sobre la tarea en cuestión, por ejemplo —le expliqué.

—No te hará falta. Serán muy concretas.

«Madre del amor hermoso».

—De acuerdo. ¿Y si pasa algo y no puedo acudir al momento?

Chasqueó la lengua.

—Se supone que estás a mi disposición las veinticuatro horas del día. Ese es el trato.

Yo tenía las manos por detrás de la espalda, así que él no podía ver cómo las retorcía.

—¿Y si me atropella un autobús mientras hago alguno de tus recados? ¿No debería poder decírtelo?

Adrien hizo un gesto de indiferencia con la mano.

—Lo veré en las noticias. Además, la aplicación me avisará de cualquier golpe físico importante.

Fruncí el ceño.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

—Por si intentas hacerlo pedazos.

Ah. Vale. Lo entendía. Eso era algo que desde luego podría llegar a hacer.

Adrien se reclinó en la silla y entrelazó los dedos frente a él.

—No te lo quites —me ordenó.

«Última oportunidad, Ria. Lánzame a esos ojos puñeteros».

Me costó cada gramo de fuerza de voluntad tragarme mi orgullo y coger la caja. Me puse el reloj y traté de concentrarme en el lado positivo. Como, por ejemplo, por lo menos la correa era de un color cámel sutil y no de un estridente naranja fosforito. Y al menos no era un collar. (Aunque, de haberlo sido, de verdad que le habría lanzado el cactus).

—¿Quieres una demostración? —bromeó Adrien, con un brillo de picardía en esos ojos oscuros.

La última puta cosa que quería era una demostración.

—Claro, cómo no. Sería genial…

Me sobresalté con un grito ahogado cuando el cacharro se encendió de golpe y porrazo. Las vibraciones eran tan intensas que parecían *minielectroshocks*. Y, joder, qué sonido más estridente y desagradable.

Sonaba como si el cencerro de una vaca se tirara a lo bestia a la

alarma de un coche.

Esa experiencia terrorífica duró unos eternos cinco segundos y, cuando por fin se apagó, Adrien sonreía de oreja a oreja.

—¿No te encanta? —preguntó.

Yo tenía el corazón a mil por hora.

—¿Hay forma de…, eh, silenciarlo?

«¿Para que no nos dé a mí y a todo el mundo a mi alrededor un puto ataque al corazón cada vez que suene?».

—No. —El terror que vino a continuación era tan denso y abrumador que hasta podía saborearlo. Pero entonces soltó una risita ronca—. Puedes ajustarlo en la configuración.

«Gracias, joder». Solté todo el aliento que había estado conteniendo.

Vale. Así que tenía sentido del humor. Solo que era un poco sádico.

—Fantástico —dije, ignorando el dolor de cabeza que empezaba a crecer desde la base de mi ojo izquierdo. De verdad que me urgía que ese día terminara de una vez, y solo eran las ocho de la mañana —. ¿Me necesitas para algo más?

Adrien negó con la cabeza.

—De momento, no. Te daré un toque cuando necesite algo.

Una vez más, el juego de palabras no había sido a propósito.



Lo de «no necesitar nada» duró un total de nueve minutos. Y entonces empezaron a llegar las peticiones.

Al principio fueron un goteo: llevarle un café, dejar sus trajes en la tintorería, recoger un paquete. El tipo de recados triviales que yo había esperado. Pero entonces el reloj empezó a vibrar cada vez más

rápido. Y más rápido y más rápido y más rápido. Hasta que no fui capaz de recordar un segundo en el que no sintiera las vibraciones en la muñeca.

Puede que la experiencia no hubiera sido tan mala si no tuviera las piernas agarrotadas y doloridas por la carrera de esa mañana. Cada vez que tenía que ponerme en cuclillas o trotar, o incluso andar a un ritmo medio rápido, me ardían y dolían todos los músculos a modo de protesta.

Para cuando terminó el día sentía tanto dolor que decidí pillar un taxi para volver al apartamento. Aunque solo estuviera a quince minutos a pie.

—Entonces… ¿qué tal el día? —me preguntó Jamie con sarcasmo cuando me hundí boca abajo en el sofá con un quejido.

—Me duele todo —lloriqueé contra el cojín.

Tobigote saltó encima de mi culo y me dio con la patita.

—Ya lo veo. ¿Quieres un té?

Suspiré.

—Sí, por favor.

Regresó un par de minutos después con una taza humeante de té de menta, que colocó en la mesita de centro antes de sentarse a mi lado.

—¿Y ese reloj? —preguntó con curiosidad, señalando la correa de color cámel con la cabeza.

Justo en ese momento, esa maldita cosa volvió a vibrar.

Sollocé en el sofá.

—Haz que pare.

Me había dicho que ya había terminado por aquel día. Lo había dicho con su propia y estúpida boca.

Giré la cabeza lo justo para echar un vistazo a la pantalla y casi lloro de alivio. Solo era un mensaje. Ninguna tarea.

No te olvides de cargar el reloj.

Mañana no salimos a correr.

«Gracias, joder».

Volví a hundir la cara en el cojín.

—¿Tan malo ha sido? —preguntó Jamie con dulzura mientras me pasaba la mano por el pelo.

Solté un gruñido y, como si pudiera sentir mi angustia, Tobigote empezó a amasarme las lumbares.

A veces era tan dulce… Si me amasaba diez minutos más tal vez sería capaz de perdonarlo por su promiscuidad.

—Tu futuro marido es un sádico malvado —la informé—. Cada vez que sonríe, una pareja de nutrias dormidas se separa. ¿Has visto los vídeos? Se cogen de la mano cuando duermen. Son supermonas. Y él las separa cada vez que sonríe, Jamie.

—Ajá. Qué pena. Adrien tiene una sonrisa muy bonita.

—No —refunfuñé. Y añadí, cambiando por completo de tema—: ¿Sabes que dice que se me dilata la fosa nasal izquierda cuando miento?

Inclinó la cabeza al tiempo que estudiaba mi nariz.

—Ah, ¿sí?

—Dímelo tú. Eres la que me ha estado viendo la cara todos los días durante los últimos diez años.

—No me había dado cuenta —admitió—. De todas formas, nunca me mientes.

—¿Qué dices? Te miento todo el rato.

Me pellizcó el brazo.

—¡Ay!

Tobigote dejó de amasarme y decidió tumbarse sobre mi cabeza. Lo más probable que para que me callase.

Pero Jamie se lo llevó a su regazo antes de que pudiera ponerle fin a mi sufrimiento por medio de la asfixia. De verdad que no me daban un puto respiro.

—En cualquier caso —seguí diciendo—, o es muy observador y es algo que sí que hago de verdad o está mintiendo para intentar descolocarme y meterse en mi cabeza.

No es que le estuviera dando resultado, si es que ese era su propósito.

Yo estaba bien.

—¿Por qué no me dices una mentira y así te digo si se te dilata la fosa nasal?

Chasqueé la lengua.

—Tal vez no funcione si soy consciente de ello.

Se arrimó un poco más.

—Inténtalo. Te haré una pregunta y me mientes al responder.

Merecía la pena intentarlo. Me puse de lado para dejarle más espacio.

—De acuerdo.

—Vale, a ver… Mmm. —Bajó la mirada, pensando. Y entonces sonrió y me lanzó una mirada traviesa—. Adrien Cloutier está bueno, ¿sí o no?

—Eso es una tontería. Elige otra.

—Nop, lo siento. Adrien es un tiarrón tremendo, ¿sí o no?

—Ya nadie en absoluto utiliza la palabra «tiarrón».

—Sí o no —me insistió.

Puse los ojos en blanco con tanta fuerza que noté cómo se daban la vuelta.

—No —dije con firmeza.

Jamie soltó un grito ahogado, escandalizada.

—¡Mentirosa! —me acusó, señalándome la nariz—. ¡Se ha

hinchado!

«¿Qué?».

—No, qué va. —Yo había prestado especial atención a las sensaciones y desde luego que no había sentido nada.

—Claro que sí. ¡Mira! —Sacó el móvil y puso la cámara frontal para que pudiera verme en la pantalla—. Dime que Adrien tiene una cara asquerosa.

—Adrien tiene una cara asq… Pero ¿qué cojones?

Jamie soltó una risotada cuando me tapé la nariz con la palma de la mano. La fosa nasal izquierda se había, en efecto, retorcido y ensanchado cuando estaba a media frase.

—Pero ¡¿qué cojones?! —me quejé presa del pánico mirando el móvil.

Jamie tenía los ojos muy abiertos de puro entusiasmo.

—No me puedo creer que nunca me haya dado cuenta. ¿Cómo narices ha conseguido pillarlo tan rápido?

Ni lo sabía ni me importaba. Me puse de pie de golpe y fui derecha a por mi portátil.

—¿Qué estás haciendo? —me gritó Jamie.

—Reservar una consulta para una rinoplastia de urgencia, claro está.

No me quedaba otra opción.

11

Adrien me había pedido que le clasificara el correo.

Jamie: Bueno, no suena tan mal.

Así que le envié una foto de los montones (plural) de cartas de fans que había volcado en la mesa frente a mí, acompañada de otra foto de la primera carta que abrí. Polaroids de mal gusto incluidas.

Jamie: Me parto

Aquí está. Así es como me convertí en una supervillana.

Y tampoco es que fuera mala suerte en la primera. Un treinta por ciento de las cartas incluían contenido sexual explícito, de hombres y mujeres. El resto eran páginas de gente alabando los logros de Adrien, diciéndole lo mucho que lo admiraban y el impacto que había tenido en sus vidas, blablablá, y juro que si tenía que leer una sola cosa más sobre lo preciosos que eran sus hoyuelos, lo iba a maniatar y a rellenárselos a la fuerza.

«La próxima vez que digas eso en alto, lo más probable es que sea en terapia», me había dicho Jamie cuando le conté con qué

tenía planeado rellenarle los hoyuelos.

«No es ninguna broma», le había respondido. «Después de esto voy a necesitar terapia de todos modos».

Para cuando me ordenó «que me retirara» por la tarde, quería frotarme los ojos y el cerebro con un desinfectante industrial. No existía terapia suficiente en el mundo que me ayudara a olvidar lo que había presenciado ese día.

Me fui a la cama sabiendo que todavía me quedaba un montoncito por clasificar por la mañana.

Estaba bastante segura de que eso fue lo que provocó las pesadillas en forma de polaroid.



—Te lo he pedido bien caliente.

Le lancé a Adrien la más dulce e inocente de las sonrisas.

—Y eso es justo lo que he traído.

Inclinó un poco hacia abajo la comisura derecha de la boca mientras metía el dedo índice en su capuchino. No me creía.

Carraspeé.

—Si le das la vuelta al vaso, verás que el pedido refleja la temperatura exacta que has indicado. Ahí mismo lo pone…, señor.

Me estudió con un desinterés apático, como si el mero hecho de mirarme lo aburriera.

Yo quería arrancarle la tapa al vaso y verterle la bebida en el regazo. Entonces podríamos hablar de lo frío o caliente que estaba.

Adrien había despertado en mí una vena de violencia inesperada. Todavía no tenía muy claro cómo interpretar eso.

—Me da igual lo que ponga en el vaso. Ayer también estaba frío.

Apreté los labios para formar un puchero de preocupación, pero

solo porque parecía que él detestaba que lo hiciera. En efecto, deslizó la mirada hacia mi boca y se le endureció, y sus cejas se fruncieron durante un instante.

—¿Quieres que vuelva a por otro? —me ofrecí—. Esta vez puedo pedirles uno hirviendo.

Lo más probable es que así se evaporara la leche, pero no era mi problema. Y a los baristas seguro que tampoco les habría importado. Les había estado dando veinte dólares de propina cada vez que Adrien me mandaba a por un café. Es decir…, cuatro veces al día.

Además, tampoco importaba lo mucho que calentaran la leche. Eso no iba a compensar los cubitos de mi propio café con hielo que le estaba echando a escondidas a su bebida.

Adrien me despidió con un gesto de la mano.

—Tengo una reunión dentro de dos minutos.

Esa era mi señal. Quería que me fuera ya.

«Encantada».

Volví a la pequeña sala de reuniones que había junto a su despacho y me puse a trabajar en lo que quedaba de su correo.

No sabía cómo quería que clasificara las puñeteras cartitas, ya que no me lo había aclarado. Así que seguí un método lo más sencillo posible y lo limité a tres montones, porque, de todas formas, había muchas posibilidades de que me obligara a hacerlo todo otra vez.

Había un montón para las movidas obscenas y groseras que me hacían querer limpiarme los ojos con lejía, otro para los supergrupis aduladores que no dejaban de hablar de él y de sus logros, y otro para las cartas de agradecimiento que había recibido de varias organizaciones sin ánimo de lucro y fundaciones benéficas por sus donaciones y trabajo filantrópico.

El último montón era, para mi sorpresa, enorme, y tuve que

admitir (a regañadientes) que algunas cartas eran muy tiernas, sobre todo las que estaba claro que habían sido escritas por niños. Con esas había prestado especial atención, las había apilado de forma ordenada encima del montón y había añadido pósits con el nombre y la edad del remitente, además de un resumen de dos líneas por si Adrien no tenía previsto leerlas.

De verdad que esperaba que lo hiciera y de verdad que esperaba que las respondiera. Pero también sabía que eso solo era una mera ilusión.

A primera hora de la tarde, había reducido el montón a solo una docena de cartas sin abrir. Y tenía tantas ganas de terminar de una puñetera vez con la tarea que no me di cuenta de que el sobre que había escogido estaba en blanco. No tenía sello, ni remitente ni dirección de destino.

Adrien me había dado solo una instrucción cuando comencé con la tarea: si te encuentras un sobre en blanco, no lo abras.

Lo abrí.

Al principio la verdad es que no me enteré mucho de lo que estaba leyendo, porque el contenido era tan extraño y estaba tan fuera de lugar que me costó un par de segundos comprenderlo. Pero cuando lo hice, dejé caer la hoja de papel y me aparté de ella tan deprisa como si hubiera entrado en combustión.

Era una amenaza de muerte. Breve, clara y brutal.

Ah, e incluía la dirección de Adrien.

La dirección de su casa. Por lo visto, vivía en el ático PH2-32.

Me estiré la manga de la sudadera para cubrirme la mano antes de recoger la carta con cuidado. Aunque en realidad no tenía mucho sentido, porque ya había dejado mis huellas dactilares por toda esa maldita cosa.

La puerta del despacho de Adrien estaba medio abierta y apenas

toqué con los nudillos antes de entrar.

No se molestó en apartar la mirada de la pantalla y siguió tecleando con toda tranquilidad.

—¿Qué? —dijo cuando me detuve frente a su escritorio, sosteniendo la hoja con el brazo estirado, alejada de mi cuerpo. El corazón me bombeaba en el pecho.

—Hola. Eh…, ¿te acuerdas de cuando me dijiste que no abriera ningún sobre con pinta sospechosa y sin sello?

Adrien dejó de teclear y me miró despacio y con furia a la cara. Un parpadeo de lagarto como respuesta a mi incompetencia.

—Fue la única instrucción que te di —dijo despacio.

Juro que el tío estaba seguro de poder contar todas las neuronas de mi cabeza con una sola mano. Yo nunca había conocido a nadie que estuviera tan poco impresionado conmigo.

—Mmm…, sí, así es —coincidí—. Pero eso no es lo importante ahora.

Adrien abrió la boca para rebatirme, pero levanté un dedo para interrumpirlo.

—Eh…, escucha un segundo —dije, moviéndome nerviosa en el sitio. No sabía muy bien cómo darle la noticia… y lo cierto es que no quería enseñarle la carta. Porque era intensa y aterradora y ¿qué coño le pasaba a la gente?

Quiero decir, odiaba a ese tío más que a nadie, pero no creía que se mereciera una amenaza de muerte literal.

Adrien notó lo mucho que me estaba costando, se levantó y bordeó el escritorio. Di un par de pasos hacia atrás, girando el cuerpo para que la carta quedara fuera de su alcance. Pero, de todas formas, fue a por ella.

—Espera, Adrien, solo…

Se detuvo antes de cogerla e inclinó la cabeza al tiempo que un

destello de algo indescriptible le cruzaba el rostro. Y entonces me percaté de que sin querer lo había llamado por su nombre de pila, en lugar de «señor» o como fuera que quisiera que lo llamara.

—No es… una carta bonita —lo avisé.

Una expresión irreconocible se abrió paso en su rostro, que se endureció de nuevo antes de decir:

—Déjame verla.

Volvió a estirar la mano para cogerla y yo vacilé, levantando la palma sin pensar. Le dio contra el pecho cuando se inclinó hacia delante, contra ese pecho, para mi sorpresa, ancho y duro.

Bajó la barbilla y clavó la mirada en mi mano mientras yo sentía su pulso contra mi palma.

Aparté la carta.

—Lo siento.

Adrien volvió a cruzar su mirada con la mía y, por primera vez desde que nos habíamos conocido, no encontré veneno en sus ojos cuando establecimos contacto visual.

—¿Puedo ver la carta, por favor?

Esa inesperada amabilidad era una táctica, obvio, una muy eficaz.

Puse despacio la carta en su palma, sin darme cuenta de que me temblaba la mano hasta que la tuve delante. Adrien debió de percatarse también porque, en lugar de arrancarme la carta de golpe, me la quitó de las manos con suavidad.

—Tal vez deberíamos, eh, llamar a la policía —dije con un tartamudeo cuando le echó un vistazo a la carta.

Pero ni frunció el ceño ni pareció sorprendido por lo que estaba leyendo. Y antes de que yo pudiera ofrecerme para llamar a las autoridades en su nombre, dobló la nota por la mitad, la rasgó sin cuidado y la tiró a la papelera.

Como si fuera otra carta no deseada en una tarde cualquiera sin incidentes. ¡Aquí no hay nada que ver, gente!

Me quedé plantada en medio del despacho, boquiabierta.

—No es nada —dijo Adrien con frialdad—. No te preocupes por eso.

Eh, había leído la carta. Y desde luego que «nada» no es lo que era.

—¿No deberías…?

—No es nada.

—Pero…

—No es nada, Sanchez. Déjalo estar.

Una parte de mí quería discutirlo con él…, pero ¿qué hubiera dicho?

Adrien soltó un suspiro cuando vio que seguía allí parada.

—No es la primera que recibo y nunca pasa nada. Se supone que se filtran junto con las cartas de odio antes de llegar a mi escritorio, pero a veces se escapa alguna.

Por algún motivo, el hecho de que hubiera recibido tantas cartas de ese tipo como para tomárselo con esa… indiferencia me preocupó.

—Vale, pero ¿no deberíamos habérsela dado a la policía en vez de romperla?

Adrien ladeó la cabeza y metió las manos en los bolsillos de su pantalón de vestir. Lucía un traje gris piedra con los dos botones superiores de la camisa blanca almidonada desabrochados. Sin corbata.

No es que… estuviera haciendo un seguimiento de sus trajes ni nada. Es solo que… ¿cómo es posible que estuviera tan tranquilo con todo aquello?

—¿Qué más te da?

Parpadeé.

—¿Qué?

Adrien se encogió de hombros.

—¿Qué más te da?

—Es una amenaza de muerte literal, Adrien. ¿Cómo es que tú no le das importancia? Ahí aparecía tu dirección.

—Eso se filtró hace un tiempo —dijo—. Alguien lo publicó en el sitio web del club del odio que ahora moderas.

Se pudo oír cómo se me cerró la boca de golpe. Esa es la eficacia con la que me calló.

—Vete a casa —dijo con ese veneno silencioso regresando a su voz—. Por ahora has terminado. Te llamaré si necesito algo más.

El rubor me cubrió las mejillas y no dije nada más cuando me di la vuelta y salí del despacho de Adrien con la barbilla más hundida de lo habitual.

Lo primero que hice al llegar a casa fue rastrear los foros del sitio web del club del odio y empezar a denunciar las publicaciones que incluían cualquier dato personal de Adrien. No tenía permiso para eliminarlas, pero al menos así se ocultaban.

Y luego borré mi cuenta.

12

—¿Qué es eso?

Le dediqué a Adrien la más inocente de las miradas e hice como si no supiera de lo que estaba hablando.

—¿El qué?

Por norma general no solíamos hablar tan temprano, así que me salió una voz seca y ronca. Me aclaré la garganta.

Adrien movió la barbilla hacia mí, mirando con intención mi cadera mientras trotábamos.

—Eso —dijo.

—No es nada —repliqué con mi voz ronca mañanera para imitarlo. Me había dicho eso mismo tres veces el día anterior.

Podría haber jurado que por el rabillo del ojo vi cómo torcía los labios. Y no me extrañaba. Lo había clavado con mi imitación.

—Parece un espray antiosos —señaló.

Entonces no contesté y mantuve la vista en el camino. Tenía las piernas demasiado agarrotadas y doloridas como para correr otra vez. Odiaba esa mierda.

—¿Tienes previsto encontrarte con osos por aquí, Sanchez?

Me quedé callada, pero sobre todo porque ya me empezaba a faltar el oxígeno. Un problema que Adrien no parecía tener.

—¿Cómo sé que no has traído esa cosa para usarla contra mí o

contra cualquier otro ser humano? Porque eso sería ilegal —siguió diciendo.

«¿Sabes lo que es más ilegal? El intento de asesinato».

Mis ojos barrían el lugar sin querer, examinando toda la zona en la oscuridad. Filas de edificios, coches aparcados, matorrales. Trinos de pájaros de fondo, un motor acelerando un par de calles más allá y…

—Incluso aunque ese fuera tu plan —dijo Adrien, interrumpiendo mi ronda de vigilancia de la zona—, al menos deberías haber tratado de ocultarlo de algún modo, para que la otra persona no lo viera antes de tiempo.

—Disuasión —carraspeé. Pero, además, cuando hice la mudanza me traje una riñonera en la que meterlo. Tenía que volver más tarde a mi apartamento a por ella.

—Ya veo. No sé lo eficaz que puede ser un espray antiosos a la hora de disuadir a alguien con una pistola.

Levanté la mirada hacia él, ya jadeando.

—¿Crees… que… llevarían… una… pistola?

Adrien soltó una risita entre dientes cuando entramos al parque.

—De ser así, seguro que no te apuntan a ti.

Pero yo no estaba preocupada por mí.

No es que fuera a admitirlo en voz alta. Apenas me había permitido a mí misma reconocerlo.

«Si se muere, Alba no cobra», me repetía. Ese era el único motivo por el que estaba preocupada. Lo juro.

—¿No deberíamos… traer a Frankie… u otra… seguridad… en estas… salidas?

Pasó un largo rato antes de que él respondiera.

—No quiero un servicio de seguridad veinticuatro horas. El equipo de Frankie suele ser solo para eventos y apariciones públicas

oficiales.

Yo no le encontraba el sentido a eso. Le preocupaban los acosadores, recibía cartas amenazantes ¿y creía que no le hacía falta seguridad constante?

Volví a echar un vistazo a nuestro alrededor, lanzando una miradita hacia atrás, por si acaso. Y estaba tan concentrada en tratar de detectar movimiento entre los arbustos, las ramas y los árboles, que no me había dado cuenta de que Adrien se había detenido hasta que dijo mi nombre.

Fui desacelerando y me di la vuelta.

—¿Por qué te paras? —pregunté. ¿Había visto algo?

Me miró durante un instante antes de soltar un largo suspiro. Luego señaló el sendero que había tras él.

—Vamos. Te llevaré de vuelta.

Estaba doblada con las manos en las rodillas, tratando de recuperar el aliento.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Solo ven. Se ha acabado el entreno.

Me puse recta y me llevé las manos a las caderas al tiempo que me acercaba caminando hasta donde él se encontraba.

—Pero ¿por qué?

Titubeó y se movió nervioso en el sitio.

—A partir de mañana, ya no tienes que venir a correr. Me llevaré la botella yo mismo.

Eso debería de haber sido la mejor noticia que había recibido en toda la semana. Debería haber reído de regocijo y saltado de alegría y besado a la primera persona que viera (no a Adrien), como pasa en las películas. Porque detestaba todo lo relacionado con esas estúpidas salidas para correr.

Entonces, ¿por qué narices lo miré y le pregunté?

—Pero ¿por qué? No lo entiendo.

Adrien soltó un suspiro de frustración.

—De todas formas, odias hacer esto, así que deja de hacer un millón de preguntas y vámonos.

—Es solo una pregunta —lo corregí.

—Y no tengo por qué responderla. Vámonos.

—No, gracias. —Me di la vuelta y empecé a trotar de nuevo.

Tardó menos de dos respiraciones en alcanzarme.

—¿Qué estás haciendo?

Para ser sincera, no estaba segura.

—Correr.

—Te acabo de decir que te llevo de vuelta.

—Y yo he escuchado «has terminado tu trabajo». Eso significa que este tiempo de ahora es mío y quiero terminar la carrera.

—No, quieres fastidiarme.

No pude contener la sonrisita de satisfacción.

—Dos pájaros de un tiro.

—Sanchez.

Me detuve de nuevo, lanzando las manos al aire.

—Madre mía, ¿qué? A ver, ¿qué te pasa?

—Te estoy diciendo que te vayas a casa, que es lo que llevas deseando oír cada mañana desde el lunes. ¿Por qué estás siendo tan terca?

Ya, claro. Yo era la terca de los dos.

—Tal vez esta sea la puñetera discusión más estúpida que he tenido con otra persona. Y una vez discutí con un niño de seis años durante dos horas sobre qué tipo de crema de cacahuete es la mejor.

—Orgánica y baja en grasas, obvio.

Me quedé horrorizada.

—De verdad que todo en ti me da ganas de vomitar.

En la cara de Adrien se dibujó despacio una sonrisita.

—Eso es mentira.

Resoplé y empecé a andar, pero me detuve de nuevo cuando noté que me cogía del brazo con los dedos.

—De acuerdo, Sanchez. —Dejó caer la mano—. Si tienes tanto miedo como para traer espray antiosos cuando vamos a correr, no te voy a obligar a venir conmigo.

Parpadeé en su dirección.

—¿Eso es lo que te preocupa? ¿Que tenga miedo?

—No estoy preocupado.

Sonreí con satisfacción.

—Pareces preocupado.

Se pasó una mano por el pelo oscuro.

—Venga, vámonos. Ya hemos perdido suficiente tiempo.

—Vale. Vete.

Iba a terminar el entrenamiento tanto si me acompañaba como si no. Ya había salido de la cama y había calentado; pararme ahora me parecía malgastar el esfuerzo que había hecho.

Me empecé a mover antes de que él pudiera volver a replicarme, pero, en vez de marcharse, Adrien se puso a correr conmigo en silencio.

Diez segundos después, mis piernas, pulmones y pies me estaban insultando por no haber vuelto a casa. A veces parecía que yo era mi peor enemiga.



El pequeño lote de cartas sin abrir que había dejado el día anterior había desaparecido junto con los montones de cartas clasificadas.

La mesa de la sala de reuniones estaba vacía, y eso me dejaba con nada que hacer. Adrien me había puesto en espera de forma oficial, lo que podía decirse que era peor que tener mucho que hacer.

De verdad que no soportaba estar aburrida. Ese es el motivo por el que abrí aquella maldita caja del escritorio de Adrien en su día: aburrimiento.

Suspiré y me recliné en la silla, pero justo cuando estaba a punto de empezar a contar los puntitos de las placas del techo, me vibró la muñeca, haciendo que me recorriera una oleada de alivio y temor al mismo tiempo.

Necesito tu FDN.

Fruncí el ceño a la pantalla, tratando de descifrar qué significaba «FDN» porque no creía que quisiera saber mi fecha de nacimiento. Y cuando no se me ocurrió nada, me levanté y llamé a la puerta abierta de su despacho.

—¿Para qué quieres saber cuándo es mi cumpleaños?

Como de costumbre, no levantó la mirada antes de responder:

—No quiero saber eso. Necesito tu fecha de nacimiento.

Me crucé de brazos y me apoyé en el marco de la puerta.

—¿Qué diferencia hay?

—La fecha de nacimiento implica que necesito el año en que naciste, además del día y el mes. Cosa que me hace falta saber.

Le lancé una mirada recelosa.

—¿Por qué?

—La necesito para reservarte un vuelo, ya que esta semana ando corto de asistentes.

Mi cabeza salió disparada hacia delante.

—¿Reservarme qué?

—Un vuelo —repitió, empezando a sonar irritado conmigo y mis incesantes preguntas estúpidas. ¿Cómo me atrevía a seguir haciéndole perder su precioso tiempo?

—¿Y dónde narices voy a ir? —pregunté—. ¿Y cuándo?

—CB. Mañana. Y vamos juntos.

Vacilé.

—¿Disculpa?

Adrien se giró de golpe en la silla, prestándome al fin toda su atención.

—Vamos a ir a Victoria, Columbia Británica, mañana por la mañana. Mi vuelo es a las nueve y media y trato de reservarte una plaza.

¿Por eso no me había pedido nada en toda la mañana? ¿Había estado organizando esa mierda?

Me pasé la mano por el pelo y traté de contar hacia atrás desde cinco.

Pero entonces dijo:

—Me está resultando muy complicado entender por qué te cuesta tanto comprenderlo.

El cactus del escritorio empezó a gritarme de nuevo, rogándome que lo lanzara contra la nariz de Adrien.

—¿Por qué vamos a ir a Victoria? —solté con los dientes apretados—. ¿Por trabajo?

Se encogió de hombros.

—Para ti sí será trabajo.

¿Qué coño significaba eso?

—¿Y cuánto tiempo vamos a estar allí? —quise saber.

Se encogió de hombros una vez más.

—No lo sé todavía.

«Ria, ¡por favor! Porfi, porfi, porfi, espachúrrame contra la cara de este idiota. Me ocuparé de arañarle hasta que sangre. ¡Habrá muchísima sangre! ¡Te lo prometo!».

—¿Me puedes dar una estimación?

Echó la cabeza hacia atrás, haciendo como que se pensaba la respuesta.

—Por lo menos una semana.

Intenté inventarme una excusa, cualquier excusa, para evitar que me arrastrara con él a la otra punta del país durante una semana entera, pero supe por cómo inclinó la cabeza con anticipación que estaba esperando mi réplica.

—Prepararé la maleta para una semana, entonces —dije, logrando evitar que se filtrara el enfado a mi voz esta vez—. Y, solo para que me quede claro, ¿vamos en un vuelo comercial? ¿Con una aerolínea normal?

Supuse que la respuesta sería que sí, ya que trataba de reservar un billete, pero quería estar segura del todo. Lo último que necesitaba era que me engañara para que apareciera en el aeropuerto o en la terminal equivocada o lo que fuera.

—Sí. No utilizo mi avión a no ser que sea inevitable. No es bueno para el medio ambiente.

Parpadeé, con el cerebro atorado.

—¿Te… te preocupa el medio ambiente?

Me miró con el ceño fruncido.

—¿A ti no?

Sí, claro. Es solo que… vaya.

El cactus se calló durante un segundo. Pero solo hasta que cometí el error de decirle a Adrien mi fecha de nacimiento.

—Pareces mucho mayor —dijo entre risitas. Y entonces tuve que volver a contar hacia atrás desde cinco otra vez—. Ah, y tal vez

deberías irte a casa. Ya llegas tarde.

Ni siquiera quise saber a qué se refería.



Tenía un plan.

Se suponía que Jamie estaba trabajando y Tobigote solía dormir hasta bien entrada la noche, así que me iba a ir a casa, prepararía la maleta y luego abriría una botella de vino para poder rabiar borracha en paz.

Pero entonces, Adrien me trastocó los planes.

—Disculpe, ¿es usted Ria Sanchez?

Me detuve en seco, arrugando la frente hacia los dos hombres que estaban de pie junto a la puerta del apartamento. Había un montón de cajas de cartón y materiales de construcción bien apilados detrás de ellos.

—Sí…, soy yo.

El mayor de los dos, con el pelo desaliñado a lo Einstein, echó un vistazo a su móvil.

—Llega tarde.

—¿Disculpe?

—El señor Cloutier dijo que llegaría hace quince minutos. Hemos venido a construir el árbol.

«¿El qué?».

—¿Qué árbol?

—El árbol para el gato —explicó, volviendo a comprobar el móvil —. Es un regalo para, eh, mmm, ¿un tal señor Maguire? Señor Tobigote Maguire pone aquí.

«Me tienes que estar vacilando».

—¿Puedo ver eso, por favor?

No es como si pudiera escribirle a Adrien para confirmarlo. «¿Para qué ibas a tener que ponerte en contacto conmigo?», había dicho.

El hombre se encogió de hombros y me dejó el móvil.

En efecto, Adrien aparecía como el comprador en el pedido y Tobigote como el receptor del regalo. El precio estaba tachado, pero había una nota para que los hombres supieran que Tobigote recelaba de los extraños y que «por favor, respeten su espacio si así lo pide».

También se había ordenado a los hombres que pararan de trabajar si el gato empezaba a mostrar señales de estrés por la actividad.

Lo odiaba. Todo aquello.

Odiaba que se le hubiera ocurrido hacer eso. Odiaba la estúpida nota. Odiaba lo considerado que le hacía parecer. Odiaba lo mucho que a Jamie le iba a encantar todo el asunto. Y de verdad que odiaba el puto nudo en el estómago que sentía en ese momento.

Un nudo del todo injustificado.

Dejé pasar a los hombres al apartamento, metí a Tobigote en mi cuarto y fui directa a por el vino. La maleta podía esperar.

Los hombres estuvieron trabajando durante tres horas, taladrando, dando martillazos y midiendo, y yo contemplaba cómo crecía el «árbol» hasta que ocupó toda una pared del salón, del suelo al techo.

Era inmenso y… bastante increíble, la verdad. Había tubos, cuerdas, aros y puentes, por no mencionar varias hamacas (por si una no fuera suficiente).

También había un trono para que Tobigote se sentara junto a la ventana. Fue allí directo en cuanto lo dejé salir de mi cuarto, maullando y haciendo soniditos para dar su visto bueno.

Le encantó.

Mientras tanto, yo me había terminado (sin querer) la primera botella de vino mientras los hombres trabajaban sin descanso y estaba abriendo (sin querer) la segunda cuando, finalmente, Jamie llegó a casa.

—¿Qué… narices…? —Dejó caer el bolso cuando vio la monstruosidad, y sus ojos brillaron con lo que solo podía ser temor. A ver…, ¿tan obsesionado estaba con ella?

—¿Qué es todo esto? —preguntó, mirando la pared con la boca abierta de par en par. ¿También podía ver la cantidad de vueltas que daba todo? ¿O eso era solo por el alcohol?

—Tu futuro marido —expliqué, sirviéndome otra generosa copa de vino. Y así, sin más, la mitad de la botella recién abierta se había esfumado. Sin querer—. Una ofrenda de cortejo. Intenta seducirte mimando a tu gato gordo.

—¡Eh!

Tobigote maulló desde su trono, ofendido.

—Lo dijo él, no yo. —Levanté las manos, olvidándome por un momento del vino. La mitad de la copa se derramó sobre mi sudadera—. Ups.

Jamie frunció el ceño, preocupada, y con razón, por el gesto extraño y siniestro de Adrien.

—¿Estás borracha?

—No —dije, levantando la copa empapada—. ¿Más vino?

Se mordió el labio inferior, haciendo un gran trabajo para conseguir que su cara de extrañeza y temor pareciera lucir una sonrisa contenida. Debería haber sido actriz.

—No me puedo creer que haya hecho esto —dijo con un suspiro.

Puse los ojos en blanco.

—Ya. Alguien tiene que decirle a ese hombre que es demasiado.

—Y estaría encantada de ser yo esa persona—. No tienes más que decírmelo, Jams, y me iré ahora mismo a su apartamento para decirle a la cara lo siniestro y rarito que te parece. Ahora ya sé en qué apartamento vive. Una larga historia. Una carta breve, pero una larga historia.

—Estás borracha perdida y ambas sabemos que es guapísimo. Una belleza muy masculina con los hoyuelos más bonitos que hayas visto en tu vida.

—Discrepo, con toda la falta de respeto.

—Se te ha dilatado la nariz.

En fin. Di otro largo sorbo al mareante zumo de uva. Tal vez si tuviera suficiente alcohol en el cuerpo podría graparme la fosa nasal y ni siquiera notarlo. Y en teoría solo me hacía falta una para respirar.

—Deberías invitar a Adrien a cenar para agradecérselo —dijo Jamie.

Solté una carcajada por su graciosísimo chiste, agarré la botella de vino y me fui tranquila hacia mi cuarto para beber y hacer la maleta.

13

Qué bien que no tuviera que salir a correr con Adrien esa mañana porque, la leche, cómo me dolía la cabeza.

Gruñí cuando me empezó a vibrar la muñeca y me di la vuelta en la cama. «¿Qué hora es?».

Bzzz. Bzzz. Bzzz.

Traté de abrir los ojos, pero la luz de la mañana brillaba tanto que hasta dolía, así que de inmediato hundí la cara en la segura oscuridad que me ofrecía la almohada.

Bzzz. Bzzz. Bzzz.

Por Dios, ¿y ahora qué quería? Levanté lo justo la almohada que me protegía para echar un vistazo al estúpido reloj y procedí a sufrir un infarto al corazón al instante.

Diecinueve notificaciones sin leer.

«Diecinueve».

Y entonces vi la hora.

«Mierda».

«Mierda mierda mierda mierda mierda mierda».

Salí de un salto de la cama, solo para volver a caer desplomada en ella acto seguido con un quejido lastimero. Madre mía, qué náuseas.

Bzzz. Bzzz. Bzzz.

Entré a todo correr en el baño y me tomé un par de aspirinas antes de meterme el cepillo de dientes en la boca.

Iba con una hora de retraso y era muy probable que perdiera el vuelo, y eso le daría a Adrien una excusa perfecta para anular nuestro trato y todo, todo, lo que había aguantado hasta entonces sería en vano.

Volví a toda prisa a la habitación y me metí en un par de vaqueros, con el cepillo todavía sobresaliendo de la boca. Me puse el sujetador y la camiseta con la misma urgencia, aunque, por suerte, logré mancharlos muy poco de pasta de dientes.

Bzzz. Bzzz. Bzzz.

Me recogí el pelo enmarañado en una coleta y me aclaré la boca. Llevaba tal subidón de adrenalina en el cuerpo que se me pasaron las náuseas y el dolor de cabeza mientras garabateaba una nota para Jamie, agarraba la maleta y salía pitando por la puerta.

No fue hasta estar en el ascensor que consulté los mensajes de Adrien. El último fue el que apareció primero.

> Estoy en el aeropuerto. Si pierdes el vuelo, se anula nuestro acuerdo.

«Joder».



Nunca en mi vida había corrido tan rápido, borracha o sobria.

Me quemaban las piernas y el estómago me daba vueltas mientras esprintaba por todo el aeropuerto, rezándoles a todos los dioses habidos y por haber para llegar a tiempo al embarque. Al

menos uno debió de escucharme porque conseguí llegar a las puertas justo cuando estaban a punto de cerrarlas.

El encargado de las puertas de embarque no dejó de llamarme «suertuda» mientras escaneaba mi billete electrónico. Si tan solo supiera con qué y con quién coño estaba lidiando yo, «suertuda» sería el último adjetivo que utilizaría para describir mis circunstancias en ese momento.

Crucé con la respiración entrecortada la pasarela de embarque, con las ruedas del equipaje de mano girando de forma ruidosa tras de mí. Y sentía tantas náuseas y agotamiento que ni siquiera asimilé que Adrien me había reservado un billete de primera clase. Solo me dejé caer en el asiento a su lado mientras la amable azafata guardaba mi equipaje en el compartimento superior.

—Lo has conseguido —señaló Adrien con tono seco mientras no dejaba de tocar la pantalla del móvil.

Balbuceé algo incoherente como respuesta.

—Con menos de un minuto de sobra y pasta de dientes en la camiseta —siguió diciendo, con la mirada clavada en la pantalla.

¿Cómo podía saberlo? No me había mirado ni una sola vez hasta ese momento.

—Lo siento —conseguí decir entre resoplos y jadeos.

Y lo decía de verdad. Según sus mensajes, me había esperado treinta minutos antes de subirse al taxi.

Adrien no contestó a mi disculpa. De hecho, no dijo nada hasta que el avión estuvo bien alto volando y se repartió la primera ronda de aperitivos, y esperó hasta que tuviera la boca llena de galletitas saladas antes de preguntar:

—¿Le gustó a Tobigote su regalo?

Las galletitas saladas se convirtieron en grumos de serrín húmedos en mi boca y tuve que beberme la mitad del café para

tragármelas.

—Le encantó —carraspeé al final—. Y también a, eh, Jamie —añadí, ya que eso es lo que en realidad quería saber.

Asintió con un gesto brusco.

—Bien. Me alegro.

Bebí café de nuevo.

Antes de esta conversación me encontraba mejor de las náuseas, pero ahora no dejaban de pasarme por la cabeza imágenes de Jamie y Adrien casándose en las Bahamas al atardecer, bailando su primer baile al son de John Legend, y se me empezó a revolver el estómago de nuevo.

Nuestras vidas iban a estar entrelazadas para siempre. Tendría que verlo todas las Navidades y en cada cumpleaños, y tendría que ser amable con él todo el rato.

—¿Sanchez?

Volví a prestar atención a Adrien, que me miraba con el ceño fruncido. Y, la hostia, ¿cómo es que sus ojos eran de ese verde tan intenso?

«Me pregunto si sus hijos heredarán… Ay, Dios, no. Por favor, para ya».

Me aclaré la garganta.

—¿Sí?

—¿Estás bien?

Parpadeé en su dirección.

—¿Qué?

—Si estás… bien —repitió—. Te veo un poco pálida.

Me quedé en blanco al intentar hilar una frase que explicara mi color enfermizo, pero lo que me salió fue:

—¿Tienes novia?

Adrien frunció aún más el ceño e inclinó la cabeza a un lado al

tiempo que se me secaba la boca.

—O novio. —Se suponía que la aclaración iba a mejorarlo. No fue así.

—¿Por qué?

Lo bueno era que al menos ahora tenía un poco de color en la cara.

—Eh, mmm, no lo pregunto por mí —aclaré con elocuencia. Era por Jamie. No *por* Jamie, sino por mi propia paz mental con respecto a Jamie. Porque si tenía novia, todas mis preocupaciones se quedarían en nada—. Solo me lo preguntaba… por los demás.

Adrien me lanzó otra miradita larga y llena de recelo.

—No.

Suspiré, desplomándome de nuevo en el asiento.

—Vale.

Así que iba a pasar de verdad. Y lo único que podía hacer era sentarme a ver cómo los dos…

—¿Y tú?

Lo volví a mirar. Seguía frunciendo el ceño, pero había algo más en su gesto. Curiosidad, tal vez.

—¿Yo qué? —pregunté.

—¿Estás viendo a alguien?

Ahí estaba, mi oportunidad para arreglar todo aquello. Y solo tenía que taparme la nariz y mentir. Decirle que Jamie y yo estábamos en una relación romántica y comprometida y que tenía previsto pedirle que se casara conmigo en su cumpleaños ese mismo año. Y, ¡bum!, problema resuelto.

Pero ni siquiera yo era tan egoísta. Porque… no sé, ¿y si era su media langosta o algo así? Aborrecía del todo la idea de que los dos estuvieran juntos y podía expresarle mi preocupación a Jamie en voz alta, pero no me interpondría en el camino de su posible felicidad.

Aunque, si él le hacía daño, ya averiguaría yo la manera de reducir sus testículos hasta convertirlos en pasas diminutas.

—No —respondí—. No estoy viendo a nadie.

—Bien.

Espera.

—¿Por qué te parece «bien»?

Adrien se metió la mano en el bolsillo y sacó algo. Una cajita de terciopelo oscuro.

—Tenemos que hablar sobre Victoria.

14

Parecía un estuche para joyas. Como para un anillo.

Pero ¿por qué Adrien iba a llevar consigo un anillo de compromiso? Me acababa de decir que estaba soltero. ¿Acaso iba a ayudar a algún colega en la propuesta de matrimonio? ¿Por ese motivo estábamos de camino a CB? ¿Se suponía que yo tendría que ayudarlo de algún modo?

¿Y por qué sentía esa presión en el pecho de pronto? ¿Me estaba dando un ataque al corazón? ¿O era una respuesta al miedo?

—¿Es un anillo? —susurré, hablando en voz baja por si era un secreto. Adrien me respondió abriendo la caja y ¡santa madre de los diamantes!—. Es enorme.

—Necesito que te lo pongas.

Aparté las manos de él por instinto, llevándolas hacia el pecho.

—No. ¿Qué? No. ¿Por qué?

—Necesito que lo lleves puesto mientras estemos en la isla —repitió Adrien con frialdad—. Dame tu mano.

¿Se había vuelto loco?

—No te voy a dar la mano.

—Genial. Pues póntelo tú sola. —Me lanzó la caja.

Solté un grito ahogado y de forma automática salté del asiento para atraparla… solo para acabar tropezándome con mi propio pie y

volver a caerme. Hasta que alguien me agarró.

Adrien. Fue Adrien quien me agarró. En su regazo.

—¿Puedes… comportarte durante dos putos segundos? —me regañó en bajito.

—¡Eres tú el que ha lanzado la caja! —le susurré en la cara. Una nota de loción para después del afeitado me llegó a los pulmones, y la verdad es que me sacaba de quicio lo bien que olía—. ¿Qué narices te pasa?

Por suerte, logré atrapar el anillo antes de que rodara hasta debajo de algún asiento o algo así.

—Lo he lanzado despacio y te habría caído en el regazo si no te hubieras sacudido como un salmón recién pescado sobre el puto fuego.

Me rodeaba la cintura con el brazo y con la otra mano me sujetaba la muñeca. Y, por algún motivo desconocido, la cercanía estaba… como ralentizándome el funcionamiento del cerebro.

—Mmm, vale, tal vez deberías soltarme antes de que empiece a revolverme otra vez.

Un destello siniestro cruzó por un instante el rostro de Adrien.

—Si yo fuera tú, me iría acostumbrando a esto; nos va a hacer falta…

—Señora, lo lamento mucho, pero tengo que pedirle que regrese a su asiento. —Parecía como si la azafata, ahí plantada, de pie por encima de nosotros, con los labios apretados en señal de decepción, no estuviera dispuesta a aguantar ninguna de mis tonterías. Lo que, a mi parecer, era un poco injusto, porque había sido Adrien el que casi me había arrastrado a su regazo.

Aun así, no pude evitar ruborizarme mientras murmuraba una disculpa y volvía a mi asiento, demasiado consciente del firme cuerpo de Adrien mientras el mío se movía para apartarse de él.

Vale, entrenaba un montón. ¿A quién narices le importaba eso?

«A Jamie, lo más seguro. Le van los tíos supermazados».

Y de nuevo, sin más, volví a sentir náuseas.

—Vale, regresemos al tema que nos ocupa —dijo Adrien. No parecía para nada avergonzado por que lo hubiera regañado aquella azafata—. Necesito que lleves puesto el anillo.

Le puse la caja en el portavasos.

—No.

—No te lo estoy pidiendo.

Apreté los dientes y me crucé de brazos. Me iba a ordenar que lo hiciera, sabía que iba a hacerlo. Pero podía resistirme un poquito más.

—Sanchez, es parte del trato. Tienes que llevar el anillo.

Lo fulminé con la mirada.

—Antes dime lo que estamos haciendo.

—No tengo por qué darte explicaciones.

Joder, qué cretino era.

Saqué la caja del portavasos y la abrí, pero antes de que pudiera coger el anillo, Adrien puso la mano encima, y sus dedos cálidos me rozaron la piel.

—Vale. De acuerdo. Solo… espera. Vamos a relajarnos un segundo.

Eso no iba a pasar. La sangre me hervía en las venas y notaba el calor de la ira azotándome la paciencia a medida que se extendía por mi cuerpo. ¿Cómo era posible que una persona me sacara de quicio con tanta facilidad? Cada vez que ese hombre abría la boca, quería aplastar un cráneo con el puño. A ser posible, el suyo.

Se me movía el pecho con tanta intensidad arriba y abajo que parecía que acababa de esprintar por otro aeropuerto.

Se rio por lo bajo, haciendo gala de esos hoyuelos.

—De verdad que no puedes soportarme, ¿no?

—¿No es mutuo ese sentimiento?

Se mordió los labios y luego dijo:

—Sí… Vamos a tener que poner en pausa este jueguecito encantador que nos traemos.

Lo volví a mirar a los ojos, para nada distraída por el hecho de que sus dedos siguieran envolviendo los míos. Ninguno había soltado la caja.

—¿Me vas a decir por qué?

—Porque mis padres se creen que tú y yo estamos comprometidos.

Estallé en carcajadas.

Él no.

—Espera… espera, ¿qué?

—Mi familia cree que tú y yo estamos comprometidos y que nos vamos a casar.

Bum bum.

Seguí mirándolo a los ojos, intentando adivinar qué tipo de broma era aquella.

—No lo pillo.

Adrien se acercó un poco y se aclaró la garganta.

—Mi familia está convencida de que tú y yo estamos comprometidos y nos vamos a casar, y necesito que finjas que así es mientras estemos de visita.

Meneé la cabeza, tratando de aclararla. El suave aroma de su colonia no me dejaba pensar.

—¿Se te… se te ha olvidado tomar la medicación o algo así esta mañana?

—No —soltó.

—¿Estás seguro?

—Del todo.

—Eh…, entonces sigo sin pillarlo.

Suspiró. Fue un fuerte y pesado suspiro que se acabó convirtiendo en una risita suave.

—De acuerdo, Sanchez, vamos a visitar a mi familia. Se creen que estamos comprometidos y necesito que les sigas la corriente durante algunos días. Eso es todo.

Adrien hizo una pausa, dándome tiempo para asimilarlo. Pero yo tenía tantas preguntas que era difícil escoger solo una.

Bajé la mirada hacia su mano en mi regazo y al destello de terciopelo oscuro que asomaba entre nuestros dedos.

—Pero… ¿por qué?

—Es una larga historia.

—Me estás vacilando.

—No te hace falta saber el motivo, solo tienes que…

—Entonces, no. —Tomé la decisión justo en ese momento. No. Ni hablar. Era oficial, aquello había llegado demasiado lejos. Y creo que Alba coincidiría conmigo si lo supiera—. No voy a hacerlo. No estoy dispuesta a mentir a tu familia por ti, sobre todo cuando ni siquiera me das un motivo. Ahí es donde marco la línea.

Su gesto reflejó frustración.

—Tenemos un trato…

—No. —Podía anular nuestro trato si quería porque ni de coña iba a hacer eso por él. Era la hostia de turbio y… repugnante. Me parecía repugnante.

Adrien resopló por la nariz, apretando los labios. Entonces, cerró los ojos como si estuviera recomponiéndose.

—Vale —dijo al final—. Si de verdad quieres saberlo, es por mi madre. En los últimos años no ha dejado de… insistir en prepararme citas a ciegas, y siempre salen mal. Sin excepción. Y todo el lío que

hay que solucionar luego… no merece la pena. Hace seis meses, tras una experiencia mala en particular, me rendí y le dije que estaba saliendo con alguien.

Saqué las manos de debajo de su cálida palma y me crucé de brazos.

—¿Y?

—Y no puedo mantener la farsa eternamente. Sobre todo cuando no les he presentado a la mujer en cuestión…, y es ahí donde entras tú.

Seguía sin cuadrarme.

—¿Y dónde narices encaja todo eso del compromiso? ¿No bastaría con que estuvieras saliendo con alguien? ¿Para qué meter un anillo de por medio?

Ya estaba cansado de tener que explicarse. Lo notaba.

—Forma parte de una estrategia a largo plazo. Dentro de unos meses, les voy a contar que hemos roto. Una ruptura con una persona con la que crees que vas a pasar el resto de tu vida tiene más impacto que una ruptura normal. Así… conseguiré más tiempo antes de que empiece a insistir otra vez en lo de esas terribles citas.

—No puede ser tan malo —murmuré.

—La bomba de purpurina que encontraste en mi despacho fue cortesía de alguien con quien tuve dos citas hace ocho meses. Y no es el primer regalo que me ha enviado.

Enarqué una ceja, extrañada.

—¿Por qué? ¿Qué le hiciste?

—¿Por qué piensas que le hice algo?

Y como no estaba de humor para responder preguntas tontas, dije:

—¿Por qué no eres sincero con tu madre y le dices lo mucho que detestas esas citas?

—Es una mujer sensible —insistió—. He intentado decírselo con cariño, pero… digamos que así es mejor para todos los involucrados en el asunto.

No lo creí.

Algo fallaba. No… encajaba. Había como un millón de formas mejores de gestionar esa situación, y yo era lo bastante inteligente como para saberlo. Así que, o bien estaba mintiendo, o bien me estaba ocultando información. Era imposible que se tratara solo de no herir los sentimientos de su madre.

—¿Qué conllevaría esto? —le pregunté con cautela—. Es decir…, ¿qué es lo que tendría que hacer yo?

Se le contrajo la mejilla izquierda y se le tensó la mandíbula durante un instante.

—Tendríamos que actuar como una pareja que se acaba de comprometer. Felices, enamorados y todas esas chorradas sentimentaloides. Tendrá que ser convincente.

Bum bum.

—¿Y cómo se supone que lograremos que sea convincente? Es decir…, ¿nos cogeremos de la mano delante de ellos? —De pronto no se me ocurría lo que hacían las parejas normales en público. Tenía la mente en blanco.

—Para empezar, sí.

Bum bum. Bum bum. Bum bum.

—Estás como una puta cabra si te crees…

—Te liberaré del trato, te escribiré una carta de recomendación para tu futuro jefe y le devolveré a Alba su trabajo con efecto inmediato después de este viaje.

Sentí como si alguien me hubiera puesto el cerebro en pausa. Parpadeé en su dirección.

Me miraba con tanta intensidad que me dejó sin aire.

—Si consigues que sea creíble y convences a toda mi familia de que estamos felices y enamorados, haré todo lo que te he dicho.

Vale…, de acuerdo. Fijo que había algo que no me estaba contando.

—¿Y te crees que tú serás capaz de conseguir que parezca creíble?

La mayor parte de nuestras conversaciones terminaban con ambos queriendo arrancarle la cabeza al otro. El mero hecho de mirarlo me hacía apretar los puños. ¿Cómo creía que íbamos a poder sacar esa historia adelante?

Adrien asintió, con confianza.

—Sí. No creo que esa parte vaya a ser un problema.

Ah. ¿Así que yo sería la que haría que nos descubrieran? ¿Era eso lo que estaba insinuando?

—Adrien, ni siquiera eres capaz de mirarme sin que se te marquen tres venas enormes en tu gorda frente.

Hizo con la boca ese tic divertido.

—A ver qué te parece esto, entonces. Si nos descubren por mi culpa, seguiré cumpliendo con todo lo que he mencionado.

Me mordí el labio inferior. Estaba claro que el hombre había perdido algún tornillo de su cabezota. Pero, por otra parte…, Alba recuperaría el trabajo al cabo de una semana y yo ya no tendría que aguantar más las chorradas de él.

—¿Me puedo quitar el reloj? —pregunté.

—Sí.

«Gracias, joder».

—Y has dicho que estaremos allí una semana, ¿no? ¿Siete días?

—No debería ser más de una semana, pero vamos a redondearlo a diez días. Por si las moscas.

Podía hacer eso. Diez días es mejor que…

—Ah, espera —dije, poniéndome recta—. El dormitorio. Quiero mi propio cuarto. No es negociable.

Otro tic en la boca.

—Nos vamos a quedar en la casa de invitados. Tiene dos dormitorios y tendrás tu propio baño. ¿Algo más?

—Sí. Lo quiero todo por escrito.

Asintió, esbozando una sonrisita de satisfacción.

—Trato hecho.

—Trato hecho.

Le estreché la mano y cogí la caja de terciopelo. Saqué el anillo de diamantes y me lo puse en el dedo con una sonrisa. Solo diez días y todo eso habría acabado. No tendría que volver a relacionarme jamás con Adrien Cloutier.

«Que comiencen los juegos de las mentiras».

15

—Ostras.

Miré embobada la mansión, aflojando los dedos que sujetaban las asas de mi bolsa de viaje. El sitio era inmenso. La fachada se parecía un poco a los hoteles Cloutier clásicos, con tejas oscuras y piedra de color claro. También había una fuente enorme en el exterior y un montón de flores y arbustos bordeando…, bueno, todo.

La finca era preciosa; con encanto, pintoresca y enorme.

—Ya, lo sé —dijo Adrien poniéndose a mi lado.

El coche que nos había llevado hasta allí dio una última vuelta por encima de la crujiente grava y salió de la propiedad, dejándonos solos con nuestro equipaje. Y mi anillo.

Desde que salí del avión no dejaba de notarlo en el dedo. Me empezaba a parecer algo pesado y voluminoso, como un ancla. Por eso Adrien había esperado hasta el último momento para contarme lo que pretendía hacer. Cuanto menos tiempo tuviera para pensarlo, menos tiempo tendría para darme cuenta de la terrible idea que era.

Apreté los labios mientras me invadía el temor. ¿Estaba dándole demasiadas vueltas a las cosas o había un millón de formas diferentes en las que todo eso podría explotarme en la cara?

—Deja de darle vueltas —murmuró Adrien, observándome como si me pudiera leer la mente—. No te compliques. Estamos

comprometidos, estamos enamorados. Eso es todo.

—¿Cómo nos conocimos? —pregunté, sin dejar de analizar la casa con los ojos entornados. Doce dormitorios, aposté.

—Por tu hermana. En la cena de empresa de Navidad del año pasado.

—¿Dónde te declaraste?

—Lo hiciste tú.

—No, qué va.

Diez baños. Dos aseos y ocho completos. Y seguro que tenían cine, bodega, biblioteca y más de una piscina.

¿Se seguían llevando los salones de baile? De ser así, esa casa tendría que tener por lo menos uno. Y puede que también una o dos mazmorras secretas.

Adrien soltó una risa contenida.

—Mi amigo Ethan abrió un restaurante italiano hace un par de meses. Tiene un patio fantástico en la azotea. Digamos que lo reservé entero, tuvimos una cena romántica y luego te solté la pregunta. Lloraste. Un montón. El violinista también soltó alguna lagrimita. Porque yo lo había hecho francamente bien.

—¿No se supone que el objetivo de todo esto es que sea creíble?

—Puedo ser muy romántico, Sanchez. Todo el mundo lo sabe.

Me tocó a mí reírme.

—¿Algo más que deba saber?

Adrien apretó los labios, pensando.

—Mi cumpleaños es el nueve de enero, mi color favorito es el rojo, odio el marisco y soy alérgico a los gatos.

Enarqué las cejas, sorprendida por la última frase.

—¿En serio?

—Sí. Me empiezan a picar la garganta, los ojos y la nariz. Es como una pesadilla.

Eso no tenía ningún sentido.

—Pero si no dejabas de frotar a Tobigote con la nariz cuando lo conociste.

Adrien sonrió de nuevo, con hoyuelos y todo.

—Y lo pagué, créeme. Aunque mereció la pena. Es bastante mono.

Me coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja, apartando la mirada. Sentí las tripas saltar a la comba. Por los nervios y por nada más que eso.

—¿Alguna otra cosa que deba saber?

—Nop.

—¿Y no me vas a preguntar si hay algo que tú debas saber sobre mí?

—Qué va. —Agarró su bolso de viaje—. Te investigué a fondo después de lo de Halloween. Sé todo lo que hace falta saber.

Puse los ojos en blanco. Iba a ser la semana más larga de toda mi puñetera vida.

—¿Estás lista? —preguntó.

—Ni lo más mínimo.

—Perfecto. Vamos.

Reprimí un quejido y arrastré los pies hasta la puerta con el corazón latiendo a mil por hora.

Adrien me lanzó una última miradita antes de llamar al timbre. Contuve el aliento.

«Va a salir bien. Puedes hacerlo. Por Alba y Olive».

Sonaron pasos tras la puerta.

«Puedes hacer cualquier cosa durante diez días».

La puerta se abrió, alguien chilló y arrastró a Adrien a un abrazo.

—¡Addy! ¡Mi tesorito! ¡Holaaa!

Tenía que ser su madre. Ni por un instante creí que alguna otra

persona pudiera llamar a Adrien Cloutier «tesorito» y decirlo en serio.

Solté un bufido tembloroso por la nariz y me obligué a sonreír. Lo sentí más como una mueca que como una sonrisa, pero crucé los dedos para que no pareciera eso.

«No te olvides, estás comprometida y enamorada, así que tienes que estar muy ilusionada por conocer a su familia. ¡Demuéstralo!».

—Mi bebé —murmuró la madre de Adrien con ternura con su voz suave y llorosa. Era alta, esbelta y tenía el mismo pelo oscuro que su hijo—. Te he echado de menos, cariño.

Adrien soltó una risita tierna, abrazándola con fuerza.

—Yo también a ti.

—He criado a un mentiroso. Si eso fuera cierto, no habrías dejado pasar siete meses desde tu última visita. —Y cuando por fin lo liberó del abrazo, le puso las manos debajo de la cara, agarrándola con cariño.

Mientras se sorbía la nariz, pude notar que tenía los ojos húmedos y no apartaba la vista de su hijo, con un gesto que rezumaba puro amor y cariño. Entonces él me señaló con la cabeza.

—Quiero presentarte a alguien.

Bum bum.

Los enormes ojos verdes de la señora Cloutier se posaron en mí y se le arrugaron por las comisuras cuando esbozó otra dulce sonrisa. Soltó a Adrien y chocó las palmas de sus manos frente a ella como si no pudiera contener su alegría.

—Hola —dijo—. Debes de ser Ria.

Traté de tragar el nudo de nervios que tenía en la garganta y extendí la mano.

—Es un placer conocerla, señora Cloutier…

Pero antes de poder terminar mi saludo ensayado, la señora

Cloutier estiró los brazos para darme un gran abrazo. Pestañeé, con las manos paralizadas en el aire mientras ella me apretaba con fuerza.

—Ay, cielo, estoy encantada de conocerte. Y, por favor, llámame Julie.

Adrien me miró enarcando una ceja desde detrás de su madre, preguntándome en silencio si sabía lo que era un abrazo. Volví a carraspear y le devolví el estrujón a Julie, dándole incómoda golpecitos en la espalda. Olía un poco a lavanda y a miel. Era… agradable y reconfortante.

—Ay, Dios mío, déjame echarte un vistazo. —Julie me soltó y puso las manos en la zona superior de mis brazos para que no me moviera mientras valoraba la situación. Aparté la mirada al tiempo que me iba invadiendo el calor desde el cuello. Remarcó la sonrisa y juro que se le empezaron a llenar los ojos de lágrimas de nuevo—. Ay, Addy, no exagerabas. Es todo un bellezón.

Miré a Adrien, esperando que pusiera los ojos en blanco. Pero solo apretó los labios y bajó la barbilla.

No fue un gesto de asentimiento. Estaba bastante segura de que solo tenía un interés inmenso en el suelo.

—Debéis de estar agotados, chicos. Entrad, entrad. Podemos ponernos al día y charlar adentro. Addy, encárgate del equipaje, ¿vale?

—Ah, no, ya lo cojo yo —traté de insistir, pero Adrien me hizo un gesto con la mano para que no me molestara.

—No pasa nada —dijo, acercándose a mi equipaje—. Lo llevaré a la casa de invitados mientras conoces a todos.

Me invadió una oleada de pánico. ¿Me iba a dejar a solas con su familia? ¿Tan pronto? ¿Durante cuánto tiempo?

—Ay, no, cariño. Están haciendo obras en el tejado de la casa de

invitados. No os podéis quedar allí.

Todo el cuerpo de Adrien tembló antes de quedarse rígido como una piedra.

—¿Qué?

—Una rama atravesó el tejado durante la gran tormenta que hubo la semana pasada. Está hecho un desastre. Os he preparado un cuarto para los dos arriba.

Un momento. Un momento.

«Un momento».

Di un paso atrás e hice un gesto de negación con la cabeza a Adrien, con los ojos abiertos de par en par.

No. Ni hablar. Le había dicho que quería mi propio cuarto.

Yo no era la única que estaba entrando en pánico. Por primera vez desde que lo conocía, Adrien parecía haberse quedado sin palabras. También parecía incapaz de respirar.

—Espero que no os importe —siguió diciendo Julie, mirándome de nuevo—. La habitación está en el ala oeste, así que seguiréis estando apartados, si la privacidad es lo que os preocupa. Debería habértelo dicho antes, pero con todo lo que tuvo Addy encima la semana pasada… Bueno, tenía cosas más importantes de las que preocuparse.

Adrien me miró a mí y luego a su madre, parpadeando como un lagarto. De verdad, de verdad que si no le decía de inmediato que nos íbamos a un hotel o algo así, que no contara conmigo.

Volvería andando a Toronto si era necesario.

—No pasa nada —dijo con la voz tensa y ronca—. Estaremos bien en la casa principal.

«Bueno, llegó el momento de llamar a un taxi».

—Mmm. ¿Sabes? La verdad es que no me siento…

—Creo que vamos a ir derechos arriba para refrescarnos un poco

antes de saludar a todos —me interrumpió Adrien, con una miradita cargada de intención.

Le fruncí el ceño.

Julie miró primero a su hijo y luego a mí, y la tensión hizo que le flaqueara la sonrisa.

—Sí, claro, por supuesto. Tomaos vuestro tiempo. Solo le diré al resto que habéis llegado. La cena estará lista a las siete, por si os apetece entonces.

Adrien le dedicó una sonrisa.

—Seguro que bajamos antes de esa hora.

Julie nos volvió a mirar a los dos una vez más.

—De acuerdo. Vamos. Os enseñaré vuestra habitación.

Cogimos nuestro equipaje (agarré mi bolsa antes de que «Addy tesorito» pudiera siquiera pensar en hacerlo él mismo) y Julie nos guio por el inmenso vestíbulo de la casa, las escaleras y a través de un pasillo con una espléndida decoración. Habría apreciado más todo aquello si no estuviera furiosa.

—No —exclamé en el mismo instante en el que se cerró la puerta.

Adrien se llevó un dedo a los labios, señalando con los ojos la puerta que había tras de mí.

No me importaba una mierda que su madre siguiera ahí afuera.

—No, Adrien. Teníamos un trato. Dijiste…—Adrien me agarró del brazo antes de que pudiera terminar la frase, interrumpiéndome—. ¿Qué coño haces? ¡Suéltame!

No hizo tal cosa, no hasta que estuvimos apretujados dentro de un pequeño armario para las sábanas. Y remarco la palabra «pequeño». Apenas entrábamos sin que nuestros cuerpos se rozaran. Podía sentir el calor que irradiaba de él, de verdad.

Suspiró.

—Vale. Ya sé que esto no es lo que habíamos hablado…

—No.

—Solo escúchame.

—No.

—Sanchez.

—¡No! —¿Cuántas putas veces tenía que repetirlo?

Adrien exhaló el aire por la nariz, frustrado, mientras se revolvía el pelo. Entonces se quitó la chaqueta y la dejó en el suelo. Y no me extrañó. Ya hacía un calor sofocante allí dentro.

Pero había tan poco espacio que el movimiento hizo que gran parte de su cuerpo se presionara contra gran parte del mío. Y como él era como una puñetera estufa, a mí me daba la sensación de que yo estaba ardiendo.

—Lo siento —dijo por fin.

Me pilló tan por sorpresa que hasta abrí un poco la boca.

—De verdad que no me esperaba lo del tejado —continuó—. Pero podemos arreglarlo. Tal vez se pueda poner un parche de emergencia o algo en los próximos días. Mientras tanto, te puedes quedar con la cama. Yo dormiré en el suelo.

La cercanía de nuestros cuerpos me estaba haciendo difícil pensar con claridad. De verdad que odiaba lo bien que olía.

—No es suficiente —repliqué.

Volvió a suspirar antes de cerrar los ojos y mover los labios como si estuviera discutiendo consigo mismo.

No es que tuviera la mirada clavada en su boca.

Noté que movía la garganta al tragar saliva y entonces, cuando abrió los ojos de nuevo, reflejaban una obstinada determinación.

—Dormiré en la bañera y cerraré la puerta del baño. Así tendrás el cuarto para ti sola por la noche.

—No.

—Yo…

Madre mía. ¿Es que no lo entendía?

—Adrien. Para un segundo y solo piensa en lo que ocurriría si nos viéramos forzados a compartir la habitación solo por un día. Solo uno.

Tenía las pupilas tan dilatadas que yo apenas podía ver el anillo verdoso que las rodeaba. Casi todo era negro.

—Míranos. En este momento —dije—. No va a funcionar. Incluso aunque accediera, ni de coña íbamos a lograrlo. Nunca nos creerán.

Solo necesitaba ponerle un espejo delante. Tenía los ojos oscuros y con un aire salvaje; sus brazos, fuertes, estaban tensos; las mejillas, sonrosadas; la mandíbula, prieta y… el afeitado, perfecto. Olía a, eh, loción para después del afeitado y jabón y cedro y… a un perfume ligero y especiado que me hacía contraer los dedos. De rabia, lo más probable.

Se le volvió a mover la garganta… y ahora ya no apretaba los labios. Los tenía semiabiertos y un poco rojos. Seguro que de toda la ira que sentía… Nos odiábamos, así que… eso era…

—Sanchez.

«¿Mmm?».

—Te has vuelto a quedar mirándome.

Parpadeé un par de veces, saliendo de… lo que cojones fuera aquello. Falta de oxígeno, lo más probable. El espacio era demasiado pequeño para una persona, ya no digamos para una persona y un bombero enorme.

A ver, no un bombero de verdad. Eso no tendría ningún sentido. Quería decir que el hombre estaba ardiendo. Del calor que irradiaba, y…

«La leche, Ria. Sssh».

Dios, qué difícil era pensar allí dentro. El calor me estaba

derritiendo el cerebro.

El gesto de Adrien se relajó un poco, sus ojos brillaban con un… nosequé divertido. No podía descifrar bien esa emoción.

—No te estaba mirando. Estaba observando —aclaré.

Torció la comisura de la boca para esbozar una sonrisa engreída con hoyuelos incluidos que hizo que me diera un vuelco el corazón. Una vez más, de rabia. Lo más probable.

—No pasa nada —dijo—. No es culpa tuya. Ya me han dicho que tengo unos labios fantásticos y unos hoyuelos preciosos.

—Pues te han mentido a la cara. Tus labios son, como mucho, mediocres, y esos hoyuelos están torcidos y tienen un aspecto ridículo. Y ahora déjame salir para que pueda llamar a un taxi.

Los labios mediocres de Adrien mantuvieron esa sonrisa divertida.

—Acabas de mentir. Y no creo que vayamos a tener ningún problema en convencer a mi familia de que somos pareja si me sigues mirando así.

Podía sentir cómo me ruborizaba, pero me negué a achicarme.

—Te miro como si quisiera matarte. Porque quiero matarte. Todo el día, todos los días.

Volvieron a aparecer esos hoyuelos torcidos.

—Claro que sí, Sanchez. Finjamos que eso es lo que pasa.

Le sostuve la mirada.

—No voy a hacer esto contigo, Adrien. No si tenemos que compartir el cuarto.

No se inmutó.

—Le doblaré la prestación por maternidad a tu hermana si te quedas.

Madre mía.

—Has perdido la puta cabeza.

—Así que lo harás.

Quería decirle que no, de verdad. Pero no salió absolutamente nada cuando abrí la boca. Es que… ¿de verdad le iba a doblar la prestación? ¿El doble?

Sabía que le vendría bien, eso es lo que me detuvo. Con las gemelas de camino…, la hipoteca, la guardería cuando volviera al trabajo…

—Nos vamos a matar —le prometí—. No lo digo en broma. Va a ser un baño de sangre.

—No importa. Siempre que puedas mantener la farsa delante de mi familia —insistió—. Puedes hacer toda la sangre que quieras de puertas adentro.

¿Qué coño le pasaba? ¿De verdad que todo aquello era solo por lo de las citas a ciegas?

—¿Crees de verdad que podrás hacerlo? —le pregunté—. ¿Y resultar convincente?

—No va a ser un problema. —Lo dijo con tanta seguridad y arrogancia que me molestó un poco.

—Lo que tú digas, tío. Tú te la juegas. —Y era bastante cierto. Yo sentía impulsos asesinos cuando estábamos cerca, pero si él quería aprender la lección por las malas, que así fuera—. Lo quiero por escrito de inmediato. Antes de la cena y antes de que interactúe con tu familia. Si no, abandono.

Entonces pasé por debajo de su brazo y salí del armario.

Por fin. Podía respirar de nuevo.

16

Cuando llegó la hora de la cena, mi corazón era un revoltijo de ansiedad y latidos descoordinados.

No entendía por qué estaba tan nerviosa. Si acababa por liarse parda (lo que sin duda ocurriría), era Adrien el que tendría que explicarlo todo. Yo solo me marcharía con discreción y reservaría un vuelo de vuelta a Toronto. Ya lo tenía todo por escrito.

—Vale, es la hora. No te voy a permitir que lo demores más —dijo Adrien, cerrando el portátil. Nos habíamos pasado las dos últimas horas sin apenas dirigirnos la palabra mientras él trabajaba —. No quiero llegar tarde a la cena.

Tuve la tentación de pedirle otros cinco minutos más, pero ya lo había hecho tres veces y estaba claro que se le estaba agotando la poca paciencia que tenía. Así que solté un suspiro de resignación y me obligué a levantarme de la butaca reclinable en la que me había acurrucado.

El «dormitorio» que nos habían asignado era del tamaño de un estudio apartamento pequeño y estaba decorado como la suite de un hotel de lujo. Había una enorme cama con dosel con cortinajes de color azul intenso, un balcón grande, una pequeñita zona de estar acogedora con una chimenea tradicional, una zona de bar con encimera y otra exclusiva para trabajar, que Adrien había

monopolizado desde el primer momento.

Ah, y también había dos vestidores (ambos unas diez veces más grandes que el armario de las sábanas donde nos había embutido Adrien) y dos duchas con entrada directa y cabezal de lluvia.

En circunstancias normales, estaría eufórica por poder alojarme ahí una sola noche. Pero no eran circunstancias normales.

—De acuerdo. Acabemos con esto —dije con un gruñido, frotándome las sudorosas manos en los vaqueros.

Me había pasado la última hora mirando servicios de mesa formales, decidida a no quedar como una tonta por mezclar la cuchara de la ensalada con un tenedor para la sopa o lo que fuera. (Jamie me había obligado a ver *Shrek 2* un montón de veces. Sabía la cantidad de cubiertos que usaban los ricos).

—Ese es el espíritu —murmuró en tono seco.

Bajamos las escaleras con Adrien al frente. Había una vocecilla en mi cabeza que no dejaba de decirme que huyera. Que todavía no era demasiado tarde para escapar. Y estaba tan concentrada en tratar de ignorarla que no oí el murmullo de la charla hasta que todo estalló en gritos y ladridos y carcajadas, y pegué un respingo.

—Ah, ¡aquí está!

—¡Por fin! ¿Por qué narices habéis tardado tanto?

—¡Guau, guau!

—Qué elegante, chico. Me gusta la camisa.

—Bah, está hecho un puto viejo. Puedo verle las patas de gallo desde aquí.

—Gracias, Malicia.

—Alice, esa boca. Adrien, no llames a tu hermana Malicia.

—Guau, guau, grrr, guau.

—Ese mote ni siquiera tiene sentido. Me llamo «Alice», no «Alicia». Sin una gota de creatividad y con la cabeza de chorlito.

Cero de diez.

—Guau, guau, guau.

—Que se tranquilice todo el mundo, la vais a asustar.

—Estoy de acuerdo. Dais un espectáculo bochornoso. Sobre todo tú, Maxipad.

—¿Dónde está tu chica? ¿Ya ha huido?

—Déjala pasar. La tengo que avisar.

Me había quedado paralizada detrás de Adrien en cuanto empezó todo el jaleo, con el corazón a mil por hora en el pecho. Estábamos de pie bajo una arcada que (en teoría) daba al salón, y la ancha espalda de Adrien no me permitía ver gran parte del espacio. Hasta que se apartó.

—Os presento a mi prometida, Ria.

Cuatro pares de ojos muy abiertos me observaron cuando entré vacilante en la estancia. Julie estaba de pie junto a una gran chimenea de piedra, con una sonrisa de oreja a oreja. Me tendió una mano para que me aproximara a ella.

—Pasa, pasa. Te voy a presentar.

Me acerqué con el corazón en un puño. Julie me colocó una mano reconfortante en la espalda cuando llegué hasta ella, que no era capaz de ocultar su emoción mientras señalaba a su marido, el antiguo CEO de los Hoteles Cloutier.

—Este es Anthony, mi marido.

—Un placer —dije, estrechándole la mano.

Anthony era un hombre guapísimo y se parecía tanto a Adrien que era como echar un vistazo en una máquina del tiempo.

—El placer es mío, Ria. Qué bien poder conocerte al fin.

—Y esta es mi hija, Alice —dijo Julie, virándome hacia la derecha.

—Hola. —Alice se levantó de un brinco del sofá, tendiéndome la

mano. Era preciosa. Veintipocos, por su aspecto, con el mismo pelo oscuro y ojos verdes que su hermano—. ¡Qué alegría conocerte! Adrien ha sido tan reservado respecto a ti que de verdad había empezado a sospechar que era mentira. Hasta me había planteado que estaba saliendo con un tío y actuando de forma extraña por algún motivo, o que estaba harto de todas las citas a ciegas que mamá seguía insistiendo en organizarle…

—Vale, ya basta, Alice —la frenó Adrien. Ella se rio entre dientes y volvió a desplomarse en el sofá.

Ya me caía bien, y no solo porque hubiera dicho que Adrien era un cabeza de chorlito.

—Y por último, pero desde luego no menos importante, este es Robert, mi padre —dijo Julie después de reprender a su hija con la mirada.

El señor mayor sentado en el sillón reclinable rojo se levantó, apoyándose en un grueso bastón. Lucía un chaleco de punto de color verde limón, a juego con los calcetines, y llevaba unas gafas ovaladas con cristales tan gruesos que sus ojos parecían dos almendritas. Ah, y tenía un loro gris encaramado en el hombro derecho.

—Hola —dije—. Encantada de conocerte, Robert.

—Llámame Gampy. Robert me hace parecer viejo.

La verdad es que no quería hacerlo. Ya era todo demasiado incómodo.

—Gampy entonces —dije.

—Y este es Maxwell.

El loro inclinó la cabeza, mirándome con curiosidad, y entonces ladró.

—¿Acaba de…? —¿Era él el que había estado ladrando todo el rato? Habría asegurado que tenían un perro.

—Algunos días le gusta fingir que es un perro —me dijo Alice—. Y se queda mustio si lo corriges, así que, por favor, no lo hagas. Consolarlo es todo un proceso y no podré soportar otras cuarenta y ocho horas de Eminem agresivo.

—Tiene buen gusto —afirmó Gampy, moviendo orgulloso su blanco bigote—. Es gracias a mí. Malicia solo está celosa.

Me mordí los carrillos mientras Adrien se reía.

—Guau. *Rap God*. *Rap God*.

—¿Habla? —No sé por qué me sorprendí tanto. Era un loro, claro que hablaba.

—No vamos a poner *Rap God* en la cena —le dijo Alice—. No es el momento de poner tu música.

—Que te calles.

—Esos modales, Maxwell —lo regañó Julie mientras Anthony le daba un beso entre risas en la sien. Empezaba a sonar un poco exasperada—. Tenemos una invitada.

—Dime otra vez que me calle y te asaré a la parrilla en tu propia jaula, mierdecilla. Seguro que estás riquísimo con salsa de ajo.

—¡Alice! —Julie estaba horrorizada.

Maxwell se ahuecó las plumas y extendió las alas.

—Que te calles.

Alice se abalanzó contra él, pero Maxwell fue más rápido. Saltó con un «kía, kía», aleteando hasta la pequeña lámpara de araña, que empezó a balancearse con la fuerza de su aterrizaje.

Julie se llevó la palma de la mano a la frente, mientras el rubor le cubría las mejillas.

—Lo siento mucho. Han tenido una gran bronca antes de que llegarais y todavía no se ha tranquilizado —me dijo, y le ordenó a Maxwell que se bajara. Se suponía que no debía subirse ahí, y lo sabía.

El pájaro le ladró, negándose a cooperar.

Alice lo llamó «pollo a la gloria».

Se volvió loco.

—Tengo hambre. ¿Qué hay de cenar? —dijo Adrien, apoyando un hombro contra la pared y con las manos en los bolsillos. Como si eso fuera solo una noche cualquiera más con su familia.

Maxwell tarareó algo sobre que su madre hacía espaguetis y Alice lanzó un cojín a la lámpara.

—¡Que no cites a Eminem!

Maxwell graznaba como un loco, aleteando mientras se balanceaba. Cabía la posibilidad de que la lámpara se cayera encima de la cabeza de Gampy, que, aun así, se quedó allí tan tranquilo, sonriendo.

—La verdad es que he hecho espaguetis —admitió Julie con resignación—. También hay varias carnes a la parrilla y algunas opciones vegetarianas. No sabíamos si tienes algún tipo de restricción dietética, Ria, pero espero que haya algo que te guste.

Meneé la cabeza, aclarándome la garganta.

—Suena todo delicioso. Gracias.

Alice se dio la vuelta, lanzando la almohada arrojadiza de vuelta al sofá.

—Sí. Yo también tengo hambre. ¿Cenamos?

Anthony se frotó las manos.

—Sip. Vamos.

Gampy miró a Maxwell.

—Vamos, Maxy, es la tregua de la cena.

El ave obedeció al instante y bajó volando hasta su hombro derecho.

Y luego todos empezaron a salir de la sala riendo y charlando. Fui detrás de ellos, pestañeando, un poco boquiabierta.

—Vamos. —Adrien me dio un empujoncito en el hombro y los seguimos, dejando la lámpara de araña balanceándose a nuestra espalda.



La cena estaba resultando ser… bastante increíble.

Había un número normal de cubiertos, la comida estaba deliciosa y la diversión era inigualable. Lo contrario de lo que había esperado.

Maxwell era más inteligente que la mayoría de los humanos, y él también lo sabía. Alice y él tenía una rivalidad graciosísima, y cuando no eran ellos los que discutían, eran Adrien y ella.

O «Nadrien», como lo llamaba Maxwell; y también «Cabezón cagón».

Alice se echó a reír en cuanto salió ese nombre.

—Se lo enseñé cuando tenía seis años —declaró orgullosa para diversión de su abuelo y clara consternación de su madre.

Adrien empezó a decirles a ambos que se fueran a tomar por la palabra que empezaba por una enorme C, pero se vio interrumpido por el extremo del bastón de su abuelo golpeándolo en las costillas.

—Tregua de la cena —le recordó Gampy.

Maxwell, que tenía su propio sitio en la mesa al lado de Gampy, siguió comiéndose sus mangos, del todo indiferente al jaleo.

—Bueno, Ria, háblanos un poco de ti —dijo Anthony en cuanto sus hijos tuvieron la boca lo bastante llena como para estar callados —. Y empieza desde el principio. Hasta ahora, Adrien ha guardado un molesto secretismo con respecto a ti. Ni siquiera nos dijo cómo te llamabas hasta hace unos días.

—Espera, espera —se metió Alice antes de que yo pudiera decir nada—. ¿Quieres saber primero nuestras teorías? Al cabo de un

tiempo empezaron a ser bastante descabelladas.

—A callar, Alice. —Julie chistó a su hija—. Ria, cariño, no le hagas caso. Teníamos muchísimas ganas de conocerte. Adrien ha llevado tan en secreto vuestra relación…, y la noticia del compromiso ha sido tan repentina. Como es natural, todos sentimos mucha curiosidad.

En ese momento parecía que los ojos de todos estaban clavados en mí, expectantes. Y de pronto fui muy consciente de lo que hacía mi fosa nasal izquierda. Porque si Adrien había sido capaz de identificar mi tic, ¿por qué no iba a hacerlo también el resto de su familia? Seguro que no había pensado bien en eso cuando se le ocurrió ese brillante plan suyo.

«No tienes por qué mentir…, cuéntales toda la verdad que puedas y omite el resto».

Dejé el tenedor en la mesa y di un sorbito al vaso de agua.

—Eh, bueno, siento deciros que la realidad va a ser con toda seguridad menos interesante que vuestras teorías —comencé, evitando mirarlos. Iban a quedar tan poco impresionados… Yo no conocía muy bien el historial de parejas de Adrien (sobre todo porque nunca me había importado lo bastante como para estar al día de su cobertura mediática), pero seguro que había salido con algunas mujeres interesantes—. Nací en Toronto y allí crecí. Mi padre era de Colombia; mi madre, de Sicilia y, eh…, a ver…, tengo una hermana mayor…

¿Y qué más? Estaban Olive y Ben, y… ¿Por qué no se me ocurría nada más sobre mí que no fuera nombrar a los miembros de mi familia?

—Venga ya —se quejó Gampy cuando la pausa fue demasiado larga—. No me refiero a eso. Eso es solo un resumen incompleto de tu familia. Háblanos de ti, chiquilla. ¿A qué facultad fuiste? ¿En qué

trabajas? ¿Practicas algún deporte o tocas algún instrumento? ¿Cuáles son tus *hobbies*? ¿Y cuántos incluyen cadáveres?

Alice resopló por la nariz.

—Eso forma parte de su teoría.

Me había empezado a quedar sin aire a mi alrededor. Sabía que esa conversación iba a tener lugar y creía que estaba, de algún modo, preparada mentalmente para ella. Pero no. Hacía más de diez años de la última vez que conocí a la familia de alguien importante en mi vida. Y… entonces tenía muchas más cosas sobre las que hablar.

Bajé la mirada al plato medio vacío y estrujé con los dedos la servilleta que tenía en el regazo.

—Eh, la verdad es que no fui a la universidad —admití en voz baja—. En cuanto al trabajo, eh, acabo de dejar uno y estoy buscando el próximo. Y sobre lo del deporte o los instrumentos musicales… —agaché un poco más la cabeza por si me delataba la fosa nasal con la siguiente frase. Elegí las palabras con cuidado—, ahora mismo no hago ni una cosa ni la otra.

La mesa se sumió en un silencio incómodo mientras todos empezaban sin duda a preguntarse qué es lo que Adrien había visto en mí. Qué teníamos en común.

La respuesta era, en efecto, nada. Adrien y yo no teníamos nada en absoluto en común. No tenía ningún sentido que fuéramos pareja.

—Está siendo modesta.

Se me quedaron los dedos paralizados en el regazo y se me heló la sangre. Adrien iba a empezar a mentir sobre mis logros para salvar las apariencias y hacer que nuestra relación fuera más creíble. Porque era evidente que él nunca habría acabado con alguien como yo en la vida real, y su familia lo sabía.

—La eligieron para dar el discurso de despedida en la ceremonia de graduación del instituto y se graduó con una media casi perfecta.

Giré la cabeza hacia él, enarcando las cejas.

—Fue la presidenta del consejo de estudiantes y tiene más premios académicos que todos los de esta mesa juntos. Toca el saxofón, fue la capitana del equipo de debate y del equipo de fútbol de su instituto y salimos a correr juntos cada mañana. —Se detuvo y dio un golpecito con el índice en la mesa—. También se le ha pasado mencionar todo el voluntariado que ha hecho.

Abrí la boca, sorprendida. Pero ¿qué cojones? ¿Hasta qué punto había investigado en mi vida? ¿También sabía mi tipo de sangre? ¿El champú que utilizaba?

—Ostras —dijo Alice, cruzando los brazos mientras se reclinaba en la silla—. Sí que te has quitado importancia.

¿En serio? ¿O tan solo no quería admitir que mis éxitos más relevantes y recientes databan de cuando era una adolescente?

El instituto se había acabado. Ya no era esa persona. Todos esos premios estaban en una caja sin nombre en el sótano de Alba, acumulando polvo y telarañas. Y el único motivo por el que no habían acabado en el contenedor de la basura era porque ella me había pillado tratando de deshacerme de ellos y había intervenido.

Ya no jugaba al fútbol, ya no corría y no tocaba un saxofón desde hacía diez años. Por no mencionar… No me había pasado por alto la atenta elección de palabras de Adrien cuando habló de lo del discurso de despedida. Porque que me hubieran elegido para darlo no significaba que lo hubiera hecho.

Pero ¿cómo narices podía saber él eso?

Forcé una sonrisa, pero flaqueó y se desvaneció demasiado rápido como para ser convincente.

—Eso fue hace mucho tiempo. Ya no hago la mayor parte de

esas cosas.

Anthony se limpió la comisura de la boca y meneó la cabeza.

—No subestimes tus logros así, chiquilla. Es una mala costumbre.

«Ya no tengo ningún logro que subestimar», quise decirle. Pero me mordí la lengua y, en vez de eso, asentí.

—Es un buen consejo.

—¿Hay algún motivo por el que no fuiste a la universidad? —me preguntó Gampy al tiempo que empezaba a cortar otro mango para Maxwell. El loro ladró y graznó, moviendo la cabeza de arriba abajo, entusiasmado—. Mi mujer formó parte de las comisiones de admisión de varias universidades a lo largo de su carrera. Podrías haber obtenido con facilidad unas cuantas becas si había algo que te interesara.

—¡No me digas! —se metió Alice, ahorrándome tener que responder. Todavía estaba apoyada contra el respaldo con los brazos cruzados, mirándome pensativa. Entonces desvió la mirada hacia Adrien—. Oye, ¿sabes a quién se parece? Esta conversación me acaba de desbloquear un recuerdo.

Adrien meneó la cabeza.

—Da igual. ¿Pasamos al postre?

Pero Alice seguía mirándome y empezaba a entrecerrar los ojos como si tratara de recuperar los detalles de su confusa memoria.

—No. En serio. ¿A qué instituto fuiste, Ria?

—No creo que coincidiéramos —respondí con una leve sonrisa.

Inclinó la cabeza.

—¿Cuántos años tienes?

—Alice —dijo Adrien a modo de advertencia.

—No me importa —dije, encogiéndome de hombros. Nunca me ha preocupado decir la edad—. Tengo veintiocho.

Ella pestañeó, moviendo los dedos agarrados a su brazo izquierdo como si estuviera contando. Entonces se le quedó la mano paralizada de golpe, puso los ojos como platos, abrió la boca con sorpresa e inhaló con fuerza.

—Alice, ¿puedo hablar contigo un segundo en la otra sala? —Adrien ya estaba bordeando la mesa.

—La hostia. No p…

—Disculpadnos. —La agarró del brazo y casi la sacó a rastras del comedor mientras todos observábamos, confundidos.

—No me puedo creer la de veces que he tenido que disculparme por el comportamiento de mis hijos hoy —dijo Julie con una sonrisa avergonzada.

Sonó un portazo en algún sitio de la casa.

—Bueno, dentro de poco será parte de la familia. Más le vale acostumbrarse —dijo Gampy—. Solo va a ir a peor a partir de ahora —me prometió con un guiño.

Le devolví la sonrisa con educación. No me importaba para nada. Me recordaba un poco a nuestras cenas familiares, cuando era niña, con Alba, nuestro padre y nuestra abuela. Las echaba de menos.

—Por cierto, ¿ya habéis decidido la fecha o el lugar donde celebraréis la boda? —preguntó Julie.

—La verdad es que todavía no hemos hablado de ello —dije, rascándome la nariz. No era una mentira como tal. No habíamos hablado de esas cosas.

—Nos encantaría que la hicierais aquí —propuso Anthony con delicadeza—. Si os apetece. Sin presión.

—Aunque solo sea la fiesta de compromiso —añadió Julie—. Si necesitáis algún tipo de ayuda con la organización, decídmelo sin problema.

Y ese fue el momento justo en el que me empezó a invadir la

culpa. Era por cómo me miraban. Por cómo entrelazaban sus dedos encima de la mesa.

Como si ya estuviera.

Como si por fin fuera a suceder.

Por fin su hijo se iba a casar y no cabían en sí de alegría.

Y yo era una desgraciada allí sentada, mintiéndoles sobre lo que se suponía que iba a ser uno de los acontecimientos más felices de su vida.

Traté de tragarme el espinoso nudo de vergüenza que se me había formado en la garganta, pero no parecía ceder.

—Qué amables por ofrecerlo. Lo hablaré con Adrien y os diremos algo.

Esa respuesta pareció contentarlos e intercambiaron una mirada de emoción que se me clavó en el pecho. De verdad que esperaba que Adrien tuviera un plan para contarles lo de la ruptura. Y esperaba que por lo menos lo hiciera con delicadeza.

Alice y él regresaron al comedor menos de un minuto después, con Adrien a la cabeza. Parecía tranquilo y sereno, como si no hubiera pasado nada fuera de lo normal. Su hermana, por otra parte, parecía una niña de seis años culpable que estuviera haciendo lo imposible por ocultar un secreto.

—Lo siento —dijo Adrien mientras se sentaba a mi lado.

Alice permaneció en silencio y con la mirada gacha.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Gampy, empujando el puente de sus gruesas gafas.

—De nada —dijo Adrien con frialdad.

Maxwell escogió ese instante para recitar sin fallos la letra de una canción de Eminem sobre algo del regreso de Shady, y Gampy se rio, acariciando con afecto el cuello del loro.

Adrien aprovechó la oportunidad para desviar con disimulo la

conversación hacia la llegada de otros familiares a lo largo de esa semana. Al parecer, estábamos allí todos para celebrar el trigésimo quinto aniversario de Julie y Anthony. Habían organizado una gran fiesta y todo, algo que Adrien no se había molestado en contarme antes de que bajáramos al salón.

Intenté seguir el hilo de las conversaciones lo mejor que pude, pero era demasiado consciente de las miraditas que me seguía lanzando Alice. Aunque cada vez que la pillaba, apartaba de golpe la vista.

Lo sabía. Sabía que yo era Wally.

17

Tenía un problema.

Y no uno pequeño.

Con las manos en las caderas y la boca abierta, clavaba la mirada en la maleta abierta, sin creérmelo. Tres cajas sin abrir de tampones, dos camisetas arrugadas, un par de pantalones de yoga, varias gomas de pelo, una bolsita con premios con sabor a atún para gatos, un mando a distancia sin identificar (sin pilas, por algún motivo), mi pasaporte y una botella de vino vacía. Eso es lo que había metido la Ria borracha en la maleta para ese viaje. Premios para gatos y una botella de vino vacía en lugar de ropa interior.

Ah, y no tenía nada que ponerme para la fiesta de la que Adrien no me había hablado antes de llegar.

Qué puto desastre de vida.

Paseé por el vestidor que me había tocado con las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros. Adrien volvía a estar en el escritorio de roble, trabajando de nuevo en el portátil.

—Oye, ¿hay algún centro comercial cerca? —le pregunté, intentando parecer lo más tranquila posible.

No levantó la mirada.

—Hay uno grande a diez minutos. En coche.

—¿Y qué te parecería si me escapo mañana un par de horas?

—Haz lo que quieras, pero vuelve a tiempo para la cena. De todas formas, me voy a pasar gran parte del día trabajando.

«Vaya. Qué fácil ha sido».

—Y, eh, todavía no hemos hablado de cómo vamos a dormir —dije bajando la voz, por si había alguien afuera.

Eso captó su atención.

—¿No habíamos quedado en que dormiría en la bañera?

Puse los ojos en blanco.

—No te voy a hacer dormir en una bañera durante diez noches, Adrien. Al contrario que tú, yo sí que tengo conciencia.

Resopló.

—Gracias. Entonces dormiré en el suelo, en el lado derecho de la cama. Tú puedes dormir en el izquierdo. Así no tendrás tentaciones de patearme la cara en medio de la noche y fingir que ha sido sin querer.

Me mordí el labio inferior para contener una sonrisa. Eso parecía sacado de mis fantasías más vengativas.

—Me parece bien.

—Genial.

—Guay.

Ese era el fin natural de la conversación, pero seguí hablando.

—¿Y qué es lo que ha pasado contigo y Alice en la cena? ¿Algo que deba saber?

—No es nada —dijo tras una breve pausa.

Me crucé de brazos, dispuesta a darle otra oportunidad de que me contara la verdad.

—¿Seguro?

Esta vez la pausa fue más larga.

—Te has quedado mirándome, Cloutier —dije.

Ni siquiera esbozó una sonrisa.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Depende. ¿Qué es?

Cerró el portátil.

—¿Por qué no fuiste a la universidad?

Eso era lo último que esperaba que me fuera a preguntar. Menos mal que tenía la respuesta preparada, cargada y ensayada hasta la perfección.

Me encogí de hombros.

—No quise ir.

Lo había dicho tantas veces que ya ni me parecía una mentira. Casi me había convencido a mí misma de que era verdad.

—Mentira.

Me puse un poco tensa, apretando con más fuerza los brazos en el pecho.

—No todo el mundo se puede permitir una educación universitaria, Adrien.

—Pero tú sí —replicó, poniéndose de pie—. He visto tus expedientes académicos y sé lo de todas esas actividades extracurriculares: fútbol, consejo de estudiantes, banda de jazz, debate, programas preparatorios para la facultad de derecho, programas preuniversitarios de esto y aquello y, aun así, no sé cómo, conseguiste obtener una media casi perfecta.

Yo no podía ni respirar. Me quedé ahí plantada, intentando parecer y actuar lo más normal posible mientras Adrien se acercaba. Se detuvo a un par de centímetros y cruzó sus fuertes brazos, imitando mi postura.

—No todo el mundo se puede permitir una educación universitaria, pero no todo el mundo es como tú —dijo.

Me encogí de hombros.

—No sé de qué manera tocar en una banda de jazz iba a

ayudarme a pagar los setenta mil dólares que costaba la matrícula.

Se le levantó la comisura derecha de la boca.

—Y haces esa cosa.

—¿Qué cosa?

—Eso de fingir que no sabes de lo que habla la gente. Como si fueras muchísimo menos inteligente de lo que eres en realidad.

Rogué a mis fosas nasales que se estuvieran quietas.

—Yo no hago eso.

Torció el gesto.

—¿De verdad te vas a quedar ahí fingiendo que no podías haber conseguido una beca completa para la mitad de las universidades del país?

Di un paso atrás y me apoyé con calma en la pared que había tras de mí.

—¿Y tú te vas a quedar ahí y fingir que desconoces mis antecedentes? Cualquier investigación medio decente lo hubiera sacado a la luz, y lo insinuaste en tu despacho, ¿te acuerdas?

La oscura mirada de Adrien se afiló, y dio otro paso adelante. Tuve que estirar el cuello para mantener el contacto visual.

—No cuadra del todo.

—¿Hay algún motivo por el que lleves tratando de invadir mi espacio personal todo el día? —le pregunté, intentando no inhalar demasiado.

—¿No te gusta?

—No. —Fue automático, ni siquiera pensé en taparme la nariz.

Advertí un fugaz destello de sus hoyuelos y noté una presión en el pecho.

—Mentirosa.

—¿Acaso quieres que me guste? ¿Y a qué viene esa sonrisita de mierda?

Se encogió de hombros.

—Si te atraigo, eso facilita mucho toda esta farsa.

—No me atraes.

Soltó una risita.

—Es peor cuando intentas evitarlo.

Iba a agarrar la grapadora de su escritorio y graparme la nariz en cuanto terminara esa conversación.

—Si yo fuera tú, me iría acostumbrando a lo de estar cerca de mí —siguió diciendo—. Las parejas comprometidas no están todo el rato a metro y medio de distancia.

—¿No podemos ser una de esas parejas que respetan el espacio personal del otro y que no hacen demostraciones públicas de afecto?

—No.

—Ni siquiera te lo has planteado.

—Ni voy a hacerlo.

Me mordí el labio inferior.

—¿Por qué estoy aquí en realidad?

Los ojos de Adrien se posaron un segundo en mi boca, y se mantuvo del todo inexpresivo cuando dijo:

—No lo sé. ¿Por qué no fuiste a la universidad?

—Ya te he dicho que no quería ir. Pensaba que no merecía la pena —insistí, ignorando la presión que me oprimía el pecho—. ¿Y sabes que llevamos hablando casi diez minutos sin decir nada en realidad?

Adrien dio un paso atrás.

—Tienes razón. Es una pérdida de tiempo. Me voy a duchar. En la de la izquierda, por si sientes la tentación de echar un vistazo.

Y el muy cabrón me guiñó un ojo.

Le hice un gesto obsceno y se echó a reír como si mi dedo medio fuera la cosa más divertida que hubiera visto en todo el puto

día. Yo no sabía cómo ni por qué habíamos virado hacia ese tono vacilón, pero lo odiaba con todo mi ser.



Apenas dormí.

Adrien no roncaba, no se movía ni daba vueltas ni hablaba en sueños. Casi todo el tiempo permaneció quieto y en silencio, con una respiración tranquila y uniforme. Pero era algo mental. Saber que estaba durmiendo en la misma habitación que él me hacía sentir… inquieta.

Además, había estado nerviosa de un modo raro desde la cena del día anterior, aunque no sabía muy bien por qué.

Cuando su alarma silenciosa se encendió a las 4:30, ya estaba bien despierta, con la mirada clavada en la oscuridad del techo.

Me incorporé.

—¿Vas a salir a correr?

Dio un brinco y casi se tropieza.

—La leche puta. Pensaba que estabas dormida.

—Nop.

—Te pareces a la chica de *The Ring* con el pelo así tapándote la cara. Me has acojonado.

—Tal vez eso sea lo más desagradable que alguien me ha dicho jamás tan temprano.

—También te pareces en la voz —refunfuñó.

—Eso es lo segundo más desagradable que alguien me ha dicho jamás tan temprano.

Suspiró y se pasó una mano por el pelo.

—Sí, voy a salir a correr. Lo siento, no pensé que te fuera a despertar mi alarma.

No lo había hecho. Pero antes de poder responderle, me fijé en el enorme bulto de su pantalón de chándal y se me bloqueó el cerebro.

—Saca una foto, Sanchez. Durará más.

«Joder». Aparté los ojos y me obligué a mirar al techo de nuevo, muy agradecida por estar tan a oscuras como para que fuera imposible que se percatara del rubor que me subía por el cuello. Debería haber fingido que estaba dormida.

Adrien se rio entre dientes y murmuró algo incoherente que no entendí. Tres segundos después, la puerta del baño se cerró.

«Vaya, eso ha sido… bastante humillante».

Me quedé sentada unos minutos con el corazón acelerado y la piel ardiendo, hasta que decidí que estaba demasiado nerviosa como para quedarme ahí parada otras dos horas. Así que me forcé a salir de la cama y me recogí el pelo en mi habitual coleta. No había metido en la maleta un sujetador de deporte, pero al menos tenía los pantalones de yoga (que había usado para dormir, porque mi yo borracha, por lo visto, no creyó que el pijama fuera importante).

—¿Qué estás haciendo?

Adrien ya se había puesto la ropa para salir a correr cuando entró de nuevo en el dormitorio: una camiseta técnica de manga larga y unos pantalones negros a juego. Hice un esfuerzo real por seguir mirándolo a la cara y no bajar la vista.

Me puse las manos en las caderas y me encogí de hombros.

—Me apetece salir a correr.

—¿Quieres venir a correr conmigo?

Incliné la cabeza a un lado.

—¿He dicho eso?

Pude ver cómo su gesto se empezaba a tornar juguetón.

—¿Has traído el espray antiosos?

Esa pregunta me hizo detenerme en seco, aterrada. Pero no. No. Si lo hubiera escondido en alguna parte del bolso o de la maleta, la seguridad del aeropuerto me habría arrestado o algo así. Por lo que lo más probable es que lo hubiera dejado en casa.

Tomé nota mental de comprobarlo, de todas formas.

—¿A qué viene esa cara? —me preguntó Adrien, mirándome con suspicacia.

—A nada. Vamos. —Me di la vuelta y salí de la habitación. No me había llevado las zapatillas de correr, pero me arreglaría con las deportivas.

—Ah, así que vamos a correr juntos.

—¿Qué? No. Hablaba para mí —dije en voz baja—. Vete.

—La verdad es que este es el camino para llegar a la puerta principal.

Lo miré de reojo y me puse a metro y medio de él. Eso era. Ahora solo éramos dos personas cualesquiera que iban en la misma dirección.

Todavía era casi de noche cuando salimos afuera, pero el aire era más cálido de lo que había esperado. Y olía mucho mejor de lo que lo había hecho Toronto jamás.

Me detuve en los escalones de piedra, escuchando los suaves trinos de los pajarillos y el ruido que hacían los grillos mientras esperaba a que Adrien se pusiera en marcha.

—¿Y ahora qué haces? —me preguntó, acercándose por detrás.

—Esperar a que te pongas a correr para que pueda hacerlo en la dirección opuesta —le dije, apartándome.

Nadie nos estaba mirando. No tenía que invadir mi burbuja personal, impregnando todo mi aire fresco con su jabón y su pasta de dientes y ese olor a cedro especiado o lo que fuera. No podía entender cómo olía tan bien todo el rato.

Tal vez debería haberme lavado los dientes antes o, al menos, tendría que haber usado el lavabo.

Lo del bulto en los pantalones me había distraído.

No es que siguiera pensando en ello.

Notaba de nuevo un cosquilleo en la piel y los músculos como un flan. Adrien no se movió, así que bajé trotando los escalones, tiré una moneda al aire en mi cabeza y me fui hacia la izquierda.

Un par de segundos después, sus pasos resonaron en la grava por detrás de mí. Volví a virar a la izquierda, él me siguió. Fui hacia la derecha, hizo lo mismo.

—Deja de seguirme —le pedí.

—No te estoy siguiendo. Tenía pensado correr en esta dirección.

«La madre que…».

Me detuve, me di la vuelta y empecé a trotar en la dirección opuesta. Adivina lo que hizo.

—Ahora que lo pienso —dijo mientras se ponía a mi lado de forma despreocupada—, les dijimos a mis padres que salíamos a correr juntos todas las mañanas, así que puede parecer sospechoso si nos separamos.

—No les «dijimos» nada parecido. Fuiste tú.

—Intentaba ayudarte.

—Ah, no. Intentabas ayudarte a ti mismo —repliqué. Empecé a correr más deprisa. No tenía ni idea de dónde sacaba toda esa energía, pero estaba tan… agitada. Esa sensación me llevaba carcomiendo desde la cena—. Qué vergüenza tiene que darte llevar a alguien a casa de tus padres que no tenga tanta educación ni haya logrado tantas cosas y…, a ver, lo pillo. Lo nuestro no tiene ningún sentido y querías guardar las apariencias.

—¿Qué? No es eso lo que hacía.

—Mentira. —Aceleré.

—Baja el ritmo.

—Que te den.

Un gruñido sordo retumbó en su garganta.

—¿Qué es lo que te pasa? ¿No puedes ser civilizada durante un puto segundo?

Giré de golpe hacia la derecha. No vaciló.

—¿Contigo? No.

—¿Por qué? ¿Qué cojones te he hecho?

Eso me hizo pararme en seco.

—¿Es una pregunta en serio?

Adrien también frenó hasta pararse y se giró hacia mí con las manos en las caderas. Por una vez, le costaba respirar más que a mí, pero no creo que eso tuviera algo que ver con el esfuerzo físico.

—Sí, Sanchez. Es una pregunta en serio. ¿Por qué narices me odias tanto?

—Mmm, veamos. Despediste a mi hermana por algo que no fue culpa suya, luego me hiciste recoger mota a mota un kilo de purpurina de entre la tierra… —Me callé cuando empezó a menear la cabeza.

—No. Me refiero a antes de eso. No estabas arrepentida por lo que había ocurrido en Halloween ni por lo que hiciste en mi despacho. De hecho, te reíste como si pensaras que me lo merecía. ¿Por qué?

Solté un bufido de frustración por la nariz y apreté los labios.

—No hace falta que tengamos esta conversación ahora.

Volvió a menear la cabeza.

—No. Vamos a hablarlo.

—¿Qué más te da? —le pregunté—. Nos queda solo una semana de tener que aguantarnos y ya está. No es como si fuéramos a vernos otra vez.

A no ser que Jamie y él acabaran saliendo. Lo que…, la verdad, solo el mero hecho de imaginármelos juntos hacía que me regresaran las náuseas.

—Solo dime el motivo —me insistió, dando un paso hacia delante.

Yo no sabía muy bien qué hacer con las manos, así que las cerré en un puño y me crucé de brazos.

—No lo sé. Es solo que… no es que hayas sido el mejor jefe para mi hermana. Y era en cierto modo frustrante quedarme sentada sin poder hacer nada.

Me observó durante un par de segundos y luego asintió.

—Vale. ¿Por qué piensas eso? ¿Por qué crees que he sido un jefe tan horrible?

—Bueno, para empezar, se perdió el sexto cumpleaños de su hija por tu culpa.

Me miró entrecerrando esos ojos oscuros.

—¿De qué estás hablando?

—La fiesta de cumpleaños de Olive. Se suponía que Alba iba a salir del trabajo a las dos para venir con nosotros al parque temático, pero la arrastraste a una reunión de última hora. Algo de un percance en una obra de alguna cosa en Quebec. Había fuegos metafóricos por todas partes y se tenía que quedar.

Pasaron diez segundos eternos en los que permaneció en silencio, sin apartar la mirada de mí. Y luego dijo:

—¿Alba tiene una hija de seis años?

Hostia puta, ¿en serio?

—Tío.

—Creo que no me lo ha dicho nunca.

—¿Te estás escuchando? ¿Cómo es eso siquiera posible?

Él frunció el ceño para sí mismo.

Yo puse los ojos en blanco y pasé andando a su lado.

—Eso es todo lo que necesitas saber para entender por qué creo que eres un jefe de mierda. Por no mencionar los días de trabajo hasta las tantas, los fines de semana y todos los festivos en los que la has obligado a trabajar.

—No la he obligado a nada. Tu hermana era del todo consciente de los requisitos para el puesto antes de que la contratara. Sabía lo de los horarios, lo exigente que iba a ser, y siempre ha recibido una compensación justa. No le suavicé nada.

—Nunca he dicho que lo hicieras. —Me puse a trotar de nuevo—. Pero hacer que se perdiera el cumpleaños de su hija no es solo exigencia, es crueldad absoluta. Fui yo la que tuvo que decirle a Olive que su mamá no podía venir. Y fui yo la que tuvo que consolarla cuando se puso a llorar.

Ben había estado demasiado ocupado intentando contactar con Alba otra vez. Lo más probable que para discutir.

—No lo sabía —insistió Adrien.

—Bueno, tal vez deberías haberlo sabido —resoplé—. Alba llevaba trabajando contigo cuatro años, Adrien. Si pensaba que no te podía pedir algo tan sencillo como eso… ¿Y cómo narices es posible que no sepas nada de Olive? Cuando te contó que estaba embarazada, ¿no se te ocurrió preguntarle si era el primero?

Tras una larga pausa, dijo:

—No es… tan sencillo, Ria.

«Y una mierda».

Ninguno dijo nada más mientras recuperábamos el ritmo al correr, Adrien a la cabeza esta vez. No me opuse ni viré, solo lo seguí por los campos hasta un pequeño lago. Nos paramos allí justo cuando empezaba a salir el sol.

Me seguían quemando los pulmones, todavía me dolían los

músculos y mi cuerpo había ido protestando a cada paso, pero esta vez me pareció más fácil. Y casi hasta me sentía bien ahora que había terminado.

Suspiré y me dejé caer sobre la hierba, contemplando cómo el cielo se teñía de colores púrpura y rosado con el amanecer inminente. Las vistas eran increíbles, el aire de la mañana era fresco y limpio, y los pajarillos trinaban somnolientos.

Era todo tan relajante y perfecto que casi había merecido la pena el esfuerzo. O puede que las endorfinas del ejercicio hubieran empezado a hacer acto de presencia.

Fuera como fuese, estaba tan absorta contemplando el agua y el cielo, y escuchando el sonido de los grillos y los pájaros, que no me di cuenta de que Adrien se acercaba hasta que estuvo a medio metro.

Se sentó a mi lado y se sacudió las manos, intentando deshacerse de la hierba mojada. Íbamos a tener el culo empapado cuando nos levantáramos.

—Lo siento —dijo al cabo de un rato—. Y también hablaré con Alba. Yo…, de verdad, Sanchez. No lo sabía. Solo hablábamos de cosas del trabajo.

Desvié mi atención de la suave calidez del amanecer y lo miré. Sus ojos eran de un increíble tono verde intenso y estaban rodeados de unas pestañas tan tupidas que no sabía cómo lograba parpadear sin que se le enredaran.

—Te has vuelto a quedar mirándome —dijo en voz baja, con media sonrisita engreída elevándole la comisura de su mediocre boca.

Vale, ¿sabes qué?

—No dejas de decir eso como si tú no estuvieras haciendo lo mismo.

Su sonrisita se convirtió en un auténtico festival del hoyuelo que me hizo subir tanto la tensión que tuve que mirar a otra parte.

—Y ahora te estás ruborizando —me vaciló.

—No me estoy ruborizando. Me estoy poniendo roja porque tu cara me saca de quicio.

Estaba sentado a mi derecha y no podía ver mi fosa nasal izquierda. No es que estuviera mintiendo.

Soltó una risita malvada.

—¿Así que es por eso?

—Sí.

—¿Qué parte es la que te saca de quicio: la boca mediocre o los hoyuelos torcidos?

—Ambas. Y tus ojos son extraños.

Resopló.

Bajé la mirada hacia la hierba húmeda con la que jugueteaba con los dedos de forma distraída.

—Yo también lo siento —dije en bajito—. Lo de Halloween. Y lo de la purpurina. No pretendí… que saltara todo por los aires de aquella manera… con los inversores y los medios de comunicación. Fue demasiado.

Podía sentir cómo me observaba mientras me esforzaba por expresar una disculpa insuficiente. Y creí que me iba a exigir algo más, pero, en cambio, me dio un golpecito en la rodilla con los nudillos.

—Creo que deberíamos firmar una tregua temporal —dijo—. Solo mientras dure este viaje.

Lo miré con recelo.

—¿Qué significa eso?

—¿No sabes lo que significa tregua, Sanchez?

—Adiós. —Empecé a levantarme.

Adrien se rio entre dientes cuando me agarró del brazo y me obligó a sentarme de nuevo. Su enorme mano me envolvió todo el bíceps con facilidad, lo que me hizo pensar en otra parte sorprendentemente larga de su anatomía. Notaba cómo volvía a enrojecerme. De rabia, claro está.

—Lo digo en serio. ¿Y si empezamos de nuevo? No tenemos por qué ser amigos ni nada de eso, pero me gustaría que al menos fuéramos civilizados.

Lo medité un momento.

—¿Y tendría que ser amable contigo? Es decir, ¿todo el rato? ¿No solo cuando esté tu familia?

Un destello de hoyuelo.

—Eso sería lo ideal, pero no te obligaré. Solo pido que los dos… bajemos un poquito el grado de hostilidad y animosidad. Sobre todo porque estoy seguro al noventa por ciento de que si seguimos tal cual estamos ahora, en la tercera noche me vas a matar cuando esté dormido.

Suspiré.

—Y luego tendré que ir al juzgado y someterme a juicio. Será un follón. Además, los abogados cuestan una pasta.

—La cadena perpetua también será una lata —coincidió Adrien —. Apuesto a que allí no tienen libros sobre hombres con moño a los que les guste la canela ni sobre alienígenas azules cachondos. Seguro que todo es ficción literaria intelectual.

Él sabía de sobra que eran rollos de canela, no moños, y alienígenas azules cornudos, es decir, con cuernos, no cachondos, pero me negué a reconocerle la broma.

—Una pesadilla —dije.

—Y además, lo más probable es que te obliguen a leer esos libros a modo de castigo. Y luego tendrás que escribir una redacción

de cinco mil palabras sobre todos los *leitmotiv* y otras mierdas que encuentres.

Lo interrumpí con una miradita rápida.

—¿Puedo ser sincera contigo sobre una cosa de forma muy breve? La verdad es que no sé muy bien qué es un *leitmotiv*. Y eso que saqué un diez en Literatura Avanzada. —Dos hoyuelos torcidos. Una risita—. ¿Y tú? —pregunté, sonriendo a mi pesar.

—Ni puta idea.

Me mordí el labio inferior y aparté la mirada, tratando de no reírme. Me sentía mucho menos inquieta que antes, y más ligera también. No estaba segura de si había sido por la carrera, por la naturaleza o por soltar alguna de las cosas que le dije sobre Alba. En cualquier caso…, tal vez una tregua no era mala idea. Por mi propia salud mental, más que nada.

—Entonces ¿qué te parece? —preguntó Adrien al fin—. ¿Una tregua temporal?

Respiré hondo y levanté la cabeza al cielo.

—Me lo pensaré.

18

Jamie:

Ariana Francesca Sanchez.

¿Me estás vacilando con esta puta notita?

«Vuelvo dentro de 666 días (aprox.) Satanás me arrastra al infierno. Se me olvidó mencionarlo anoche. xx R»

Primero, «xx R» suena a porno y lo sabes. Segundo, han pasado 48 horas y he recibido 0 llamadas, 0 mensajes, 0 explicaciones.

Y lo de «se me olvidó mencionarlo»? Esa noche nos vimos borrachas las 2 pelis de Bridget Jones!!! EN ESAS PELIS NO PASA NADA, NADA DE

NADA. SOLO FARFULLAN CON ACENTO BRITÁNICO DURANTE 90 MINUTOS. TUVISTE UN MONTÓN DE TIEMPO PARA CONTÁRMELO!!!

Y por eso sacaste la maleta en mitad de la segunda peli y empezaste a meter esas cajas de tampones súper? Porque sé que a veces te da por organizar cuando estás rabiosa y pensé que era eso

Por cierto, esos tampones los compramos para las dos

HOLA?

TE HAS MUERTO

Ojalá. Liada. Un sgdo

Literal o en sentido figurado?

Ambas

No sé a qué te refieres. Grado erótico del 1 al 10?

-100/10

Estás con Adrien?

No. Con su madre y hermana. Probándome un vestido con demasiadas tiras. Estoy atascada

...

¿?¿?¿?

Lo mismo digo.

¿Me puedes llamar?

Dame 5 min. Tengo que desenredarme y excusarme para ir al baño



Jamie descolgó al primer tono.

—Estoy la hostia de cabreada contigo. No tiene gracia.

—En mi defensa diré que tu futuro marido es un pirado total.

—¿Dónde estás ahora mismo? —me preguntó, bajando la voz para imitar mi susurro.

—Victoria, CB —respondí, acercándome un pequeño taburete de piel que había debajo del tocador. Era, sin lugar a dudas, el baño de centro comercial más bonito en el que había estado en mi vida—. Para concretar, en unos grandes almacenes privados con la madre y la hermana de Adrien. ¿Habías oído hablar de algo así? Porque yo

no.

—¿De qué estás hablando? ¿Por qué estás en Columbia Británica?

—¿Por qué susurras?

—¿Por qué susurras tú?

—Porque fuera hay una encargada del baño y no quiero que me oiga —dije en voz baja.

—Ah. Vale. —Volvió al tono de voz normal—. ¿Puedes empezar desde el principio, por favor? No entiendo nada y estoy un poco preocupada.

Suspiré y eché un vistazo furtivo a la puerta.

—No te lo vas a creer.

Se oyó un crujido de plástico grueso al otro lado de la línea, seguido de un breve maullido. «Aliméntame, humana», pedía Tobigote.

—Adrien no te ha secuestrado ni nada parecido, ¿no? —preguntó Jamie.

—En teoría, no. Me subí al avión por voluntad propia. Aunque tal vez no lo habría hecho si hubiera sabido por qué me quería arrastrar hasta aquí.

El familiar tintineo de la comida de gato llenando el cuenco metálico me llegó a los oídos mientras hablaba, y podía imaginarme a Jamie sentada a la mesa de la cocina al lado de Tobigote. Le gustaba que lo observáramos mientras comía. En internet ponía que era algo relacionado con la vulnerabilidad. Confiaba en que le cubriésemos las espaldas mientras estaba ocupado masticando.

Ya echaba de menos a ese diablillo promiscuo.

—¿Y cuál es el motivo? ¿Por qué estás allí? —preguntó.

—Quiere que finja con su familia que soy su prometida.

Silencio.

Y luego:

—¿Qué?

—Quiere que finja con su familia que soy su prometida.

—¿Me estás vacilando?

—No.

—¿Te está vacilando?

Lo medité un segundo.

—Lo más probable.

—Un momento. ¿Tienes…, hay un anillo y todo?

—Sí, y es del tamaño de la almohadilla más grande de Tobigote Maguire. Hasta tiene la misma forma.

—No lo entiendo. ¿Por qué necesita que finjas que eres su prometida?

Me mordí el interior de la mejilla.

—Dice que es para librarse de todas las citas a ciegas que le organiza su madre.

Jamie esperó un par de segundos antes de animarme a continuar.

—No parece que lo creas.

—Así es —admití—. ¿Sabes cuando tienes esa sensación instintiva de que te están mintiendo?

Asintió con un murmullo.

—Pero no estoy segura de si me está mintiendo o me omite información. Además, anoche ocurrió algo con su hermana y ella… te juro que hoy evita mirarme a los ojos. Al principio creí que sabía lo de Halloween, pero empiezo a dudarlo. No actúa como si estuviera enfadada, solo incómoda. Es raro.

—¿Y ahora estás en los grandes almacenes con ella?

—Sí. Hacer la maleta para este viaje estando borracha fue una idea terrible. Si echas en falta un mando a distancia de algo en el

apartamento, lo tengo yo.

Jamie se rio en voz baja mientras yo volvía a comprobar la hora. Tenía un par de minutos más, pero si no volvía para entonces, puede que alguien fuera a comprobar si estaba bien.

—Total, que tenía que ir a comprar lo indispensable y he cometido el error de comentarlo en el desayuno. Su madre ha insistido de inmediato en convertirlo en un día de chicas y no iba a aceptar un no por respuesta. Se supone que es para crear vínculos. Nunca he estado tan estresada en mi vida.

—Es la hostia de raro —dijo Jamie.

—Ya. Y en vez de ir al centro comercial, su madre me ha traído a estos… Son como unos grandes almacenes privados a los que solo se entra con invitación. Es caro hasta decir basta, ninguna etiqueta lleva el precio puesto, el asesor de estilo que me han asignado me sigue como si estuviera loquito por mí y Julie no deja de insistir en hacerse cargo de todas las compras porque está «más que encantada de mimar a su nueva nuera». Me voy a morir de un ataque al corazón provocado por la culpa.

—¿Julie es la madre?

—Sí. La hermana se llama Alice. Ah, y tenemos cita en el *spa* después de esto: masajes, tratamientos faciales, manicura, peluquería. Y cada vez que trato de decir que no, Julie actúa como si la hubiera apuñalado en el corazón. ¿Es así como se siente tener madre? La espalda me lleva sudando dos horas sin parar. Detesto estar aquí. Hay demasiada culpa.

¿Y lo peor de todo? Todavía no tenía el estúpido número de Adrien, así que no podía escribirle y contarle lo mucho que se había ido todo aquello de madre. Julie ya había enviado a su chófer a casa para que dejara el primer montón de bolsas con todas las compras.

Porque el coche ya estaba lleno…, sobre todo de cosas que ella

me había comprado.

Tenía ganas de vomitar.

—Vale, eh, ostras. ¿Puedo hacer algo?

—¿Puedes decirme cómo salir de esto indemne? —le supliqué desesperada.

—No… Está complicado. Queda claro que quiere estrechar lazos contigo. Tal vez yo dejaría las etiquetas puestas en la ropa y que Adrien las devuelva después…, no sé. Doy por hecho que esto del compromiso de mentira tiene fecha de caducidad, ¿no?

Claro. Sí. «Sí». ¡No quitar las etiquetas! ¡Problema resuelto! (Más o menos. No del todo. Pero era mejor que nada).

Abrí la boca para decirle a Jamie lo lista que era, pero me interrumpieron unos suaves golpecitos en la puerta.

—¿Ria? Llevas ahí mucho rato. ¿Va todo bien?

Me puse tensa al oír la voz de Julie y sentí una opresión en el pecho. «Mierda».

—¡Sí, lo siento! ¡Salgo enseguida! —grité antes de volver a bajar la voz—. Jamie, me tengo que ir. Te llamo luego.

—¿Era ella?

—Sí, te tengo que dejar.

—Prométeme que de verdad me llamarás luego.

—Te lo prometo.

Colgué y respiré hondo tres veces antes de salir a la *suite* privada. Forcé una sonrisa y me senté junto a Alice en el sofá, cogiendo una copa de champán de la mesa mientras Luke, mi asistente de compras, llegaba arrastrando otro burro más repleto de vestidos para que me los probara.

Tal vez las burbujas me ayudaran a tragarme la culpa.

19

¿Estaba borracha? Sí.

¿Me arrepentía? Desde luego que no.

Bueno, un poquito. El suelo empezaba a moverse y me estaba mareando.

El plan había sido pillar el puntillo lo justo para aliviar la vergüenza y la culpa que sentía. Solo que no había previsto que fuera tan complicado deshacerme de esos sentimientos. Y fueron empeorando a medida que avanzaba el día.

Había perdido la cuenta de cuántas bolsas de compras habíamos acumulado y había dejado de decir «no» a mitad de (y tres copas de champán después) la cita de cuatro horas. No tenía sentido. Julie solo agitaba la mano como para quitarle importancia y le decía a Luke: «Añádelo al montón de Ria. Solo está siendo tímida».

El departamento de lencería fue la peor parte. Me tuve que tragar dos copas enteras para repasar el catálogo digital que Luke me había dejado en el regazo. Al final, después de pasar sesenta y cuatro páginas de sedas y encajes muy reveladores sin haber seleccionado un solo artículo, me sugirió apostar por la colección «Luna de miel de otoño». No sabía lo que incluía esa colección, pero estaba preparada de sobra para que terminara toda la experiencia, así que le dije que sí y aparté la tablet a un lado.

El *spa* estaba situado una planta por encima de los grandes almacenes. También era exclusivo hasta el ridículo y seguía la misma línea de secretismo con los precios. No había ni una sola cifra junto a la carta de todos sus servicios.

Nos recibió una iluminación ambiental cálida, paletas de tonos suaves, sutiles aromas de lavanda y menta, y más champán en cuanto atravesamos las puertas de cristal. Poco a poco empecé a perder la noción de… todo.

El alcohol me burbujeaba bajo la piel, haciéndome entrar en calor y atontándome lo bastante como para que empezara a dejarme llevar por la experiencia en lugar de resistirme a ella. Hubo un masaje, un baño de lodo, un tratamiento facial, un almuerzo saludable acompañado de una charla intrascendente, risas y (más) champán, y por fin las citas para la peluquería, las cejas y la manicura.

Cuando salimos de allí ya era de noche, Alice ya no evitaba hablarme y yo sentía los brazos y las piernas ligeros.

La culpa iba a volver con ganas al día siguiente, lo sabía, pero estaba demasiado relajada y borracha como para que me importara. Tan solo quería flotar en esa nube esponjosa y despreocupada de felicidad para siempre.

—Parece que los chicos están fuera —me dijo Julie con ternura cuando entramos en la casa. No sabía dónde habían ido a parar todas nuestras bolsas, pero no las había visto desde que dejamos los grandes almacenes—. Vamos. —Me tendió la mano, envolviendo la mía con sus suaves dedos.

Me caía bien Julie. Era amable, generosa y tierna, y hablaba de sus hijos con tanto amor que me hacía sentir algo extraño y nostálgico en el pecho. Durante la comida se había deshecho en elogios hacia Adrien: lo orgullosa que estaba de él, lo mucho que

había trabajado siempre, lo feliz que la hacía que nos hubiéramos encontrado.

«Me había empezado a preocupar por él», había comentado a punto de llorar. «Entre el estrés del trabajo, la mala prensa y todo lo que ocurrió el año pasado… Bueno, ya no importa, ¿verdad? Estoy tan contenta de que estés aquí y de que él por fin sea feliz…».

Al día siguiente. La culpa me iba a asfixiar al día siguiente.

—Me voy a la ducha y luego directa a la cama —dijo Alice, estirándose—. Estoy cansada de tanta relajación. Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, cielo. —Julie besó a su hija con cariño en la mejilla y volví a sentir esa sensación especial otra vez. Una sensación que no me resultaba familiar.

—Buenas noches, Ria.

—Buenas noches —respondí en bajito, ofreciéndole una leve sonrisa.

Luego me dejé guiar a través del recibidor, el salón, la cocina. Todo el camino hasta las puertas correderas que daban al patio trasero. El inmenso patio, decorado con gran lujo, estaba alumbrado por una combinación de iluminación suave y una hoguera de exterior. Era tan… acogedor.

—Aquí estáis —dijo Anthony, poniéndose de pie. Chistó de broma a su mujer mientras esta me soltaba de la mano e iba derecha a sus brazos—. La reserva para la cena era hace más de una hora —nos reprendió con ternura, sonriendo a su mujer en el pelo.

Otro zas de esa sensación desconocida.

—Nos dejamos llevar —replicó Julie—. Lo siento.

—No tienes por qué. ¿Os lo habéis pasado bien?

Ella asintió con un murmullo. Él sonrió.

«Zas».

Yo estaba tan ocupada observando lo que hacían que no me di cuenta de la presencia de Adrien hasta que se levantó. Parpadeé y traté de enfocar la mirada. Llevaba una camisa azul claro con la parte superior desabotonada, y las mangas subidas dejaban ver esos antebrazos fuertes y bronceados. Reloj. Cinturón. Pantalones de vestir.

Con la luz que había, sus ojos eran oscuros. Y parecían hipnotizados. Como si se hubiera detenido el tiempo a medio pestañeo. Tenía la boca un poco abierta y… no eran mediocres. Sus labios. Yo había mentido.

«Zas».

Esa punzada fue diferente. No me oprimió el pecho con anhelo; me removió y me dejó una sensación mucho más perturbadora.

«Te has vuelto a quedar mirándome, Sanchez».

El sonido musical de una risa suave me sacó del aturdimiento alcohólico.

—Le pega, ¿eh? —Se notaba una sonrisa en la voz de Julie.

«¿Mmm?».

—Te queda muy bien el pelo así, Ria —coincidió Anthony con amabilidad.

Ah, vale, claro. Ahora llevaba el pelo mucho más corto, a la altura de la clavícula. También lo habían vaciado un poco y aclarado el color, pasando de mi marrón chocolate natural a un rubio miel. Me volví a pasar los dedos por el pelo y casi ronroneo. Plumas y seda líquida.

—Addy —lo animó Julie—, ¿qué opinas?

Adrien tragó saliva y me hizo un gesto con la cabeza seco y profesional

—Está bonito.

—Gracias —murmuré mientras sus padres nos miraban,

expectantes.

Así no era cómo se saludaban las parejas. No se quedaban de pie apartados e incómodos, mirándose a más de tres metros de distancia. Hasta mi cerebro alcoholizado sabía eso. Pero no era capaz de moverme, no conseguía que mi cuerpo iniciara ningún tipo de contacto físico. Porque solo pensar en deslizarme en los brazos de Adrien desataba un huracán de aleteos en mi estómago al que no le encontraba el sentido.

¿Era miedo al rechazo? ¿Creía que me iba a apartar enfrente de sus padres si trataba de abrazarlo? ¿Y qué más daba? ¿A quién le importaba si le desagradaba la idea de tocarme?

Adrien me tendió una mano, con un solo gesto de las cejas. Estábamos actuando de forma extraña. Era incómodo. Tenía que moverme.

Di un paso adelante y deslicé los dedos en su enorme mano y él se ocupó. Su cálida mano envolvió la mía y me atrajo hacia él con delicadeza. Presioné la mejilla contra su duro pecho, deslicé el brazo por su cintura. Lo sentía… ancho. Y cálido. Agradable.

—El corte te queda muy… bien —susurró. Lo dijo demasiado en bajo como para que nuestro pequeño público lo oyera.

«Fiu».

Necesita algo más de beber. O puede que fuera el alcohol lo que me estaba provocando la nueva oleada de aleteos e inestabilidad.

—Respira, Sanchez. Es solo un abrazo. No te va a matar. —La risita en su voz rezumaba algo que no podía identificar del todo.

Solté todo el aire que había estado conteniendo, pero resultó ser un error garrafal porque eso significaba que tenía que volver a inhalar. De verdad que detestaba lo bien que olía.

Y antes de que mis pulmones avariciosos pudieran desafiar las órdenes estrictas de no respirar, Adrien se apartó. Aunque no me

soltó la mano y aprovechó para llevarme hasta el sofá. Nos sentamos, con los brazos tocándose y las rodillas rozándose, y cuando traté de soltarle la mano, la apretó con delicadeza. «No».

—¿Ya habéis cenado? —preguntó Anthony—. Puedo encender la parrilla si os apetece.

Julie negó con la cabeza.

—Habíamos pensado pedir pizza, si os parece bien, chicos.

—Genial. ¿Abrimos una botella de pinot mientras esperamos?

—Nos hemos pasado todo el día bebiendo champán —lo informó Julie, encantada.

Anthony besó la mejilla sonriente y redonda de su mujer.

—Bien. Entonces ya habéis calentado y podemos pasar a las cosas fuertes.

Julie soltó una risita y se fueron, con los dedos entrelazados. Observé cómo entraban en la casa, un poco sorprendida. Me preguntaba cómo sería encontrar a tu alma gemela. Un mejor amigo. Alguien que te quisiera y te cuidara con tanta…

—¿Sanchez?

Desvié la mirada hacia los ojos oscuros de Adrien y se me volvió a acelerar el corazón.

Él dibujó despacio una sonrisa en su rostro que dio paso a sus hoyuelos torcidos. Entonces, llevó una mano a mi barbilla y con mucha delicadeza me la levantó, hasta que cerré la boca. Ni siquiera me había dado cuenta de que la tenía abierta.

—¿Cómo de borracha estás ahora mismo? —bromeó.

—Eh…, un poquito.

Su risa era profunda y grave y me hizo sentir otro aleteo en el estómago. No me gustaba esa sensación. No se suponía que debía sentir eso.

—¿Te lo has pasado bien? —preguntó.

Respiré hondo.

—Bueno, hay unas cincuenta bolsas llenas de vestidos y ropa y zapatos que vas a tener que devolver cuando, eh, rompamos o lo que sea. He intentado pararla, lo juro, pero no estoy acostumbrada a eso que llaman la «culpa de madre».

La mía nos dejó cuando yo tenía dos años. No era algo de lo que me hubiera tenido que preocupar nunca.

—Tranquila. No pasa nada.

—No. No lo entiendes. Fuimos a una especie de grandes almacenes privados y en ninguna etiqueta ponía el precio.

—Lo sé. No pasa nada.

Seguía sin entenderlo.

—Adrien, hemos estado en una suite vip y nuestros asistentes de compras personales nos traían la ropa.

Se le marcaron aún más los hoyuelos y su rostro reflejó un destello de diversión.

—Ajá —dijo en tono cantarín.

—No tiene gracia. Me siento fatal.

—¿En serio? Porque parecías bastante relajada cuando has entrado aquí hace cinco minutos.

—Sí, bueno, las manos de mi masajista eran mágicas —admití—. También era divertido. Me ha hecho reír varias veces y me ha venido bien. Además de todo el champán. Supongo que mañana me invadirá la culpa cuando esté sobria y mis músculos vuelvan a su estado sólido.

La sonrisa de Adrien se desvaneció un poco.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Quién?

—Tu masajista.

Ah.

—Se llamaba Lee. Me dio su tarjeta, si la quieres.

Y solo fue cuando intenté buscarla en mi bolsillo que me percaté de que aún estábamos cogidos de la mano.

Parpadeé un par de veces hacia el punto donde entrelazábamos los dedos en mi regazo, y mi cerebro… cortocircuitó.

Pero antes de que pudiera ponerlo en marcha otra vez, ocurrió algo extraño. Adrien movió el pulgar por el dorso de mi mano en una caricia tierna y me quedé del todo fascinada cuando sentí la piel de gallina en los brazos.

Pasaron cinco segundos y lo volvió a hacer. Un chispazo me recorrió la espalda y me subió hasta las mejillas.

«¿Qué está haciendo?».

«¿Qué estás haciendo? Retira la mano».

No sabía si era el alcohol o el que tuviera los músculos demasiado relajados como para recibir las órdenes del cerebro, pero en lugar de retirar la mano, se me movió el pulgar. Una caricia por la enorme mano de Adrien.

Se le erizó el vello del brazo como respuesta, casi a cámara lenta, y noté un cambio sutil en su respiración.

Pero entonces deslizó la mano para soltar la mía y carraspeó.

—Ya está. Ya no están mirando.

Mi mente vaciló antes de que asumiera la realidad. Adrien tenía la mirada clavada en el gran ventanal que daba a la cocina. Sus padres estaban allí, en la barra, vertiendo un líquido ámbar en vasos de cristal.

El calor me trepó por el pecho hacia el cuello y los hombros. Por supuesto. Por supuesto, eso era… eso era lo que pasaba.

Parpadeé, tratando de aclararme la cabeza. Por lo visto, el champán me había confundido por completo.

—¿Crees que se lo creen? —le pregunté a Adrien bajito,

cruzándome de brazos con los puños cerrados.

—¿Creer qué? ¿Lo nuestro?

—Sí. ¿De verdad piensas que se creen que estamos comprometidos?

Se encogió de hombros.

—No les hemos dado motivos para no hacerlo. No de momento, en cualquier caso. Así que ¿por qué iban a dudar?

Me aparté un poquito de él.

—Porque no podríamos ser una pareja menos creíble si lo intentáramos. No tiene ningún sentido que seamos pareja.

Una pequeña pausa.

—¿Y eso por qué, Sanchez?

Levanté la mirada y me lo encontré observándome con curiosidad y la cabeza inclinada. Elevé un hombro, tratando con todas mis fuerzas de ignorar que seguía sintiendo un cosquilleo en la mano, justo donde me había acariciado con el pulgar.

—Porque es así. Es imposible que tú y yo acabáramos juntos en la vida real. Y creo que no soy la única que se da cuenta de eso.

Adrien comenzó a fruncir el ceño.

—¿Por qué?

—Deja de preguntar por qué. Es solo que… somos muy diferentes, creo. Nuestras vidas son muy diferentes. No hay… No lo sé, Adrien. Tiene que ver con la química.

El ceño se le frunció aún más.

—Tiene que ver con la química.

—Sí.

Apoyó el brazo en el respaldo del sofá, detrás de mí, y el movimiento me envió otra oleada de su olor a limpio.

—¿Y eso qué significa?

Yo tenía los puños apretados contra el pecho, donde me

resonaba el corazón. Se estaba empezando a acercar demasiado, con los ojos entornados clavados en mi nariz cada vez que decía algo.

—Eh…, no lo sé. Es difícil de explicar. Algunas personas tienen una química muy obvia. Tú y yo no.

Durante los siguientes doce segundos (los conté), los únicos sonidos que se oyeron en el patio fueron el crepitar del fuego y el silbido del aire entre las hojas de los árboles.

—Solo quiero decir… —empecé, sobre todo porque estaba comenzando a temblar por la intensidad de su mirada—. Si nos fijamos en tu historial de citas, por ejemplo. ¿Cuántas mujeres con las que hayas tenido una relación seria se parecían a mí? En el sentido de su modo de vida y su empleo y su aspecto y su personalidad y…

—Ninguna.

—Bueno, ahí lo tienes —dije medio tartamudeando.

Sus ojos oscuros vagaron por mi rostro, despacio, antes de volver a clavarse en los míos.

—¿Y qué hay de ti, Sanchez? ¿Soy tan diferente de los hombres con los que has salido en el pasado?

—¿Sabes una cosa? Dices mi nombre muchas más veces de lo necesario. Aquí no hay nadie más. Tengo bien claro con quién estás hablando.

Se le dibujó una media sonrisa.

—¿No te gusta?

—Solo digo que no es necesario.

—Así que te gusta.

—No he dicho eso.

—Entonces ¿tu nueva estrategia consiste en evitar responderme de forma directa para que no te traicione tu fosa nasal?

—Solo hasta la consulta con el especialista en rinoplastias.

—La cirugía plástica no te servirá. Tus ojos también te delatan.

—Bueno, entonces también tendrán que coserme esos traidores.

Su sonrisa se fue intensificando de forma sutil.

—¿Por qué no respondes antes mi pregunta sobre tu historial de citas? ¿Es solo una colección de tíos con moño que cocinan con canela y alienígenas azules cachondos?

Me mordí el labio por dentro, para castigarlo por querer convertirse en una sonrisa.

—En primer lugar, son «rollos de canela», tíos amables y dulces. Esos libros no van de tíos con moño que cocinen con canela; no significa eso. En segundo lugar, no son alienígenas azules cachondos, son alienígenas azules con cuernos.

Tragó saliva para contener una risita.

—Culpa mía.

—Aunque es cierto que los alienígenas azules también están cachondos gran parte del tiempo. Solo por cuestiones reproductivas, como es obvio. Pero eso no viene al caso.

—Ajá. ¿Sabes en lo que pienso cada vez que dices «alienígenas azules»?

—Por favor, no me lo digas.

—¿Puede que esos alienígenas azules vivan en casas azules con ventanas azules, por casualidad, ya sabes: *blue his house with a blue little window…*? ¿Y que hagan da ba dee y da ba di?

Me mordí con más fuerza el labio inferior. Alba y yo estábamos obsesionadas con esa canción cuando éramos crías. Todavía tenía el cartel de Eiffel 65 escondido en algún lugar del fondo de mi armario.

—¿Has visto el videoclip? —preguntó, posando los ojos en mi boca—. Es una obra maestra.

—No lo he visto.

Me señaló la nariz con la cabeza.

—Mientes. Pues así es como me los imagino. Un metro veinte, cabezas enormes y calvas, cuerpos escuálidos. Pero con cuernitos diabólicos.

—Eso es… tremendamente impreciso.

—¿Ese es tu tipo?

—¿Que si mi tipo son los alienígenas azules escuálidos?

—Sí. ¿Es la idea de un ser extraterrestre con piel azul, sin pelo y cuernitos lo que te pone? ¿O tienen que llevar un rollo de canela para que funcione?

Esa vez sí que se me escapó la risa. «Mierda».

—Solo quiero entender cómo metes lo del rollo de canela en toda la… historia —siguió diciendo, inclinándose un poquito más—. ¿Te lo dan de comer? ¿Lo comen de ti? ¿Lo desenrollan y luego intentan atarte con él?

Madre del amor hermoso.

—¿Cómo de rara sería si te dijera que sí a todo?

Un hoyuelo.

—Todos tenemos nuestros fetiches. No soy quién para juzgar.

El calor se me enroscaba en la tripa, espesaba el aire a nuestro alrededor.

Dos hoyuelos.

—Te estás ruborizando, Sanchez.

—¿Te das cuenta de todas las veces que dices mi nombre?

—Puedo cambiarlo un poco, si lo prefieres, Ria.

«Zas. Fiu. Cosquilleo».

—¿Qué tal si vetamos los nombres del todo?

Chasqueó la lengua.

—No.

—¿Qué te parecería si…?

Di un respingo cuando oí un carraspeo.

—Lo siento —susurró Anthony—. Estabais tan absortos en la conversación que no quería interrumpir. He traído las bebidas, y las pizzas llegarán dentro de unos cuarenta minutos. Os dejaré solos hasta entonces.

En la mesa situada frente a nosotros había dos vasos de cristal con un líquido ámbar, hielo y tiras de cáscara de naranja.

—Eh…, gracias —dije en voz baja. Sentía cierta niebla mental—. Qué amable. Quédate con nosotros si…

Pero negó con la cabeza antes de que terminara.

—Os dejaré vuestro espacio. De momento, estoy más que encantado de ponerme al día con mi mujer. —Se marchó con un guiño y una sonrisa cómplice, y cuando la puerta del patio se cerró, se me aceleró el corazón.

De pronto, fui consciente de verdad de lo cerca que Adrien y yo estábamos. O de cómo había pasado el brazo por el respaldo del sofá y su mano me rozaba el hombro. O de cómo no había apartado los ojos de mí ni una sola vez desde que su padre se había ido.

Me incliné hacia delante y cogí uno de los vasos de la mesa, aprovechando el movimiento para apartarme unos centímetros de Adrien.

Él se inclinó, agarró su vaso y se acercó unos centímetros hacia mí al hacerlo.

Di un sorbo y clavé la mirada en mi regazo.

Él dio un sorbo y clavó la mirada en mi rostro.

—Lo siento —dijo por fin, con un tonito divertido en su grave voz —. No lo había oído llegar con el sonido atronador de toda la química que no tenemos.

20

—Que discutamos no significa que tengamos química —le dije a Adrien.

Era muy importante para mí que entendiera eso. No sé por qué era tan importante, pero lo era.

—¿Estábamos discutiendo o se trataba más bien de un tonteo vacilón?

—Estábamos discutiendo.

—Yo diría que no.

—Ahora mismo estamos discutiendo —señalé.

Chasqueó la lengua.

—Discrepo. Sigue siendo tonteo.

Era insoportable.

—No nos caemos lo bastante bien como para tontear vacilándonos, Adrien.

—No tenemos que caernos bien para tener química, Ria.

—Discrepo, con todo el respeto.

Adrien entrecerró los ojos con una extraña combinación de fastidio y diversión.

—Demuéstralo, entonces.

Me giré en el sofá para mirarlo de cara.

—¿Qué gano si lo hago?

—La satisfacción de ser la primera persona en la historia en demostrar que estaba equivocado.

Puse los ojos en blanco.

—¿Cómo es que no te irritas a ti mismo cuando hablas?

Dejó escapar una risita.

—Se llama tener sentido del humor, Sanchez.

Eso. Eso era.

—Ya sé lo que quiero si gano.

—Quieres que deje de decir tu nombre con tanta frecuencia.

«Maldición».

Eso era justo lo que iba a decir, pero no quería darle la satisfacción de saber que tenía razón. Así que me rompí la cabeza, tratando de…

Y entonces me di cuenta. Era tan obvio. No se me había ocurrido antes por toda la niebla mental que anegaba mi cerebro por culpa del champán.

—No. Lo que de verdad quiero es que rebajes la carga de trabajo de Alba cuando la vuelvas a contratar. Quiero que tenga libres todos los fines de semana y festivos, que de verdad pueda disfrutar de sus días de vacaciones, y quiero que pongas un límite razonable a la cantidad de horas que trabaja a la semana. Contrata a otro asistente más si te hace falta.

Como respuesta a mi petición, observé en sus ojos el destello de una emoción nueva, pero desapareció antes de que pudiera identificarla.

—Claro —dijo por fin, recuperándose—. Pero si gano yo, tendrás que admitir que te sientes atraída por mí.

—No me siento atraída por ti.

Y entonces me dio un puñetero golpecito con el dedo en la nariz.

—Qué mentirosa.

Le aparté la mano de un manotazo.

—Términos, condiciones, normas. Vamos.

—Y mandona.

—No creo que tú, de entre todas las personas, tengas ningún derecho a llamar a nadie «mandón».

Su sonrisita de superioridad se convirtió en una sonrisa con hoyuelos.

—*Touché*.

No me puse nerviosa. No pasaba nada. Yo estaba bien. Todo estaba bajo control.

—Entonces voy a añadir algo más: si gano, tendrás que dejar de insistir en que me atraes.

—¿Tú consigues dos cosas y yo solo una? No me parece justo.

Me encogí de hombros.

—¿Qué más quieres?

Adrien apretó los labios mientras me estudiaba.

—Quiero que me cuentes por qué no fuiste a la universidad. Quiero la verdad, toda la historia.

¿Es que no iba a olvidarse de eso?

—¿Qué te hace pensar que hay una historia?

—Como te dije antes, no me cuadra. He visto tu expediente académico.

—También has visto mis antecedentes penales.

—Sigue sin cuadrar, Sanchez. Tuviste un expediente inmaculado durante dieciocho años, una media casi perfecta, te eligieron para dar el discurso de despedida de tu clase ¿y menos de un mes antes de la graduación te acusan nada menos que de delito contra la propiedad? ¿Por vandalismo?

—Los estudiantes de instituto la lían todo el rato —dije, ignorando la incómoda presión en mi pecho—. La lie y lo pagué.

Adrien negó con la cabeza.

—No tiene sentido. Incluso aunque la liaras… Entiendo lo de perder alguna beca como consecuencia, pero no todas las oportunidades de cursar estudios superiores. Si gano, me tienes que contar lo que te pasó.

La presión fue aumentando, revolviéndome el estómago.

¿Por qué no se olvidaba de eso? ¿Por qué le importaba siquiera?

—Bien —dije. Pero solo porque de verdad quería que aliviara la carga de trabajo de Alba y no se me había ocurrido añadirlo como condición antes de aceptar todo ese sinsentido del compromiso de mentira—. Pero te toca a ti demostrarlo. Tendrás que demostrar, más allá de toda duda razonable, que tú y yo tenemos química. —Y eso era imposible. La química no era algo tangible que se pudiera ver o tocar o demostrar. Era una sensación, una conexión, una atracción oscura entre dos personas.

¿Y cómo narices podría presentar pruebas sólidas e irrefutables de algo tan abstracto? ¿Cómo se podría probar que dos personas se sienten atraídas sin engancharlas a un montón de máquinas para monitorizar su frecuencia cardíaca y niveles hormonales?

Adrien se acabó la bebida con una sonrisa engreída y luego dejó el vaso vacío en la mesa.

—Trato hecho.

Su voz rezumaba tanta confianza que el vello de la nuca se me erizó en señal de advertencia. Yo también me acabé la copa y dejé el vaso vacío al lado del suyo. Luego me crucé de brazos, me apoyé en el respaldo y lo miré con recelo.

—Vale…, ¿y ahora qué?

—Ahora elige una palabra de seguridad.

Vacilé y me dio un vuelco el corazón.

—¿Perdona?

—Una palabra de seguridad es una especie de código para…

—Sé lo que es una palabra de seguridad —le solté, ya irritada. Empezaba a notar calor en las mejillas.

Su sonrisa aumentó, sus hoyuelos se hicieron más profundos y mi presión arterial empezó a subir sin parar.

—Pues elige una.

Crucé los brazos con más fuerza.

—Te estoy preguntando que por qué necesito una. ¿Qué narices vas a hacer?

Se encogió de hombros.

—Ya lo verás.

Entrecerré los ojos.

—¿Tú también tendrás una palabra de seguridad?

—No me hace falta.

—¿Cómo lo sabes?

Adrien se pasó una mano por el pelo oscuro y resopló con fuerza por la nariz. Pero sin dejar de sonreír. Era como si no pudiera decidir si estaba molesto o si se divertía.

—Si no eliges una palabra, la voy a elegir yo por ti —dijo.

Ladeé la cabeza.

—Si eliges la mía, elijo la tuya.

—Bien.

—Bien.

Se acercó un poco más. Y de verdad que odiaba, odiaba, odiaba lo bien que olía. Me distraía y molestaba al mismo tiempo.

—Canela —dijo, deslizando esos ojos oscuros por mi rostro—. Esa será tu palabra de seguridad. Si la usas, me portaré bien como esos chicos de tus libros y dejaré de hacer lo que sea que esté haciendo.

—Así que sabes a lo que me refiero con lo de «rollos de canela».

—Tal vez haya investigado un poco. ¿Es eso lo que te va? ¿Chicos buenos y honestos que son tiernos y comprensivos?

—Sí. Pues claro. —¿No es eso lo que le iba a todo el mundo?

Hizo una leve mueca con los labios.

—Ya veo.

—Wally es tu palabra de seguridad —decidí antes de que pudiera involucrarme en cualquiera que fuera la perversión que se le estuviera ocurriendo—. Vamos a acabar con esto. Dime lo que vamos a hacer.

Adrien siguió contemplándome, despacio.

—El juego es sencillo. Durante la próxima media hora, voy a hacer todo lo posible para seducirte. El tiempo se acaba cuando llegue la comida.

Fruncí el ceño.

—¿Y?

—Lo único que tienes que hacer es… no derretirte de lujuria en mi regazo.

Pestañeé despacio en su dirección. Con sarcasmo.

—Estás de broma.

—Nop.

Madre mía.

—De verdad que no puedes ser más engreído. ¿«Derretirte de lujuria»?

Sonrió.

—Te doy como mucho quince minutos. Para cuando lleguemos a treinta, puede que estés de rodillas, declarando tu amor eterno por mí.

Lo miré con un gesto de disgusto. Parecía que iba del todo en serio. Era preocupante. Estaba preocupada por él.

—Tío.

Trató de contener la sonrisa, pero fracasó de forma estrepitosa.

—¿Doy por hecho que eso significa que tenemos un trato?

—Para que quede claro, vas a intentar seducirme y lo único que tengo que hacer yo es… ¿evitar acabar en tu regazo de algún modo?

—Sí. Justo eso.

—Estás flipando —le dije—. Y lo digo con toda la sinceridad. Mírame la nariz.

—¿De verdad estás tan segura de ti? —preguntó con un brillo juguetón en los ojos. Se lo estaba pasando en grande. El idiota. A ver cuando probara el sabor de la amarga derrota.

Me moría de ganas de ponerle esa sonrisa del revés.

—No he estado tan segura de nada en toda mi vida. Jamás. El cielo es azul, la hierba es verde y yo, Ria Sanchez, nunca voy a sentir tentaciones de acercarme siquiera a tu regazo.

—Salvo que todo el mundo sabe que el cielo es una combinación de naranja, rosa y púrpura al amanecer y al atardecer, y es gris cuando está nublado. —Parecía encantado de haberse conocido—. Y que la hierba se marchita y se pone marrón en invierno.

Lo miré parpadeando.

—No seas tan listillo.

Se echó a reír y aparecieron sus hoyuelos.

—No creo que tú, precisamente, tengas derecho a llamar a nadie listillo, Sanchez.

—¿Esto forma parte de la seducción? ¿Hemos empezado ya? Porque, de ser así, lo estás haciendo fatal. Me siento menos seducida ahora que hace dos minutos.

—¿En serio? Porque estás sonriendo bastante.

—Desde luego que no estoy sonriendo —le aseguré.

—Estás intentando no sonreír. Que no es lo mismo que no sonreír.

—Y que tampoco es lo mismo que sonreír. ¿Ves a lo que me refería con lo de discutir? —le dije, descruzándome de brazos—. De verdad que no recuerdo ni un momento en el que no hayamos estado peleándonos.

Habría sido algo agradable. Tranquilo. Silencioso.

—Qué tierno. Yo tampoco recuerdo cómo era antes de ti, Sanchez. —Un destello de hoyuelos.

«Fiu».

—Eso no es lo que he dicho.

Adrien se inclinó y volvió a apoyar el brazo junto a mi hombro.

—¿Sabes que todavía encuentro purpurina entre la ropa? No sé de dónde cojones sale. Hice que me limpiaran el despacho a fondo dos veces, cambié la silla, y el traje que llevaba aquel día está en la tintorería. No sé dónde se esconde.

Mi sonrisa se desató.

—Lamento oír eso.

Me dio un golpecito en la barbilla con los nudillos.

—Sí, pareces desolada de verdad.

—En mi defensa diré que cargaste a mi hermana con demasiado trabajo. Así que te lo merecías un poquito.

—Me costaste un acuerdo de inversión de nueve cifras.

—Me obligaste a quitar la purpurina de entre la tierra con pinzas.

—Te apuntaste para ser la moderadora de un club que me odia.

—Por tu culpa, los guardas de seguridad del edificio me placaron y esposaron la semana pasada.

—Me azotaste en la polla con un bastón.

—Eres un sádico.

—Eres una mentirosa.

—Por última vez: no me siento atraída por ti. No estoy mintiendo —dije despacio, alto y claro. Vocalicé cada palabra, inclinándome

para que pudiera escucharme bien.

—Díselo a tu nariz. —Otro golpecito en ella.

—Como me vuelvas a tocar la nariz, te voy a dar un mordisco en el dedo.

Su sonrisa se tornó traviesa.

—¿Es una promesa?

Me negaba a que se me escapara otra sonrisa.

—Para que conste, este es el peor intento de seducción que he tenido que soportar en la vida. Se te da fatal.

Le temblaron los labios por el esfuerzo que hacía para contener la risa.

—Admito que estoy un poco oxidado. Por norma general, no me tengo ni que esforzar con las mujeres. Suelen venir a mí por voluntad propia, hordas de melenas brillantes.

Ese comentario le hizo ganarse otro parpadeo a cámara lenta.

—Cada cosa que sale de tu boca me molesta la hostia, Adrien, ¿cómo decirlo?, hasta el punto de que me está quitando años de vida. Nunca he tenido la presión arterial tan alta tanto tiempo seguido.

Se echó a reír con mucha más intensidad de la cuenta. Era un sonido grave, estruendoso, acentuado por esos hoyuelos infantiles y los ojos entrecerrados. Era molesto. ¿Y sabes qué más era molesto? Lo blancos, derechos y perfectos que eran sus dientes.

Me daba rabia. Por eso empezaba a sentirme tensa y sin aliento. Por eso notaba algo extraño en el estómago. Por eso y por el alcohol, lo más probable.

—Qué fácil es sacarte de quicio —dijo.

Me quedé mirando mientras se apagaba su risa, dando paso a un silencio sereno. El fuego seguía crepitando, el viento continuaba silbando entre la hierba, los grillos aún cantaban y el whisky ejerció

su magia y me calentó el cuerpo. No era… del todo horrible.

—Te has vuelto a quedar mirándome, Sanchez —murmuró Adrien por fin.

—Y tú sigues diciendo eso como si no estuvieras haciendo lo mismo, Cloutier.

Su mirada oscura se clavó en la mía durante algunos segundos, y luego se inclinó otro poquito más.

—¿Puedo preguntarte algo? —Estiró la mano y me pasó con delicadeza un dedo por debajo del ojo izquierdo—. ¿Qué es esto?

Ignoré el sutil cosquilleo que me dejó en la piel al tocarme. Eso era cien por cien seguro parte de todo el tema de la seducción, y no iba a caer en la trampa.

—Heterocromía sectorial —respondí con un tono indiferente y sereno. Tenía los ojos castaños, pero en el iris izquierdo había una pequeña sección de color miel que lo atravesaba. Era bastante guay, modestia aparte—. Es como una marca de nacimiento.

—¿Lo del pelo ha sido a propósito? —preguntó.

—¿A qué te refieres?

Adrien me pasó los dedos por las puntas recién cortadas.

—Este color va a juego con tus ojos. Se difumina en el mismo color dorado claro. ¿Ha sido adrede?

—Eh…, no lo sé. Tengo todo el día un poco borroso, para ser sincera —dije entre dientes. Mi voz sonó un poco más suave de lo que pretendía—. Teníamos cita en la peluquería y había champán, y Ricardo dijo que un *balayage* me quedaría bien y la verdad es que no sabía muy bien lo que era y de pronto era un poco rubia.

Adrien empezaba a sonreír otra vez.

—Ha merecido la pena.

Me cogió otro pequeño mechón de pelo y lo frotó con los dedos.

—Y está supersuave, además.

—Ya. Lo he obligado a escribirme en secreto una lista con todos los productos que ha utilizado para poder comprarlos cuando vuelva a casa.

—¿Por qué no los has comprado allí mismo?

—Porque tu madre no me dejaba pagar nada y ya me sentía bastante culpable. Y lo peor de todo es que todavía no tengo ropa para esta semana. —Ni ropa interior. Así que iba a tener que escabullirme en algún momento para ir de compras.

—Ponte lo que has comprado hoy. Ya te he dicho que no pasa nada.

—Ni hablar.

—No es para tanto, Ria. Llamaré a la tienda y les diré que me ocupo yo de la cuenta si es lo que quieres.

—Eso no es la solución. Tampoco quiero tu dinero.

Encogió un hombro.

—Considéralo como una asignación para ropa para el trabajo por el que te he contratado. Si no te pones la ropa, se va a ofender.

Suspiré.

—Pero es que no entiendes cuánto se ha gastado realmente en mí.

—No importa. Insisto, de forma oficial, en que te la pongas porque no quiero tener que lidiar con las consecuencias de que no lo hagas.

Apreté los labios y lo miré.

—Deja de tramar tu venganza. —Me tocó la barbilla con suavidad.

—Te vas a arrepentir de esto. —Todavía no sabía cómo, pero lo haría.

—Genial. Me muero de ganas.

Y fue entonces cuando me percaté de que seguía tocándome el

pelo, jugueteando con los dedos.

—Casi no te he reconocido cuando habéis llegado —dijo en voz baja—. He tardado un segundo en darme cuenta.

Carraspeé.

—Bueno, esta mañana me has dicho que parecía la chica de *The Ring*, así que supongo que me lo tomo como un halago.

Dejó escapar una risita.

—De verdad que me has acojonado.

—No me siento mal por ello.

Soltó un suspiro.

—¿No puedes ser agradable durante un par de minutos? Estoy dándolo todo para intentar seducirte.

—Deberías cambiar de táctica. No te está yendo nada bien.

—¿No? —Había subido un poco la mano y sus dedos me retorcían y enroscaban mechones de pelo.

Negué con la cabeza.

—Ni lo más mínimo.

—Qué pena. —Bajó la mirada hacia mi boca—. Cuéntame, Sanchez, ¿con qué tipo de hombres sueles salir? ¿Del tipo tierno y comprensivo del que hablábamos antes?

Desde el punto de vista técnico, mis únicas experiencias románticas desde el instituto habían sido algunos ligues y rolletes breves que se quedaron en nada antes de poder convertirse en algo serio, así que no existía un tipo con el que «por norma general» saliera. Pero no le hacía falta saber esa información.

—Me gustan los hombres que no dicen mi nombre cada dos frases —dije.

Me hizo ganarme una risa siniestra.

—¿Y?

—Los hombres que no me hacen subir la presión arterial hasta

límites mortales cada vez que abren la boca.

—Vaya, vaya. Aburridos.

—¿Aburridos o sanos?

—Aburridos. ¿Qué más?

—Los hombres que no me comparan con la chica de *The Ring*.

—Ostras. Así que cero de tres, ¿no?

—Más bien cero de mil, Adrien.

Resopló por la nariz.

—Si te hace sentir mejor, con catorce años me enamorisqué de una compañera de clase que se disfrazó de la chica de *The Ring* en Halloween.

Reprimí una sonrisa.

—Es cierto que fue el disfraz lo que terminó con mi breve enamoramiento, pero solo porque se puso a gatas e hizo eso de arrastrarse. Dejó de atraerme al momento. La verdad es que no te puedes olvidar de algo así —siguió diciendo, sin percatarse de que él mismo me había dado una idea para una bromita inocente—. Además, no dejaba de hacerse crujir las articulaciones. Te juro que todo aquello logró que mi polla adolescente se me metiera para dentro.

Solté una risita sin querer.

—¿De verdad que esa es la historia que me quieres contar justo ahora? ¿Cuando tratas de conseguir que me derrita de lujuria?

—Si la imagen mental de mi polla arrugándose no te pone, de verdad que ya no sé con qué podría conseguirlo.

Me tapé los ojos con las palmas de las manos.

—Por favor, para. No lo repitas.

—¿Acaso tienes algo de libido, Sanchez?

Se me escapó otra carcajada y dejé caer las manos para descubrir a Adrien mirándome con una expresión dulce y divertida.

Era raro.

No. No era cierto. Debería haber sido raro. Pero solo era…, me sentía un poco…

Adrien me pasó los nudillos por el pómulo.

—No pretendía herir tus sentimientos con lo de *The Ring*. Eres muy…, ya sabes lo guapa que eres.

Lo miré con las cejas enarcadas, demasiado consciente del cosquilleo que me provocaba al tocarme.

—Así que crees que soy guapa.

—No he dicho eso exactamente.

—Eso es lo que he escuchado. —Me tocaba a mí vacilarlo, y no iba a dejar que me superara.

Volvió a estirar el brazo, esta vez para retirarme un mechón de pelo de la frente y los ojos.

Eso también debería haberme parecido raro. ¿Y entonces por qué no era así? Solo me hacía… inquietarme. Y también me dejaba un poco sin aire.

—Vale. Sí —dijo—. Eres… terca e irritante y un auténtico grano en el culo.

Chasqueé la lengua.

—El peor seductor del planeta.

Torció el morro.

—Pero también, de una forma molesta, inoportuna e irritante…, eres preciosa, Ariana.

Mi sonrisa palideció. Parpadeé.

—Me desconcentras un montón —siguió diciendo, y bajó la mirada a mis labios entreabiertos durante una fracción de segundo —. Sobre todo cuando me miras así.

Estudié su rostro, buscando algún tipo de incongruencia, una señal. Fruncí el ceño cuando no la encontré, sintiendo el corazón

desbocado.

—¿Qué? —dijo.

—¿Cuál es tu señal? —le pregunté.

—¿Mi señal?

—Cuando mientes. ¿Cuál es?

Un hoyuelo confundido.

—Estoy siendo sincero. Eres atractiva a rabiar. Y me saca de puto quicio.

Nada. Ni una mueca ni un destello ni un gesto.

Bum bum. Bum bum. Bum bum.

Volví a estudiar su rostro.

—¿Por qué te cuesta tanto creerme? —preguntó.

—Porque tienes un buen motivo para mentir: seducirme.

—No me hace falta mentir para seducirte. Y, créeme, ojalá estuviera mintiendo. O por lo menos exagerando.

Lo miré con los ojos entrecerrados, esforzándome por detectar el más mínimo movimiento o cambio que lo delatara. Pero, de nuevo, no detecté nada.

Tal vez no tuviera una señal. Debía de descubrirlo.

—Vamos a jugar a algo —le dije.

—No tengo tiempo para jugar; se supone que te estoy seduciendo para que te derritas de lujuria.

Hice un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Ya has perdido. En este momento vamos contrarreloj. Y ni siquiera estoy cerca de derretirme.

—Porque no dejas de distraerme y de desviar la conversación.

—Ese es tu problema. —Subí las dos piernas al sofá, las crucé y me giré para mirarlo de frente.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó Adrien entre divertido y curioso.

—Tengo que poder verte bien la cara.

Arrugó el entrecejo, aunque siguió esbozando esa sonrisita perpleja.

—Y dime, ¿a qué vamos a jugar?

—Dos verdades y una mentira.

Dejó escapar una risita.

—De acuerdo. Una ronda. Y me das cinco minutos extra para seducirte.

Puse los ojos en blanco.

—Que sean diez. —Iba a dar lo mismo—. Y ahora vamos. Empieza. Dime dos verdades y una mentira e intentaré adivinar cuál es cuál.

Adrien ladeó la cabeza, pensando.

—A ver… —Se le fue apagando la voz mientras me observaba casi tan de cerca como yo a él—. Vale. Una: sabía quién eras cuando viniste hacia mí vestida de Wally en Halloween, te reconocí casi al momento. Dos: solía tener una fobia real e incapacitante a los payasos cuando era niño y lloré cuando conocí a Loonette de *El sofá de la imaginación.* Y tres: la pizza ha llegado hace diez minutos y todavía no te has dado cuenta.

Parpadeé. «Un momento…, ¿qué?».

Una diabólica sonrisa arrogante se dibujó en la boca de Adrien cuando miré hacia el gran ventanal de la cocina. Era cierto, había dos cajas de pizza en la encimera.

Fruncí el ceño.

—¿Ya han pasado treinta minutos?

Imposible.

—Cuarenta y cinco. Ha sonado el timbre y mi padre nos ha avisado por la ventana. No te has dado cuenta.

«Pero ¿qué cojones?».

—Así que —dijo, demasiado satisfecho consigo mismo— ¿cuál es la mentira?

Volví a mirar hacia la ventana. ¿Cómo es que no había oído el timbre? ¿De verdad que ya habían pasado cuarenta y cinco minutos?

Adrien me volvió a pasar los nudillos por la mejilla, dejándome un cosquilleo en la piel a medida que bajaba hasta la mandíbula. Me agarró la barbilla con cuidado y me giró la cabeza para que lo mirara.

—¿Cuál es la mentira? —preguntó de nuevo.

Hubo una pausa larga y densa cuando cruzamos las miradas y pude oír cómo se me aceleraba el corazón cuando me acarició por debajo del labio inferior con el pulgar.

—Respóndeme, Ria —me exigió en voz baja, bajando su mirada hasta mis labios. Me clavé las uñas en las palmas cuando volvió a mover el pulgar.

—¿La segunda? —Parecía que me faltaba el aire—. ¿Lo de los payasos es mentira?

Se le curvó la boca en una media sonrisa de satisfacción.

—Bien.

Su susurro de aprobación se me clavó en lo más hondo, y ahí se quedó, hirviendo a fuego lento.

Se me movió la garganta al tragar saliva.

—¿Cómo supiste quién era?

Seguía con la mirada clavada en mi boca.

—Alba tenía fotos de las dos en su escritorio. Tienes una cara difícil de olvidar.

—Y yo que pensaba que mi disfraz era buenísimo.

Pasó despacio de la media sonrisa a una de oreja a oreja.

—Te hubiera reconocido a un kilómetro. Y lo hice, cada vez que te veía pasar por la oficina. Es imposible no verte.

Eso era… un montón de información nueva.

Adrien movió la mano para agarrarme la mandíbula, al tiempo que me acariciaba la mejilla con el pulgar.

—Eres tan guapa que es hasta molesto —me reprendió, bajando el tono de voz hasta convertirla en grave y cálida—. Detesto lo mucho que me gusta mirarte. Lo detesto, Sanchez. Y no sé qué es lo que me molesta más, si todos los líos en los que me has metido o que tus labios sean tan jugosos y rosados.

Me quedé paralizada, con la respiración entrecortada.

—¿Todavía crees que te estoy mintiendo?

Abrí un poco la boca y la garganta se me secó tan rápido que creí que me iba a ahogar.

—Respóndeme, Ria.

¿Qué cojones estaba pasando?

Me humedecí los labios con la lengua mientras trataba de exponer un solo pensamiento coherente. La mirada oscura de Adrien se tornó salvaje, aunque él me seguía tocando con suavidad y delicadeza.

Joder, qué confuso todo.

—Mmm… La verdad, no lo sé —logré decir.

—¿No?

—Mmm. —Negué con la cabeza.

—Estoy admitiendo que me vuelven loco tus labios ¿y ni siquiera me crees?

Empezaba a sentir el ardor recorriéndome la piel donde Adrien la había tocado.

Torció el morro.

—Mira lo guapa que te pones cuando te ruborizas —murmuró con aprobación—. Nunca he tenido la más mínima oportunidad. Qué mal que no haya entre nosotros ninguna… química.

Deslizó la mano hacia la parte posterior de mi cabeza, agarrándome del pelo.

—Está tan suave… —lo alabó. Y luego, despacio, con una delicadeza insoportable, tiró de mi cabeza hacia atrás hasta que nuestras bocas estuvieron al mismo nivel mientras me miraba con detenimiento. Sus ojos oscuros, irreconocibles de lo vidriosos que estaban.

—Una chica preciosa.

Me estremecí cuando el calor de su aliento a whisky me rozó los labios. Los dos lo sentimos.

Una pequeña parte de mí sabía que debería haber querido detener lo que fuera que estuviera ocurriendo.

Debería haber querido.

Pero no.

—La de cosas que les haría a esos labios carnosos si te sintieras atraída por mí. —Estaba tan tan cerca. Un par de milímetros más y… —. No te lo puedes ni imaginar. Te comería a besos, Sanchez.

Mis ojos no dejaban de pestañear, queriendo cerrarse. No recordaba ni cómo respirar.

—Y luego te castigaría como es debido por todo lo que has hecho. La inversión, la purpurina, los insultos. Por no dejar de hablar con esa descarada e inteligente boquita tuya. —Me agarró el pelo con un poco más de fuerza—. Te castigaría por ser tan preciosa. Por hacerme desearte así, aun sabiendo que no es buena idea, aun en contra de mi propia voluntad.

Me sentía mareada.

Su olor, su aliento, sus palabras. Todo se empezaba a mezclar con el alcohol y me daba vueltas en la cabeza.

—Qué pena que no tengamos química.

Sus labios rozaron la comisura de mi boca y me quedé sin

aliento, cerrando los ojos con fuerza. Incliné la cabeza, borracha del aire dulzón que compartíamos.

Y entonces…

Me soltó.

La ausencia de calor fue lo primero que noté. Un desagradable escalofrío me recorrió el cuerpo, haciendo que quisiera volver a sentirlo. Abrí los ojos. Parpadeé.

Adrien se levantó y bordeó la mesa del patio, poniendo distancia entre nuestros cuerpos.

—Vale, tú ganas —dijo sin darle importancia, volviendo a su tono habitual, como si los últimos minutos solo hubieran sido un producto muy vívido de mi imaginación.

La única prueba que sugería lo contrario era el enorme y prominente bulto en los pantalones de vestir de Adrien, que tampoco se esforzó en disimular u ocultar.

Yo era muy consciente, y me avergonzaba de ello, de lo que me costaba respirar, y todavía era mucho más consciente del tiempo que había estado mirando embobada su…

—Te has vuelto a quedar mirándome.

Desvié mis ojos hacia los suyos mientras me ruborizaba. Lucía la misma sonrisa arrogante con hoyuelos de siempre, aunque los ojos eran de un negro carbón brillante.

—Eh… —comencé a decir, fracasando al intentar conectar mi lengua con mi cerebro—. Qué.

—Tú ganas —dijo Adrien—. Ha llegado la comida y no te has derretido en mi regazo, por tanto…, enhorabuena. Reduciré la carga de trabajo de Alba y todo lo demás.

Lo miré parpadeando, despacio.

Carraspeó y se metió las manos en los bolsillos.

—Estoy hecho polvo, así que… te veo arriba. Disfruta de la pizza.

Y entonces se dio la vuelta y se marchó.
Así. Sin más.
¿Qué narices había sido eso?

21

Comenzó siendo una brasa titilante en lo más profundo y oscuro de mi ser. Y mientras estaba allí sentada, mirando al vacío de la hoguera, se fue extendiendo. Despacio, de forma metódica. Hasta que toda mi alma estuvo en llamas y luchaba por escapar de mi cuerpo.

Había pasado media hora desde que Adrien se había marchado dejándome en el patio después de… lo que coño hubiera sido eso. Y cuanto más lo pensaba, más quería…, más necesitaba.

UF.

Entré en la casa dando grandes zancadas y subí los escalones hecha una furia (pero no sin antes apagar la hoguera y las luces, cerrar la puerta y recoger los restos de la pizza, porque era una invitada en aquella casa y no un animal salvaje) e irrumpí en nuestro dormitorio compartido.

Adrien Cloutier, el azote indiscutible de toda mi puta existencia, estaba sentado delante del escritorio, escribiendo en el móvil, distraído.

Se había cambiado de ropa y ahora llevaba una camiseta blanca y un pantalón de chándal negro. Tenía el pelo mojado, y yo podía notar el olor a jabón y especias desde la otra punta de la habitación. ¿Cuántas putas duchas se daba al día? ¿Por qué cada mínima cosa

de él me irritaba hasta límites insospechados?

Cerré la puerta tras de mí.

Levantó la mirada, contempló mi aspecto lívido y espeluznante y tuvo la osadía, el puto descaro, de sonreír.

—¿Estaba rica la pizza?

Me invadió la vergüenza, que chocó contra la rabia. No parecía que su alma estuviera en llamas. No parecía que por dentro estuviera hecho un lío de nervios y temblores.

Había ganado. No en el marco de tiempo que habíamos acordado, pero había ganado.

Y me repateaba que los dos lo supiéramos, que él lo supiera. Y de verdad que detestaba lo indiferente y tranquilo que parecía respecto a todo ese tema.

El aire me salía disparado por la nariz con tanta fuerza que parecía un toro bravo. Me latía el corazón como si fuera un tambor de guerra que no dejara de sonar, bombeando sangre por mis venas con tanta fuerza como para que entrara en ebullición. Era puro fuego.

Nada había sido real, desde luego. Me había estado vacilando todo el tiempo. Pero yo… durante un segundo… como una estúpida…

UF.

Me pasé una mano por el pelo con frustración y le lancé una última mirada asesina antes de entrar hecha una furia en el vestidor, ignorando su mirada inquisitiva en mi espalda.

En la pequeña estancia había una cantidad apabullante de bolsas llenas de compras. Y como no sabía qué más hacer, cogí una del suelo, la abrí y empecé a organizar todo con rabia.

Claro que él no sentía nada de lo que había dicho.

Claro que todo había sido por la apuesta.

Pero si el bulto que había mostrado ahí abajo servía como indicador de algo, no le había afectado tan poco la experiencia como pretendía hacerme creer. Y esa pequeña grieta era todo lo que necesitaba.

¿Quería jugar a eso conmigo? De acuerdo.

¿Quería tocarme todas las teclas y sacarme de quicio? De acuerdo.

¿Quería que me pusiera la ropa que me había comprado su madre? De acuerdo.

«Ten cuidado con quién te metes, Lucifer».



La colección «Luna de miel de otoño» que me había sugerido Luke consistía en catorce juegos completos de lencería de seda y encaje, cada uno con su sujetador, un tanga y una combinación a juego. (Algunos hasta incluían una liga).

La colección era preciosa, con elegantes colores otoñales e intrincados diseños, y el material se fundía en mi piel como si fuera mantequilla. Qué pena que estuviera tan sedienta de sangre como para apreciarlo.

Saqué una combinación de color verde oscuro de la balda perfectamente ordenada y me deslicé en ella. Era una prenda ligera y delicada que apenas me tapaba el culo.

También he de decir que era la pieza más conservadora de toda la colección.

Me la puse con el tanga de encaje a juego y por último salí con toda la tranquilidad del mundo del vestidor. Adrien había sido lo bastante listo como para dejarme a solas mientras descargaba mi rabia contra la ropa, las perchas y las baldas.

Ahora la habitación estaba más a oscuras, solo iluminada por el suave resplandor de una única lámpara de noche, y Adrien estaba extendiendo una manta en el suelo que le serviría como colchón improvisado.

—Vale. Escucha —empezó a decir—. Tal vez no debería haber llevado las cosas…

Se quedó en silencio cuando me vio y abrió la boca de par en par. Tardó sus buenos diez segundos en recuperarse lo suficiente como para preguntar:

—¿Qué nar…? ¿Qué es eso?

Me eché un vistazo, fingiendo inocencia. Se me marcaban los pezones por debajo de la suave seda.

—El pijama —respondí sin más. ¿No era obvio?

—¿Qué? —Me estaba hablando al pecho. Tenía los ojos clavados en mis tetas.

—Este es el pijama que el asistente de compras me eligió. Es mono, ¿no?

Contemplé con una nerviosa satisfacción cómo su rostro demudaba y se oscurecía. Me repasaba el cuerpo con la mirada, deteniéndose con descaro en cada centímetro.

Me crucé de brazos, apretándome con decisión los pechos sin cubrirme los pezones.

—Estás babeando, Cloutier.

Sus ojos ardientes se clavaron en los míos. Tenía la punta de las orejas roja.

—¿Qué estás haciendo?

—Preparándome para ir a la cama. —En serio, ¿no era obvio?

—¿Esto es por lo de la apuesta? ¿Por lo del patio?

Me encogí de hombros.

—No sé de lo que estás hablando.

Se movió nervioso en el sitio mientras se le acumulaba la tensión en la mandíbula.

—Tienes que cambiarte. Ahora mismo.

Incliné la cabeza hacia un lado e hice un puchero con los labios.

—Imposible. No querría herir los sentimientos de tu pobre madre.

—No estoy de broma, Sanchez.

—Yo tampoco —dije—. Has sido tú el que ha insistido en que me pusiera la ropa que me ha comprado tu madre, y esto es lo que el asistente personal me ha elegido como pijama. No entiendo por qué te quejas.

Ya me estaba resultando gratificante de la hostia.

—De verdad que no quieres empezar a jugar a esto conmigo —me dijo. Tenía los músculos de los hombros y el cuello tensos y se le marcaban las venas de los antebrazos al cerrar y abrir los puños.

Aun así, una sonrisilla seguía queriéndose abrir paso en sus labios, como si en cierto modo estuviera disfrutando de todo aquello.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —susurré con dulzura.

—Última oportunidad para firmar una tregua —dijo casi gruñendo—. Deja de comportarte como una niñata caprichosa y ponte algo de ropa. Lo dejamos en empate y pasamos página.

A tomar por culo su tregua. Y a tomar por culo él.

—No.

Se le desencajó toda la cara.

Me acerqué con gracia a la cama y gateé sobre el edredón, dejando que la combinación se me subiera por encima de los muslos y las caderas mientras me ponía de lado, de cara a él.

Ni siquiera fingió que no estaba mirando.

Me recorrió despacio con los ojos, de la cabeza a los pies. Su

mirada me iba dejando un rastro de calor en el cuerpo y me estremecí, subiendo las rodillas despacio hacia el abdomen.

Adrien cerró los ojos, soltó un juramento entre dientes y se frotó la cara con la mano.

—Te estás ruborizando —me burlé con dulzura.

—Última oportunidad, Sanchez. Acepta la tregua. —La tensión le atravesó la mandíbula y la mirada ardiente que me lanzó podría haber derretido un cristal.

Me humedecí los labios.

—No.

Cruzamos las miradas, con el pecho subiendo y bajando, agitado. No quedaba oxígeno en la habitación. El aire parecía demasiado cargado, demasiado denso para poder respirar.

Adrien torció la boca como si quisiera decir algo, pero pareció pensárselo mejor.

—¿Qué pasa? —lo vacilé con rencor—. ¿Mis preciosos y carnosos labios te han comido la lengua? ¿O solo es lo que te gustaría que hubieran hecho?

Solo porque no lo hubiera dicho en serio no significaba que no pudiera echárselo en cara.

Aunque puede que con eso me hubiera pasado un poquito de la raya, a juzgar por ese destello peligroso de… maldad que le había atravesado la mirada. Se le fue enrojeciendo el cuello hasta llegar a las mejillas. Y antes de que yo pudiera ver hasta dónde iba a llegar, apagó la lamparita de noche con un movimiento brusco de la muñeca.

A continuación, se produjo un embate de golpes y ruidos mientras Adrien pataleaba y golpeaba su cama improvisada para colocarla en su sitio antes de que su cuerpo casi se desplomara sobre ella.

Sonreí en la oscuridad y cerré los ojos con el dulce y relajante sonido de fondo de Satanás dando vueltas sin parar en la tumba que él mismo se había cavado.

Cuando estaba a punto de dormirme, apareció una vocecilla que me decía que Adrien había perdido la apuesta a propósito. Que había esperado hasta quedarse sin tiempo para sacar toda la artillería. Pero me sumí en un sueño profundo antes de que pudiera decirme por qué.

22

—¡Deja de robarme la fruta, mierdecilla! ¡Ya has desayunado!

—Alice, no insultes en la mesa, por favor.

—Desde el punto de vista técnico, no estamos en una mesa.

—¿Quieres un poco?

—No, gracias, Maxi. Muy amable por tu parte, querido.

—¡No ofrezcas la fruta que no es tuya!

Sonreí con la taza en la boca mientras contemplaba el pequeño circo que eran los Cloutier preparando el desayuno.

Estábamos en torno a la larga isla de la cocina; Alice, pelando y cortando fruta para su *smoothie bowl,* y Julie, que intentaba por todos los medios evitar que Alice estrangulara a Maxwell por no parar de robarle la fruta que estaba pelando y cortando para su *smoothie bowl*.

—Alice, estoy intentando hacer el crucigrama. ¿Puedes chillar un poco menos, por favor? —dijo Anthony a su hija.

—Todos lo dejáis que se salga con la suya. Por eso es tan descarado. Panda de consentidores —replicó Alice, lanzando una mirada asesina a Maxwell cuando este empezó a acercarse a hurtadillas a la tabla de cortar.

—Para tu información, chiquilla: tú lo mimas más que nadie en esta casa —dijo Anthony, sonriendo con la voz—. Nadie más se pone

un temporizador en el móvil para ponerle hielo en el agua cada pocas horas.

—Porque el niño mimado no bebe líquidos a temperatura ambiente —argumentó.

—Porque no dejas de ponerle hielo en el agua —dijo Anthony.

Alice refunfuñó entre dientes y siguió cortando la fruta con agresividad.

Era increíble. Yo no había previsto encariñarme tanto con su familia tan rápido. De verdad que no esperaba que mis futuros suegros fueran así de cercanos y acogedores. Y divertidos.

—Ria, tesoro, ¿con qué quieres las tortitas? —me preguntó Julie mientras empezaba a abrir armarios para reunir los ingredientes.

—Me va bien con cualquier cosa. —Excepto pasas. Pero nadie en su sano juicio le pondría pasas a las tortitas (ni a ninguna otra cosa, es más).

—¿Te parece bien con arándanos?

Le sonreí.

—Con arándanos me parece perfecto. Gracias.

Gampy se encontraba fuera, en el patio, haciendo su rutina diaria de taichí; Anthony estaba sentado junto a Alice, tomándose el café y haciendo su crucigrama de cada día, y Adrien estaba… a saber dónde. Me había despertado en un cuarto vacío como una hora después de la que él solía salir a correr. Y todavía no había vuelto, así que…

Me erguí de golpe cuando se abrió la puerta principal justo en ese momento y, en efecto, Adrien apareció unos segundos después, sosteniendo dos cajitas rojas.

Llevaba una camisa blanca impecable, pantalones de vestir negros y no parecía como si llegara de correr. Tal vez, de una reunión.

—Buenos días a todos. —Su rostro dibujó una sonrisa siniestra y sus ojos repasaron toda la cocina hasta que aterrizaron en mí—. Cariño —dijo con desdén.

Parpadeé.

Caminaba. Avanzaba. Casi cargaba contra mí.

Solté el asa de la taza y di un paso hacia atrás sin querer. «Oh, oh».

Adrien dejó las cajas en la encimera y estiró los brazos hacia mí. Me iba a estrangular. Allí mismo. En ese momento. Podía verlo en sus ojos salvajes. Iba a rodearme el cuello con los dedos y a apretar hasta que…

Se me cortó la respiración y me subió el corazón a la garganta cuando deslizó una mano por la parte inferior de mi espalda y la otra por mi pelo. Y justo cuando mi vida empezaba a pasarme por delante de los ojos, apretó su boca contra la mía.

Hizo falta un segundo para que las cosas encajaran. Para que mi cuello entendiera que seguía pegado al resto de mi cuerpo. Para que mi corazón se diera cuenta de que se suponía que tenía que seguir latiendo. Y entonces…

Y entonces…

Cerré los ojos y mi cerebro se derritió por la inesperada calidez de la boca de Adrien. Ladeó un poco la cabeza y cerró los dedos alrededor de mi pelo formando un puño mientras yo arrimaba mi cuerpo al suyo, aumentando la intensidad del… beso. Adrien me estaba besando.

Y fue entonces cuando surgió la chispa.

Un ligero hormigueo en los labios y en las yemas de los dedos, en el pecho, la espalda, los dedos de los pies que se retorcían. Hasta que todo mi cuerpo cobró vida. Hasta que mis manos empezaron a deslizarse por su torso, agarrando la pechera de su camisa para

tratar de acercarlo a mí. Hasta que me olvidé de quién era, de dónde estaba, de que había…

—Puaj. Id a un hotel.

La voz de Alice rompió el vertiginoso trance en el que estaba y me aparté de golpe, respirando hondo, rompiendo el beso.

«¿Qué cojones?».

Adrien no me soltaba, no me dejaba dar un paso atrás. Tenía los ojos vidriosos y fue levantando despacio la comisura de la boca hasta formar una arrogante sonrisa de victoria cuando contempló mi expresión.

—Caray, chicos —bromeó Anthony.

Julie sonreía como si le hubiéramos bajado la luna del cielo para regalársela.

—Nueva norma —decidió Alice, torciendo la boca con disgusto—. Nada de gemidos en la mesa de desayunos. Ni en la encimera de la cocina. Ni en ningún sitio de la casa. Nada de gemidos, y punto.

Se me tiñeron las mejillas de un rojo intenso mientras me planteaba forcejear para escapar de los brazos de Adrien y salir pitando por la puerta. Abandonar el país. Cambiar de nombre. ¿Quién coño había «gemido»? Yo no había gemido. ¿Había gemido?

Solté la camisa de Adrien, del todo consciente de las marcas que habían dejado mis ansiosos dedos, e intenté apartarme con sutileza.

Me salió el tiro por la culata.

Adrien esquivó mi intento de poner distancia física entre nuestros cuerpos y se colocó detrás de mí. Me rodeó la cintura con los brazos y arrimó mi espalda contra su duro pecho.

—He ido a la pastelería bien temprano y he comprado una caja de tus dulces favoritos, cariño.

Decía «cariño» como si fuera un taco vulgar, aunque parecía que yo era la única que notaba ese tonito.

—Estoy bien así, gracias —dije con voz ronca, muy tentada de darle un codazo en las costillas.

No sentía la tentación de derretirme contra él como si fuera de mantequilla.

Para nada.

—Vaya, pero insisto: les he pedido que prepararan un lote especial para ti.

Sin lugar a dudas, había hecho algo turbio y malvado a lo que fuera que hubiera en las cajas rojas.

Puto bárbaro.

—Julie está preparando tortitas —le expliqué—. Con, eh, arándanos. Así que voy a esperarme.

Debería haber existido una ley que prohibiera oler tan repulsivamente bien como para confundir a la gente hasta el punto de impedirle expresarse con frases completas y coherentes.

Adrien estrechó aún más sus brazos en torno a mi cintura y me negué, me negué en redondo a pensar en el bulto duro que me presionaba la parte inferior de la espalda. Nada de eso me estaba excitando. No quería darme la vuelta y forzarlo contra la nevera. No quería que me arrastrara escaleras arriba, me empotrara contra la pared y me castigara por lo que le había hecho la noche anterior.

Estaba bien.

Todo iba bien.

Anthony le preparó a su hijo una taza de café bien caliente antes de volver a su… ¿sudoku? ¿Crucigrama? ¿Testamento y últimas voluntades?

Estaba perdiendo neuronas a una velocidad alarmante.

—Ah, no te preocupes por las tortitas —dijo Julie con voz cantarina, apenas incapaz de contener su emoción al mirarnos, sin darse cuenta en absoluto de que en ese momento yo estaba

planeando la espantosa muerte de su querido hijo—. Ya que Addy se ha tomado la molestia de ir tan pronto a la pastelería y de pedir tus dulces favoritos como encargo especial…

Se derretía de amor.

Todo lo que había soñado para su hijo se estaba haciendo realidad y ella se estaba derritiendo de pura felicidad.

Adrien me apartó el pelo de la oreja y el cuello.

No se me cortó la respiración cuando me rozó la piel con los dedos. No me estremecí.

—Solo un mordisco —me susurró al oído con maldad—. Ya que me he tomado todas esas molestias.

—¿Y a nosotros nos has pillado algo ya que estabas allí? —le preguntó Alice, lanzando una mirada asesina a Maxwell, que se acercaba a hurtadillas. El pájaro tenía huevos, había que admitirlo. No se echó para atrás ni siquiera al ver cómo Alice sujetaba un cuchillo, preparada para apuñalarlo.

O puede que fuera yo la que no dejaba de pensar en asesinatos.

Adrien cogió la caja más pequeña y la colocó frente a mí, luego señaló la más grande con la barbilla.

—Esa es para vosotros.

Alice abrió la tapa, emocionada de manera evidente cuando sacó un cruasán de chocolate y le dio un mordisco, meneando los hombros de felicidad.

—¡Sí! ¡Gracias!

Maxwell aprovechó la oportunidad para birlarle un trozo de mango del cuenco y volvió deprisa de un saltito a protegerse tras Anthony, por si la distracción de Alice fuera efímera. No fue así.

—Y para ti, mi amor. —Adrien ronroneó de una forma odiosa, abriendo la caja más pequeña: un rollo de canela, recién horneado y con un dorado perfecto—. Tal y como te gusta.

Parecía un rollo de canela, olía como un rollo de canela, se me hizo la boca agua como si estuviera frente a un rollo de canela…, pero algo no me cuadraba.

—Eh, ¿por qué el glaseado es rosa? —me atreví a preguntar, sabiendo muy bien que no me iba a gustar la respuesta.

—Me alegro de que me lo preguntes. —«No me jodas»—. Como te gustan tanto las pasas, les he pedido que mezclaran unas pocas en el glaseado para ti.

«Puaj…, puaj, ¿qué?».

Alice hizo una mueca mientras Adrien retiraba la capa exterior del dulce para revelar las… pasas.

Un. Montón. De. Pasas.

El doble, puede que el triple de la cantidad de pasas que hubieras imaginado.

Sí.

Ni de puta coña.

Aparté la caja.

—Gracias, cielo, pero estoy intentando controlar un poco la cantidad de azúcar que tomo.

—Qué tontería —me replicó con suavidad—. Estamos de vacaciones. Puedes darte un capricho.

—¿No son monísimos? —le dijo Julie a su marido.

—Mucho —coincidió él.

—Me recuerdan a nosotros.

—Nosotros somos más monos. —Él le guiñó un ojo y ella dejó escapar una risita.

—Dais todos el mismo asco —nos dijo Alice a los cuatro con indiferencia.

Y fue entonces cuando Adrien cometió el error de coger su taza de café. Actué antes incluso de haber tenido la idea, estirando la

mano para coger dos cubitos de hielo que Alice había apartado para su desayuno. Y entonces los eché en su taza.

Adrien se puso tenso y me clavó los dedos en la cadera.

Alice miró a su hermano con el ceño fruncido.

—Puaj…, ¿ahora te gusta el café templado?

—No lo sé —respondió despacio, con un matiz amenazante en la voz—. ¿Me gusta?

Sonreí a Alice.

—Se ha descubierto el pastel, supongo. Le pongo a hurtadillas hielo en el café porque insiste en tomárselo antes de que se pueda enfriar, lo que no solo es malo para los dientes; mi médico intuitivo dice que es eso lo que provoca la disfunción erec…

Adrien amortiguó el resto de la frase metiéndome en la boca un enorme trozo de rollo de canela.

Casi me atraganto.

—¿Qué es un médico intuitivo? —preguntó Anthony con curiosidad.

—Está bromeando —dijo Adrien.

—Se está ahogando —lo corrigió Alice.

Me lloraban los ojos y apreté los puños mientras intentaba tragarme aquel maldito trozo de abominación teñida de rosa.

Me acabé lo que me quedaba de café, pero apenas me ayudó.

—Un médico intuitivo —comencé a decir con la voz temblorosa— es un médico y sanador energético que utiliza sus habilidades psíquicas para hablar con los muertos por medio de las cartas del tarot, bolas de cristal y varitas poderosas para…

Adrien partió otro trozo de masa, listo para metérmelo en la boca. Pero le di un pisotón antes de que tuviera la oportunidad de hacerlo y lo dejó caer con un brusco «ay».

—¿Estáis… bien vosotros dos? —Ahora Julie fruncía el ceño.

Igual que el resto de la familia.

Probablemente lo preguntara porque Adrien y yo respirábamos con violencia y el aire a nuestro alrededor crepitaba mientras apretábamos la mandíbula, los dientes y los dedos.

—Disculpadnos —masculló Adrien.

Me agarró de la muñeca y me arrastró fuera de la cocina y escaleras arriba hasta nuestro cuarto compartido.

La puerta se cerró de un portazo.

Lo fulminé con la mirada, con el pecho agitado por el odio.

Él me miró con furia, con la mandíbula tensa de rabia.

—Eres —empezó a decir, con la voz cargada de frustración—. Ria, eres la más… no puedo… es que eres… —Apretó los dientes, como si la pura irritación que le provocaba yo no se pudiera expresar con palabras.

—Te lo dije —solté rabiosa—. Te dije que no íbamos a ser capaces de hacer esto sin querer despedazarnos.

Y justo eso es lo que quería hacer: despedazarlo. Hacer pedazos su cordura, su paciencia, su camisa. Quería… Necesitaba…

No supe quién se movió primero. Si él me envolvió la cintura o si yo lo agarré de la camisa. Si él tiró de mí hacia él o si yo lo arrastré hacia mí.

Colisionamos como dos estrellas agonizantes y nuestras bocas chocaron con una desesperación hambrienta cuando todo estalló. Me quemaba el cuerpo por dentro, me temblaron las extremidades cuando Adrien me acorraló contra la pared, presionándome con su duro mástil en el estómago.

Por fin.

«Por fin».

No debería haber querido aquello. No debería haber gemido cuando me empotró contra la pared ni cuando me metió la lengua

en la boca. Debería haberlo apartado de un empujón cuando me agarró del pelo y me mordió el labio inferior. Debería haber odiado la forma en la que gimió desde lo más hondo de su ser cuando le devolví el mordisco. Debería haber odiado su tacto y su sabor.

Pero, hostia, qué gran beso.

Tanto que empezó a ser confuso. En algún momento en medio de todo, las cosas… cambiaron. Pasamos de agarrarnos, mordernos y clavarnos las uñas con una gran frustración a algo del todo diferente. A algo muchísimo más alarmante.

Dejamos de empujar, apretar, luchar con la lengua. Y poco a poco empezamos a explorar, rozar, acariciar. Los mordiscos salvajes dieron paso a mordisquitos más delicados; el agarrarnos con fuerza dio paso a caricias y roces; el ardor violento en mi sangre se diluyó hasta convertirse en un hormigueo cálido que me estremecía y… y…

«Hala».

Suspiré contra él, deslizándole los brazos por el cuello mientras nos fundíamos en el otro, del todo impotente contra lo que fuera aquel embrujo que se había apoderado de mí. Adrien me soltó el pelo, pero solo para cogerme de la mandíbula, levantarla y acariciarla mientras me mordisqueaba el labio inferior, la barbilla, el cuello y oh…

«Hala».

Me rozó con los dientes ese punto sensible entre el cuello y el hombro, besándome y lamiéndome la piel hasta que acabé hecha un mar de temblores y gemidos. Le clavé los dedos en el hombro y el pelo, con la respiración entrecortada mientras el calor que se acumulaba en mi interior amenazaba con desbordarse. Ardía, me mareaba, jadeaba y me aferraba a él como si mi vida dependiera de ello.

Era una sensación increíble. Apenas estaba haciendo nada y aun

así me hacía sentir increíble.

Casi me quejé cuando apartó sus labios de mi piel y le clavé las uñas en los hombros, intentando que volviera. Pero no cedió.

—Ya basta —dijo entre jadeos, con la voz grave y áspera, como si le doliera. Apoyó su frente en la mía mientras ambos intentábamos recuperar el aliento—. Basta de lo que sea… este puto jueguecito. No puedo… Te tengo tan metida en la cabeza que no puedo… Joder, ya no puedo ni pensar, Sanchez. No puedo dormir… Me he pasado toda la noche… —Meneó la cabeza—. No voy a seguir haciendo esto.

Yo apenas entendía de lo que estaba hablando. ¿Qué jueguecito?

—Te voy a dar dos opciones —dijo. Tenía las manos en mi cintura, evitando que nos volviéramos a arrimar—. Dentro de diez minutos me marcho a una reunión y no regresaré hasta la tarde. Cuando vuelva, no estarás aquí.

Un momento. Un momento… «Qué».

Intenté dar un paso atrás, pero me agarró de la cintura con más fuerza, obligándome a quedarme en el sitio.

—Esa es la opción uno —continuó—. Te reservo un vuelo, haces la maleta, te marchas y no nos volvemos a ver nunca más. Yo cumpliré mi parte del trato con Alba. La volveré a contratar, le doblaré la prestación por maternidad, reduciré su carga de trabajo, todo. Pero no quiero volver a verte en la vida.

La amargura en su voz cuando repitió la última parte era tan evidente que casi pude saborearla. Se me clavó en los oídos como una puñalada.

«El sentimiento es mutuo, capullo», quise devolvérsela.

Entonces ¿por qué no lo hice?

—Opción número dos. —Hizo una pausa, buscándome con la mirada—. Te quedas. Por voluntad propia. Y seguimos jugando. —

Me acarició la cadera con el pulgar y posó su mirada en mi boca—. Pero con nuevas reglas. Puedes soltar las impertinencias que quieras, lanzarme pullas, buscar pelea, seguir atormentándome como consideres…, pero yo puedo responder como yo considere.

La miradita que me lanzó dejaba poco espacio para la imaginación. Y, de haberlo hecho, la forma en la que arrimó nuestras caderas lo hubiera dejado bien clarito.

Abrí la boca para elegir la primera opción, porque, desde luego, iba a elegir la primera opción, pero me detuve.

¿Por qué me detuve?

—Recibirás los datos del vuelo por correo electrónico dentro de una hora y contrataré un coche para que te recoja en una tetería que hay al final de la calle —dijo en voz baja—. Volveré sobre las ocho.

Sus dedos parecieron vacilar y se quedaron en el sitio un poco más de lo necesario, pero luego me soltó.

—Piénsatelo.

Y entonces se marchó.

23

Saqué la maleta del armario, la abrí y empecé a meter mis cosas.

Porque era sensata.

Porque todavía me quedaba algo de cordura.

Porque elegir cualquier otra cosa que no fuera la primera opción «no era una opción en realidad».

No me importaba lo que sentía por dentro. No me importaba lo fantástico que hubiera sido ese beso. No me importaban todas esas vocecillas de mi cabeza que protestaban contra mi decisión.

La verdad, ninguna vocecilla en mi cabeza debería haber intentado evitar que me alejara de esa pesadilla. Así que, o bien tenía que pedir un tac cuando volviera a casa, o bien tenía que empezar una terapia intensiva, o ambas cosas.

Lo más seguro que ambas.

Había terminado de hacer la maleta cuando me llegó el correo. Mi vuelo salía al cabo de cuatro horas y el coche me recogería en la tetería La Oveja Negra dentro de dos. Pero no tenía sentido esperar en la casa.

Bajé a hurtadillas al sótano por unas escaleras que no sabía que existían hasta que leí las instrucciones de Adrien y giré a la izquierda, atravesando las puertas del cine, que, por lo visto, nadie

utilizaba.

Doblé la esquina, crucé deprisa las puertas y ya estaba. Era libre.

Ya no tenía que volverlo a ver nunca más.

Caminaba rápido, con las ruedas de mi maleta haciendo ruido tras de mí.

No tendría que volverlo a ver nunca más.

No tendría que volverlo a ver nunca jamás en toda mi vida.

Lo que era algo bueno. Genial. «Fantástico». Era justo lo que me hacía falta. Era justo lo que quería. Era justo lo que debería haber querido.

Entonces ¿por qué me detuve?

La tetería estaba allí mismo. Podía ver su letrero en forma de nube desde donde me encontraba.

«Entonces, muévete».

Me quedé allí mismo con la mirada perdida.

«Muévete, maldición».

Aparté el extraño nudo de emociones que me carcomía las entrañas y me obligué a seguir caminando. La tetería La Oveja Negra era pequeña, pintoresca. Tenía las paredes pintadas de azul oscuro y muebles de roble claros, y estaba decorada de arriba abajo con plantas. Macetas de todos los tamaños y colores se acumulaban por las esquinas, salpicaban cada superficie y colgaban de todos los ganchos y repisas posibles.

Contuve una sonrisa a regañadientes. Había una media docena de cafeterías en esa manzana y justo había tenido que ser ese sitio el que había propuesto.

«Menudo friki».

Pedí una taza de té verde con jazmín y me senté a una mesita redonda apartada en el rincón del fondo, al lado de la ventana. Para poder ver el coche cuando llegara.

Porque me iba a marchar.

Me iba a subir a ese vehículo en cuanto se detuviera junto al bordillo, me iba a marchar, y nunca más iba a hablar ni a pensar en Adrien Cloutier. Volvería a ser un tío cualquiera que vería de vez en cuando en las noticias, y eso sería todo.

Me despertaría al día siguiente y mi vida volvería a ser justo tal y como era.

Parpadeé hacia el humo que ascendía de la tacita de cerámica.

Al día siguiente me despertaría… y mi vida volvería a ser… tal y como era antes.

Encontraría otro trabajo de mierda y volvería a…

Alba. Olive. Jamie. ¿Y… qué más?

Arrugué la frente mirando a la tetera. ¿Por qué no se me ocurría nada que tuviera ganas de hacer cuando volviera a casa? ¿Por qué no podía recordar una sola experiencia inolvidable que hubiera vivido en el último año y que solo fuera mía? Algo que hubiera hecho yo, algún logro que hubiera conseguido, algún hito en mi vida, en la mía, no en la de Jamie ni en la de Alba ni tampoco en la de Olive.

No se me ocurrió nada, me quedé en blanco.

Entonces, traté de ampliar los límites de mi propia búsqueda a dos años, y luego a tres, y a cuatro… Nada.

Ni una sola cosa.

No había viajado, no había ampliado mi diminuto círculo de amistades, no había salido con nadie en serio ni empezado ningún *hobby* ni aprendido nada nuevo. Solo había…

«Ya no te reconozco, Ree… Lo has dejado ganar. Sigues dejándolo ganar. No te importa el trabajo, no quieres conocer a otras personas ni hacer amigos nuevos. No sales con nadie. Ya no tienes objetivos ni ninguna ambición. Te ríes y bromeas y finges que ya nada te importa, pero te has rendido. Te has insensibilizado hasta tal

punto que ya… ya no vives. Solo existes y nada más».

Noté un suave pitido en el oído mientras miraba al vacío por la ventana, contemplando cómo el cielo se iba oscureciendo, adquiriendo un tono gris más tormentoso. El cristal acabó por empañarse por las esquinas y gotitas de lluvia empezaron a salpicarlo.

El té se había enfriado, pero no era capaz de bebérmelo. No era capaz de hacer nada más que quedarme allí sentada, con la mirada fija y sintiendo… nada.

No. Nada no. Era más… un vacío. Como si me faltara algo fundamental. Pero no era alarmante ni aterrador. No era como si la Cosa Fundamental hubiera desaparecido para siempre. Era más como si la hubiese extraviado. O escondido hacía mucho tiempo para custodiarla y en ese momento no pudiera recordar cómo recuperarla. Estaba allí, en algún sitio, solo tenía que buscarla ahora que sabía que la había perdido.

Y podría hacer eso en casa, cuando volviera a ver por enésima vez *Bridget Jones.* O sentada ante mi nuevo escritorio, sufriendo una muerte lenta en mi nuevo trabajo de mierda.

Iba a estar bien. Solo tenía que montar en el coche, subirme al avión y no permitirme jamás volver a pensar en Adrien Cloutier.

Lo único que tenía que hacer era volver.

«Solo existes y nada más».

«Ya no vives».



Perdí el vuelo sin querer.

Y por «sin querer» me refiero a que escondí la maleta detrás de la silla y fingí que no había oído el nombre de Ria Sanchez en toda

mi vida cuando el conductor trajeado entró en la tetería preguntando por mí.

¿Y luego arrastré la maleta de vuelta a la casa y volví a hurtadillas al maldito dormitorio que compartía con Adrien? Sí.

¿Me pasé la mayor parte del día jugando al backgammon con Gampy y haciendo pasteles con Alice mientras Maxwell cantaba todo el repertorio de D12? Sí.

¿Lo disfruté? Muchísimo.

Pero nada de eso importaba. Porque había regresado para hacer una cosa y solo una cosa: demostrarme a mí misma que lo que había sentido cuando Adrien me besó había sido mera coincidencia y nada más.

Mis emociones estaban a flor de piel y toda esa rabia asesina me había estallado en la cabeza y me había fastidiado el equilibrio hormonal. La frecuencia cardíaca alta, los temblores, la incapacidad para respirar bien, todo estaba relacionado con una reacción de lucha o huida; un subidón de adrenalina, si quieres llamarlo así. Estaba un noventa y nueve coma nueve, nueve, nueve, nueve por ciento segura de ello. Solo tenía que estar un cien por cien segura para poder volver a mi vida sin esa molesta duda carcomiéndome en el fondo del cerebro.

Y por eso me paseaba de arriba abajo por el dormitorio cuando Adrien regresó de su reunión. Me detuve de golpe cuando por fin se giró la manilla de la puerta (siete minutos y treinta y ocho segundos después de cuando dijo que llegaría)… (No es que los estuviera contando)…

—No es lo que parece —solté incluso antes de que él tuviera la oportunidad de entrar en el cuarto—. Está claro que no me voy a quedar.

Adrien enarcó las cejas al verme, mientras una sonrisita engreída

le rondaba la boca. Cerró la puerta y se apoyó en ella, con los brazos cruzados. Ese hombre era la arrogancia personificada.

—Yo también me alegro de verte, Sanchez. ¿Qué tal el día?

—No me voy a quedar —repetí, por si no me hubiera oído la primera vez. Luego me saqué el anillo de diamantes del dedo y se lo di—. Además, esto es tuyo.

Avanzó con paso firme hasta donde yo estaba en medio de la habitación, clavándome esa mirada verde oscura en los ojos. Tuve que levantar la barbilla para mantener el contacto visual; el hombre era tan alto que resultaba molesto.

—Lo podrías haber dejado en el escritorio —señaló.

Levanté las cejas en su dirección.

—¿Para qué? ¿Para que pudieras decir que no lo encontrabas, que lo había robado, y obligarme a cumplir un abusivo contrato de esclavitud para devolvértelo?

Incluso con la tenue luz de la única lamparita de noche pude ver cómo se le enrojecían las orejas mientras me observaba.

—¿Tan mala opinión tienes de mí?

—No —respondí, sincera—, porque incluso eso sería otorgarte demasiado crédito.

Le salió un tic en la mandíbula. Su sonrisita de suficiencia había desaparecido.

—Ya te dije que no quería jugar más a este puñetero juego contigo. Así que solo dime por qué sigues aquí.

Le metí el anillo en el bolsillo de la chaqueta, en vista de que se negaba a cogerlo.

—Tengo que confirmar una cosa muy rápido y luego me marcharé.

Había llamado a la aerolínea y había cambiado el vuelo. El primero que me podían ofrecer era al día siguiente por la tarde, pero

estaría encantada de pasar la noche en el aeropuerto o en un motel. Aunque, antes, de verdad que tenía que quitarme eso de encima.

—¿Y qué es? —casi gruñó a través de los dientes apretados—. ¿Qué es lo que tienes que confirmar?

Saqué la lengua para humedecerme los labios secos y el corazón me latía en la garganta cuando metí los puños en los bolsillos de la chaqueta. Estaba vestida y lista para marcharme. En cuanto acabara mi pequeño experimento, agarraría la maleta y saldría por la puerta.

—Tengo que darte un beso superrápido —le dije sin más.

Primero enarcó las cejas y luego frunció el ceño. Subir, apretar.

—¿Disculpa?

—Tengo que besarte —repetí con la voz más tranquila que pude —. Te lo digo por adelantado para pedirte tu consentimiento. Será breve y para menores de trece años y los dos nos quedaremos con las manos quietecitas. Para que no sintamos la tentación de estrangularnos en algún momento.

«Para que no sienta la tentación de romperte la ropa a pedazos en el caso remotamente improbable de que lo de esta mañana no fuera una coincidencia».

Me miraba como si estuviera loca. Porque hablaba justo como una loca.

—¿Por qué? —preguntó.

Me aclaré la garganta y aparté los ojos de él durante un instante. Me resultaba más fácil pensar cuando no estaba frente a mí.

—Esta mañana sentí un montón de cosas que no debería haber sentido cuando me besaste. Solo necesito demostrarme a mí misma que no era real.

Adrien me observó durante unos segundos y un destello de algo del todo indescifrable le cruzó la cara. Soltó un suspiro de frustración, levantó la mirada al techo y luego se aflojó la corbata

como si lo estuviera asfixiando.

Me moví incómoda en el sitio.

—No tienes por qué decir que sí, por eso te lo he preguntado primero…

—¿Te has parado a pensar, aunque sea solo una vez, durante el último par de semanas, que soy un ser humano de verdad, Ria?

Parpadeé.

«¿Eh?».

—¿Yo… qué?

—¿Te has parado a pensar durante las últimas dos semanas que soy una persona real, Ria? —repitió—. ¿Con sentimientos reales y todas esas chorradas?

Me tocaba a mí fruncir el ceño. Por supuesto que era una persona de verdad.

—¿De qué estás hablando?

Se le movía la garganta como si estuviera tragándose la respuesta, fuera la que fuese, que le iba creciendo en el pecho. Luego se pasó la mano por la cara y apretó los labios. El rubor de las orejas le había alcanzado las mejillas y empezaba a descender por el cuello.

—Bien —murmuró al fin—, adelante. Haz lo que tengas que hacer.

Vacilé. Me había descolocado con lo del comentario sobre ser una persona real.

—Tal vez deberíamos…

Pero me interrumpió, con su tono cortante habitual.

—¿Cuáles son los parámetros? ¿Para menores de trece y las manos quietecitas?

Asentí y se metió las manos en los bolsillos, imitándome.

—¿Qué más?

Lo estudié con cautela.

—No tienes por qué aceptar. Puedes mandarme a la mierda y echarme a patadas de esta casa.

—No quiero mandarte a la mierda y no quiero echarte a patadas de la casa.

—De acuerdo… ¿Qué es lo que quieres?

Hubo un silencio prolongado antes de que respondiera.

—Quiero que seas sincera respecto a los resultados de este… experimento tuyo.

No sabía por qué eso me hizo sentir un cosquilleo en el estómago de aquella manera. No pasaba nada. Lo besaría, no sentiría nada y luego le diría que no había sentido nada. Sería como besar una lámpara. Cálida y sólida, con una pequeña posibilidad de que te diera una leve descarga eléctrica. Y no mucho más.

—Trato hecho —dije.

—Trato hecho —dijo.

Y entonces se quedó ahí plantado.

—¿Puedes… eh… agacharte un poquito? —le pregunté incómoda. Era demasiado alto para mí y no podía utilizar las manos para atraerlo hacia abajo.

Torció un lado de la boca con un gesto divertido contenido y relajó los hombros un poco.

—¿Así mejor?

—Ajá.

Fuera cual fuera el jabón o el perfume o la loción para después del afeitado que utilizara ese hombre se merecía un montón de premios por lo que duraba. Y por el aroma.

—Sanchez.

—¿Sip?

—Ahora es cuando me besas.

—Ya voy. —Estaba tratando de calmarme un poco primero. El objetivo de toda la historia era no sentir nada.

Me repasó el rostro con los ojos, despacio, deteniéndose a propósito en los labios. Eso no ayudaba.

—¿A qué estás esperando? —preguntó en voz baja con su cálido aliento acariciándome la piel.

Piel de gallina. Piel de gallina por todas partes.

—¿Puedes… quedarte quieto unos segundos? —me esforcé por decir.

—No es que me esté moviendo mucho.

—Tus ojos sí. Y no dejas de hablar.

—Solo te estoy mirando. ¿No puedo mirarte?

—Cállate, chitón.

—Me gusta mirarte. Tanto que la verdad es que lo odio. Eres preciosa. Es casi indignante.

«Fiu».

—Deja. De. Hablar. —Mi corazón era un pajarillo ansioso por escapar de su pequeña jaula.

—¿Antes puedes explicarme por qué?

—Estás alterando mis constantes vitales…, eh, variables. Estás alterando las variables del experimento.

Volvió a aparecer esa sonrisa engreída. Ahora parecía mucho más relajado y se lo estaba pasando en grande a mi costa. Siempre a mi costa.

—Ya veo. Lo siento.

No parecía lamentarlo. Parecía justo lo contrario a lamentarlo.

Cerré los ojos, resoplé irritada por la nariz y traté de volver a centrarme. Luego cometí el error de volver a abrir los ojos.

Adrien se había acercado y me clavaba la mirada hasta el alma. Tenía tantas pestañas, tan oscuras y espesas, e impresionantes. Sus

ojos eran impresionantes de verdad. Sobre todo cuando se ponían… todo tiernos y vidriosos como en ese momento. Los detestaba.

—Puedes tocarme si quieres —murmuró—. A partir de ahora, yo mantendré las manos quietas. Hasta que me pidas lo contrario.

«A partir de ahora», como si no me fuera a marchar después de aquello. «Hasta que me pidas lo contrario», como si fuera inevitable.

Debería haber puesto los ojos en blanco, pero, en vez de eso, me descubrí abriendo el puño derecho, vacilante, y sacándolo del bolsillo.

«Solo para que no se mueva», me dije. «O para apartarlo de un empujón como sin duda voy a querer hacer».

Entonces ¿por qué dirigí la punta de los dedos a su cara? ¿Por qué repasaron sus cejas, sus pómulos, su mandíbula y sus labios entreabiertos? ¿Por qué se me agitó el pecho cuando, como respuesta a mi gesto, se le cortó la respiración?

Observé cómo entrecerraba los ojos, cómo dejó de enfocar y cómo se le aceleró la respiración. Soltó un juramento entre dientes cuando le toqué con suavidad a lo largo de la línea de la garganta, y pude notar el ritmo frenético de sus latidos.

Era la hostia de embriagador.

No me dejaba concentrarme.

—Sanchez…

—¿Mmm?

—¿Te acuerdas de tu experimento?

—Mmm.

—Tal vez deberías llevarlo a cabo ya.

—Esto forma parte del experimento —decidí.

Regresé con los dedos por todo el cuello y hasta la mandíbula. Tenía los músculos en tensión y mi garganta no dejaba de moverse porque no paraba de tragar saliva.

Me pregunté cómo sería tocarle todo el cuerpo así. Cómo reaccionaría si jugueteara con los dedos por su pecho desnudo, su abdomen, sus muslos. Qué haría si le recorriera despacio la longitud de su polla…

Se me quedó la mano paralizada en el sitio. Mis ojos brillaron. Se me paró el cerebro.

«¿Perdona? ¿Qué es lo que te preguntas ahora?».

Posé mis ojos en los suyos.

«¿Qué coño acaba de pasar?».

«Te acabas de preguntar cómo sería juguetear con la polla de Adrien Cloutier, ¡morbosa pervertida! ¡Eso es lo que acaba de pasar!».

—¿Torturarme también forma parte del experimento? —me reprendió Adrien en voz baja.

No le respondí.

Lo intenté, pero se me atragantó la réplica en la garganta y se negó a salir.

¿Cuándo fue la última vez que había…? No me acordaba de la última vez que había pensado en…

«Hala».

—Sanchez, bésame antes de que…

No le di la oportunidad de terminar la frase.

24

El plan había sido contar tres Misisipis antieróticos.

Se suponía que iba a tocar su boca con la mía durante tres aburridos, incómodos y antieróticos Misisipis, demostrarme a mí misma que lo de aquella mañana había sido fruto de las hormonas desbocadas (tal cual) y desaparecer de la puta vida de Adrien Cloutier para siempre.

Justo lo contrario a lo que ocurrió, y todo por su culpa.

A ver, ¿cómo podía ser posible que tuviera los labios tan suaves? ¿Se los hidrataba veinticuatro veces al día? ¿Y cuánta electricidad producía su cuerpo? ¿Era una maravilla de la ciencia aparte de todo lo demás? Porque había una cantidad preocupante de zumbidos y descargas provocándome escalofríos por todo el cuerpo y… ¿cómo exactamente…?

«Guau».

Me temblaban las rodillas en cuanto deslicé las manos por el cuello de Adrien, concentrando mi atención en solo tres cosas. Una: sabía a menta, fuego y también a fruta prohibida. Dos: no me estaba tocando. Tres: necesitaba con desesperación que me estuviera tocando.

Me arrimé y presioné mi cuerpo contra el suyo al tiempo que desconectaba el cerebro. Podía notar lo duro que estaba, cómo le

temblaban los músculos si mi lengua lo acariciaba de la forma adecuada. Aun así, seguía sin mover las manos.

Agarré el cuello de su camisa con los dedos y lo arrastré hacia mí, intentando darle un beso más profundo. E «intentar» es la palabra clave aquí.

—Sanchez —murmuró Adrien mientras apartaba sus labios de los míos.

No sabía que era capaz de decir mi nombre con tanta… ternura. Hizo que me recorriera un estremecimiento de placer y tuve que contenerme para no empujarlo sobre la cama.

Lo besé otra vez.

—Ria. —Tiró de mi labio superior con los dientes, mi castigo por no escucharlo.

Pero yo no quería parar.

«Parar» suponía «hablar». Suponía aceptar lo que acababa de pasar y admitir cosas que no estaba preparada para reconocer.

Y, lo que menos deseaba de todo, suponía poner distancia entre nuestros cuerpos.

Así que lo besé con mayor intensidad. Hasta que me estaba ahogando en su aroma, sus gemidos y la sensación abrumadora de notar su duro cuerpo contra el mío. Nos temblaban las extremidades, nuestros movimientos eran cada vez más fuertes, duros, bruscos.

Pero él.

Seguía.

Sin.

Tocarme.

Me había doblegado. Me había destrozado el cerebro, despedazado mi fuerza de voluntad y todavía tenía la osadía de tener el suficiente autocontrol como para mantener quietas sus

estúpidas manos.

Quería doblegarlo.

Quería que perdiera cada pizca de compostura y autocontrol que tenía, que se dejara arrastrar por el mismo fuego irracional y absorbente que había prendido en mí. Quería que se sintiera tan frustrado y fuera de control como yo…, que fue justo por lo que rompí el beso y di un paso atrás.

Y luego dos. Tres. Cuatro.

Porque «¿qué cojones?».

Presioné la palma de la mano contra mis labios ardientes, tratando por todos los medios de que Adrien no se percatara de lo mucho que estaba temblando.

—Creo que… ya tengo bastantes datos. —No sabía de quién era esa voz, pero estaba segurísima de que no sonaba como la mía.

Durante unos segundos, Adrien me miró con los ojos entornados, vidriosos. Tenía los puños en los bolsillos y los brazos y los hombros, rígidos.

Ninguno de los dos dijo nada durante un largo minuto, hasta que al fin Adrien se aclaró la garganta, se puso recto y preguntó:

—¿Y bien?

Me moví incómoda en el sitio.

—Eh…, no ha sido… terrible.

Desde el punto de vista técnico, no estaba mintiendo.

—Sé más concreta —me ordenó.

—Estabas ahí, ya sabes cómo ha sido. ¿Por qué tengo que…? —Me detuve cuando se frotó la cara con frustración, y enrosqué los dedos en las palmas de las manos—. Vale. Ha estado… bien. O, bueno, genial, o lo que sea. Todo lo bueno que puede ser un beso, supongo. O mejor de lo que podría haber imaginado. No lo sé.

«Vale. Chitón. Ya está bien».

Adrien dejó caer las manos y se le relajó la tensión del rostro mientras contemplaba mis mejillas arder. Aparté la mirada.

—Estás tan preciosa cuando te ruborizas, Ria. Es alucinante.

Algo en ese comentario en particular, pronunciado con ese tono en particular, acompañado de esa mirada en particular, provocó que el cable central de mi cerebro se partiera en dos como un palito de pan duro.

Y todo se fue a la mierda.

—Bueno —casi grité, sobresaltándome—, ahora que ha quedado claro, me voy.

Y entonces le hice un saludo tipo militar.

…

Le hice un saludo militar.

No sabía quién de los dos estaba más sorprendido por el gesto, si Adrien o yo. Entreabrió la boca mientras me miraba, con las cejas enarcadas.

Mi puñetera mano se había quedado congelada a medio camino y lo miré boquiabierta al tiempo que todo mi cuerpo se convertía en un Cheeto picante.

«Madre mía. ¿Qué narices estás haciendo?».

Dejé caer la palma de golpe a un lado y me dirigí toda tiesa hacia la maleta, decidida a que mi salida fuera lo más rápida y sin incidentes posible. Pero Adrien se puso justo frente a mí, bloqueándome el camino.

—Disculpa —le dije en un tono demasiado amable, tratando de esquivarlo.

—Sanchez —ronroneó el azote de mi existencia, bloqueándome de nuevo el paso.

—Esa soy yo. —¿Me lo parecía a mí o de pronto sonaba como si me hubiera tragado un montón de helio?

—¿Estás nerviosa?

Me dio un vuelco el corazón.

—Carrramba. No crrreo, colega. Es solo que hassse un poco de calorrr, ¿no es sierrrto?

Apreté los dientes, me picaba la cara de puro y absoluto terror. ¿De dónde coño había salido ese acento? Si Ned Flanders, de *Los Simpson,* y Janice, de *Friends,* hubieran follado sin protección, su hijo bastardo habría salido del vientre de su madre berreando con ese acento.

Era horrible.

Adrien empezó a abrir la boca despacio para formar una sonrisa de oreja a oreja que me recordó al gato de *Alicia en el país de las maravillas*, pero mucho más sexy.

—Madre mía —dijo con un tono jocoso a la par que incrédulo.

—Me voy a ir ya. —A mi afirmación la siguió otro intento fallido de fuga. Apreté los labios y le lancé una mirada asesina y firme.

—Qué nerviosa estás —señaló de forma errónea.

¿Me volvía, de forma poco habitual en mí, muy educada, se me olvidaba cómo hablar y adquiría un tono púrpura moteado, alarmante en el sentido médico, cuando me ponía hecha un manojo de nervios? Sí.

¿Adrien Cloutier tenía el poder y la capacidad de ponerme nerviosa? Ni de puta coña.

—Ya te lo he dicho, no estoy nerviosa —respondí con frialdad, amenazando a mi lengua con salsa de chile fantasma si se le ocurría pronunciar una sola de esas palabras con un acento extraño.

Sus ojos buscaron los míos, ablandándose.

—¡Pero qué mona! ¡No me esperaba esto!

Yo no sabía que su voz podía sonar tan dulce y tierna cuando hablaba conmigo. Y desde luego no era consciente de que el que te

llamaran «mona» pudiera provocar tantas mariposas en el estómago.

No tenía claro qué responder, así que me moví en el sitio y puse las manos detrás de la espalda, aclarándome la garganta.

—Sanchez —dijo con ese tono amable que tanto me confundía mientras daba un paso adelante—, ¿qué opinas de lo de esa tregua?

Di un paso atrás y me apoyé contra la pared, intentando parecer lo más despreocupada posible a pesar del revuelo que sentía en el pecho.

—¿Por qué estás tan empeñado con lo de la tregua? —logré decir.

—¿Y tú por qué estás tan en contra?

—Yo te lo he preguntado primero.

Adrien frunció los labios y ladeó la cabeza.

—Tengo una teoría.

Lo miré a los ojos.

—De acuerdo. ¿Cuál?

—Creo que tú y yo somos mucho más… —Se detuvo, supongo que tratando de pensar la mejor forma de expresarlo—. Creo que podríamos ser más compatibles de lo que creemos.

Parpadeé en su dirección. ¿Sabía lo que significaba la palabra «compatible»?

—¿En qué sentido? —pregunté con incredulidad.

—En todos.

Me dio un tic en el labio y fui recuperando una a una todas mis facultades a medida que asimilaba lo absurdas que eran sus palabras.

—Estás de broma. —Sin duda alguna, tenía que estar de broma.

—Nop.

—Adrien, nos despreciamos —le recordé.

—De acuerdo. —Volvió a hacer una pausa, esta vez para humedecerse los labios y carraspear—. Salvo por el detalle de que yo en realidad no te desprecio.

Pasaron diez segundos antes de que yo preguntara:

—¿Qué?

Se encogió de hombros.

—Desprecio es una palabra muy fuerte. Ni siquiera estoy seguro de que te odie.

Si una estrella fugaz hubiera atravesado el tejado y se hubiera estrellado contra mi cabeza, estaría mucho menos estupefacta. ¿Lo decía en serio?

—Y tampoco tengo tan claro que tú me odies —siguió diciendo como si nada.

«Eh, error». Abrí la boca para decirle justo eso, pero lo que salió fue:

—¿Qué? ¿Por qué?

—Un pálpito.

¿Un pálpito? ¿En qué versión distorsionada de la realidad le había dado yo cualquier tipo de señal de que sintiera hacia él algo más que puro desprecio? Aparte de todo lo del beso, pero eso era algo nuevo y no contaba.

Además, se podía odiar a alguien y aun así querer besarlo. Como por ejemplo, Adrien y yo. Justo en ese momento.

¿Seguían mis ojos contradiciendo mis órdenes directas y mirando su no tan mediocre boca? Sí.

¿Se me crispaban los dedos por la necesidad que tenía de agarrarlo del cuello de la camisa y arrastrar su cuerpo contra el mío? Desde luego.

¿Todavía quería estrangularlo? No tenía ni una puta duda al respecto.

O espera…, no. Estrangular era un poco demasiado violento. Puede que con una patada en la espinilla lograra mejores resultados, siempre y cuando no fuera con tanta fuerza como para romperle un hueso, ya que lo utilizaría como excusa para arrastrarme a otro acuerdo absurdo para devolvérmela.

¿Qué sería lo próximo? ¿Me obligaría a casarme con él de verdad? ¿Tendría que organizar toda una boda y recorrer el pasillo hasta el altar con un vestido blanco? ¿Y entonces qué? ¿Gemiría sin querer cuando lo de «ya puedes besar a la novia» sin darme cuenta? ¿En una iglesia? ¿Enfrente de un cura?

Espera. ¿Por qué estaba pensando en casarme con Adrien? ¿Cómo había llegado hasta…?

El auténtico Adrien dijo mi nombre, devolviéndome a la realidad.

—¿Eh? —pregunté con elocuencia.

—Te has quedado callada.

—Yo… —«Juro por la mismísima Madre Gaia que si sueltas en alto algo sobre casarte con él, te lanzo por la ventana»—. Sí quiero.

No.

Espera.

—Que sí. Que te odio, quiero decir. Que sí que te odio —le aclaré deprisa, tratando de no prestar demasiada atención a cualquier dilatación de mi fosa nasal.

No se achicó.

—¿Sabes? A la gente que se odia no le suele gustar enrollarse.

—Puedes odiar a alguien y pese a eso sentir atracción física hacia él —argumenté—. Por desgracia, esas dos cosas no se excluyen entre sí.

—Así que admites que te atraigo.

—Créeme, nadie está tan decepcionado como yo —dije con gravedad.

—Yo no estoy decepcionado. ¿Y qué propones que hagamos con esa inmensa cantidad de atracción física que sientes hacia mí?

—En primer lugar, nadie ha hablado de una inmensa cantidad de nada.

—Se sobreentendía.

—En segundo lugar —seguí hablando sin hacerle caso—, solo porque sintamos atracción el uno hacia el otro no significa que tengamos que hacer nada al respecto.

—¿Puedo decir algo?

—Si te digo que no, ¿me harás caso?

—Lo más probable es que no. Y creo que deberíamos actuar al respecto.

Imité su pestañeo estilo lagarto, marca de la casa, mirándolo con cierto desinterés.

—Sin lugar a dudas, una de tus peores ideas. Y eso es mucho decir.

—¿Te ayudaría a cambiar de idea que me dejara un moño y me pintara la piel de azul?

—Por última vez, es rollo de canela, no moño de canela. Y la verdad es que no podrías estar más lejos del prototipo si lo intentaras… Espera. —Me interrumpí a mí misma, dando marcha atrás por un instante—. Si digo que sí, ¿lo harías?

No respondió al momento.

…

«No ha respondido al momento».

—No me lo creo. ¿De verdad que lo harías? —Un inesperado arrebato de emoción me recorrió las venas y dejé volar mi imaginación con una serie de imágenes de un Adrien con la piel azul luciendo un horrible moñito.

Levantó un hombro.

—Puede.

«La hostia».

—¿Me dejarías sacar fotos?

—¿Las publicarías en algún sitio?

—¿En internet? No. ¿En mi pared en formato póster a tamaño real? Sí. Soy una persona muy culta y siempre me ha apasionado el arte. Es algo muy importante.

Hizo una mueca.

—No creo que eso cuente como arte, Ria.

—Está claro que eso es porque tú no entiendes de arte, Adrien.

Se echó a reír y sus ojos volvieron a hacer esa cosa nueva de ponerse tiernos y dulces. Qué cosa más rara.

—Supongo que no.

Y como tanta ternura me estaba provocando cosas extrañas en mi interior, me centré en otra cosa.

—Además, te recuerdo que los alienígenas también tienen cuernos y cola y colmillos. Asegúrate de incluirlos.

Adrien meneó la cabeza con una mezcla de irritación y diversión, arrugando los ojos por las comisuras y mostrando sus hoyuelos en pleno esplendor.

Y tenía la desfachatez de decir que la que era atractiva de una forma exasperante era yo.

Dio un paso al frente y agachó la barbilla al tiempo que yo levantaba la mía.

—Te has vuelto a quedar mirándome, Sanchez.

Yo tragué saliva y él bajó la mirada, siguiendo el movimiento de mi garganta.

—Y, como de costumbre, tú también me estás mirando a mí, Cloutier.

—No puedo evitarlo —afirmó, sonriendo un poco menos—.

Créeme, lo he intentado. Sobre todo al principio.

—Lo único que hacías al principio era fulminarme con la mirada —le dije.

—Sí, también había bastante de eso —admitió.

—Sigue habiéndolo.

—Mucho menos.

—Apenas.

Ladeó la cabeza.

—¿Tienes que rebatir siempre todo lo que digo?

—Sí.

—Niñata caprichosa —dijo despacio. Casi con afecto. Como si ese fuera nuestro rollo, lo que nos iba.

En serio. ¿Qué coño le había pasado de golpe? ¿Y qué coño me había pasado a mí? ¿Por qué estaba disfrutando tanto de aquello?

Sentía la sangre correr por mis venas, el corazón me iba a mil por hora. Y no dejaba de mirarle la boca, sin importar cuántas veces tratara de evitarlo.

—Ria, tienes que dejar de mirarme así.

—¿Por qué?

—Porque te he prometido que no te tocaría hasta que me lo pidieras.

Me humedecí los labios y me dio un vuelco el corazón.

—Nunca te lo voy a pedir, pero te doy mi consentimiento. Ya lo tienes, así que… puedes tocarme si quieres.

Hala. La pelota estaba en su tejado.

Arrugó la frente y buscó mis ojos con la mirada.

—Pero ¿eso es lo que tú quieres?

—¿Seguiría aquí de no ser así?

—Aun así, me gustaría escuchártelo decir —insistió.

Crucé los brazos en el pecho.

—Y tienes el valor de sugerir que somos compatibles.

—Somos compatibles.

—La verdad es que no sé si me estás vacilando o si en serio eres tan iluso.

—Y la verdad es que yo no sé si en realidad no lo ves o si lo niegas con todas tus fuerzas porque no quieres verlo.

—¿Te acuerdas de esta mañana? ¿En el desayuno? ¿Con lo de las pasas y el pisotón?

—Claro. —Ese tono jocoso de nuevo.

—Para que lo sepas, Adrien, las personas que son compatibles, las que no se desprecian, no hacen cosas así.

—La rabia no es lo mismo que el odio. Tampoco lo es la frustración contenida.

—Nunca he dicho que lo sea.

—Entonces ¿no crees que si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias las cosas entre nosotros habrían sido diferentes?

—¿Tú sí?

—Claro que sí, Sanchez. Míranos. En este momento.

—Sí. Estamos discutiendo. Discutimos por todo, Adrien. Por cada mínima cosa.

Sonrió.

—Se nos da bastante bien lo de vacilarnos, estoy de acuerdo.

—No es eso lo que he dicho.

—Es lo que he escuchado —replicó—. Pero eso solo es una parte de a lo que me refiero.

—¿Cuál es la otra?

—El hecho de que me encuentres atractivo a rabiar y yo crea que eres preciosa hasta llegar a irritarme. El hecho de que crea que eres inteligente, divertida y encantadora cuando no tratas de buscar pelea conmigo. —Su mirada se volvió ardiente—. Te puedo mostrar

el resto cuando por fin cedas y me ruegues que te toque.

Apreté los labios, exhalando una gran cantidad de aire por la nariz.

—Te he dado mi consentimiento. Ya es suficiente. No te voy a rogar que me toques —dije sin dar mi brazo a torcer. Tenía demasiado orgullo como para hacer eso.

Él esbozó una sonrisita engreída.

—Qué pena. De verdad que creo que disfrutarías de todas las cosas innombrables que llevo tiempo queriendo hacerte.

«No preguntes, no preguntes, no preguntes. Por favor, no preguntes».

—¿Como qué, por ejemplo? —pregunté, cruzando con más fuerza los brazos—. La última vez que hablamos del tema, me dijiste que tenías previsto castigarme por todo lo que había ocurrido.

—Así es.

—¿Y de cuál de todos los depravados castigos que hay en tu diabólica y retorcida mente crees que disfrutaría?

—De todos y cada uno de ellos.

Por el motivo que fuera, la forma en la que lo dijo hizo que se me desbocara el corazón hasta el límite del paro cardíaco.

Tragué saliva y se me tensaron los muslos.

—Ponme un ejemplo. Solo para que pueda decirte lo mucho que lo detestaría y podamos poner fin a todo esto.

Apoyó la palma de la mano en la pared, justo al lado de mi cabeza. Entonces se inclinó, despojando de oxígeno el aire que nos rodeaba.

—Se les llama «cosas innombrables» por un buen motivo. Pero estoy encantado de hablar de lo que nos gusta, lo que no y los límites no negociables. Esos son importantes.

Sentía un torbellino en el pecho, el rubor en las mejillas y la

sensibilidad a flor de piel. Él estaba tan cerca que podía notar el beso de su cálido aliento en la piel. Madre mía, qué bien olía.

Ensanchó la sonrisa. Festival del hoyuelo.

—Joder, qué guapa estás cuando te sonrojas así, Sanchez. Es que no puedo con ello.

Me estremecí por dentro. Se me entrecortó la respiración. Y de verdad que en ese momento necesitaba que me tocara.

¿Cuándo coño había ocurrido todo aquello? ¿Cuándo había pasado de ser «el hombre que quiero asfixiar» a «el hombre cuya polla quiero que me asfixie»?

Fantástico. Y ahora estaba pensando en que me asfixiara la polla de Adrien. Y no me pareció mal la idea. Ni siquiera un poquito.

«¿Qué te ha pasado? A mí. A nosotras. Solíamos estar bien de la cabeza».

Mi cerebro señaló con un dedo metafórico los hoyuelos torcidos de Adrien. Era por su culpa.

Él sonreía con suficiencia, como si supiera justo lo que yo estaba pensando. Como si supiera muy bien lo que me había hecho, cómo me había desarmado.

Lo que daría por poder desarmarlo a él también.

—Sanchez.

Si me dieran un dólar cada vez que Adrien decía mi nombre, sería la persona más rica de esa habitación. Tal vez. La verdad es que no me entraba en la cabeza cuánto eran mil millones de dólares y, por lo que ponía en internet, él tenía un buen montón de esos, así que a saber.

—Dime lo que te gusta —murmuró.

Se me estaba empezando a secar la boca. Traté de pensar la respuesta más sexy, pero mi cerebro se había fundido hasta convertirse en una masa lujuriosa.

Chasqueó la lengua cuando tardé demasiado en responder, como si se estuviera impacientando con mis pequeñas pausas subversivas.

—Dime cómo te gusta que te follen, preciosa.

Se me paró el corazón y entreabrí un poco la boca.

«Preciosa».

Ese sobrenombre me hizo estremecerme, alimentando el ardiente dolor que sentía entre los muslos. Deseaba que me volviera a llamar así. Una y otra vez y otra vez y otra vez.

«¿Antes o después de que te asfixie con su polla?».

«Durante, sin lugar a dudas».

«¿En qué te has convertido?».

—Te lo diré si me tocas primero —logré decir.

—Te tocaré cuando me lo pidas de buenas maneras.

Estaba tan excitada que empezaba a ser incómodo.

Mis caderas y mis muslos se movían inquietos, y él, apretando la mandíbula, bajó la mirada al captar el movimiento.

No podía soportarlo más. De verdad que no. El aire se había cargado de electricidad, tenía el cuerpo en llamas, el planeta se estaba quedando sin oxígeno y yo iba a estallar.

Y eso es justo lo que ocurrió: estallé.

Entré en erupción de una manera que me despojó de todo raciocinio y sensatez. De una forma que solo podía resultar contraproducente. Pero no me importaba.

¿Quería jugar a eso? «De acuerdo».

Con un movimiento fluido y cargada de frustración, me quité la chaqueta y la tiré al suelo. Luego fui a por la camiseta.

—¿Qué cojones estás haciendo?

—Lo que no quieres hacer tú. —Tiré la camiseta encima de la chaqueta.

Llevaba un sujetador de encaje burdeos y un tanga a juego,

cortesía de la colección de lencería «Luna de miel» que Luke había escogido para mí con tanta amabilidad.

Los ojos de Adrien se oscurecieron de golpe.

Rayos. Truenos. En algún punto en la distancia, sirenas.

La mano que tenía apoyada en la pared cayó a su lado.

—Ria.

Lo veía en la mirada que me lanzó. En el tono de su voz.

«Puedes soltar las impertinencias que quieras, lanzarme pullas, buscar pelea, seguir atormentándome como tú consideres…, pero yo puedo responder como yo considere».

¿Y cómo tenía previsto contraatacar si no podía ni siquiera tocarme? Eso no lo había pensado muy bien, ¿no?

Le empezó a cambiar el gesto; su arrogancia previa dio paso a una violenta tensión.

Me desabotoné los vaqueros y luego bajé la cremallera despacio, despacio, despacio. No perdió detalle de cada movimiento, tensionando la mandíbula, apretando con fuerza hasta las muelas.

Esperé, dejando que la tensión hirviera a fuego lento, permitiéndole que me contemplara todo lo que quisiera. Movió los dedos hacia mis caderas antes de cerrarlos en un puño.

Ese era el momento.

Enganché los dedos en la cintura de mis vaqueros, los fui bajando por los muslos y me los quité de una patada. Luego me quedé de pie frente a él, medio desnuda, vestida tan solo con dos delicadas tiras de encaje de color vino.

Ya no respiraba ni se movía. Se le empezaron a marcar un montón de venas en el cuello y en los antebrazos, se le tensaron los músculos, como si no supiera si quería pelear conmigo o follarme. Para ser justos, yo tampoco tenía claro lo que prefería.

Jugueteé con el delicado dobladillo de mis bragas, tirando una

vez de él. Dos veces. Tres músculos diferentes de la mandíbula se le contrajeron mientras me miraba los dedos con avidez. Tenía los puños blancos.

—Ya lo sé —dije—. Desnuda estoy genial.

Su mirada fue letal.

El silencio, casi hasta más.

Ahora estábamos sumidos en una competición de miradas y ninguno quería ceder.

Y luego dijo:

—Súbete a la cama.

Era una orden. No había duda alguna al respecto, no era objeto de debate.

La excitación se apoderó de mi pecho. Me incliné, le rocé los labios con los míos al tiempo que susurré, desafiante:

—Oblígame.

El tiempo se detuvo durante un solo instante.

Y de pronto tuve sus manos sobre mí y el mundo estalló en llamas.

25

Era fuego sobre fuego abrasador.

Nuestros cuerpos colisionaron cuando los fuertes brazos de Adrien me envolvieron y su ávida boca se aplastó contra la mía.

No fue un beso tierno. Ni bonito ni romántico. Eran semanas de rabia y frustración y tensión reprimidas desbordándose. Era todo el odio que él afirmaba que ninguno de los dos sentía por el otro. Era pura hambre y deseo.

Ninguno quería aquello y ambos estábamos del todo decididos a castigar al otro por ello. Para mí, era todo culpa suya. Para él, era todo culpa mía.

Así que luchamos.

Le clavé las uñas en la espalda y él me clavó los dedos en las caderas. Yo le tiré del pelo y él me empotró contra la pared. Las lenguas se empujaban con furia y los dientes mordían con demasiada fuerza. Era salvaje, ansioso y violento.

Tal vez fuera eso lo que nos hacía falta. Tal vez solo teníamos que follarnos una vez, sacarlo de nuestra cabeza y seguir adelante. Tal vez no fuéramos compatibles en el plano físico y todo aquello fuera un fracaso de todos modos. Estábamos siendo demasiado combativos, demasiado agresivos, demasiado violentos. Parecía una competición, como si estuviéramos luchando para dominar al otro y

ninguno de los dos estuviera dispuesto a rendirse. Era…

Adrien rompió el beso.

—Deja de luchar contra mí —exigió, presionando su cuerpo contra el mío. Podía notar la tensión en sus músculos y lo excitado que estaba.

—Tú estás luchando contra mí —repliqué entre jadeos.

—Porque intentas tener el control.

—Bueno, no te creerías que te lo iba a ceder, ¿no?

—Vamos a hacernos sangrar si seguimos así —dijo.

—¿Por qué pareces tan sorprendido? —¿Qué se había esperado?

—Ria, estás siendo…

—Cállate, ya hemos hablado demasiado. Solo tenemos que acabar con esto y los dos nos sentiremos mejor después. O peor. En cualquier caso, por fin lo sabremos.

Estiré la mano hacia su cintura.

Frunció el ceño y, antes de que mis dedos pudieran siquiera rozar la piel de su cinturón, me agarró de las muñecas y las sujetó con firmeza detrás de mi espalda con una sola mano.

«La leche». ¿Y ahora qué?

—No —dijo.

La palabra me golpeó con fuerza en los pulmones como si hubiera saltado de cabeza a una bañera de hielo.

«No», como si no deseara aquello.

«No», como si yo hubiera malinterpretado la situación o él hubiera cambiado de opinión.

«No», como si se refiriera a «para».

—Vale. —Ni siquiera lo pensé, solo intenté dar un paso atrás y concederle un poco de espacio.

Pero no me dejaba moverme.

—Espera. Solo… necesito un segundo para pensar —dijo.

Me quedé quieta mientras él respiraba una, dos, tres veces. Luego apoyó su frente contra la mía. Pasaron los segundos; luego, los minutos. Fuimos recuperando el aliento, despacio. La enorme tensión que nos agarrotaba los músculos fue cediendo, lentamente. La fuerza con la que me agarraba las muñecas fue aflojándose y me empezó a acariciar la piel con el pulgar. Su calor me derritió el cuerpo hasta fundirme por completo contra él.

Era mucho más agradable de lo que debería ser. Para todo lo que nos peleábamos, nuestros cuerpos encajaban a la perfección.

Cuando por fin levantó la cabeza, sus ojos parecían más tiernos, más lúcidos.

—Dime que esto es lo que quieres —dijo—. Pídeme que te toque.

—Madre mía. Es como si estuviéramos en un bucle temporal. —Me sorprendió lo mucho menos agresiva que sonaba. Ese momento para respirar había obrado un milagro.

—Dilo. —Volvió a acariciarme el hueso de la muñeca con el pulgar y se me volvió a acelerar la respiración.

—Siento tener que decírtelo, pero ya me estás tocando.

—Si no lo dices, paramos.

—Ya te he dado mi consentimiento, tenía la lengua en tu boca hace menos de cinco minutos y estoy de pie frente a ti medio desnuda. ¿Cómo es posible que todo eso no baste?

—Necesito escuchar las palabras.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—¿Por qué?

—Porque no te voy a dar, por voluntad propia, otro motivo para que estés resentida conmigo.

Se me bloqueó el cerebro.

—¿Qué?

Frotó su nariz contra la mía con ternura y soltó un suave suspiro.

—Te tengo metida en la cabeza, hasta lo más hondo, joder, estás por todas partes, Ria. No puedo pensar con claridad cuando estás cerca y me da miedo poder estar malinterpretando las señales.

Sentí que algo me oprimía el pecho y hacía que abriera la boca para no decir nada mientras trataba de hilar una respuesta. No me había esperado que ese fuera su razonamiento.

—Tengo que estar seguro —repitió—. Tengo que saber que esto no es solo un vacile, o rabia, o que me la estás intentando devolver. Dime que esto no es un plan de venganza elaboradísimo. Dime que quieres que te toque.

¿Qué tipo de sociópata se acostaría con otra persona solo por venganza? Pero antes de poder expresar eso mismo en voz alta, Adrien me puso la otra mano en el cuello y me pasó la palma por la garganta. Lo aprovechó para levantarme la barbilla hasta que mis labios estuvieron al mismo nivel que los suyos. Con la otra mano me seguía agarrando las muñecas con firmeza.

Y, ah, vaaale. Por cómo reaccionó la zona baja de mi cuerpo, parecía que lo estaba disfrutando de verdad.

—Solo tienes que decirlo una vez —prometió, apretando un poco con los dedos en mi garganta—. Admite que esto es lo que quieres, deja de luchar y te follaré hasta que pierdas el sentido, Ria. Te empujaré contra el escritorio y te devoraré durante tantas horas como las que me he torturado fantaseando con ello y luego te castigaré por hacerme desearte tanto, joder.

…

Ostras.

Me rozaba con los labios mientras hablaba y presionaba con el pulgar ese punto del cuello donde me latía el pulso con una fuerza

infernal.

—¿Qué más harías?

No le había ordenado a mi boca preguntar eso, pero no me quejaba. Porque, de verdad, «ostras».

Torció los labios.

—No estoy seguro de que quieras saberlo. Se me está empezando a ir un poco de madre la imaginación.

—¿Más cosas innombrables?

—Y a cada minuto que pasa son más innombrables. Podría asustarte.

—Ese sería el mejor escenario posible. Así evitaríamos todos los errores que estamos a punto de cometer.

—Y esto también te parece un error, ¿no?

No fue hasta que abrí la boca para decir que sí cuando me di cuenta de que tal vez eso no fuera del todo exacto. Era un error, sí, pero no lo sentía como tal. No por cómo nuestros cuerpos se fundían contra el otro, no por cómo sus pulgares me recorrían la piel.

—Solo dime lo que harás —insistí.

Otro momento de vacilación, casi como si estuviera decidiendo lo sincero que iba a ser, y entonces:

—Te obligaré a ponerte esa diminuta combinación verde, te colocaré en mis rodillas y te daré unos azotes por todo lo que me hiciste anoche. Te ataré y te llevaré al borde del orgasmo una vez por cada mentira que hayas dicho. —Se calló un segundo para recorrerme el labio inferior con la punta de la lengua mientras sus dedos volvían a apretarme la garganta—. Y como castigo por ser la hostia de preciosa, por hacerme desearte de esta manera, te dejaré atada y te obligaré a correrte. Una y otra vez. Hasta que hagas mucho más que rogarme y suplicarme para que pare, hasta que la única palabra de la que te acuerdes sea mi nombre.

«Hostia puta».

—Y eso es solo para empezar —prometió.

Esperó a que yo respondiera, pero estaba procesando lo que acababa de decir y lo único que pude hacer fue mirarlo boquiabierta.

—¿Quieres saber más? —bromeó, al parecer disfrutando por haberme dejado sin palabras.

Cuando por fin recuperé mis facultades, dije:

—Yo… Estás hablando como si esto no fuera a ser cosa de una sola vez.

—¿Tú crees que va a ser cosa de una sola vez?

—Estoy segura de ello.

—Ya veo. —Ni siquiera intentó ocultar el hecho de que no me creía—. Entonces no quieres saber más. ¿No deberíamos… pasar al evento principal?

El hecho de que me siguiera acariciando la piel con los pulgares de esa forma que me derretía por dentro no me ayudaba a razonar.

—Deberías, eh, contármelo de todas formas. Solo para saber qué balas estoy esquivando —dije.

Soltó una carcajada grave y gutural, como si hubiera dicho algo gracioso.

—Cuando te portes bien, querré recompensarte. Te compraré juguetes y jugaré contigo. Te ataré las muñecas y te daré de comer mi polla. Te diré cosas bonitas, te lameré y te follaré de la forma que necesites. —Me mordió el labio inferior y lo succionó con suavidad—. Te mimaré hasta lo indecible si me dejas, Ria.

«La. Rehostia».

—¿Qué te parece? —murmuró.

—Tienes una boca bastante sucia, señor Cloutier.

—No parece que te importe lo más mínimo, señorita Sanchez.

La verdad era que no. Más bien al contrario.

—Responde a mi pregunta. ¿Qué te parece?

—No debería querer nada de eso.

—Pero lo quieres. —No era una pregunta.

Tragué saliva.

—Sí.

—¿Qué parte?

—Todas.

—Dilo.

La resistencia cedió y mi deseo de rebelarme se vio sobrepasado por el deseo mucho más urgente y rabioso de que Adrien cumpliera todas y cada una de sus amenazas y promesas. La excitación era como una droga, sobre todo cuando había estado reprimida tanto tiempo.

—Lo quiero.

Se le aceleró la respiración y me apretó con un poco más de fuerza el cuello.

—Sé más concreta.

—Quiero que me toques. Quiero que me castigues, que me digas cosas bonitas y todo lo demás que acabas de decir. —Y entonces, como me había prometido que me recompensaría si me portaba bien, añadí—: Por favor.

Un ruido sordo de aprobación surgió del fondo de su garganta.

—¿Cuál es tu palabra de seguridad?

—Canela.

—Cuando te bese, ¿vas a volver a luchar contra mí?

Negué con la cabeza.

—Buena chica.

Volvió a bajar su boca hasta la mía. En esa ocasión no fue una batalla. En esa ocasión no buscábamos hacer sangre con los dientes ni derribar al otro con la lengua. Retiramos nuestros colmillos y

nuestras garras, le permití tomar el control y, la leche, era mucho mejor. Se me retorcieron los dedos de los pies, se me aceleró el corazón, me revolotearon mariposas en el estómago y me parecía que me ardía el cuerpo por dentro, pero en el mejor sentido posible.

Adrien no me soltó el cuello ni las muñecas y lo aprovechó para ponerme justo donde él quería, y tampoco me dejó mucha más opción al respecto. Era asombroso (¿preocupante?) lo mucho que empezó a disfrutar mi cuerpo una vez dejé de oponer resistencia.

Estaba a punto de morirme por falta de oxígeno cuando por fin apartó los labios. Casi me quejo.

—Quítame el cinturón —me ordenó en voz baja.

Me soltó las muñecas, pero dejó la otra mano donde estaba, acariciándome un lado del cuello con el pulgar. Yo seguía con la cabeza inclinada hacia arriba para que pudiera verme la cara mientras manipulaba con torpeza su cinturón.

«De una forma molesta, inoportuna e irritante…, eres preciosa, Ariana».

Se me desbocó el corazón cuando repetí esas palabras en bucle en mi cabeza, y sabía que lo había dicho en serio por su sonrisita. Le solté el cinturón y él me lo quitó de la mano.

—Vete a la cama y abre las piernas para mí…

Estaba claro que no iba a seguir obedeciéndolo con tanta facilidad. Todavía me quedaba gran parte de mi orgullo, de mi dignidad.

—… preciosa.

Me quedé sin aire tan rápido que me empezó a dar vueltas la cabeza. Pestañeé, me estremecí por dentro y, joder, no me podía creer lo mucho que me encantaba que me llamara así.

Cuando vio mi reacción esbozó despacio una enorme sonrisa, dejando aparecer sus hoyuelos de alegría.

—La leche, eres guapísima —murmuró, inclinándose para chuparme el labio inferior—. No es justo. ¿Cómo iba a tener siquiera una posibilidad?

Yo no lo sabía, pero sin duda necesitaba que me hiciera pagar por ello. Sin lugar a dudas.

—Súbete a la cama —repitió.

—Pensaba que antes querías que me pusiera la combinación verde.

Me mordisqueó la barbilla.

—Eso es para mañana por la noche. Ahora mismo tengo cuentas pendientes contigo. Si sigues haciéndome esperar, habrá consecuencias —dijo con un tono diabólico y juguetón.

Lo medité.

—Pero ¿consecuencias de tipo divertido o no?

Soltó una risita.

—La recompensa será mucho mejor. Si yo fuera tú, elegiría hacerme caso.

Esa vez no se lo discutí. No sentí la necesidad de insistir, de nuevo, en que no iba a haber un «mañana por la noche». Me tumbé de espaldas y le mantuve la mirada mientras separaba los muslos para él.

Se acercó al borde de la cama mientras me iba encendiendo todo el cuerpo con su mirada ardiente.

—Sanchez. —Susurró mi nombre antes de repasarme el abdomen con un solo dedo. Un montón de músculos al sur de mi ombligo se estremecieron—. Has mojado todas las bragas. Las has destrozado. ¿Todo esto es por mí?

No iba a dignarme a responder a eso.

—Sí. —Mi sucia boca se chivó al momento.

—¿Te gusta cuando te cuento todas las cosas depravadas que

quiero hacerte?

—Me gustará más cuando me las hagas de verdad. Pero sí, por lo visto, que me digan guarradas me pone bastante. —Quién lo hubiera dicho.

—Ajá. Junta las muñecas.

Obedecí y observé la maestría con la que me enrolló el cinturón de piel en las muñecas, sujetándolas. Otro fetiche desconocido mío desbloqueado. Era como un videojuego.

—¿Qué tal así? ¿Demasiado prieto?

Negué con la cabeza.

Entonces se apartó de la cama.

Tuve la tentación de dar un cabezazo contra el colchón. Sabía que lo estaba haciendo a propósito. Lo de esperar era parte de mi castigo. Pero a ese ritmo me iba a morir de pura excitación antes de que me hubiera tocado siquiera.

Y luego oí esos clincs extraños. Fruncí el ceño y giré la cabeza para ver a Adrien mientras se acercaba de nuevo a la cama. Llevaba un vaso de cristal lleno de… Oh, no.

—Dime, Sanchez, ¿de verdad me echaste hielo en el café la semana pasada? ¿Por eso siempre estaba tibio cuando me lo traías?

Vale, de acuerdo, podía decir con total seguridad que no había visto venir aquello.

—Puede.

¿De dónde narices había sacado el hielo? Había una neverita en la habitación, pero había ido en la dirección opuesta.

—Y me mentiste.

—Así es.

—Creíste que era divertido.

—Graciosísimo —le confirmé.

—¿Lo volverías a hacer?

—Sin dudarlo. Esa primera semana fuiste un auténtico cretino.

Torció el morro mientras colocaba el vaso en la mesita de noche.

—Ya veo.

Se inclinó hacia mí y me pasó la palma de la mano por detrás de la cabeza al tiempo que acercaba sus labios a los míos. El beso fue, en apariencia, tierno y dulce. Me arrancó un gemido de impaciencia y me hizo clavar los dedos de los pies en el edredón.

—¿Alguna vez te han estimulado el clítoris con hielo, señorita Sanchez? —murmuró contra mis labios.

Pude notar el rubor en las mejillas mientras hervía de excitación por dentro.

—La verdad es que no.

Me besó de nuevo, otro beso tierno y tortuosamente dulce.

—¿Alguna teoría de lo que podrías llegar a sentir?

—Frío —dije impávida.

Dejó escapar una risita, y antes de que yo pudiera hacer un comentario ingenioso sobre preguntas estúpidas, presionó el cubito en el hueco de mi cuello y, oooh, vale, ostras. Una cosa era el frío y otra muy diferente que te tocara un cubito gélido cuando te habías pasado los últimos veinte minutos ardiendo por dentro.

Adrien amortiguó mi grito ahogado con un beso profundo y me acarició la lengua con la suya mientras yo arqueaba la espalda tumbada en la cama. Gemí y me estremecí cuando empezó a mover el cubito de la tortura, ya derritiéndose, por el cuello, el pecho, la clavícula. Retorcí las caderas, tiré de las muñecas para liberarme de las ataduras. Quería envolverlo con los brazos y tirar de su cuerpo hacia el mío.

—¿Qué tal? —me vaciló, deslizando despacio el cubito de hielo hacia mis costillas.

—Frío.

Otra pequeña carcajada. No podía decir con exactitud cuándo le había empezado a parecer divertido mi sentido del humor, pero notaba una agradable y extraña sensación de satisfacción en el pecho cada vez que sonreía o se reía por una de mis bromas. Sobre todo cuando no eran lo que se dice graciosas.

—¿Ya has empezado a aprender la lección? —me preguntó mientras seguía recorriéndome las costillas con el cubito de hielo.

—No lo sé, ¿lo comprobamos? Vete a por un café y veamos si le pongo…, oh.

Al parecer, la parte inferior de mi abdomen era increíblemente sensible a las temperaturas extremas. Sobre todo cuando me pillaban desprevenida.

—No te muevas —me ordenó Adrien mientras llevaba el cubito hacia mi ombligo. Lo dejó allí—. Si dejas que se caiga, esta noche no te correrás.

—¿Qué? Eso es muy cruel —repliqué.

Solo haría falta un movimiento involuntario de un músculo o extremidad para que el pequeño cabrón resbaladizo se me cayera, y ya me estaban empezando a temblar los abdominales.

—Pero si logras mantenerlo en el sitio mientras te desnudo, te dejaré correrte en mi lengua antes de follarte.

Oh.

Oh. Vale.

Bien. Bien. Bien. Bien.

—A ver, claro, si eso es lo que tú quieres.

Me lanzó otra sonrisa traviesa mientras me empezaba a recorrer las caderas y los muslos con los dedos.

—¿Crees que serás capaz?

—Creo que el hielo se habrá derretido del todo antes de que terminemos esta conversación. ¿Sueles hablar tanto cuando vas a

follar?

—No —respondió—. Para nada.

—Ah, entonces es otra forma de torturarme. —Bueno, le estaba saliendo el tiro por la culata porque yo lo estaba disfrutando bastante.

No respondió, solo le prestaba atención a mi piel mientras subía las manos hacia arriba. Entonces me bajó el sujetador de encaje por las costillas hasta que mis pechos estuvieron del todo expuestos para él.

—Joder. Mira lo puñeteramente perfecta que eres.

De forma objetiva, eso no era cierto. De forma objetiva, no era perfecta ni mucho menos. Sin embargo, saber eso no consiguió atenuar la respuesta de mi cuerpo a su cumplido. Casi me derrito en el colchón.

Estaba tan absorta en el cálido ardor de sus palabras y tratando de quedarme lo más quieta posible bajo el pinchazo helador del cubito en mi estómago que no me di cuenta de que había cogido otro cubito, hasta que sentí cómo me lo pasaba por el pezón izquierdo.

Se me puso la carne de gallina por todo el cuerpo al tiempo que solté un grito ahogado, pero logré evitar a tiempo estremecerme y temblar. Todo un milagro.

—Buena chica —me alabó Adrien en bajito, rodeándome el botón rosado con el cubito de hielo. Era… mucho más intenso de lo que me había imaginado. Tal vez por el elemento sorpresa.

Solté un taco y cometí el error de cerrar los ojos. Adrien escogió justo ese momento para meterse mi pezón estimulado en la boca abrasadora y «ah».

El contraste repentino entre el hielo y el calor de su boca fue abrumador. Chupó, mordisqueó y lamió, y yo gemí, arqueando el

cuello cuando una serie de temblores involuntarios me recorrieron las costillas. Gotas de hielo derretido se me escurrieron por el lateral de la tripa y tuve que contener las muñecas para que no volvieran a luchar contra las ataduras de nuevo. Quería empujarlo hacia la cama y portarme de manera perversa con él. Ya.

Ya había tenido suficiente provocación.

—Adrien —le rogué.

—Lo estás haciendo muy bien, preciosa —me halagó, recompensándome con otro tentador lametazo.

«Madre mía».

Reprimí el «por favor» que se me había formado en la punta de la lengua y traté de quedarme quieta mientras Adrien bajaba las manos por mis caderas, dando tironcitos y jugueteando con el delicado encaje que me cubría mi ansioso centro. Un par de centímetros más abajo, solo necesitaba que bajara sus dedos un par de centímetros.

Entonces presionó el hielo contra la parte interior de mis muslos y casi exploto.

Temblé, jadeé, gemí.

—Adrien —le supliqué.

—¿Tienes idea de lo bien que sienta oírte gemir mi nombre así?

Una risa seca y entrecortada me raspó la garganta.

—Deberías recompensarme por eso.

Soltó un murmullo, y justo cuando yo ya no soportaba el trocito de hielo en el ombligo, me bajó las bragas por las piernas y las tiró al suelo. «Por fin».

—¿Ya me puedo mover? —pregunté sin aliento.

—¿Ya has aprendido la lección? —preguntó, acercándome el hielo mojado a los labios vaginales, ya libres de encaje.

—No. Esto es bastante increíble. —Le habría sepultado el café en

hielo si hubiera sabido que así es como me lo iba a devolver—. ¿De esta forma pretendes castigarme por…?

Me atraganté con el resto de la frase cuando deslizó el hielo que se derretía a mi centro. Cualquier control que me pudiera quedar sobre mi cuerpo se esfumó de golpe. Se me paralizaron las extremidades, se me curvó el torso, el hielo se deslizó por mi piel y me quedé sin aire en los pulmones.

—La leche —dije sin aliento. Y luego lo repetí cuatro veces más porque «la leche».

—¿Y ahora? ¿Has aprendido la lección? —Hizo un circulito en mi clítoris dos veces, con la suficiente presión como para que sacudiera las caderas.

Yo no era capaz de decidir si quería apartarme del hielo punzante o si quería presionarme contra él y buscar la fricción que tanto ansiaba.

—Adrien. Necesito…, ah.

—Mira qué rápido se derrite el hielo contra tu coño. ¿Te sienta bien, preciosa?

—Sí. —No estaba llorando, pero parecía como si estuviera llorando.

—¿Cómo crees que será cuando lo sustituya por mi boca y te lama hasta que pierdas el sentido?

Volvió a deslizarlo por el centro, por el clítoris, provocándome, provocándome, provocándome. Pequeñas gotas de agua se me escurrían entre los labios, volviéndome loca.

—Enséñamelo —dije con voz ronca, frotando mis caderas contra su mano.

—¿Eso es lo que quieres? —Presionó con firmeza el cubito contra mi clítoris—. ¿Mi boca en tu coño?

Con tanta desesperación que dolía.

—Sí.

Y justo cuando parecía que iba a estallar, se puso de rodillas enfrente de la cama, tiró de mis caderas hacia su cara y me «jodió la puta vida».

El inmenso contraste entre el frío cubito y el calor ardiente de su boca hizo que mis nervios hipersensibles estallaran en llamas, haciéndome gritar. Tiró el hielo y me separó los muslos al tiempo que empezaba a trabajar con la boca con un hambre insaciable que me hizo estremecerme y gemir. Una y otra y otra vez.

—Mira lo que me has hecho, preciosa —murmuraba en mi centro antes de mimarlo con otra serie de lametazos a conciencia, tan lentos que me llegaba a desesperar—. Debería castigarte por tener un sabor tan dulce.

Gemí su nombre y le clavé los dedos en el pelo mientras me empezaba a frotar con las caderas contra su boca con un deseo desvergonzado. Estaba cerca, la tensión en mi estómago era cada vez más insoportable. Y cuanto más decía su nombre, más febril se volvía su hambre.

Entonces me mordisqueó los labios.

La explosión de placer fue tan fuerte que no pude evitar soltar un grito ahogado y sacudí la parte superior del cuerpo en el colchón. Y antes de que pudiera siquiera pensar en lograr recuperarme, me mordió otra vez, y luego me chupó el clítoris con la boca ardiente, lamiéndolo con la punta de la lengua. Una y otra vez. Y otra. Y otra vez.

Vi las estrellas.

Tenía la boca abierta de par en par, pero no entraba aire y no salía sonido alguno.

Le agarré el pelo con más fuerza a medida que el placer del orgasmo me invadía el cuerpo y le envolví la cabeza con las piernas.

Se me retorcieron y contrajeron los músculos, me zumbaron los oídos y la visión se me volvió borrosa por los bordes. Yo me hundía, me ahogaba y jadeaba mientras Adrien seguía lamiéndome y chupándome con empeño, con entusiasmo, y siguió con la boca hundida entre mis piernas mucho después de que yo llegara al orgasmo.

Sumergió la lengua en mi entrada mojada y dejó escapar un gemido de placer, estremeciéndose contra mí.

Demasiado.

Demasiado. Demasiado. Demasiado.

No podía más.

Pero había perdido la voz.

Le di un golpecito suave en la frente con la palma de la mano, tratando de que parara. Un gemido rebelde vibró contra mi clítoris hipersensible y juro que casi grité. Me temblaban los muslos contra sus orejas, mis pulmones buscaban oxígeno con desesperación. Tenía que respirar, pero cada vez que me lamía me enviaba otro latigazo de electricidad por el cuerpo.

Amortigüé un gemido y le di en la frente con los blandos nudillos, desesperada.

«Por favor, por favor, por favor».

Por fin conseguí que levantara la cabeza. Me miraba con una expresión entre ebria y aturdida. Tenía las mejillas encendidas; los ojos, borrosos; la boca, húmeda y brillante con el testimonio de mis gemidos.

Me desmoroné. Desplomé las manos atadas sobre mi vientre mojado, mis huesos perdieron toda integridad estructural y me derretí en el colchón.

Me llevó uno o dos minutos, pero, poco a poco, empecé a recobrar los sentidos. Poco a poco, fui consciente de las sensaciones

físicas de puro placer que fluían por mi cuerpo. De Adrien besándome con ternura la piel y recorriendo con la lengua la humedad de mis labios y del interior de mis muslos como si quisiera que mi sabor le durara un poco más en la boca.

Al final, empezó a subir hacia el abdomen, el pecho y el cuello, besándome, hasta que estuvo encima de mí, clavándome la mirada con tal vez demasiada intensidad, besándome en los labios con tal vez demasiada ternura.

—¿Qué tal ha estado? —murmuró.

Medio parpadeé a sus ojos de color esmeralda oscura. Eran impresionantes de verdad.

Levanté la cabeza y lo besé con tanta ternura como me había besado él, llevando las manos a la pechera de su camisa. Lo arrimé hacia mí y le rodeé la cintura con las piernas.

—Ria.

Lo volví a besar mientras le desabotonaba la camisa con los dedos. Le tocaba a él. Quería hacerle sentir tan bien como él me había hecho sentir a mí. Mejor incluso.

El deseo de dominarlo regresó con ganas. En esta ocasión, sin embargo, carecía de ese filo cortante de la última vez. Esta vez quería destrozarlo de puro placer. Quería que se desmoronara por mí, gracias a mí. Caímos en una maraña de besos desesperados y sin aliento, y el ardor de deseo volvió a mi centro con una velocidad imposible. No debería haber vuelto a excitarme con tanta rapidez. Pero claro, Adrien no debería haber sido capaz de provocarme un orgasmo tan intenso.

Nada tenía sentido.

Soltó un taco con voz grave contra mi boca cuando froté mis caderas contra las suyas, buscando una mayor fricción. Entonces se quitó la camisa y se desabotonó los pantalones de vestir. Separamos

las bocas tan solo cuatro segundos para que pudiera sacar un condón de la cartera y quitarse los pantalones (lo sé porque los conté), y luego ya estábamos otra vez besándonos como si nos fuera la vida en ello.

Le pasé los dedos por el pecho y los abdominales mientras nuestras lenguas se retorcían, tragándose el gemido ahogado que le provoqué cuando llegué con los dedos a sus calzoncillos. Aunque me detuvo antes de que pudiera seguir yendo hacia el sur, agarrando el cinturón con el que me había rodeado las muñecas y utilizándolo para ponerme las manos por encima de la cabeza.

Joder, es que me encantaba. Me deshacía por dentro, me ronroneaba la garganta y separé los muslos otro centímetro.

—Todavía no me has dicho cómo te gusta que te follen, Ria —murmuró Adrien contra mi piel. Sus labios estaban en mi cuello, besándome, mordiéndome, mordisqueándome.

Quería que me follara justo así, sujetándome las muñecas por encima de la cabeza. Quería verlo perder el control por mi culpa. Quería que tuviera un orgasmo tan intenso que viera las estrellas y escuchara campanitas y perdiera la capacidad de hablar con coherencia.

—Como tú quieras —dijo mi boca. La mitad de los circuitos de mi cerebro se había derretido y la otra mitad presentaba daños graves —. Utilízame.

Si solo íbamos a hacer eso una vez, más nos valía dejarnos llevar e ir a por todas. Dejarlo salir.

Nunca más lo iba a volver a ver después de aquello, así que ¿qué más daba?

Adrien soltó un taco como respuesta y al momento su boca ya estaba de nuevo en la mía, besándome con ferviente desesperación.

Cuando nos vimos obligados a respirar, se levantó de la cama, se

quitó los calzoncillos y rasgó el sobrecito metálico que tenía en la mano. Pero no presté ninguna atención a nada de eso.

Porque, cómo no.

Cómo no, iba armado con la polla más bonita que yo había visto en la vida real. Le golpeó el abdomen en cuanto la liberó. Gruesa, larga, con una curvatura perfecta y goteando por la punta inflamada. Si existieran los museos de pollas, la suya sería la protagonista de la exposición más grande (tal cual) jamás presentada. El edificio tomaría el nombre y la forma de la suya como modelo. Quería lamerla.

Joder, lo odiaba.

—Y para colmo, ¿cómo te atreves? —le pregunté bastante seria —. ¿Adónde narices te crees que vas con eso, Adrien?

Sonrió con satisfacción, agarrándose el orgulloso miembro con el puño. Sabía muy bien de lo que estaba hablando.

—Dentro de ti, Sanchez. Ahí es donde voy.

«Oooh».

Se me escapó una sonrisa.

—Muy buena.

Desvió la mirada hacia mis labios y le palideció la sonrisa en cuanto empezó a mover de arriba abajo el puño. Después de un par de movimientos, se puso el condón y se volvió a inclinar, colocando la palma de la mano junto a mi oreja derecha.

—¿Te haces una idea de cuántas veces me he follado el puño en la última semana fantaseando con esa boquita insolente tuya en torno a mi polla? —murmuró con tono sombrío mientras me agarraba el pecho izquierdo y hacía rodar mi pezón entre los dedos.

—Mmm —fue toda mi respuesta.

—Deja las manos arriba —me ordenó cuando intenté abrazarlo. Obedecí, colocando de nuevo las muñecas atadas por encima de mi

cabeza—. Y ahora, responde a mi pregunta.

—Miles, tal vez —dije descarada—. Sé de buena tinta que mis labios son carnosos y sonrosados, y que algunos hombres ególatras con ojos extraños y bocas mediocres tienden a perder su cabeza de chorlito por ellos.

Un destello de dos hoyuelos juguetones.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Y también sé que estoy preciosa cuando me ruborizo. No es de extrañar que los hombres de los que te he hablado no tuvieran nunca ni una posibilidad. Pobres imbéciles.

Se rio entre dientes.

—¿Y te parece justo? ¿Quién te da derecho a ser tan preciosa y perturbadora?

—Queda claro que no perturbo de la manera adecuada porque sigues hablando en lugar de follarme.

Ya ni siquiera podía decirlo como si me estuviera quejando. Nunca había hablado tanto al acostarme con alguien; nunca pensé que me fuera a gustar tantísimo.

—¿No se te ha pasado por la cabeza que quizá esté ganando algo de tiempo para serenarme? —Me besó una vez—. ¿Que he disfrutado tantísimo devorándote que casi me corro en los pantalones como un puto adolescente?

Esas palabras se me clavaron en lo más hondo de mi ser.

—No tienes ni idea —murmuró. Y entonces lo sentí, la punta de su largo miembro alineándose con mi entrada—. No tienes ni puta idea de cómo te has metido en mi mente. De cuánto espacio ocupa tu boquita descarada en mi cabeza de chorlito.

Le clavé los dientes en el labio inferior, mientras un escalofrío me recorría el cuerpo. Deseaba con tanta fuerza que me penetrara que mi centro seguía latiendo, tratando de envolverlo. Pasó la punta de

su mástil por mi hendidura, con sus ardientes ojos clavados en los míos. Arriba, abajo.

Gemí, lo envolví con las piernas intentando acercarlo a mí. Ya había tenido suficientes preliminares y provocaciones para toda una vida.

Y justo cuando estaba a punto de desmoronarme y empezar a suplicar, se hundió en mí con el ángulo perfecto.

«Ah».

La cabeza me dio vueltas, me latía el clítoris cuando un gemido me surgió de la garganta como respuesta al placer que estaba sintiendo. Era… demasiado increíble, demasiado rápido. Incluso me sentaba bien el ligero dolor.

—Joder, Ria. —Tenía sus labios en mi cuello, en el hueco de mi hombro, besándome, lamiéndome, mordiéndome mientras me embestía con más fuerza con las caderas.

Yo le presionaba la parte baja de la espalda con los tobillos, suplicándole más.

—¿Más hondo? —dijo con voz grave.

Asentí con desesperación.

—Sí.

Empezó a empujar con más fuerza y un gemido me brotó desde lo más profundo del pecho. Hasta que estuvo dentro de mí por completo. Hasta que el mundo que nos rodeaba se desvaneció. Hasta que todo el hablar y el vacile fueron sustituidos por tacos desesperados y jadeos y «la hostia, Adrien».

Tembló cuando pronuncié su nombre y se le escapó un silbido tembloroso de los labios.

Joder, qué placer.

Qué placer tan tan tan inmenso. Ilógico, absurdo y, sin lugar a dudas, increíble. Como si hubiera estado utilizando mal mi cuerpo

durante toda mi vida y fuera para eso para lo que estaba hecho.

—Sanchez.

Era un aviso, un ruego, un gemido, todo en uno. Tensé los músculos a su alrededor, posesiva, y noté cómo se estremecía como respuesta.

—Más fuerte —supliqué. Sabía que se estaba conteniendo, pero no porque él quisiera—. Puedo con ello.

—Joder, joder. —Me clavó los dedos en las caderas y sus gemidos se tornaron salvajes al tiempo que sus movimientos eran cada vez más intensos. Cuanto más gritaba yo, más perdía el control él. Era el paraíso.

Me embestía como si estuviera enfadado conmigo. Como si odiara lo mucho que le gustaba y como si todo fuera culpa mía.

—¿Esto es lo que querías, preciosa? ¿Necesitabas que te follara así de fuerte?

—Sí —dije con un grito ahogado.

La hostia puta. Estaba a punto de correrme otra vez. A punto, a punto. Cerré con fuerza los dedos alrededor del edredón por encima de la cabeza y los dedos de los pies se me retorcieron cuando ese familiar hormigueo abrasador brotó en mi interior.

La presión aumentó tan rápido que no pude seguir el ritmo, no pude agarrar las riendas y frenarlo para conseguir que durara un poco más. De verdad que quería que durara más.

—La. Rehostia. Ria. —Remarcó cada palabra con una embestida intensa y profunda. Con la última me derrumbé, apretándolo con fuerza al tiempo que me atravesaba otro orgasmo.

Él gimió y me clavó los dedos en la carne mientras aumentaba la velocidad, buscando su propio clímax. No tardó mucho. Sentí cada movimiento y espasmo mientras se corría, memoricé cada sonido que hizo. Hasta que por fin se desplomó a mi lado, agotado y

exhausto.

A los dos nos costaba respirar, jadeábamos y teníamos el cuerpo cubierto de una fina capa de sudor. Clavé la mirada en el techo, intentando sin éxito analizar el rango de emociones que se me anudaban en el estómago. Cuando por fin logré girar la cabeza para mirarlo, lo pillé observándome con mi misma expresión.

Porque la leche.

Una cosa era el buen sexo, y luego estaba eso.

26

Me desperté con el suave golpeteo de la lluvia en la ventana y me costó un par de somnolientos segundos darme cuenta de por qué sentía tanto calor o de por qué dibujaba con los labios de forma instintiva una sonrisita de satisfacción aunque estuviera agotada y me doliera el cuerpo como si me hubiera arrollado un tren. Me dolían todos los músculos, pero nunca me había sentido tan… saciada.

Adrien estaba tumbado contra mi espalda, con un brazo por encima de mi tripa desnuda, su musculosa pierna enredada entre mis rodillas. Estaba sumido en un profundo sueño, por la suave forma en la que roncaba en mi cuello. Me hacía cosquillas.

Reprimí la risita que me brotó en el pecho y traté de escabullirme de debajo de su brazo para poder coger mi móvil de la mesita de noche. Pero en cuanto me moví, se revolvió a mi lado, aferrándose a mi cuerpo con sus extremidades por instinto.

—No —me gruñó en el cuello, apenas despierto.

Suspiré.

—Tengo que ver qué hora es. Mi vuelo es a mediodía.

—Y una mierda. —Me rodeó con ambos brazos, estrechándome contra su pecho. La risita que se me escapó de la garganta cuando me mordió el hombro sonó a desquiciada.

Había perdido la cabeza.

—Adrien. —Me retorcí contra él, pero no se movía.

—No.

—Tengo que llamar a un taxi.

—No puedes. Esto es oficialmente un secuestro.

—Eso es del todo ilegal —señalé—. Pero también bastante excitante.

Dejó escapar una risita en el hueco de mi cuello.

—¿Te pone?

Consideré la situación.

—Depende. ¿Hay armas letales involucradas? Por ejemplo, ¿podrías asesinarme «por accidente» en medio de un orgasmo?

Me mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—Claro que no.

—Entonces no. —Meneé las caderas, tratando de escapar.

Soltó otra carcajada grave, rodeándome el pecho y el estómago con esos brazos fuertes mientras presionaba su duro mástil contra mi espalda.

Saber que lo único que nos separaba eran dos piezas de ropa interior que se podían quitar con toda la facilidad del mundo me hizo estremecerme como la pequeña zorra lasciva que era.

Mi libido y yo estábamos enfadadas después de lo de anoche.

—Debería estar prohibido que, además de todo lo demás, seas divertida —se quejó Adrien en mi pelo.

—Y debería estar prohibido que tus hoyuelos luzcan torcidos, pero, ¡ay!, soy perfecta y la vida no es justa.

Me rozó el borde de la oreja con la nariz.

—¿Es tu forma de admitir que te gustan mis hoyuelos, Sanchez?

Podía notar cómo sonreía contra mi piel, y solo con imaginarme esos hoyuelos se me aceleraba el corazón como un pajarito emocionado.

También estaba enfadada con mi corazón. No se comportaba como debía.

—Acabo de decirte que están torcidos. Y son tan profundos que estoy bastante segura de que son portales directos al segundo círculo del infierno. —El de la lujuria, si no me fallaba la memoria.

Me besó por debajo del lóbulo de la oreja y acurruqué la espalda contra él.

—Estás evitando la pregunta —dijo.

—La verdad es que ni me acuerdo de cuál era.

—¿Te gustan?

—¿Cuenta si es en contra de mi voluntad?

—Sí.

—Entonces la respuesta sigue siendo no —mentí.

Continuó dándome besos suaves y tiernos por todo el cuello, cerré los ojos un momento y se me pusieron duros los pezones.

—Adrien, tengo que… —Me callé cuando me agarró un pecho con la mano y ese hormigueo se me extendió al clítoris.

—¿Qué pasa, preciosa? ¿Qué es lo que tienes que hacer?

—Ducha. Vuelo —dije con la respiración entrecortada. Ya se me empezaba a deshacer el cerebro—. Y además…, se supone que iba a ser cosa de una única vez.

—Anoche te follé más de una vez —susurró en mi piel.

Me ruboricé al recordarlo y luego tragué saliva, tratando de poner orden en mis ideas. Porque sí, vale, de acuerdo, la noche anterior se me fue la cabeza.

A los dos.

Algo en mí se descontroló después de nuestro primer revolcón. Había desatado ese deseo insaciable y profundo, y de pronto no éramos capaces de quitarnos las manos de encima. No importa cuántas veces me hiciera gemir o gritar, o desde qué ángulo me

tomara, no había sido suficiente. Nos saciábamos durante un breve periodo de tiempo y luego uno de los dos se abalanzaba sobre el otro de nuevo.

Así seguimos hasta que nuestros cuerpos no pudieron más. No podía recordar cuándo me quedé dormida. Creo que estaba tan agotada que en un momento dado parpadeé y eso fue todo. Me quedé frita.

—Por cierto —murmuró—, ¿qué tal te encuentras?

—Dolorida —dije con la voz seca. Tenía los músculos de gelatina y la zona de la pelvis me dolía como si hubiera perdido un combate de boxeo contra un martillo neumático, y me ardía la garganta de haberme pasado la noche gritando su nombre. Pero en el buen sentido—. ¿Y tú?

Inhaló hondo y aflojó un poquito los brazos.

—Lo estoy procesando.

Y ahí estaba yo, esforzándome por evitar hacer justo eso.

—Tengo que ducharme y prepararme —murmuré. Aunque esa vez no traté de apartarme de él.

—O podrías quedarte —dijo.

—Eso es una idea terrible. Una de las peores que has tenido.

—¿Por qué?

—Eh, no lo sé. ¿Tal vez porque no quiero seguir mintiendo a tu familia con toda esa absurdez del compromiso? —Sobre todo porque estaba casi segura de que no había sido completamente sincero con su explicación—. ¿O tal vez porque de esto no puede salir nada bueno en absoluto?

—¿De qué, Sanchez? ¿Tú y yo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Haces muchas preguntas.

—Y tú rara vez las contestas.

Suspiré y me percaté de que en un momento dado de la conversación, mis dedos habían empezado a juguetear con los suyos.

—¿Cuál sería el desenlace? Nos acostaríamos más veces, ¿y luego qué? ¿Seguir hasta que todo se quede en nada?

Fruncí el ceño para mí misma en cuanto dije esas palabras, porque no era una idea tan mala. A ver, al final acabaría por terminarse. Nos follaríamos hasta perder el sentido, nos estrecharíamos la mano y cada uno seguiría su camino.

Solo sería una semana. Dos, como máximo.

Pero entonces dijo:

—¿Y si no?

—¿Si no qué?

—Si no se queda en nada. ¿Y si ocurre lo contrario? ¿Y si te empiezo a gustar de verdad?

Me eché a reír.

—Eso no va a pasar nunca.

Si no hubiéramos estado jugueteando con los dedos, no me habría dado cuenta de la forma sutil en la que se quedó quieto durante un instante. O me lo había imaginado, o se había apartado un poquito de mí.

—¿Por qué? ¿Por Alba? —preguntó—. ¿Porque no he sido un buen jefe?

Podía notar cómo empezaba a crecer la distancia. Si la tensaba solo un poco más, la frágil cuerda que nos mantenía unidos se rompería y me dejaría marchar.

Así que la tensé.

—Entre otras cosas —dije.

—¿Como qué?

—Se te conoce por ser un capullo, Adrien.

—¿Te crees todo lo que lees en internet?

—Cuando algo se repite tanto, suele tener parte de verdad —repliqué—. Además, lo he vivido de primera mano y he visto cómo mi hermana sufría por tus chorradas todos estos años.

—Ella nunca… No sé leer la mente, Ria.

—No. Solo eres egoísta y arrogante, además de un ser humano de mierda.

Me preparé para lo peor. «Allá vamos».

Iba a apartarse, salir de la habitación echando humo por las orejas y dejarme recoger mis mierdas y escapar en paz.

—Mentira.

Parpadeé hacia la ventana salpicada de gotas de lluvia que había estado observando con la mirada perdida.

—¿Qué?

—Menuda tontería, Sanchez.

—¿El qué?

—Todo. Lo que sea que estés intentando hacer. Menuda tontería. Es solo una excusa.

Lo miré. Estaba sonriendo con suficiencia, contemplándome como si fuera trasparente.

Una sensación parecida al pánico me brotó en el estómago a medida que me iba escapando de su brazo, llevándome la sábana conmigo para poder taparme del todo antes de levantarme. Luego recogí la ropa desperdigada en el suelo y me metí en el baño sin pronunciar ni una sola palabra.

Adrien no dijo nada ni se movió para detenerme. Y me pareció bien.

Fantástico.

Justo lo que quería.

Me metí en la ducha, bajo el agua hirviendo, desconecté el cerebro y me concedí cinco minutos para ducharme. De verdad que no podía perder ese vuelo.



—¿Qué se supone que significa eso?

Adrien seguía en la cama, pero se había puesto un chándal gris y estaba mirando el móvil.

Levantó la mirada hacia mí y frunció el ceño, preguntándome en silencio. O bien porque no sabía de lo que estaba hablando o porque estaba chorreando agua por toda la alfombra.

—¿Tienes algo en contra de secarte después de la ducha, Sanchez?

—No me fastidies —dije, agarrando la toalla envuelta en mi torso como si me fuera la vida en ello.

El resto de mí seguía empapado, y cabía la posibilidad de que me quedaran restos de champú en el pelo y máscara de pestañas bajo los ojos.

—No entiendo a lo que te referías cuando has dicho «menuda tontería».

—¿Y no podías esperar hasta aclararte todo el champú del pelo?

Vale, bien, eso me resolvía la duda.

—En serio, ¿a qué te referías con eso? —lo presioné.

—En serio, tienes el maquillaje corrido por toda la cara.

—¡Adrien! —Pretendía que sonara contundente, pero me salió con un tono juguetón y jovial.

Soltó una risita.

—Primero vete a aclararte y luego te lo explico.

—No. Explícamelo primero.

—¿Te has mirado en el espejo antes de entrar aquí hecha una furia?

—Muy atrevido por tu parte dar por hecho que me importa mi aspecto cuando estoy frente a ti.

—¿No es así?

—No.

Sonrió, seguro que porque se me hinchó la fosa nasal. Y entonces, para mi total y absoluto terror, levantó el móvil y «me sacó una foto».

—Mi nuevo fondo de pantalla —dijo.

Ni de coña.

—Me haré con tu cadáver como no borres esa foto ahora mismo.

—Qué siniestro, Sanchez. Incluso para ti.

Casi me abalancé a por el móvil, pero él fue más rápido y se lo escondió en la espalda y me puso la palma en el pecho envuelto en la toalla, manteniéndome a un brazo de distancia.

—Te conté que tengo una fobia falsa a los payasos. Tus pintas pueden hacerla desencadenar en cualquier momento —dijo.

Traté de no reírme. De verdad, lo intenté.

—¡Eres un puto grosero! ¡Dame el móvil!

—No.

—¡Adrien!

—¡Ria! —exclamó, imitándome la voz.

Y antes de darme cuenta de lo que estaba pasando, me encontré encima de él intentando arrebatarle el móvil de la espalda con mi único brazo libre. La verdad es que debería haberme secado y cambiado antes de entrar en el cuarto como una loca.

—Sanchez, como me caiga una sola gota de champú…

Le froté el pelo mojado contra la mejilla.

—¿Qué harás?

Mi aviso llegó en forma de un solo hoyuelo y entonces me enganchó la cintura con los brazos y me levantó.

Yo chillé con lo que solo puede ser descrito como alegría desenfrenada cuando Adrien me alzó, me colocó encima de su hombro y nos metió a los dos en el baño.

Todavía llevaba la toalla puesta cuando empezó a salir agua caliente, aunque él sí que se había quitado el chándal y los calzoncillos antes de entrar en la ducha.

Me estaba riendo con tanta fuerza que me caían lágrimas por las mejillas.

—¡Bájame, gamberro!

Me dio un azote en el culo por encima de la toalla mojada y luego me hizo caso. En cuanto tuve los pies en la baldosa, me cogió las mejillas con las manos y presionó sus sonrientes labios contra los míos.

Debería haberlo parado. Sabía que tenía que hacerlo. Entonces ¿por qué, en vez de eso, dejé caer la toalla y le rodeé el cuello con las manos? ¿Por qué solté una risita cuando me mordisqueó el labio y me derretí en su cálido abrazo?

¿Y por qué nos estábamos riendo tanto? ¿Qué es lo que era tan divertido?

Hacía tan solo dos días habría dado mil vueltas a esas preguntas hasta volverme loca. ¿Ahora, en cambio? Lo único en lo que podía pensar era en lo bien que me sentía cuando Adrien me hundía los dedos en el pelo. Ronroneé contra su boca y casi me ceden las rodillas cuando me empezó a masajear el cuero cabelludo.

Joder, qué bien sentaba.

Soltó una risita ante mi reacción, apartándose para poder mirarme bien.

—¿Qué has hecho? ¿Echarte un montón de champú en el pelo y

salir pitando de la ducha?

—Mmm —respondí, bizqueando de puro placer.

—No seas mona.

—¡No seas húmeda! —le pedí al agua que caía sobre nosotros.

No fue gracioso. Yo estaba delirando y colocada por culpa de un exceso de hormonas sexuales. Pero él se rio de todas formas, como si mi cerebro escacharrado le pareciera divertido de una forma encantadora.

No podía entender cuándo, cómo ni por qué se había producido ese cambio en él. Una vocecita en un rincón de mi cabeza intentaba señalarme que lo repentino de todo aquello era un aviso, pero los dedos de Adrien masajeándome lograron que la vocecita se convirtiera en un balbuceo incoherente. Era completamente maleable, estaba atolondrada, apenas capaz de mantenerme en pie sin aferrarme a él para apoyarme.

Nos echamos unas risas y jugamos como niños, salpicándonos con agua y jabón, solo siendo capaces de mantener nuestras bocas alejadas durante unos segundos para reírnos. Y cuando, con esfuerzo, conseguimos salir al fin de la ducha, me llevó de vuelta a la cama.

—¿Qué hora es? —pregunté con la respiración entrecortada cuando acercó su ardiente boca a mi cuello. Me sentía completamente embriagada.

Su respuesta fue deslizar los dedos hasta mi centro, estimulando mi entrada. Gemí y separé los muslos bajo su peso.

—Adrien, mi vuelo.

Se apartó lo justo para poder mirarme, antes de hacer rodar mi hinchado clítoris entre sus dedos índice y corazón. Tuve que girar la cara hacia el edredón para amortiguar el grito que se me escapó.

—¿Qué pasa con él? —quiso saber sin dejar de rodar, rodar,

rodar.

—No quiero perderlo —murmuré, moviendo las caderas contra su toque.

Dejó escapar una risita sombría.

—¿Qué parte de «secuestro» no entiendes, Sanchez?

La risa entrecortada que solté se convirtió enseguida en otro gemido cuando introdujo un dedo y luego dos. Movió la palma para masajearme el clítoris mientras con los dedos seguía un ritmo perfecto que me hacía enloquecer. Yo ya me estaba estremeciendo.

—Joder, qué placer. —Después de aquello me iba a arrodillar y lamerlo hasta que alcanzara el séptimo cielo. Utilizaría su polla para volverlo loco y luego me escaparía hacia el atardecer y nunca lo volvería a ver.

Parecía un buen plan.

—¿Debería seguir? —murmuró.

—Sí —le imploré.

Y fue justo entonces cuando paró.

—¿A qué cojones viene eso? —dije con la respiración entrecortada, frunciendo el ceño.

Se llevó los dedos relucientes a la boca y se dispuso a lamerlos para limpiarlos.

—Sabes como un puto sueño húmedo, Sanchez.

—En serio, ¿a qué cojones viene eso?

—En serio, ¿qué parte de «secuestro» no entiendes? —me imitó con tranquilidad.

Se me desencajó la mandíbula.

—¿Estás secuestrando mi orgasmo?

La diabólica sonrisa con hoyuelos fue toda la respuesta que necesitaba.

—Este es el trato: el último vuelo directo de Victoria a Toronto es

a las nueve de la noche. Si para esa hora sigues aquí, acabaremos la partida.

—Estás de broma.

—Ni un poquito.

Suspiré, hundiendo la cabeza en el colchón.

—Esto es una estupidez.

Se inclinó para besarme.

—A las nueve. Ponte la combinación verde. Tú y yo tenemos otra cuenta que saldar.

—Sabes que me basta con utilizar mis manos, ¿no?

Pero ya se estaba levantando de la cama.

Yo estaba que echaba humo, en silencio, mientras lo veía ponerse un par de vaqueros y una camiseta blanca limpia. Era, sin la más mínima duda, el hombre más irritante de todo el planeta.

—El desayuno estará listo cuando quieras —dijo con alegría mientras se iba.

Echó abajo de un manotazo la almohada que le lancé a su estúpida cabeza y me guiñó un ojo antes de cerrar la puerta.

Lo odiaba.

Muchísimo.

«Entonces ¿por qué sonríes?».

…

«Cierra el pico».

27

No estaba orgullosa de haberme quedado. Tampoco podía justificarlo.

Solo sabía que para cuando conseguí ponerme un jersey y unos vaqueros, la idea de irme al aeropuerto me atraía todavía menos que el día anterior. Me quedé con la mirada fija en las maletas, tratando de convencerme para recogerlas y marcharme. Pero no podía hacerlo.

No, eso no era cierto. Podía hacerlo, solo que no quería.

Lo que quería era ir a desayunar con la familia de Adrien.

Iba por la mitad de las escaleras cuando escuché la risa amortiguada y las bromas que tenían lugar en la cocina y me detuve un momento a escuchar. Siempre me había encantado la idea de una gran familia feliz y ruidosa. Mi madre se fue cuando yo tenía dos años, papá trabajó en el turno de noche durante la mayor parte de mi infancia, hasta que consiguió ese curro en Abehill cuando yo tenía quince años, y a nuestra abuela le encantaba echarse una buena siesta.

Pero los domingos, cuando papá no trabajaba y celebrábamos nuestras grandes cenas familiares, la casa parecía cobrar vida. Como si por fin respirara después de seis largos días de calma. Había risas y caos mientras Alba y yo nos peleábamos emocionadas por ser la

primera en contarle a nuestro padre todo lo que había pasado durante la semana. La abuela nos regañaba por saltar en las sillas, por dejar que la comida se enfriara o por pelearnos. Y todo mientras papá alentaba nuestras incesantes travesuras y avivaba nuestros gritos y alboroto. Nos hacía reír, nos hacía sentir escuchadas, apreciadas y queridas.

Yo solía pensar: «Esto es lo que quiero cuando crezca. Quiero que sea así cada noche».

Me encantaba. Lo echaba de menos. Los echaba muchísimo de menos.

Me tragué el nudo que se me estaba formando en la garganta, pestañeé para borrar los recuerdos de mi cabeza y entré en la cocina.

Adrien fue el primero en verme. Levantó un poco las cejas y con la comisura de la boca fue formando la sonrisita de superioridad más engreída que he visto en mi vida. Se puso un poco más recto, sacando pecho, triunfante, mientras cruzaba los brazos.

Yo apenas pude ocultar la sonrisa cuando lo fulminé con la mirada.

—Aquí está —dijo Julie, con un tono alegre y juguetón.

—Buenos días —saludé.

—Tienes que estar agotada —comentó Alice. Estaba decorando su *smoothie bowl* con coco rallado y arándanos.

—Eh…, ¿qué?

—Nos oyeron anoche —dijo Adrien, apoyando con despreocupación un hombro contra la nevera—. Por lo visto, el ala oeste no está tan apartada como nos habían hecho creer.

«Madre mía».

—No cuando se hace tanto ruido —dijo su hermana. Pude notar cómo ponía los ojos en blanco en su tono de voz.

Me empezaron a arder las mejillas y mi temperatura corporal se disparó a la vez que me empezaban a picar las orejas.

—Lo siento. Soy de los que gritan —dijo Adrien con tacto, dedicándome un guiño de consuelo.

Anthony y Julie se rieron, y Alice hizo una mueca.

Me quedé paralizada y avergonzada, con las manos colgando incómodas a ambos lados del cuerpo. Debería haberme ido. Eso era el karma dándome un mordisco en el culo.

—Al menos Gampy tenía la opción de apagar su audífono —siguió diciendo Alice, sin darse cuenta de lo mucho que yo deseaba que el suelo se abriera y me tragara del todo.

—Alice, ya basta —la regañó Julie, que seguía sonriendo.

—Para que lo sepas, mamá se ha pasado como una hora mirando cuartos para bebés.

—Alice. —Anthony en esta ocasión. También sonreía.

—Papá la ha ayudado a elegir la cuna. Es de pino.

Sacó la lengua e hizo como si tuviera arcadas.

Su padre le dio un golpecito con el dedo en el brazo y ella se rio con disimulo, comiéndose un arándano.

Yo no sabía dónde meterme. No sabía qué decir ni dónde mirar. Y justo cuando creía que iba a estallar de pura vergüenza, Adrien se acercó a mí, entrelazó sus dedos con los míos y se inclinó para susurrarme al oído:

—Están vacilando, no es para ta…

Se calló cuando el extremo de goma de un bastón de madera se interpuso entre los dos. Gampy, que había salido de la nada, empezó a mover el bastón adelante y atrás, separándonos hasta que un Adrien muy confundido y yo nos quedamos a un metro de distancia.

—Ahora, Malicia —dijo.

Y entonces, sonriendo con maldad como si llevara toda la vida

esperando ese preciso momento, Alice sacó de pronto un pulverizador y apuntó directa a la cara enojada de Adrien.

—Ni te atrevas —la amenazó, soltándome la mano.

Se atrevió. Cuatro chorros de agua helada alcanzaron el brazo moreno que su hermano se había colocado a modo de escudo mientras yo estaba allí plantada con la boca abierta.

Maxwell saltó del hombro de Gampy, chillando con alegría mientras volaba directo a la línea de fuego.

—Nueva norma de la casa —dijo en alto Alice, que seguía sosteniendo el pulverizador como si fuera un arma. No tenía pinta de estar asustada, aunque parecía que Adrien iba a mandarla de una patada hasta el más allá—. Vosotros dos tenéis que estar a una distancia de metro y medio en todo momento. Habéis perdido vuestro derecho a hacer demostraciones públicas de afecto como consecuencia directa de ser repugnantes y asquerosos.

—No —respondió Adrien con tranquilidad, cogiendo el trapo que le lanzó Anthony desde la otra punta de la cocina. Maxwell había aterrizado en su cabeza y miraba el pulverizador como esperando que volvieran a utilizarlo—. Y tú apenas has podido oír nada.

—¡He oído suficiente! —Más chorros de agua.

Adrien cerró los ojos con fuerza y soltó una enorme carcajada cuando Maxwell se lanzó feliz hacia el agua.

—¡Deja de bloquearme el objetivo, pequeño idiota! ¡No te toca bañarte! —se quejó Alice, intentando maniobrar entre las alas desplegadas.

Sentí cómo poco a poco mi vergüenza iba desapareciendo, hasta que al final solo sonreía y me reía con ellos. Adrien seguía intentando cogerme de la mano otra vez, lo más probable para meterme en la batalla y utilizar mi cuerpo como escudo, pero no dejaban de interceptarlo y bloquearlo los golpes del bastón de

Gampy, los aleteos emocionados de Maxwell en su cara y los chorros de agua que lanzaba Alice.

El caos.

—Vale. Ya basta, ya basta. —Julie se interpuso en un momento dado, arrancando el pulverizador de las manos de su hija—. Friega esto. Ahora, por favor. Antes de que alguien se resbale y se rompa algo.

—Ha merecido la pena. —Alice sonrió con satisfacción, chocándole la palma a su abuelo. Una vez arriba y una abajo, en perfecta sincronía. Maxwell salió volando tras ella.

—Tienes que dejar de alentarle ese comportamiento —le dijo Julie a su padre, acusándolo.

—¡Puedo oírte! —gritó Alice desde el otro cuarto.

—¿Por qué? Es divertidísima —argumentó Gampy.

—¡Gracias, amigui!

—¡Alice, deja de chillar! —gritó Julie—. Papá, solo piensas eso porque cada día se parece más a ti. Addy, vete a cambiar antes de que pilles un resfriado. Y Ria, tesoro, toma asiento. Te pondré un café.

En vez de salir de la cocina para cambiarse, Adrien se quitó la camiseta allí mismo y se secó la cara y el pelo con el pequeño trozo de tela que seguía seco.

Músculos. Tantísimos músculos fibrosos. Sus brazos y hombros marcados, esos abdominales imposibles…

—Saca una foto, Sanchez. —Me guiñó el ojo, mostrándome los hoyuelos.

—¡Malicia! —la llamó Gampy.

—¡Ya voy!

Y entonces se abalanzó sobre Adrien con una fregona mojada.



—¿Dónde está el anillo?

Dejé de masticar, clavando los ojos en mi dedo anular desnudo como respuesta a la pregunta de Alice.

—Eh…

—Lo hemos llevado a que le ajusten la talla —se metió Adrien antes de que yo pudiera farfullar una excusa mucho menos creíble —. Le queda grande. Se le cae todo el rato.

Estábamos sentados a la mesa de la cocina. Adrien tenía una mano colgando del respaldo de mi silla y con la otra sostenía una taza de café recién hecho, con la mitad del cuerpo girado hacia mí, rozándome el muslo con la rodilla.

¿Lo más raro de todo? Mi lenguaje corporal no difería tanto: tenía el torso vuelto en su dirección y el pie enganchado en su tobillo. Y cada vez que lo miraba, me parecía que se había acercado más o que lo había hecho yo.

También me sentía bastante inquieta. No dejaba de mirar el reloj cada pocos minutos, como si de algún modo incomprensible pudiera lograr que las manecillas se movieran más rápido para llegar a las nueve.

—¿Ya has empezado a buscar vestido? —preguntó Julie.

Me puse un poco tensa, jurándome por dentro que si tan solo sugería volver a llevarme de compras, echaría a correr. Que le den al secuestro.

—No, eh…, todavía no he tenido oportunidad.

—Vale, porque si te interesa, puedo empezar a llamar y concertar alguna cita —se ofreció con amabilidad.

«Oh, oh. Cambio de tema, cambio de tema».

Me di cuenta de que a Adrien también le estaba costando

desviar la conversación. Me dio un golpecito con la rodilla a modo de disculpa silenciosa y abrió la boca como si quisiera decir algo, pero la volvió a cerrar.

—Supongo que quieres pasar de Kilarni, pero si has pensado en algún otro diseñador, estaré encantada de organizarlo.

Me empezaron a sudar las manos y sentía el latido acelerado de mi corazón en los oídos. No, jamás se me ocurriría ir a comprar el vestido de novia con la madre y la hermana de Adrien. Era una línea sagrada que no estaba dispuesta a cruzar.

—Espera, ¿por qué iba a pasar de Kilarni? Su colección de novias es increíble —dijo Alice, regalándome otros cinco segundos para pensar cómo cojones iba a salir de aquella—. Es el primer diseñador en el que he pensado.

Julie se aclaró la garganta y echó los hombros un poco hacia atrás.

—Bueno, porque parece que Mandy ya ha fichado un par de piezas de la colección. Y pensé que tal vez no quisiéramos un posible conflicto o elegir el mismo vestido. Pero, desde luego, tú decides, Ria.

Alice torció el gesto, como si su madre hubiera dicho algo repugnante.

—¿Quién es Mandy? —pregunté, aprovechando esa pequeña salida. «Vamos a hablar de ella, en lugar del vestido».

Se supone que la pregunta era para cambiar de tema, apartar la atención de mí y del vestido inexistente, pero lo único que hizo fue absorber el aire de la cocina.

Todos los ojos se posaron en mí, abiertos de par en par y sin pestañear. A mi lado, Adrien se había quedado rígido como una piedra.

«Oh, oh». La había cagado. No sabía cómo aún, pero la había

cagado.

Alice fue la primera en moverse. Miró a Adrien con los ojos medio entornados y enarcó una ceja.

—Está de broma, ¿no? —dijo Gampy.

Se empujó las gafas por el puente de la nariz, como si eso lo fuera a ayudar a encontrar la gracia a lo que yo había dicho.

Vale, ¿ves? A eso me refería cuando le pregunté a Adrien si había algo importante que tuviera que saber antes de empezar toda esa locura. Para evitar situaciones así.

Me humedecí los labios y me atreví a mirar en su dirección. Había medio esperado que pareciera cabreado o irritado conmigo por mi descuido. Lo que no había esperado es que pareciera… ¿traumatizado? ¿Aterrorizado?

—Yo… —empezó a decir, con la voz vacilante y pastosa—. No es que hable mucho de ella.

Esas palabras eran para su familia, pero clavaba los ojos en los míos mientras trataba de enviarme un mensaje en silencio que yo no estaba entendiendo.

—¿Tu prometida no sabe lo de tu exprometida? —preguntó Alice, emitiendo un juicio claro con su tono.

Un momento. «¿Qué?».

Adrien apretó los labios y me dio con la rodilla en la pierna por debajo de la mesa.

—Sí lo sabe —dijo.

—Sí, lo siento —dije, intentando seguirle el juego—. Sí que lo sabía. Es solo que… nunca se me han dado muy bien los nombres, y solo la ha mencionado una o dos veces.

No se me ocurrió nada mejor. Sobre todo porque la mitad de mi cerebro estaba ocupado analizando la pequeña bomba que acababa de caer. ¿Adrien había estado prometido? ¿De verdad? ¿Desde

cuándo? ¿Había roto ella el compromiso? ¿O había sido él? ¿Seguía enamorado de ella? ¿Ese era el auténtico motivo por el que me había llevado hasta ahí?

De pronto hacía mucho calor allí dentro. Tanto calor como para revolverme el estómago.

O puede que fueran los huevos. ¿Los huevos en mal estado te hacían palpitar el corazón? Si la respuesta era sí, habían sido los huevos sin duda.

—Vale. —Alice parecía bastante escéptica. Volvió a centrarse en su hermano—. Y los dos sabéis que MJ va a venir a la fiesta, ¿no? Tanto ella como…

—Pueden hacer lo que les dé la puta gana. No tenemos que hablar de ello.

La rabia era patente en su voz y la mirada fulminante que le lanzó a su hermana dejó claro que se estaba pasando de la raya. Pero no parecía que Alice quisiera recular. Tenía los brazos cruzados, desafiantes, sobre el pecho, se daba golpecitos con un dedo en el codo y se le notaba en la mandíbula que estaba tensa.

—Tiene razón, ya basta —dijo Anthony con tranquilidad antes de que Alice pudiera volver a la carga. Me dedicó una leve sonrisa—. ¿Qué tenéis previsto hacer hoy, chicos? ¿Algo divertido?

—Ria y yo vamos a hacer turismo —respondió Adrien.

Ah, ¿sí?

—¿Puedo ir? —preguntó Alice, con un tono de voz tan seco que sonó casi sarcástico.

—No. Pero nos vamos a llevar tu coche, así que será como si estuvieras con nosotros en espíritu.

—¿Por qué no puedo ir? —Enarcó una sola ceja, estirando la frase como si en realidad quisiera decir: «¿Tienes miedo?».

—Porque me gustaría pasar un poco de tiempo de calidad a

solas con mi prometida mientras estamos de vacaciones.

Ella puso los ojos en blanco.

—Pues anoche sonaba como que estabais pasando un tiemp…

Adrien le lanzó un panecillo a la cara. Ella se echó a reír y luego le devolvió el lanzamiento. Eso llamó la atención de Maxwell. Cruzó la mesa dando saltitos con las patas, extendió las alas mientras bailaba y esperó a que se volvieran a lanzar el panecillo.

Me habría parecido adorable si no tuviera ese nudo en el estómago. Di otro sorbo a mi café solo, con la esperanza de que me ayudara.

No fue así.

—Y ahora, si nos perdonáis. —Adrien se levantó y yo lo seguí. Recogimos los platos vacíos, les agradecimos a sus padres el desayuno y justo cuando estábamos a punto de salir, se volvió otra vez hacia su padre.

Anthony hizo un gesto con la mano como para quitarle importancia antes de que Adrien pudiera hablar.

—Sí, sí. Ya te he dicho que me ocupo de ello. Estará listo para la noche.

—Gracias a Dios —dijeron Gampy y Alice al unísono.

Yo no tenía ni idea de lo que estaban hablando. Y, para ser sincera, tampoco tenía la capacidad mental como para preocuparme por ello.

¿Había estado prometido?

28

—¿Has estado prometido?

Se me escapó la pregunta antes de cerrar de un portazo la puerta del copiloto del SUV negro. No había pretendido tirar con tanta fuerza.

Adrien suspiró mientras se ponía el cinturón de seguridad.

—Durante un breve periodo de tiempo, sí.

—¿Y no crees que es algo que debería haber sabido antes de meterme en esto?

Apretó los labios.

—No es para tanto.

—¿En qué universo?

El coche salió de la finca y las puertas de hierro ornamentadas se cerraron tras nosotros.

—Duró menos de una semana. No es para tanto.

Mentía. Lo notaba en lo forzado de su tono, en la tensión que tenía en los hombros y en la mandíbula. Pero ¿por qué?

—Ponte el cinturón, por favor —dijo, con los ojos clavados en la calle vacía frente a nosotros.

—¿Ese es el auténtico motivo por el que estoy aquí? —Tenía una mano en el salpicadero y el torso torcido en el asiento para mirarlo de frente—. Va a estar en la fiesta, así que… no querías ir solo.

Apretó la mandíbula.

—El cinturón.

—¿Se va a casar?

—Sanchez…

—Tu madre ha comentado algo de que Mandy iba a mirar vestidos de novia y Alice dijo que «ellos» estarían en la fiesta. Entonces… ¿ella y su nueva pareja? —No es de extrañar que no quisiera ir solo.

No respondió.

Yo toqueteaba el salpicadero con los dedos mientras lo estudiaba. Algo viscoso y caliente se me iba enredando en las entrañas.

—¿Hace cuánto que ocurrió? —pregunté.

Tenía el corazón a mil, pero no sabía por qué. ¿Qué más me daba si había estado comprometido? ¿O si seguía enamorado de ella y me había llevado hasta allí para ponerla celosa? No es que fuera a cambiar nada. No es como si sintiera algo por él de verdad. Estaba bueno y el sexo era alucinante. Eso era todo.

El silencio se extendió tanto que di por hecho que no iba a responder. Pero entonces dijo:

—Hace poco más de un año. Catorce meses para ser exactos.

Ah.

Una parte de mí había esperado que hubiera sido hacía mucho más tiempo. Que hubieran sido jóvenes y estúpidos, y que cuando solo llevaban una semana comprometidos se hubieran dado cuenta de que estaban cometiendo un terrible error.

—Sanchez. El cinturón.

Catorce meses era bastante reciente para una relación que creías que iba a durar toda la vida, ¿no? ¿Y cómo es que ella ya se había prometido otra vez? ¿No era demasiado pronto? Para salir con

alguien, desde luego. ¿Casarse? Demasiado pronto. Tal vez.

Me pregunté cuál de los dos habría roto el compromiso.

Me pregunté si era de ahí de donde había sacado el anillo. ¿Había sido de ella en un momento dado? ¿Estaba tratando de echarle sal en la herida haciendo que su nueva «prometida» lo llevara puesto? Porque eso sería una idea terrible y no solo porque me hiciera tener ganas de vomitar.

Estaba tan sumida en mis pensamientos que no me había dado cuenta de que el coche se había parado hasta que Adrien me miró, levantando las cejas, expectante. Y cuando no me moví, suspiró, se inclinó y estiró el brazo hacia algo que estaba detrás de mí. Pero no vi que su brazo se moviera, lo que me llevó a malinterpretar el motivo por el que se había inclinado. Fue la única razón por la que le coloqué las manos en la cara y presioné mis labios contra los suyos. Lo juro.

Inspiró con fuerza, quedándose congelado un instante, como si lo hubiera pillado por sorpresa. Y entonces se derritió en mis manos, llevó una palma a mi nuca y me deslizó la otra mano por el muslo, acercándome a él.

¿Y el nudo caliente y viscoso que sentía en el estómago? Se deshizo en cuanto le acaricié la lengua con la mía, provocando un ruido grave y gutural en lo más hondo de su pecho.

Una caricia llevo a la otra y, antes de darme cuenta, se había quitado el cinturón de seguridad y nos estábamos enrollando como un par de adolescentes con las hormonas reprimidas la noche del baile de fin de curso. Las manos se movían sin cesar, nos aferrábamos con más fuerza, nos tocábamos y tirábamos del otro hasta que…

PIII.

Pegué un respingo y me di con tanta fuerza con la cabeza en el

techo que debería haberlo notado. Pero mi cuerpo hervía con demasiado calor y tensión contenida como para darme cuenta.

—Mierda. Lo siento. El codo —dijo Adrien, remarcando cada palabra con un fuerte suspiro. Volvió a reclinarse en el asiento y se pasó la mano por el pelo oscuro. Después de tomar aire un par de veces, giró la cabeza hacia mí y sonrió.

—Eres incapaz de mantener las manos alejadas de mí, ¿no?

—Eres tú el que se ha inclinado —protesté, deseando que se me calmara el pecho de una puñetera vez—. Yo solo me he acercado.

Y o bien estaba imaginándome cosas, o le brillaban los ojos y los hoyuelos.

—Trataba de ponerte el cinturón.

—¿Se supone que tengo que creerme eso?

—No pasa nada. Me siento halagado.

Yo no estaba sonriendo. Podía torcer la boca hacia arriba sin que se me acusara de sonreír.

Dejó escapar una risita.

—¿Sabes esa canción de Jessica Simpson?

—No te atrevas a meter el pop de los noventa en esto —le pedí. De nuevo, no estaba sonriendo ni mucho menos.

—¿Soy *Irresistible* para ti, Sanchez?

Lo fulminé con la mirada.

Él se rio y luego se volvió a inclinar hacia mí.

—Hazme el favor de sentarte bien.

Me hundí en el asiento y le fruncí el ceño a su hoyuelo mientras él estiraba el brazo para coger mi cinturón de seguridad y lo colocaba en su sitio. No bajé la mirada de inmediato a su boca, no se me tensaron los muslos cuando me llegó su perfume embriagador y desde luego que no se me estremeció el pecho cuando me dio un besito en la mejilla y me guiñó un ojo.

—De todas formas, ¿adónde vamos? —pregunté, cruzándome de brazos. Apoyé los pies en el salpicadero y decidí en ese momento que lo único que iba a mirar durante el resto del trayecto en coche iba a ser por la ventanilla.

—Hace bastante bueno. Podemos empezar dando un paseo por el puerto y luego ya veremos.

La verdad es que sonaba bastante apetecible hasta que le ordenó al coche que sonara Jessica Simpson a todo volumen y comenzó a gritar la letra a pleno pulmón. Puse los ojos en blanco con tanta fuerza que fue un milagro que no se me salieran del sitio.

No tuve que taparme la boca con el dorso de la mano para amortiguar la carcajada. No era divertido.



Había una pequeñísima posibilidad de que fuera a morir y era, cómo no, todo por culpa de Adrien.

Para cuando conseguimos volver a paso de tortuga a su coche, el sol había empezado a ponerse y yo me había olvidado de cómo se respiraba con normalidad. Tenía los ojos hinchados de llorar, me dolían las mejillas y tenía tantas agujetas en la tripa que no podía caminar recta. Cada vez que tan solo miraba de reojo a Adrien, estallaba en un tortuoso ataque de risa histérica y me acercaba un poquito más al dulce alivio de la muerte.

Menudas pintas llevaba.

Nos habíamos pasado gran parte de las últimas horas de la mañana y de las primeras de la tarde paseando por el puerto, tomando chocolate caliente, comiendo y vacilándonos por cualquier mínima cosa por la que pudiéramos vacilarnos. Me había reído de él cada vez que alguien se acercaba para pedirle una foto, se había

burlado de mí cada vez que me atragantaba con algo tratando de no reírme con sus bromas. Y entonces, ocurrió. Pasamos al lado de un puesto de pintacaras para niños.

Ni siquiera vaciló.

Íbamos caminando con torpeza uno al lado del otro, riéndonos a carcajadas, rozándonos las manos. Y de pronto, le estaba sujetando la rosca de pan mientras se sentaba despreocupado en la banqueta de plástico diminuta, señalaba un enorme tubo de pintura corporal azul de la mesa y pedía a la maquilladora, y cito: «No te cortes».

La señora parecía confundida (y tal vez un poco preocupada) y quiso cerciorarse hasta tres veces de que de verdad quería que lo pintara de un brillante y atrevido color azul cobalto. Adrien se quitó la chaqueta y el reloj y dijo: «Sip. Brazos, cuello, cara. A por ello».

Y eso ni siquiera fue la mejor parte. Yo no tenía claro cómo lo había hecho, pero, en unos minutos, había conseguido reclutar un pequeño ejército de manos pequeñitas para que lo ayudaran a extender la pintura sobre su piel bronceada. Hubo gritos y risitas, y padres sacando fotos a sus pequeños monstruitos desatando un caos azul sobre Adrien Cloutier.

Y en cuanto estuvo bastante cubierto de una chapucera y desigual capa de pintura (que, como no podía ser de otra manera, le había manchado la camiseta blanca), se levantó, chocó un montón de puñitos azules para celebrarlo, pagó para que les pintaran la cara a todos los críos y le preguntó a la mujer si había alguna tienda de disfraces cerca.

Dijo que sí y entonces nuestro lento descenso hacia la locura se aceleró. Entrelazó sus dedos con los míos y me fui riendo calle abajo hasta la tienda que nos había recomendado la señora.

Sí, tenían cuernos enormes de toro. Y sí, tenían una cola azul. Era corta, peluda y parecía la cola de un zorro hasta arriba de ácido,

pero, según Adrien, era «perfecta y clavada al detalle».

Aunque, por desgracia para nosotros, Stevie (el propietario) se había quedado sin colmillos de pega, pero «tengo una dentadura de velocirráptor con encías negras, si quieres».

Los dientes eran delgados, afilados, sin colmillos y de un tono amarillo grisáceo, y demasiado grandes para la boca de Adrien. Pero, una vez más, consideró que eran «perfectos y clavados al detalle». Lo mismo que la peluca negra de samurái que se puso en lugar de un moño.

Traté de detenerlo de todas las formas posibles cuando fue a por el taparrabos, pero para entonces yo ya estaba llorando de la risa y no tenía fuerza en los brazos como para arrancarle el trozo de piel de las manos. Por suerte, al menos fui capaz de convencerlo de que se pusiera el atrevido trocito de tela por encima de los pantalones.

También se puso los cuernos y la cola y salió muy ufano con el pecho hinchado del probador.

Parecía como si hubiera salido directo de las pesadillas de mi infancia o de la portada de un disco grunge de los noventa.

—¿Cómo de cachonda eztáz ahora mismo, Zanchez? —ceceó con sus largos colmillos en cuanto salimos de la tienda, escupiendo saliva por todas partes.

Me provocó un ataque de risa. Me dejé caer al suelo, llorando, mientras me daba con la frente en las rodillas. Desde ese momento, cada vez que lo miraba o él hablaba, era más divertido. Hasta que me convencí de que era el final. Que así era como Adrien había decidido acabar con mi vida para devolverme lo que le había hecho en Halloween.

Cuando conseguimos llegar al SUV que nos había prestado Alice, me agarraba por el costado, intentaba respirar y le rogaba que dejara de hablar. Me subí en el coche y me hundí en el asiento,

envolviéndome la tripa con el brazo.

Adrien se quitó los cuernos y la cola antes de montarse.

—Cinturón de zeguridad, Zanchez.

Dejé escapar una risa floja y eché la cabeza hacia atrás en el asiento. Moví la mano para coger el cinturón, pero no tenía fuerzas como para tirar de él para pasármelo por el pecho. Así que me rendí y dejé que volviera hacia atrás como un resorte.

Adrien se rio entre dientes antes de ponérmelo en su sitio.

—Niñata caprichoza —murmuró con afecto. O tal vez no era afecto y es solo que yo estaba medio aturdida.

—Esas fotos van a estar por todo internet para cuando acabe la semana —predije.

—No creo que nadie me haya reconocido cuando me he puezto los dientez. No he vizto ningún móvil.

Eso era porque dichos «dientez» se le salían de la boca y le empujaban los labios hacia atrás. Y tenía razón. Entre eso, la piel azul y el resto del ridículo disfraz, estaba casi irreconocible.

—Yo he tomado un montón de fotos. Estaré encantada de compartirlas —dije. Las que habíamos sacado en el fotomatón eran oro puro y había sido idea suya. Casi había cargado conmigo al hombro y me había metido a la fuerza dentro de la cabina. El instinto de supervivencia de ese hombre funcionaba a medio gas.

Me lanzó una miradita cuando el coche salió del aparcamiento.

—Me lo haz prometido.

Así era. Y tenía toda la intención de cumplir mi promesa. Pero eso no quería decir que no pudiera vacilarlo con ello.

—Como mínimo, las voy a utilizar de fondo de pantalla de momento. Luego pediré un recortable a tamaño natural cuando llegue a casa y lo pondré junto a la cama de Jamie cuando esté durmiendo.

Hablando de provocarle un ataque al corazón a mi mejor amiga, tenía que llamarla en algún momento y contarle que me había acostado con su futuro marido.

—Ha sido divertido —murmuré mientras contemplaba cómo se difuminaban las luces y los árboles por la ventanilla. Se empezaba a poner el sol.

—¿Zí?

—Mmm. También ha sido un buen entrenamiento. Me siento como si hubiera hecho un millón de abdominales.

Adrien se sacó los dientes de pega y los metió en una bolsa de plástico. Luego se frotó la palma de la mano contra el muslo. Una vez, dos veces.

—¿Te gustaría repetirlo?

—¿El qué? ¿Lo del disfraz? —Porque sí. Sí que me gustaría.

—No, me refiero a… ¿Te gustaría que volviéramos a quedar así otra vez?

Y por primera vez en las últimas dos horas, no me entraron ganas de reírme cuando lo miré. ¿Me estaba pidiendo lo que creía que me estaba pidiendo? ¿O era mi cerebro haciendo de las suyas cuando se inventaba cosas y me mentía?

—No lo sé —dije con cautela—. Depende.

No parecía dispuesto a apartar los ojos de la carretera.

—¿De?

—Bueno, ¿qué es lo que haríamos? —Empecé a juguetear con un hilillo que tenía en la manga, y me dio un vuelco el corazón. Me subió un cosquilleo por la espalda a medida que el ambiente iba cambiando, tornándose más ligero. Como si se hubiera abierto una cesta de mariposas dentro del coche.

Lo imité y clavé la mirada en las luces traseras del vehículo que iba delante.

—Lo que quieras —respondió—. Algo relajado como hoy. O podríamos ir a cenar. A tomar algo.

Reflexioné un instante antes de responder.

—Me voy mañana.

—¿Y no podemos vernos cuando estemos los dos en Toronto?

Las mariposas se me habían colado en la tripa.

—No estoy segura de si… —Pero me callé. No tenía claro por qué me había callado, pero lo hice—. ¿Puedo pensármelo? —pregunté en cambio.

—De acuerdo —dijo.

—De acuerdo —dije.

Apoyé los pies contra el salpicadero y me giré hacia la ventanilla.

Y no, no me pasé el resto del agradable trayecto en coche reprimiendo una sonrisa. Mi reflejo en el cristal no hacía más que mentir.

29

—Puaj, ¿qué narices te ha pasado?

Ahogué una carcajada como respuesta al evidente disgusto en el rostro de Alice cuando entramos en su casa. Estaba sentada en el suelo del salón con un libro de texto abierto en la mesa que había frente a ella.

—¿Por qué vas vestido como si fueras una mascota de fútbol azul con un pañal de ante? —le preguntó a Adrien en tono crítico.

Me reí con más fuerza. Tendría que haberlo visto cuando aún llevaba los dientes de velocirráptor, los cuernos de toro, la peluca de samurái y la cola de zorro. Su reacción habría sido hilarante.

—Es un taparrabos, Malicia. No un pañal.

—Eso lo empeora, no lo mejora. Pareces idiota —dijo. Y entonces, como si se hubiera dado cuenta de golpe, abrió los ojos horrorizada—. No te habrás montado así en mi coche, ¿no?

—Lo llevaré mañana a que lo limpien a fondo —fue la respuesta de Adrien.

—¡Adrien! ¡Mis asientos son beige!

—También son de piel. Seguro que no se manchan.

—¡Lo hará tu sangre cuando te destripe! —Le lanzó un subrayador a la cabeza, pero él lo atrapó en el aire con facilidad.

—¿Qué está pasa…? ¡Addy! ¿Qué has hecho? —Julie se paró de

golpe, llevándose las manos a la boca. Anthony, que iba detrás de ella, estalló en carcajadas.

—Fue idea de Ria —me acusó Adrien sin dudar, señalándome con el subrayador.

—Un momento —dijo Alice, entrecerrando los ojos con suspicacia mientras nos miraba primero a su hermano y luego a mí—. Esto no será alguna cosa sexual rara, ¿no?

—¡No! —exclamé al mismo tiempo que Adrien decía: «¡Por supuesto que sí!».

Le di un manotazo en el brazo. Él se rio. Alice le lanzó todo el estuche, cerró el libro de texto de golpe y dijo que necesitaría terapia con urgencia tras nuestra visita.

Adrien me guiñó un ojo, Anthony empezó a sacar fotos con el móvil y Julie se apretó el puente de la nariz, riéndose entre dientes.

Habría sentido muchísima más vergüenza por todo aquello si no fuera tan ridículamente ridículo. Y si no estuviera tan encantada con ello.

Una vez que se calmó un poco todo el alboroto, Julie insistió en que Adrien fuera arriba y se duchara antes de que dejara todos sus preciosos muebles perdidos de pintura.

—La cena estará lista dentro de treinta minutos —nos gritó Anthony cuando salimos del salón. También dijo algo de un parche instalado en algún sitio, pero yo estaba demasiado ocupada intentando apartar las manos de Adrien como para sumar dos y dos.

—¡Me vas a manchar toda la ropa de azul! —dije riéndome mientras él intentaba agarrarme por la cadera.

—Eso se lava.

La lucha escaló con rapidez y se convirtió en una carrera. Chillé y me reí mientras corría por las escaleras, pegándole a Adrien en los dedos cada vez que se acercaban demasiado. Me tropecé con el

borde de una alfombra cuando giré para ir a nuestro cuarto, pero me recuperé deprisa y conseguí llegar antes que él a la puerta. Tenía el corazón a mil por hora y me fluía la sangre con fuerza por las venas cuando intenté cerrarle la puerta en sus azules narices, pero era demasiado rápido y fuerte.

Y para empeorar las cosas, había logrado volver a ponerse los dientes de pega durante la persecución.

—¡Nooo! —grité con dramatismo mientras me envolvía el cuerpo con los brazos—. Es asqueroso, ¡hueles a plástico y pintura!

Frunció los labios sobre sus afilados dientes amarillentos y chillé riendo y apartando la cara de él.

—¿No era ezto lo que queríaz, Zanchez? ¿Ya te haz puezto cachonda?

No podía respirar. Me empezaron a caer lágrimas de los ojos mientras trataba de liberarme de sus brazos.

—¿Quierez que me ponga la peluca con moño otra vez?

—¡Me estás escupiendo, gamberro!

—¿Te eztá poniendo ezto? ¿Creez que zoy irreziztible?

—¡No puedo…, Adrien!

Me lamió la mejilla, siguiendo con los dientes afilados el recorrido de la lengua, y estuve casi segura de que me iba a morir de risa.

—Bézame.

—¡No! —Le puse la palma de la mano en la boca y lo empujé hacia atrás—. ¡Vete a la ducha!

—¿Querez venirmigo? —dijo contra mi mano.

—Desde luego que no.

Me pasó la lengua por la palma y grité, retirando la mano. Y en cuanto se vio libre me atacó el cuello. Hundió la cara, la boca y los dientes en el hueco y no me dejó apartarlo.

—Huelez a jazmín y zuavizante de ropa —dijo—. Y a Zanchez.

Yo no sabía a lo que olía un Zanchez, pero, a juzgar por cómo inhalaba y me arrimaba más a él, debió de ser un cumplido.

—¿Qué hora es? —pregunté sin ningún motivo en particular.

—Zeiz menoz cuarto —murmuró en mi cuello—. Máz o menoz.

—¿Cómo lo sabes sin mirar el reloj?

Lo habría comprobado yo misma, pero mis brazos parecían muy obcecados en devolverle a Adrien el abrazo, aunque me estuviera manchando toda la ropa de azul.

—He eztado llevando la cuenta.

—Mmm —fue mi respuesta en vez de un comentario ingenioso o una burla, mientras apoyaba la mejilla contra su cabeza.

Y entonces nos quedamos ahí de pie, abrazándonos.

Los segundos se convirtieron en minutos y ninguno de los dos se movió para separarse. Porque puede que decidiera cerrar los ojos en vez de apartarme; y puede que empezara a acariciarle con delicadeza la nuca en vez de empujarlo para atrás; y puede que sonriera cuando murmuró algo incoherente de puro placer y me estrechó con más fuerza.

—Zanchez, ¿qué pienzaz de eza tregua?

No quería dejarlo pasar, ¿no?

—Sigo pensándomelo.

Suspiró en mi cuello.

—Erez una cabezota —refunfuñó, como si yo no pudiera sentir la sonrisa que me dibujaba en la piel.

Al final, logramos separarnos para que se pudiera duchar. Abrí la cremallera del bolso para sacar un paquete de toallitas desmaquillantes tamaño viaje que había comprado durante el paseo, incapaz de borrar la sonrisa de mi rostro.

Vale, tal vez Jamie había tenido un poquito de razón. Tal vez al

principio las emociones estaban a flor de piel y hubo algunos malentendidos, y Adrien no era tan malo como había creído cuando lo conocí. Tal vez hubiera cierta química entre los dos y tal vez no fuera algo limitado a lo físico.

No es que me hubiera planteado nada serio o a largo plazo con él. Tontear así era una cosa; involucrar los sentimientos y enredar nuestras vidas, otra muy diferente. Sería demasiado complicado con él, y no solo porque habíamos estado mintiendo a sus padres sobre… «Un momento, ¿por qué no…?».

Perdí el hilo de mis pensamientos cuando me di cuenta de que llevaba frotándome el antebrazo en el mismo sitio con una toallita durante todo un minuto, pero el color no se había ido del todo.

Froté con más fuerza, comprobando cada pocas pasadas para ver si mi piel había vuelto a su color oliváceo habitual. No.

«Mierda».

Me llevé la palma de la mano a la boca, amortiguando la risita de asombro que me nacía en el pecho. Si no se podía eliminar la pintura azul con una toallita desmaquillante, había muchas posibilidades de que tampoco fuera a funcionar el jabón. Adrien iba a volverse loco cuando se diera cuenta.

En efecto, un par de minutos más tarde se abrió de golpe la puerta de cristal de la ducha, se escucharon pisadas de pánico sobre las baldosas de piedra y Adrien entró hecho una furia en el dormitorio con una toalla gris envolviéndole de cualquier manera la cintura. Tenía los ojos abiertos de par en par de puro terror.

—Me cago en mi puta vida. ¡Mira!

Miré. Tenía los brazos, el cuello y la cara aún cubiertos del color cobalto que tan mal le habían aplicado. Se veía que había intentado quitarse la pintura del brazo izquierdo, porque la primera capa de color estaba más pálida. Pero se seguía notando el tono azul.

No me pude contener. Me fallaron las rodillas y caí al suelo riéndome con tanta fuerza que rodé por el suelo.

—¡Sanchez!

Sabía que ya lo había dicho antes, pero había llegado el momento. Así era como iba a morir. Esa vez estaba cien por cien segura.

Me costaba respirar, los músculos de mi tripa protestaban con espasmos por mi risa incontrolable. Me dolía de verdad, pero no podía parar. Adrien parecía un puto bufón.

—¡Socorro! —grité con dramatismo, agarrándome los costados —. ¡Haz que pareee!

—No me puedo creer que les pongan esta mierda a los críos. Los padres de hoy me van a escribir todos insultándome.

Yo no me podía creer que no se hubiera asegurado de que la pintura se iba. Estaba llorando en la alfombra, muriéndome.

—Es todo culpa tuya —dijo.

Me encantaría llevarme todo el crédito. No me lo había ganado, pero lo aceptaría encantada.

Necesité casi diez minutos para calmarme lo suficiente como para sentarme y mirarlo sin que me faltara el aire. Él estaba sentado al borde de la cama, mirándome. Tenía los codos apoyados en las rodillas; las manos, entrelazadas, sin apretar, frente a él, y la cabeza colgando en señal de derrota. La había jodido. Sabía que la había jodido. Pero incluso entonces, tenía las mejillas en tensión como si tratara de contener una sonrisa.

Y… vale, bien. Sí. De verdad, de verdad que me gustaba que tuviera sentido del humor. Cuando me senté y nos miramos, me estremecí cuando me sonrió, y me vi devolviéndole la sonrisa con naturalidad.

—¿Has terminado? —preguntó.

—Para siempre —decidí. No me iba a reír nunca más. Pero, la parte positiva—: Me voy a despertar con abdominales. Seguro que mejores que los tuyos.

Se le torció la sonrisa.

—Sanchez.

—Cloutier.

—Estoy jodido.

—No es para tanto.

—Tengo dos videoconferencias ineludibles mañana por la mañana.

—¿No se supone que estás de vacaciones?

—Son importantes.

Suspiré.

—Lo solucionaremos.

Hizo un gesto con la ceja derecha.

—¿Solucionaremos?

—No te emociones demasiado —dije, poniéndome en pie—. Solo te voy a ayudar porque me has prometido un orgasmo y me niego a acostarme contigo con esas pintas.

—Soy más que un trozo de carne, Sanchez. —Sus hoyuelos se esforzaban por no asomarse, benditos seres oscuros.

—Mmm…, vale.

Me senté junto a él en la cama, saqué el móvil y escribí en la barra de búsqueda: «Guía de Gargamel para convertir a los pitufos en oro», pero me quitó el móvil de las manos antes de que pudiera darle al «intro». Y así comenzó el combate de lucha libre.

—¡Eres tú el que ha dicho que eres más que un trozo de carne! —grité cuando me inmovilizó las muñecas contra el colchón—. Solo trato de ayudarte a alcanzar todo tu poten… ¡Ni se te ocurra besarme ahora, Adrien Cloutier! ¡Ni se te ocurra! ¡Me vas a dejar la

boca perdida de azzzulmmmfff!

Bajamos quince minutos más tarde. Adrien con la espalda recta, orgulloso, y una sonrisa engreída en la boca, mientras yo me frotaba los labios hinchados de besarnos con una toallita desmaquillante.

Alice puso los ojos en blanco cuando nos vio y luego se levantó del sofá para ir en busca del pulverizador de agua.

30

Una vez más, el aceite de coco había demostrado ser la cura mágica para todo.

Nos costó tres horas, seis paquetes enteros de discos de algodón y media jarra de aceite orgánico de coco que había encontrado en la despensa, pero casi habíamos terminado. Los brazos, las manos, el cuello y la mitad inferior de la cara de Adrien habían recuperado su color original y yo seguía trabajando despacio con la mitad superior de la cara mientras él tan solo miraba. Porque en mitad del proceso había decidido que disfrutaba demasiado de que lo mimaran como para seguir ayudándome.

Había otras cosas que también nos habían ralentizado. Número uno, había que frotar muy bien el aceite en la piel para que fuera eficaz. Dos, había un montón de pintura y por eso había que repasar cada pequeña sección varias veces, con un montón de discos de algodón limpios. Y tres, Adrien y yo no podíamos parar de hablar ni de reírnos por cualquier tontería.

Si nos hubiéramos callado y centrado, podríamos haber acabado todo en menos de dos horas y pasar a la única razón por la que yo seguía allí: el secuestro. Pero parecíamos incapaces de cerrar el pico. Aunque nos estuviera ralentizando y me doliera el culo de estar sentada en el suelo tanto tiempo.

Y estábamos tan absortos en invadir el espacio personal del otro, con las piernas enredadas y las risas entremezcladas que, sin querer, perdimos la noción del tiempo. Esas tres primeras horas se convirtieron en cuatro, y luego en cinco, y la mitad de su cara seguía teñida de azul.

Cada vez que le pedía que cerrara los puñeteros ojos para poder limpiárselos, los cerraba un par de segundos antes de abrir un poquito uno para mirarme. Y luego volvíamos a entrar en otro bucle de risas y vaciles.

Tampoco ayudaba que tuviera el dedo índice enganchado en una de las trabillas de mi cintura o que tuviera la otra mano apoyada en mi muslo. Y de verdad que no ayudaba nada que no dejara de acariciarme y de pasear su dulce mirada de mis ojos a mi boca como si no fuera capaz de decidir qué es lo que prefería mirarme.

—Adrien, si no cierras los ojos, nos vamos a pasar aquí toda la noche —le dije cuando (por fin) había acabado con la frente.

—Vale —dijo, dejándolos abiertos del todo. Esa sonrisita juguetona iba a acabar conmigo.

—No era una propuesta.

—Me lo voy a tomar como que sí.

Otros quince minutos discutiendo, pero al final me obedeció y conseguí limpiarle lo que quedaba de pintura. También me dio la oportunidad de observarle ese rostro tan irritantemente atractivo sin que se burlara de mí.

O eso creía.

—Te has vuelto a quedar mirándome, Sanchez —dijo mientras curvaba sus preciosos labios para dedicarme una exasperante sonrisa de superioridad. Seguía con los ojos cerrados.

Tiré el último trozo de algodón sucio a la papelera.

—Vale. Ya está. Vete a la ducha.

Teníamos que ocuparnos de lo del secuestro y a mí se me estaba acabando la paciencia.

Se rio por lo bajo, frotándose los ojos con las palmas de las manos mientras se levantaba.

—Sí, señora.

Reprimí una sonrisa y empecé a limpiar el desorden que habíamos causado. Cuando terminé, consulté si había algún vuelo a Toronto por la mañana.

En algún momento tenía que volver, a ser posible antes de la fiesta de aniversario. Porque no tenía ninguna gana de que se me utilizara como herramienta para poner celosa a la ex de Adrien. Y la verdad es que no quería estar allí cuando lo arreglaran, después de que, como no podía ser de otra forma, ella se diera cuenta del enorme error que era casarse con el otro imbécil.

Había un vuelo a las diez y media de la mañana, lo que me iba genial. Planeé con el pulgar sobre el botón de reserva mientras repasaba toda la información por última vez para asegurarme de que todo fuera correcto.

Lo era.

«Así que… deberías continuar y reservarlo de una vez».

Pero no tenía por qué reservarlo justo en ese momento. Tal vez era una buena idea esperar hasta la mañana siguiente, por si acaso.

«Por si acaso ¿qué?».

«No lo sé, solo… por si acaso».

El sonido de la ducha se apagó antes de que pudiera empezar un debate interno conmigo misma. Y me di cuenta de cómo se me aceleró el corazón de puro nervio, anticipando lo que iba a ocurrir, y que no iba a dejar correr (guiño, guiño).

Adrien volvió al dormitorio en chándal, sin camiseta, y de inmediato me dejé llevar por los más bajos instintos. Ya no tenía

sentido negarlo más. Quería lamer cada centímetro de esos abdominales antes de ponerme de rodillas ante él.

Pero solo después de que me atara las muñecas por la espalda y me ordenara hacerlo.

—Son las once y media —dije, por si hubiera perdido la noción del tiempo.

Lanzó la toalla que había estado utilizando para secarse el pelo a la otomana roja, cruzó los brazos y apoyó el hombro contra la pared.

—¿Y?

Torcí el morro mientras me dejaba caer en la cama.

—Estoy agotada. Así que, si puedes dejar de montar tanto jaleo, me gustaría relajarme e irme a dormmmfffmmm.

Casi se abalanzó sobre mí, atrapándome con los brazos mientras presionaba su sonriente boca contra la mía. Le devolví el beso con un entusiasmo feroz, separando los muslos para acomodar la presión de su cuerpo.

—Sabes a caramelo, Sanchez. —Trazó con los labios un camino de lava de mi boca a mi garganta antes de quejarse—: Pero no has seguido mis instrucciones. Se suponía que me ibas a estar esperando con la combinación verde.

Eso había sido a propósito.

—Bueno, nunca se me ha dado bien obedecer a la autoridad.

Chillé cuando me dio la vuelta para colocarme sobre la tripa y apreté el edredón con los puños mientras empezaba a ronronear de placer. «Sí, castígame». Me lo merecía.

Posó la palma de la mano en mi espalda, presionándola.

—¿Cuál es tu palabra de seguridad, preciosa?

—Canela —suspiré.

Con la otra mano me agarró el cachete del culo. Lo apretó una vez antes de darme un pequeño azote por encima de los vaqueros.

Contuve un gemido, hundiendo la cara en el edredón, al que me aferraba.

Esa noche no iba a decir ni pío. Había aprendido esa lección a las malas.

—¿Puedo fiarme de que la vayas a usar cuando te haga falta? —preguntó—. ¿Si me paso? ¿Si me dejo llevar demasiado?

—Sí.

Otro pequeño azote, que me provocó una sacudida de placer justo en el clítoris, desencadenando un cosquilleo. Hubiera levantado las caderas para facilitarle el acceso, pero me seguía presionando contra el colchón.

—Esta noche quiero ser un poco duro contigo, Ria. —Su voz había adquirido un matiz áspero y ardiente. Me volvió a apretar el culo, con más fuerza esta vez. Tuve que agarrar una almohada para hundir la cara y amortiguar cualquier ruido que se me escapara sin permiso—. Llevo todo el día con ganas de follarte y no estoy de humor para seguir practicando el autocontrol. No cuando se trata de ti y de esa boquita insolente tuya.

—Entonces no te controles.

Se percató del tono de súplica con que lo dije. Bien podría haberme arrodillado y rogado que usara mi cuerpo como él considerara. Ya no tenía filtro. Si solo iba a tener una noche más de aquello, iba a aprovecharla al máximo.

—¿Estás segura de eso? —me tentó con un tono peligroso en la voz. Pero antes de que pudiera responder, había enganchado los dedos por debajo de la cintura de mis vaqueros y de las bragas de algodón que llevaba debajo, provocando que me fallara la respiración. Tiró y los bajó hasta la parte superior de mis muslos, dejándome el culo al aire, a su merced.

Yo estaba temblando.

—Joder, Sanchez. Mírate. —Había una mezcla de sorpresa y alabanza en su voz mientras me subía el dobladillo de la camiseta hasta la cintura—. Un día te voy a follar justo así —prometió, bajando la palma de la mano hasta el culo—. Te doblaré, te bajaré los pantalones y te follaré. Y te encantará, ¿a que sí, preciosa?

Eso no debería haber sonado tan tentador como sonó. No debería habérmelo imaginado doblándome sobre el escritorio de su despacho, bajándome los pantalones y follándome a pelo. Y no debería haber logrado que me mojara tanto como lo hizo.

Azote.

El ardor del contacto piel con piel hizo que doblara las caderas. Ahogué un gemido de placer.

—Pero esta noche tengo otra cuenta pendiente —murmuró, frotando con delicadeza el cachete que acababa de azotar—. Así que esto es lo que va a pasar. Te vas a poner la combinación verde y regresar de inmediato a la cama. ¿Alguna pregunta?

—¿Y si no te obedezco?

Me clavó los dedos en la piel.

—Entonces no voy a follarme tu coñito y no te vas a correr.

—¿Estás seguro? —lo reté, con la excitación subiéndome por el pecho—. ¿Estás dispuesto a castigarnos a los dos por mi error?

Me volvió a dar la vuelta, como si fuera tan ligera como una tortita.

—He dicho que no me iba a follar tu coño, Sanchez. No tengo ningún problema en atarte las manos al poste de la cama y follarme tus tetas.

«La hostia».

—Vaya boca más sucia que tienes —lo regañé.

Me envolvió con la mano mi sexo desnudo y dibujó una sonrisita traviesa con esa pecaminosa boca mientras con el dedo corazón se

abría paso entre mis pliegues húmedos.

—Y, una vez más, no parece importarte, la verdad.

Entreabrí los labios para dejar escapar un suspiro de puro placer.

—La cabeza y el cuerpo no se ponen de acuerdo cuando se trata de ti —admití.

Enarcó una ceja mientras hacía circulitos con la parte carnosa del dedo en mi entrada.

—¿Qué te dice la cabeza?

—Que no debería querer hacer esto contigo.

—¿Y el cuerpo?

—El cuerpo ha perdido la cabeza.

—No es eso lo que te he preguntado.

Me humedecí los labios.

—El cuerpo me dice ahora mismo que me rebele. Se está preguntando qué sentiría si me ataras y te viera follarme las tetas. Y si te correrías en mi boca si te lo preguntara con la suficiente amabilidad.

Dejó de mover el dedo y su mirada, entornada, adquirió un nuevo nivel de intensidad.

Sonreí con satisfacción.

—¿Qué? ¿Te crees que eres el único con una mente depravada?

Sin avisar, deslizó el dedo corazón dentro de mí, doblándolo en el ángulo perfecto. Arqueé las caderas y dejé escapar un grito ahogado cuando presionó la palma contra mi clítoris hinchado.

—¿Tienes idea de lo perfecta que eres, joder? —Parecía que eso lo molestaba muchísimo.

—Sí —respondí con descaro.

Entonces movió los dedos y la palma de la mano, masturbándome de una forma que me volvió loca. Cerré los ojos y los labios con fuerza, aferrándome a su antebrazo.

—Mírame cuando te follo, Ria.

Solté un suspiro trémulo y abrí los ojos. El problema era que me estaba mirando con tal concentración e intensidad, y mi cuerpo sentía tal atracción hacia él, que no iba a durar mucho si lo miraba. Y no quería que supiera lo rápido que me podía llevar al filo del orgasmo. Ya tenía demasiado ego.

—¿No quieres que me vaya a cambiar? —le pregunté despacio, tratando de ocultar lo que me temblaba la voz.

Retiró la mano y montó un espectáculo bastante lascivo mientras se lamía mi excitación de los dedos. Luego me subió los pantalones con delicadeza, me bajó la camiseta y me besó en la comisura de la boca.

—Te doy un minuto.

Me atravesó otra oleada de excitación cuando salté de la cama con una risita y me fui corriendo al vestidor. Me quité la ropa a todo correr; luego, la interior, y me deslicé en la combinación de seda verde cuando aún me sobraban veinte segundos. Después estiré el brazo hacia la manilla de la puerta… y procedí a cerrarla con llave.

Qué bien me lo iba a pasar.

31

Adrien tenía una llave del vestidor. Tardó menos de un minuto en encontrarla.

Yo estaba en medio de un ataque de risa cuando se abrió la puerta de golpe y él entró a toda velocidad.

Echaba fuego por los ojos y lucía una sonrisa malvada. En un segundo ya me tenía en sus brazos, levantándome los pies de la alfombra. Me agarraba el pelo con el puño y me rodeaba con fuerza la cintura; estaba atrapada entre él y la pared cuando sus labios se encontraron con los míos.

Era perfecto.

—Niñata caprichosa —me gruñó en el labio antes de morderlo de forma salvaje.

Le rodeé el torso con las piernas y lo agarré del pelo mientras le devolvía el beso.

—Te gusta —le dije.

—Me encanta, joder.

Todo aquello no debería haber sido ni la mitad de divertido de lo que era. Nunca antes había metido tantos jueguecitos en el sexo, y fue entonces cuando me di cuenta de todo lo que me había estado perdiendo.

Aunque, para ser del todo sincera conmigo misma, no me podía

ni imaginar divertirme de esa manera con los otros chicos con los que me había acostado.

Adrien me tiró del pelo para echarme la cabeza hacia atrás, y entonces me puso los labios, los dientes y la lengua en el cuello. Me dejé llevar del todo. Ya no me contuve; la lógica y la razón brillaban por su ausencia, y me perdí del todo entre las caricias de Adrien, su aroma y la sobrecogedora cantidad de sensaciones que me recorría el cuerpo.

Gemí su nombre y me llevó al filo del orgasmo. El fuego se convirtió en un infierno que lo abarcaba todo. Me agarró con más fuerza, su cadera empujó con intensidad, presionando el mástil de acero contra mi clítoris hipersensible. Me estremecí, jadeando como si me hubiera obligado a contener el aliento durante la última hora.

Quería bajarle el chándal y que me embistiera allí mismo.

—Te quiero dentro de mí —le rogué despacio al oído. Y entonces, porque de verdad que se me había ido la olla, le dije—: Estoy tomando la píldora. Me he hecho pruebas hace poco. No he estado con nadie desde entonces. Si quieres…

Él temblaba y me clavaba los dedos en la piel con tanta fuerza que me dolía. Me mordisqueó la mandíbula, las mejillas, la oreja.

—Yo igual. Pruebas hechas. ¿Estás segura?

—Sí.

Encajó sus caderas en las mías y hundí el rostro en su hombro cuando se me escapó un gemido. Notaba sus latidos golpeándome en el pecho y era la hostia de excitante.

—¿Todavía me odias? —dijo con voz ronca.

—¿Qué? —¿A qué venía eso?

—¿Me odias?

Fruncí el ceño.

—¿De verdad crees que es el momento de hablar de esto?

—Ria. —Echó la cabeza hacia atrás para mirarme, soltándome el pelo para poder levantarme la barbilla y que lo mirara a los ojos—. ¿Me odias?

Debería haber cambiado de tema. Pero, en vez de eso, susurré:

—Sí.

Su rostro se iluminó con una preciosa sonrisa arrasadora cuando, cómo no, se me dilató la nariz. Quería besarle los hoyuelos, pero me pareció algo demasiado tierno para ser yo, así que resistí la tentación.

—¿Sientes algo por mí, Sanchez?

Yo estaba empezando a sonreír, aunque no dejaba de decirme a mí misma que no lo hiciera.

—Por supuesto que no, Cloutier.

—¿No te hago sentir mariposas?

—No. —Tomé aliento, incapaz de proyectar la voz por la sobrecogedora cantidad de no-mariposas que me revoloteaban en la tripa, el pecho, el alma.

Sonrió con más intensidad.

—Tenemos que hacer algo con todas esas mentiras.

—No, lo que tenemos que hacer es dejar de hablar. Es…

Me callé al soltar un grito ahogado cuando me levantó y me cargó al hombro con un solo movimiento fluido, como si fuera un enorme saco de plumas.

—¡Adrien! —Era una vergüenza la cantidad de risitas que soltaba últimamente cuando estaba con él.

Me rebotó la espalda en el colchón cuando me soltó allí, y antes de poder tirar de él para que se pusiera encima de mí me… ¿hizo rodar? Tres veces.

—¿A qué cojones viene esto? —pregunté, mirando la manta de micropolar en la que ahora estaba atrapada. Y entonces lo entendí.

¡El muy cabrón me había envuelto en la manta como un puto burrito!

—¡Adrien! —grité, del todo horrorizada por ese comportamiento inaceptable.

Su sonrisa era siniestra y malvada cuando estiró la mano para coger otras dos cosas que había en la cama: una corbata y un cinturón. Me rodeó los brazos con la corbata y los gemelos con el cinturón. Había amarrado el burrito.

—Te voy a estrangular en cuanto me sueltes —le dije después de que, de nuevo, me colgara de su hombro—. Y eso solo para empezar. Acuérdate de lo que te digo, Adrien Cloutier.

Me sacó del dormitorio.

—Te voy a poner jabón en cada cepillo de dientes que tengas y cilantro en cada cosa que comas. Será lo único que saborearás el resto de tu vida.

Me bajó por las escaleras.

—Te voy a pegar piezas de Lego en todos los zapatos. Nunca volverás a comerte una Oreo que no esté chupada. ¡Escúchame bien!

Cruzamos el pasillo y entramos en la cocina. Las luces estaban encendidas.

—Voy a bombardear todo tu mundo con purpurina, Adrien. Seguirás cagando esa basura cuando acabe contigo. Te voy a estar dando por saco toda la vida.

Pasamos junto a un par de pies.

—Ay, Dios, vaya par. —Julie se rio con tono cantarín, como si su hijo y yo solo fuéramos un par de críos revoltosos y enamorados.

—¡Se acabó lo de la boda! —solté hacia sus pies, que lucían una pedicura perfecta—. ¡No me voy a casar con el gamberro de tu hijo!

Ella se rio con más fuerza. Anthony también soltó una risita.

Y luego salimos fuera, al patio.

—Pero ¿qué…? —dijo la voz de Alice—. La leche, chicos. ¡Nos estáis traumatizando a todos! ¡En esencia sigo siendo una niña!

—¡No es nada sexual! —insistí.

—Claro que sí —replicó Adrien.

Alice lanzó algo blando y redondo a la espalda de Adrien justo cuando yo trataba de darle un rodillazo en el pecho. Ella le dio a su objetivo, pero yo fallé como una idiota, meneándome como un pez recién capturado. Adrien me agarró con más fuerza.

—No te caigas —me ordenó—. Casi hemos llegado.

—¿A dónde? —quise saber. Ahora caminaba sobre la hierba completamente a oscuras—. Adrien, no me va el sexo al aire libre. No me gustan los bichos, la tierra ni el aire puro. ¡Así que ni se te ocurra pensarlo!

Pero entonces llegamos a un sendero de piedra y a las escaleras de otro porche. Se oyó abrirse una puerta y entramos en otra casa, a juzgar por el suelo de madera. Cuando por fin me bajó del hombro, lo hizo en otra cama, en otro dormitorio con pinta de ser carísimo.

Lo fulminé con la mirada.

—Ya está —dijo con una sonrisita engreída—. Ahora nadie te oirá gritar.

—¡Esto es siniestro a más no poder, trastornado! —siseé enfadada—. ¡Desátame ahora mismo!

Soltó una risita, pero me obedeció. Me abalancé contra él en cuanto me liberó. Pero en lugar de estrangularlo como había planeado, le rodeé sin querer el cuello con las manos y estrellé mi boca contra la suya. Y en vez de matarlo, como había sido hasta ese momento mi propósito, me reí contra sus lascivos labios y traté de llevármelo hacia la cama conmigo.

Pero él, cómo no, tenía otros planes. Me colocó sobre su regazo antes incluso de que me planteara protestar, levantó la parte inferior de mi combinación y me dejó el culo a la vista. Y a mí… me encantó. Joder, cuánto me gustó.

Qué divertido era todo con él, inesperado y emocionante. Me encantaba cómo me tocaba, me encantaba que me dijera guarradas, los castigos, las alabanzas, los preliminares sin fin. Todo.

—No has seguido mis instrucciones —me regañó, colocándome su cálida mano en la nalga—. ¿Ha sido a propósito, preciosa? ¿Querías que te castigara?

Me mordí el labio al tiempo que el corazón me golpeaba en las costillas.

—Respóndeme, Ria. ¿Te gusta ser una niñata caprichosa?

—A veces —solté entre jadeos. «Solo cuando juego contigo».

No podía imaginarme haciendo aquello con nadie más. Tampoco es que quisiera, me di cuenta a regañadientes.

—¿Alguna vez te han dado azotes?

—Tú, arriba, hace unos diez minutos —le recordé.

Me apretó el cachete del culo.

—Antes de eso. ¿Le habían enseñado a este perfecto culito una lección como es debido?

—No. Yo, eh, hasta ahora solo había llegado a veinticinco sombras de Grey —admití.

—¿En serio?

—Sí. Ni siquiera era consciente de que… —No terminé la frase al darme cuenta de que lo más probable fuera que una Ria que no estuviera cachonda desearía que cerrara el pico.

—Dímelo. —Trató de convencerme, masajeándome con suavidad las nalgas—. Acaba la frase.

—Gran parte de esto es nuevo para mí.

Bajó la mano y la deslizó entre mis muslos.

—¿Alguna vez te habían atado?

—No.

—¿Te ha gustado?

Mucho. Mucho. Muchísimo.

—Ha estado bien, supongo.

Su risita me cubrió la piel como si fuera miel hirviendo. Y entonces, sin previo aviso, ¡zas!

Se me arqueó el cuerpo y se me abrió la boca de golpe mientras apretaba con los puños la sábana.

—¿Te ha gustado? —preguntó de nuevo.

—Me ha encantado —respondí con el estómago temblando. El impacto había ido directo a mi clítoris otra vez.

—Buena chica.

«Madre mía».

Me acariciaba con la mano justo en el punto en el que me había dado el azote, frotando en círculo con delicadeza por encima del cosquilleo que aún sentía.

—¿Qué más te gusta?

—Esto —dije exhalando.

—¿Y?

—Los juegos. Todas las frases guarras.

—¿Te gusta escuchar todas las cosas depravadas que quiero hacerte?

—Mmm.

Deslizó la mano arriba y abajo por la curva de mi culo, jugueteando con los dedos por la hendidura. Me estremecí en su regazo.

—Adrien, por favor.

—Por favor, ¿qué?

No lo sabía.

—Solo… más.

¡Zas! ¡Zas!

¡La rehos…! ¿Cómo era posible que me gustara tanto? La combinación de dolor, placer y pura vulnerabilidad era algo de otro planeta. No me podía creer que me hubiera pasado toda la vida adulta sin experimentar el sexo de esa manera.

—¿Quieres saber un secretito? —Su voz sonaba ronca, grave y rebosante de lujuria. Jadeaba casi tanto como yo—. Nunca antes le había azotado a nadie.

«Un momento…, ¿qué?».

Lo oí tragar saliva mientras me volvía a acariciar la piel dolorida.

—Nunca antes he sentido la tentación de hacerlo. Pero entonces apareciste en mi vida como un puto huracán, causaste auténticos estragos y no he sido capaz de pensar con lucidez desde entonces. ¿Tienes bastante? ¿O todavía quieres más?

Apreté la frente contra los puños, me costaba respirar.

—Más.

¡Zas!

Gemí, cerrando los ojos con fuerza. El ardor era cada vez más intenso, me electrizaba los sentidos. Podía notar cómo le temblaba el cuerpo, lo mucho que lo ponía todo aquello.

—Ya no puedo razonar con cordura —dijo—. Cada pensamiento que me pasa por la cabeza parece volver a ti como un bumerán. Y, joder, no puedo hacer que pare, Ria. Y lo peor es que no quiero que pare. ¿Tienes bastante?

Ni de lejos.

—Más.

¡Zas!

Esta vez el gemido murió en mi garganta, se me tensó el

abdomen.

—Me vuelves totalmente loco. Todo lo que haces me hace perder el control. Tu personalidad, tu sentido del humor, tu impertinencia. Y eres tan preciosa, nena. Me atraes tantísimo… No sé cómo gestionarlo. ¿Ya has tenido suficiente?

«Nena».

—Más —supliqué con la voz temblorosa.

¡Zas!

Entonces grité, con lágrimas en los ojos.

—Te deseo. Y cuanto más lo niego, peor. Quiero consentirte tanto que ni te lo imaginas, Ria. Me he obsesionado con esa idea. Quiero comprarte cosas bonitas, mimarte, jugar contigo. Quiero que tengamos citas, quiero decirle a la gente que eres mía de verdad. ¿Y sabes qué es lo más jodido? He empezado a fantasear con hacerte arrumacos. Tal cual, con abrazarte toda la noche. Sin peleas, sin vaciles. ¿Tienes bastante con eso, Sanchez? ¿O todavía necesitas más de mí?

No podía respirar.

—Más.

¡Zas!

Me temblaban los muslos, notaba como me contraía por dentro. Tenía la piel hipersensible y el deseo era casi insoportable.

—Esto es increíble. Eres tan preciosa, joder. Estoy tentado a obligarte a ponerte de rodillas y que me chupes la polla como una chica buena mientras te digo lo preciosa que eres —murmuró. Volvió a pasarme los dedos por la hendidura, esta vez abriéndose paso para estimular el centro de mi sexo, tan húmedo que me daba vergüenza—. Me estás poniendo perdido, nena. Empapándome toda la pierna.

Para entonces ya me había quedado sin palabras. Lo único que

podía hacer era abrir los muslos un par de centímetros, para que pudiera acceder con más facilidad. No sabía si quería que me volviera a dar un azote o que tan solo me metiera los dedos y acabara con mi sufrimiento.

Pero lo que sí sabía es que nunca en mi vida había estado así de excitada. Además, de verdad, de verdad que quería arrodillarme y chupársela como una chica buena mientras me decía lo preciosa que era. Lo deseaba con todo mi ser.

Me estremecí con un gemido cuando me deslizó el dedo por el clítoris. Presionó una vez, dos veces… y entonces lo pellizcó. Ahogué un grito y se me contrajo todo el cuerpo. Sujetó el hinchado e hipersensible clítoris y empezó a masajearlo con el pulgar y el índice con suficiente presión como para hacerme gemir su nombre.

Tiré del edredón y empecé a ver estrellitas.

—Me muero por follarte. —Su voz empezaba a adquirir un tono desesperado, de sufrimiento, como si apenas fuera capaz de controlarse—. Pero antes tenemos cuentas que saldar. Tengo que castigar este coñito por todas las mentiras que has dicho.

En realidad yo no estaba escuchando. ¿Cómo iba a ser capaz de hacerlo? La tensión no dejaba de crecer y crecer, provocando que se me retorcieran y menearan las caderas. A todos los efectos, me estaba tirando a su muslo y no podía importarme menos. Estaba tan cerca, solo un poco más y… me soltó.

«Mierda».

Me derrumbé con un suspiro de frustración y volví la cara para que no pudiera verme la sonrisa.

—¿Cuántas veces crees que me has mentido desde que nos conocimos?

Me agarró la parte interior del muslo izquierdo y separó la pierna un poco más, dejándome más abierta y expuesta.

Me mordí la mejilla y permanecí en silencio, y me permitió salirme con la mía durante cinco segundos exactos. Y luego me dio un azote en el coño.

No fue fuerte ni brusco. Solo un ligero golpecito. Pero me atravesó el cuerpo como una flecha en llamas y me volvió a llevar al borde del orgasmo.

—La leche —dije tratando de respirar.

—Respóndeme, Ria. ¿Cuántas veces?

—No lo sé. ¿Diez?

—Ni te has acercado. —Volvió a masajearme el clítoris, haciendo que mis caderas se menearan y retorcieran. Y justo cuando estaba a punto, se detuvo.

Me di con la frente en los puños de pura frustración.

—Qué ganas tengo de hacerte esto con juguetitos —murmuró, deslizando un dedo en mi interior—. Me pregunto cuántas veces puedo obligarte a que te corras antes de que llores y supliques clemencia.

—Sádico. —Solté una risa débil.

Él se rio entre dientes y, antes de que yo pudiera hacer otro comentario ingenioso, me metió otro dedo.

—Joder, Adrien —gemí—. Esto es increíble.

—Lo sé, nena. Estoy aquí contigo.

—No me puedo creer… Ah. —Levanté las caderas de su regazo y mi muslo izquierdo empezó a temblar descontrolado cuando sus dedos tocaron en el punto correcto. Pero entonces se paró y mi cuerpo suplicó.

Dejó escapar un suspiro entrecortado.

—Estoy perdiendo la puta cabeza. Nunca…, joder, es que mírate. —Me apretó la nalga, le dio un azote a modo de castigo y volvió a follarme con los dedos—. Necesitas que te dé una lección por hacer

que me sienta así.

Dejé escapar un gemido gutural, enroscando los dedos de los pies cuando el placer se volvió insoportable. Necesitaba correrme.

—Te voy a comprar un montón de lencería cuando volvamos —prometió—. Eres demasiado guapa como para no consentirte, nena. Demasiado preciosa como para no castigarte.

Era una sarta de tonterías, pero eso no impidió que la parte reptiliana de mi cerebro siseara de placer.

—También vamos a tener que hacer algo con este desastre que estás formando —me regañó, retirando la mano.

Me levantó de su regazo, me puso bocabajo en el colchón y luego deslizó una almohada por debajo de mi tripa, levantándome las caderas para acceder con mayor facilidad. Me sentía como una muñeca de trapo, sucumbiendo a todos sus caprichos. Y me encantaba.

—Te voy a limpiar a lametazos ese precioso coño sonrosado, pero no voy a dejar que te corras. Todavía no.

—Adrien —gemí.

—No deberías haberme mentido tanto.

—Te estás pasando con esta respuesta desproporcionada. —Suspiré, empezando a contraer todo mi interior en cuanto se colocó tras de mí, abriéndome los labios con los pulgares—. Hay una cosa que se llama «demasiados preliminares», ¿sabes?

—No te lo crees ni tú. —El calor de su aliento me hizo cosquillas y apreté con fuerza—. Voy a disfrutar muchísimo de esto.

Me lamió. Fue un lametazo firme, a fondo, deslizando la parte carnosa de la lengua desde el clítoris hasta mi entrada. Y una vez que empezó, ya no paró. Me lamió, besó, chupó y alabó, pero no me daba suficiente como para que me corriera. En un momento dado me mordisqueó todo el lateral del labio y llevé las manos hacia atrás

para agarrarlo del pelo y suplicarle que por favor, por favor, por favor, siguiera. No lo hizo.

Dejé de contar cuántas veces me llevó al filo del abismo cuando llegué hasta ocho, sobre todo porque ya no tenía la capacidad mental de seguir contando. Al final, estaba tan dolorida y sensible que lo conseguía con solo un par de lametazos o con chuparme tan solo un poquito el clítoris.

—Necesito… Cuántas… —traté de decir.

Me recorría el pliegue entre la parte interior del muslo y mi sexo con la punta de la lengua, besándome con suavidad la piel. Me iba a morir.

—Bueno, hemos saldado la cuenta de las mentiras hace bastante, pero soy un hombre codicioso —murmuró—. Es culpa tuya por saber tan bien. Me podría pasar la noche con la cara entre tus piernas, preciosa, escuchándote gemir y sollozar de esa manera.

No. En serio. Me iba a morir.

—Te odio —solté entre jadeos.

—Veo que todavía no hemos aprendido la lección.

—Adrien. —Iba a llorar. La mezcla de puro dolor y placer empezaba a ser agonizante. O increíble. Ya no lo sabía.

—¿Qué, preciosa? ¿Qué necesitas?

—A ti. Necesito… Por favor. —Si aún me quedaran fuerzas, habría intentado agarrarlo de nuevo. Pero mis brazos eran un peso muerto.

El colchón se fue hundiendo cuando él se movió. Luego oí algún ruido y de pronto tuve a Adrien completamente desnudo inclinándose sobre mí, con la polla dura presionándome la nalga que había azotado.

Me retiró el pelo de la cara y el cuello, y después dibujó un sendero de suaves besos desde mi hombro hasta mi oreja.

—Habla. Quiero que me digas lo que necesitas con precisión.

—Te necesito dentro de mí.

—Suplica, señorita Sanchez —me susurró al oído, mordisqueándome con delicadeza el lóbulo. Se alineó con mi entrada y se tomó un instante para respirar antes de ordenarme—: Pídeme que te folle de buenas maneras.

Utilizó el mismo tono sombrío que aquel día en su despacho, cuando me pidió que le suplicara por poder tener la oportunidad de recuperar el trabajo de Alba. Pero esta vez me hizo estremecerme de una forma del todo diferente.

—Por favor, fóllame de buenas maneras. —Apenas pude pronunciar las palabras de lo que sollozaba.

Resopló una risita.

—No va a haber nada de buenas maneras en cómo pretendo follarte, preciosa, pero me vale.

Entonces empujó la punta de la polla dentro de mí y ambos gemimos de pura agonía. O éxtasis. De verdad, de verdad que ya no lo sabía. No podía pensar ni respirar mientras se adentraba cada vez más y con mayor intensidad en mí, hasta que metió la polla hasta el final.

—Joder. Sienta… —Se detuvo para tomar aliento y luego me rodeó la garganta con la mano y me levantó la cabeza.

Giré la cara un poco, lo justo para que me mordiera el labio mientras empezaba a mecer sus caderas.

—Adrien. —El gemido apenas se oyó, pero fue suficiente. El poco control que le quedaba se evaporó y me embistió.

No aguanté más. Entre haberme pasado una hora al filo del orgasmo y la fricción añadida de tenerlo dentro de mí sin barreras, ya era suya. Solo le hizo falta un par de embestidas con fuerza para que llegara el orgasmo. Y cuando llegó, lo hizo con todas sus

fuerzas.

Ahogué un grito, contrayéndome contra sus fuertes embestidas mientras un temblor incontrolable me recorría la pierna. Me quedé sin respiración, empecé a ver estrellitas blancas y sentí un hormigueo desde la punta de los dedos de los pies hasta las orejas.

Fue algo increíble. Como si todos los orgasmos que me había negado se unieran en uno.

Adrien me gruñó una serie de elogios guarros al oído, moviendo las caderas de forma más errática cada vez. Llevó la mano de mi garganta hasta el clítoris y entonces se me aparecieron diez versiones diferentes de La Luz.

—Joder, nena. Qué bien lo haces. Sigue corriéndote para mí. Así, así.

Habría suplicado clemencia, pero estaba demasiado ida como para hablar. No paró, siguió frotando mi hipersensible botón de terminaciones nerviosas para prolongar el orgasmo y que siguiera contrayéndome y retorciéndome mientras lo envolvía. La segunda ola de éxtasis llegó tan rápido y con tanta fuerza que noté cómo se apoderaba de músculos que ni siquiera sabía que tenía.

«Joder. Joderjoderjoderjoder».

Adrien se corrió con un gemido gutural, con la polla latiendo mientras se hundía en lo más hondo de mi ser con una embestida final. Temblamos y nos estremecimos a la vez durante lo que pareció ser una dichosa eternidad, con la respiración entrecortada, desesperada e intensa. A juzgar por lo que notaba y oía, su orgasmo había sido tan intenso como el mío.

Al final, se desplomó a mi lado, con el pecho agitado brillando a la luz de la luna. Ladeó la cabeza sin fuerzas, clavando su mirada embriagada y pesada en la mía. Nos miramos con… ¿asombro? ¿Confundidos? ¿Alucinados?

Yo tenía una mejilla contra la cama, una delgada cortina de pelo cubriéndome el rostro y cero fuerzas para moverme. Había una posibilidad de que nunca jamás me pudiera volver a mover. De que me quedara así, en ese nuevo estado líquido, del todo saciada para el resto de mi vida.

Adrien hizo una mueca con los labios cuando vio en qué estado estaba. Estiró el brazo y me retiró el pelo de los ojos, luego me acarició con los nudillos en el pómulo y me dijo:

—¿Estás bien?

—Puede que me haya muerto —susurré, aún jadeando.

Aparecieron esos hoyuelos suyos y se le movió la nuez al soltar una risita. Luego se giró para ponerse de costado, me cogió con la mano la parte de atrás del cuello y se inclinó para besarme. Fue un beso profundo, tierno y dulce, que me aceleró el corazón de manera alarmante. Casi lo atraigo de nuevo hacia mí cuando se apartó.

—Quédate aquí —me dijo bajito, plantándome un último beso en la punta de la nariz antes de levantarse de la cama. Como si tuviera otra opción.

Oí algo de ruido en el baño del dormitorio, cajones y armarios que se abrían, el agua del grifo corriendo, y cuando Adrien volvió a aparecer, cargaba con un montón de cosas en los brazos. Se volvió a subir a la cama y se colocó otra vez detrás de mí.

—¿Te duele esto? —Con la punta de los dedos me acarició con delicadeza y suavidad el cachete que me había azotado.

Tragué saliva y un hormigueo me recorrió la base de la espalda cuando noté su caricia. ¿Qué narices me había hecho ese hombre?

—En realidad no —murmuré—. ¿Por qué? ¿Me has dejado marca?

—Más o menos. Está un poco rojo. —Su voz volvía a ser ronca, casi quebrada. Bajó los dedos, deslizándolos de nuevo hacia mi

centro—. Y sale mi semen de tu coño. Es la cosa más excitante que he visto nunca, Sanchez.

Sentí un escalofrío y dejé escapar un suspiro cuando empecé a estremecerme de nuevo. Pero antes de que pudiera hacer alguna estupidez, como arquear el culo hacia él como una gata en celo, empezó a acariciarme el interior de los muslos con una toalla húmeda y tibia.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté, tratando de volver la cabeza para mirarlo.

—Tú solo relájate.

Fruncí el ceño con escepticismo, pero volví a relajar la cabeza mientras él me limpiaba con cuidado la piel. Se tomó su tiempo, tratando mi cuerpo con la delicadeza que tendrías al coger un gatito recién nacido. Cuando terminó, tomó una jarrita de algo que olía como a lavanda y empezó a extenderlo por la nalga que me había azotado.

—¿Qué es eso? —susurré, con los ojos entrecerrados. Era tan agradable y relajante…

—Crema calmante para la piel.

—No tienes que…

—Quiero hacerlo —me interrumpió en voz baja.

Suspiré de placer, cerrando los ojos. Tras un par de minutos en silencio, sonreí en la oscuridad y murmuré:

—Eh, ¿te acuerdas de cuando me dijiste que no me tocarías ni con un traje de protección contra materiales peligrosos?

Y eso nos llevó de nuevo al bucle de risas incontrolables.

32

Me desperté en el paraíso. Dolorida y saciada, con un Adrien desnudo contra mi espalda, besándome con suavidad en el hombro y el cuello.

Un murmullo salió de mi garganta cuando sus dientes entraron en juego, provocando que arrimara la espalda contra él, que ya estaba duro y preparado, y en cuanto lo noté, me deshice en un mar de lujuria. Otra vez.

Me había rendido del todo. Habíamos echado otros dos polvos la noche anterior y todavía tenía ganas de más. Cuando terminó de limpiarme, me senté en su regazo, lo besé y le agradecí la ternura y que hubiera cuidado de mí. Un cumplido llevó a otro y, sin darme cuenta, tenía las manos atadas a la espalda mientras Adrien me deslizaba sobre su polla, murmurando palabras subidas de tono y con un carácter posesivo y salvaje mientras lo montaba. Me había dicho cosas solo destinadas a mi cerebro primitivo y que solo permitiría en la cama. El tipo de cosas que repetiría una y otra vez en mi cabeza cada vez que cogiera el vibrador morado del cajón de la mesita de noche de mi casa.

Así se lo dije después, lo que dio lugar a la tercera ronda.

—Enséñamelo, nena. Enséñame cómo te tocarás pensando en mí —me pidió.

Cuatro minutos más tarde, me había inmovilizado los dedos pringosos contra el colchón, colocado mi corva sobre su hombro y refunfuñaba con ira por «perder la cabeza» por mi culpa mientras me embestía con fuerza «mi perfecto coñito», castigándolo por ser tan «precioso y tentador». A esas declaraciones las siguieron más palabras guarras, posesivas y salvajes.

Tres veces en una sola noche debería haber sido más que suficiente. No debería haber deseado más tan pronto.

—Buenos días —murmuró, estrechándome entre sus brazos con fuerza—. ¿Qué tal has dormido?

—Solo han sido cuatro horas —me quejé, hundiendo la cara en la mullida almohada blanca.

Ya estaba levantándome el dobladillo de la combinación.

—¿Quieres que pare?

—Mmm —respondí, frotando mi culo contra su mástil de metal.

Chistó y me clavó los dedos en las caderas.

—Dilo con palabras, Ria.

—No pares —suspiré, sintiendo ya el dolor y la humedad creciendo entre mis muslos—. Pero ve despacio, por favor. Me duele todo.

Primero utilizó los dedos, y consiguió que me arqueara, jadeara y me estremeciera contra él antes de entrar despacio en mí desde atrás, susurrándome una serie de elogios desesperados al oído mientras me follaba.

Me aferré a ellos, memorizando cada palabra.

Conseguimos salir de la cama media hora después y nos metimos en la ducha. Me lavó cada centímetro de la piel, me enjabonó el pelo, me puso suavizante con delicadeza y siguió mimándome con besos tiernos y dulces, a pesar de mis débiles protestas.

Y eso ni siquiera fue la mejor parte. Lo mejor fue lo mucho que nos reímos, lo divertido que era todo cuando no nos peleábamos.

No venía mal que mi rabia se hubiera diluido y que ya no lo viera como el egoísta nato y capullo irredimible que solía pensar que era.

Después de llamar a Jamie y ponerla al día con todas las cosas no sexuales (porque iba a ser mucho más divertido verla alucinar en persona compartiendo una botella de vino), me pasé la mañana con la familia de Adrien mientras él atendía llamadas de trabajo.

Repasamos un montón de álbumes de fotos, riéndonos de las batallitas de un pendenciero y joven Adrien que causaba estragos allá donde fuera. ¡Qué mono! Aquello me proporcionó munición sin fin para vacilarlo, así que decidí quedarme un solo día más para poder utilizarlo.

Salvo que el día adicional se convirtió en dos. Y luego en tres. Y a la cuarta mañana, ya no recordaba cuándo había sido la última vez que nos habíamos peleado o habíamos discutido. Vacilado, sí. Eso lo hacíamos sin cesar. Pero ya no había veneno ni amarga animadversión detrás de nuestras pullas. Era solo…, no lo sé. Cuando no estábamos peleándonos, simplemente… encajábamos.

No hubo nunca un momento aburrido o incómodo. Ni cuando sus padres nos llevaron a cenar, ni cuando me pasé todo un día haciendo senderismo, piragüismo y disfrutando de siete horas del sol radiante que bañaba la isla antes de que las nubes volvieran a hacer acto de presencia, ni cuando nos recluimos en la casa de invitados al día siguiente para «descansar».

Y luego estaba eso. El sexo. Éramos insaciables, y cuanto más lo hacíamos, más parecían desear nuestros cuerpos.

Una tarde, mientras él estaba inmerso en otra reunión por teléfono, me puse un picardías de color crema y gateé por debajo de su escritorio, le acaricié y besé por encima de los pantalones el bulto

que se iba endureciendo hasta que se rindió, colgó sin dejarle al interlocutor acabar su presentación y me agarró antes de que pudiera escaparme.

Menos de un minuto después ya estaba otra vez de rodillas delante de él, y Adrien me sujetaba con fuerza las manos a la espalda mientras se bajaba la cremallera del pantalón con un movimiento rápido y me ordenaba que «se la chupara como es debido. Como una buena chica».

Como «su» buena chica.

Su chica preciosa.

Era algo nuevo. En lugar de entrar en pánico o rebelarme por reclamarme como suya, lo disfruté, deseándolo más cada vez que lo decía. Y siguió diciéndolo hasta que me agarró del pelo y se corrió en mi boca. Y luego me llevó al escritorio, me agarró de la coleta con una mano y me folló con la otra, pidiéndome que repitiera sus palabras.

—Dilo —no dejaba de insistir mientras yo gemía, con las muñecas luchando contra el cinturón de cuero con el que las había atado. ¿Qué tenía lo de estar atada que hacía que todo fuera mucho más excitante?—. Di que eres mía, Ria.

Me resistí hasta que el deseo fue insoportable, hasta que los ojos de Adrien adquirieron ese tono salvaje, repasándome la cara ruborizada como si fuera lo más impresionante que hubieran visto en su vida. Y justo cuando estaba a punto de estallar, mis labios se movieron en contra de mi voluntad:

—Soy tuya.

Su boca recibió cada gemido y suspiro que acompañó mi orgasmo y entonces me liberó, y pude abrazarlo con las manos mientras me besaba con más suavidad, delicadeza…, ternura. Me llevó a la cama y ya está. No volvimos a salir de allí hasta bien

pasada la hora de cenar.

Y aunque seguía pensando que no era una gran idea, había empezado a… al menos considerarla. Convertir ese rollete en algo sin una fecha de caducidad inminente. Volver a llevar a cabo otro experimento, por así decirlo.

Adrien lo había vuelto a mencionar la noche anterior y me preguntó si consideraba esa posibilidad.

—No pasa nada si necesitas tiempo para pensártelo —dijo cuando no le contesté de inmediato.

Así que eso hacía: pensármelo. Y aparte del lío con su familia y lo del compromiso falso, había otro punto delicado del que no podía olvidarme: Alba.

—Dime una cosa —le dije, cogiendo una fresa del cuenco de fruta que nos había llevado Julie esa mañana mientras yo todavía dormía. También había dejado tortitas y nata montada recién hecha. La adoraba. En serio. Solo esperaba que mi futura suegra fuera la mitad de amable y cariñosa que ella.

Adrien y yo estábamos en la cocina de la casa de invitados, justo debajo del apaño temporal que habían colocado en el tejado para que nos pudiéramos quedar allí. Yo estaba sentada en la encimera de granito y Adrien, de pie entre mis rodillas, con las palmas sobre mis muslos desnudos.

Le quité el rabito a la fresa, la mojé en la nata y se la llevé a la boca. Me dedicó un hoyuelo travieso antes de aceptar el regalo, asegurándose de lamer y chupar todo el jugo y la nata de mis dedos.

Aaah. Ya estaba a mil otra vez.

«Céntrate», me regañé a mí misma.

—¿Cómo es posible que no supieras que Alba tenía una hija cuando llevaba trabajando para ti cuatro años? Es que no le

encuentro el sentido.

Enarcó las cejas, antes de fruncir un poco el ceño. Se pasó una mano por el pelo húmedo.

—Para serte sincero, es todo culpa mía. Tuve una experiencia de mierda con el asistente anterior y todavía estaba… recuperándome cuando la contraté. Pensé que sería mejor mantener una relación estrictamente profesional, así que le dejé claro que cuanto menos supiéramos de la vida personal del otro, mejor. Pero ahora, echando la vista atrás…, está claro que lo llevé demasiado lejos.

Torció el gesto al decir esa última parte, a todas luces arrepentido.

—Sé que lo he dicho antes, pero lo siento, Ria. Nunca me dijo que era demasiada carga de trabajo. Nunca se quejó de nada ni me insinuó que no estuviera feliz. Tan solo… nunca decía que no y yo nunca me lo cuestioné. Un jefe mejor debería haberlo hecho, pero yo… Hablaré con ella cuando vuelva. Lo prometo.

—¿Qué te pasó con el asistente anterior? —pregunté.

Había llevado la mano a su cadera y le acariciaba el chándal con el pulgar. Lo había hecho por instinto, en cuanto noté el tono de arrepentimiento en su voz.

Carraspeó y apartó la mirada por un segundo.

—Para resumir, descubrí que estaba filtrando mis datos en internet. Horarios de vuelos, dirección de casa, número de teléfono, destinos de vacaciones, ubicación de reuniones, todo. —Se humedeció los labios y afiló la mirada—. ¿Sabes esa web para la gente que me odia? La información acabó llegando allí y a otro montón de páginas de fans. Pero el sitio en el que se publicó al principio era un foro con apenas moderación para… A ver, están los fans y luego están esas personas que se obsesionan y tienen delirios.

Una sensación de inquietud me encogió el estómago.

—¿A qué te refieres? —pregunté con cautela.

«Por favor, dime que esto no conduce a donde creo que conduce».

Se movió nervioso en el sitio.

—Bueno, para empezar, tenía un mechón de pelo mío pegado a un chupachups verde que guardaba en el primer cajón del escritorio de su despacho. Estaba húmedo cuando lo encontré.

Me quedé boquiabierta.

—¿Qué?

—La punta del iceberg.

Se me revolvió el estómago.

—Pero ¿qué me estás diciendo?

—Me había sacado cientos de fotos sin mi consentimiento y sin yo saberlo, y guardaba copias en el salpicadero de su coche de empresa. Encontramos pañuelos de bolsillo que me había robado, dibujos de mí, cartas escritas a mano que eran terriblemente incómodas de leer, y había…, estaba claro que había cogido el hábito de rebuscar en mi basura. En mi apartamento. Del que nunca le había dado las llaves. Piensa en condones usados, hilo dental, pañuelos.

Me había quedado muda, asqueada y sin palabras.

—Nunca había sospechado nada —siguió diciendo Adrien—. Parecía un tío normal y hacía bien su trabajo. Confiaba en él. Pero entonces mi móvil empezó a sonar sin parar y esa misma gente se presentaba en todos los sitios a los que iba yo: aeropuertos, restaurantes, el edificio donde vivo, la ruta por donde corro. Que se filtre un número de teléfono es una cosa, pero no entendía cómo conocían mi agenda. Al final, resultó que Keaton llevaba más de un año compartiendo mi información con un pequeño grupito de ese

foro. Pero se limitó a su chat privado hasta que uno de ellos decidió filtrarlo. Ocurrió después de que tuvieran una discusión.

Yo seguía con la boca abierta.

—Es… una locura. Lo siento muchísimo.

—Yo continuaba lidiando con las consecuencias de todo eso, tanto logísticas como emocionales, cuando contraté a Alba. Y como tratábamos de evitar que la historia llegara a los medios, solo se informó de ello a quien hizo falta. Así que tu hermana no sabía lo que había pasado. Solo le hice firmar un montón de contratos de confidencialidad y me aseguré de que entendía cuánto valoraba mi privacidad. Tenía un acceso limitado a mi agenda y a mi información personal, y no me podía hacer preguntas sobre mi vida personal. A cambio, yo tampoco le preguntaría sobre la suya.

Poco a poco, su comportamiento empezaba a cobrar sentido. No es de extrañar que no me quisiera dar su número de móvil. Cogí otra fresa y la mordí, pensando.

—No me puedo imaginar lo que es trabajar con alguien cuatro años y nunca romper ese pacto. Pero, a ver, lo entiendo. Es una experiencia muy traumática.

—Lo rompí una vez —me dijo, clavándome los ojos en los labios mientras me metía el resto de la fresa en la boca—. Alba fue la que pilló a Mandy engañándome.

Empecé a morder más despacio y me quedé con los dedos inmóviles en torno a la uva que había cogido. ¿Lo había engañado?

Me miró a los ojos, estudiándome.

—Alba nunca te lo contó, ¿verdad?

Negué con la cabeza. A mi hermana se le daba de maravilla guardar secretos, así que no me sorprendía.

—Me dijo que le debías un favor, ¿era eso? —le pregunté.

Lo había avisado de la aventura de Mandy y luego no se lo había

contado a nadie, así que ¿él le debía una?

Asintió.

—Y el tío con el que se va a casar Mandy… es el mismo con el que te engañó, ¿verdad?

Apretó los dientes.

—Mi primo. Empezó poco después de toda la historia de Keaton, así es justo como se conocieron. Ella estaba en nuestro equipo de relaciones públicas y él era el abogado que se ocupaba de la orden de alejamiento confidencial. Se estuvieron liando delante de mis narices durante un poco más de tres años y, una vez más, yo no tenía ni idea. Le pedí que se casara conmigo, creyendo… —Se calló mientras se le sonrojaban las sienes y la punta de las orejas.

«Pero ¿en serio?».

Llevé la cabeza hacia delante y me quedé boquiabierta de nuevo.

—Te engañó con tu primo ¿y los dos van a venir a la fiesta de aniversario de tus padres? ¿Los han invitado a la fiesta de aniversario de tus padres?

—Fue hace mucho tiempo —respondió con voz ronca y tensando la mandíbula—. Y ambos se han disculpado.

—¿Y? —Había algunas personas de mierda que no se merecían ningún tipo de perdón. Y estas ocupaban un puesto bien alto en esa lista—. Por favor, dime que tienes un elaborado plan de venganza. Si me has traído aquí porque creías que eso la molestaría, me apunto de forma oficial. Hagámoslo. Dame el anillo y…

—Lo anunciaron en Halloween.

Se me revolvió el estómago y un chute de adrenalina me recorrió las venas.

—Su compromiso —me aclaró antes de que pudiera preguntar—. Alice me escribió un mensaje quince minutos antes de que fuera a recibir a los inversores en el vestíbulo del hotel.

—¿Este Halloween? —Se me quebró la voz—. Justo antes de que yo… —¿Justo antes de que yo lo atacara, le costara una inversión de una millonada de dólares y me escapara?—. Joder, Adrien. Lo siento muchísimo…

—¿Por qué lo hiciste?

Casi no quería decirlo, porque eso ya no excusaba mis acciones como había permitido que lo hiciera al principio. De pronto, limpiar de purpurina la tierra de las plantas no me parecía suficiente castigo para cómo había actuado.

—Ya te lo dije: ese tío del traje azul me tocó el culo y yo creí que era…

Meneó la cabeza, acercándose más.

—No. ¿Por qué le rompiste la ventanilla del coche?

Vacilé.

—¿Qué?

Me buscaba con la mirada como si tratara de echar un vistazo en mi alma.

—Tus antecedentes por vandalismo son por daños a un coche deportivo. ¿Qué ocurrió?

Ese súbito cambio de tema venía tan poco a cuento que tuve que tomarme unos cuantos segundos para poder reordenar mis pensamientos.

—¿A qué viene eso?

—Llevo dándole vueltas a la cabeza desde que lo vi. Como un picor que no pudiera rascarme —dijo—. Tenías un rumbo vital clarísimo y luego, en el último segundo, lo tiraste por la borda. No lo entiendo.

—¿Por qué esa puta fijación con este tema? —le pregunté, frunciendo el ceño—. Por última vez, hice una estupidez, me pillaron y pagué las consecuencias. Fin de la historia.

—No, Sanchez. Te pasaste toda tu vida académica trabajando por la excelencia y luego agarraste un ladrillo y lo rompiste todo en mil pedazos justo tres semanas antes de tu graduación. Estaría dispuesto a apostarme el brazo derecho a que hasta ese momento no habías ni mangado un chicle, así que ¿qué pasó?

—No me conocías entonces. ¿Cómo estás tan… seguro…?

…

«Madre mía».

—¿Cómo se llama? —pregunté. Se me empezó a acelerar el corazón, bombeando cada gota de sangre de mi cuerpo hacia mi cabeza—. El tío con el que te engañó Mandy. ¿Has dicho que es abogado? ¿Cómo se llama?

Cuando Alice dijo que MJ iba a la fiesta, di por hecho que J era el segundo nombre de Mandy. «Como una idiota».

Adrien se encogió y dio un paso atrás.

—¿Josh es tu primo? —Me aparté de la encimera—. ¿Es con Josh con quien se va a casar? ¿El puto Joshua Goldman?

—Te lo iba a contar.

—¿Cuándo? —grité. Me empezó a hervir la sangre, quemándome la piel.

—Justo ahora. —Se pasó la mano por el pelo oscuro y tenía la punta de las orejas ardiendo—. Iba a hacerlo, te lo juro.

—Adrien, ¿de qué cojones vas?

—Puedo explicarlo.

—A ver si lo adivino: querías devolvérsela a Josh por acostarse con tu prometida, así que orquestaste toda esta historia para joderlo. Jodiéndome a mí. —No hacía falta ser muy listo para entenderlo.

La hostia puta. Qué estúpida había sido.

Sabía que algo no cuadraba. Él dijo que sabía quién era yo

porque Alba tenía fotos mías en su escritorio, pero eso no podía ser cierto. Porque por cada foto mía debería haber habido tres de Olive y él no sabía quién era.

Pero esa noche había bebido tanto que no me lo cuestioné.

—De acuerdo, Ria, tienes todo el derecho del mundo a enfadarte conmigo, pero de verdad necesito que entiendas una cosa: no me acosté contigo para devolvérsela a Josh, ¿vale? Nada de todo esto, de nosotros, era mentira. Te lo juro.

Le aparté de un golpe la mano cuando la tendió hacia mí, con una mezcla ardiente de rabia, dolor y traición oprimiéndome el pecho.

No me hacía falta saber cuál era su señal cuando estaba mintiendo. Claro que por eso se había acostado conmigo, me había llamado preciosa y me había dicho esas cosas.

¿Qué? ¿De verdad me creía que Adrien Cloutier quería salir conmigo? ¿De verdad me creía que hablaba en serio cuando me dijo que le quería contar a la gente que yo era suya? ¿Que había fantaseado con hacerme arrumacos?

¿De verdad era tan ingenua?

La opresión que sentía en el pecho se me empezó a extender hasta la garganta, las mejillas, los ojos. Parpadeé para contenerla, negándome a derramar una sola lágrima enfrente de él, por él.

—¿Cuál era tu plan cuando me trajiste aquí? ¿En qué estabas pensando? —Se me desbocó el corazón hasta agitarme las entrañas. Sentí náuseas—. ¿De verdad me lo ibas a contar? ¿O se suponía que iba a ser una terrible sorpresita cuando él apareciera en la fiesta?

Su expresión lo dijo todo.

—Tienes que entender lo enfadado que estaba. —Trató de convencerme, levantando la mano. Estaba claro que se esforzaba por mantener el tono calmado y uniforme—. Tras la ruptura, me

escudé en el trabajo. Todo había sucedido más o menos cuando se jubiló mi padre y… nadie creía que yo fuera capaz de hacerlo. Los medios, la junta. Era demasiado joven, demasiado arrogante y tenía demasiada poca experiencia. Y decidí demostrarles que estaban equivocados. Lo aposté todo a la expansión por Asia oriental, Ria. Era, es, mi bebé. Había estado plantando semillas y trabajando en eso desde antes incluso de convertirme en CEO. Esa inversión no se trataba solo del dinero y los recursos que iba a proporcionar la empresa japonesa. Se trataba de ganarme la confianza de mi junta directiva. Demostrarles que podía hacer ese trabajo y que podía hacerlo bien.

Lo escuchaba con los brazos cruzados, tratando de controlar mis emociones. Recordé cómo habían reaccionado los medios de comunicación cuando Anthony decidió jubilarse antes de tiempo para pasar más tiempo con su familia. Todo lo que Adrien me estaba contando cuadraba con lo que yo recordaba que había aparecido en las noticias, así como con lo poco que Alba había hablado sobre la oposición interna cuando habían ascendido a Adrien.

Cuadraba, pero no lo justificaba en absoluto.

—Ria, me pasé seis meses dejándome la piel para cerrar ese trato. No hice nada más durante medio año. Ya vacilaban un poco debido a mi edad y a la falta de confianza en relación con mi ascenso, pero conseguí convencerlos de todas formas. Y el incidente de Halloween… justo después de que me hubiera escrito Alice… me desconcentró. Esa noche en la cena actué con torpeza, la firma se retrasó hasta la mañana siguiente porque de pronto necesitaban más tiempo para pensárselo y para entonces el vídeo se había hecho viral, y la reacción del público fue… Creo que tal vez fue eso lo que pasó. No lo sé, ya no lo tengo claro. Pero estaba tan frustrado que… —No terminó la frase. Se pasó una mano por el pelo por quinta vez

en un minuto—. La verdad es que han sido unos años de mierda y eso me llevó al límite. No había hecho nada para inducir ese ataque. Y me parecía la hostia de injusto no solo que todo el mundo pensara que me lo merecía, sino también que cuando parecía que me iban a empezar a salir las cosas como quería… Lo siento, no intento excusarme, pero de verdad que quiero que entiendas cuál era mi situación.

Yo tenía la garganta demasiado seca como para hablar, así que mantuve la boca cerrada y lo dejé que lo soltara todo.

—Sabía quién eras por todo lo que Josh hablaba de ti cuando salíais. Nos enseñó fotos, nos contó tus planes de estudiar derecho en la misma facultad que él y no dejaba de presumir de tus logros como si estuvieran relacionados de alguna manera con su propio currículo. Cuando se trataba de vuestra relación, no se callaba ni debajo del agua. Incluso Alice fue capaz de sumar dos y dos, y por aquel entonces tendría once, quizá doce, años. Te había visto por las oficinas en el trabajo, así que sabía… La verdad, no me hacían falta cámaras de seguridad en Halloween. Te reconocí al momento.

Se me tensó todo el cuerpo cuando Adrien volvió a hablar de Josh. Apreté las muelas y me clavé las uñas en las palmas de las manos.

—No pensaba con claridad —continuó Adrien—. En mi cabeza, se trataba de matar tres pájaros de un tiro. Por fin lograría que mi madre dejara de darme la lata organizándome citas con todas las hijas de sus amigas, a Josh le daría un mal al verme contigo y no se me ocurrió una forma mejor de sacarte de quicio que obligarte a fingir estar enamorada de mí. Y también di por hecho que no te haría ninguna gracia encontrarte por sorpresa con Josh en la fiesta. Por cómo actuó tras vuestra ruptura, era fácil adivinar que no habíais acabado de forma amistosa.

Acabó la frase como con un tono de pregunta, pero cuando no mostré señal alguna de dignarme a responder, soltó un fuerte suspiro y dijo:

—Eso es todo. Todas las cartas sobre la mesa. Ahora ya sabes lo que pasó.

Un largo silencio siguió mientras yo lo asimilaba todo, medio furiosa. Si Alba fue la que pilló a Mandy y a Josh, ¿lo había reconocido? ¿Me habría avisado si le hubiera dicho que iba a ir con Adrien?

—¿Por qué me cuentas esto ahora? —le pregunté al fin.

En vez de eso, me podría haber convencido para que me quedara hasta la fiesta. Solo faltaban treinta y cinco horas. Podría haber seguido fingiendo hasta entonces y me habría pillado todo tan desprevenida como él esperaba.

—Para ser sincero, solo me hicieron falta dos días aquí para abrir los putos ojos. Fue como un baño de realidad cuando vi a mi familia. —Yo notaba la tensión bajo su piel, como si estuviera frustrado consigo mismo—. Y entonces tú… No lo sé, fue un momento de lucidez. Me empecé a percatar de hasta qué punto habías logrado calar en mí y me entró curiosidad. Quería firmar una tregua, pero no picaste. Una discusión llevó a la otra… Te lo iba a contar antes de la fiesta, tanto si te quedabas lo suficiente como para asistir como si no. Tomé esa decisión el segundo día. Pensé que no sabía la historia completa de lo que ocurrió entre vosotros dos, y conociéndolo… Como he dicho, fue un momento de lucidez. Me di cuenta de que habría sido un auténtico capullo si dejaba que todo esto te pillara por sorpresa.

Me mordí la mejilla por dentro, observándolo mientras apretaba aún más los brazos contra mi pecho.

—Adrien, tu pobre madre se cree que estás prometido. Está que

no cabe en sí de alegría. ¿Cómo te imaginabas que iba a acabar todo esto?

Se sentía avergonzado.

—Lo sé.

—Me hiciste creer… —Tuve que callarme cuando se me quebró la voz. Tras respirar hondo, lo volví a intentar—. Nos hemos estado acostando.

Me clavó la mirada, intensa y afilada, en los ojos.

—Eso no tiene nada que ver con él.

—Adrien…

—Eso no tiene nada que ver con él, Ria. Lo juro. Aunque no te creas nada de lo que te he dicho hasta ahora, necesito que te creas eso.

No. Ni por un instante.

De pronto todas las guarradas que nos habíamos dicho me parecían menos excitantes, más feas y degradantes. Ninguna había nacido del deseo. Me sentía… utilizada. Humillada. Traicionada.

¿Y lo peor de todo? Llegaba a comprender en parte sus motivos, lo que me hacía muchísimo más difícil enfadarme con él. Así que tenía que quedarme allí plantada, procesando el dolor y la humillación, sin ser capaz de ocultarlos tras la rabia.

—Ria. Yo…

Di un paso hacia atrás, apartando la mejilla cuando trató de tocarla. De verdad que no me podía creer cómo había sido tan estúpida.

—¿No tienes que asistir a alguna otra reunión esta mañana? —Di otros tres pasos hacia atrás, poniendo más distancia entre los dos.

Dudó.

—No hemos terminado de hablar. Necesito que creas… No esperaba que me pasara esto contigo. No tenía previsto que

encajáramos tan… —Se calló, tratando de ordenar sus pensamientos. Dejó de pasarse las dos manos por el pelo y suspiró —. No es solo algo físico. Sanchez, yo…

—Adrien, ya basta. —¿Ya he dicho que me estaba costando enfadarme con él? Qué puto descaro el de ese hombre.

—Te lo demostraré. Solo tienes que darme la oportunidad.

—No —dije con firmeza—. Ya está bien. Y ahora esto es lo que va a pasar: te vas a ir a tu reunión y para cuando vuelvas me habré ido. Tú y yo, lo que cojones haya sido esta cosa, hemos terminado. Estamos en paz. Ya no te debo una mierda, y viceversa.

De nuevo esas dos manos por el pelo. Inquietas.

—Joder, vale. Pero ocurre una cosa: ahora mismo hay un temporal bastante fuerte por el este. Llevan toda la mañana retrasando y desviando vuelos.

—No me importa. Dormiré en un hotel una noche o dos. —Fíjate tú—. Solo tengo que cambiarme e ir a la casa principal a por mi maleta. Me escabulliré otra vez por la puerta lateral.

Adrien se había puesto unos vaqueros y un jersey de color burdeos, pero yo seguía con la combinación de seda de la noche anterior.

Entornó los ojos y torció el gesto, avergonzado de nuevo.

—Y eso es lo otro que pasa: algunos invitados de Toronto han reprogramado su vuelo para adelantarse a la tormenta.

Lo miré recelosa. Que todos los dioses habidos y por haber tuvieran piedad de su alma si estaba a punto de decir lo que creía que iba a decir.

—¿Qué?

Adrien me miró como si sintiera dolor físico.

—Alice me ha escrito antes de que te despertaras. Él está aquí.

Se me subió el corazón a la garganta, tratando de arremeter

contra él.

—¿Estás de puta broma?

Negó con la cabeza.

—Solo hay un camino de vuelta a la casa y se ve desde el patio principal, donde están todos tomando el brunch. Estábamos invitados. He dicho que no teníamos ganas, así que mi madre nos ha traído fruta. Y… se ha llevado la ropa para lavar. Tu ropa la tiene el personal de la casa.

Estaba bastante segura de estar teniendo una experiencia extracorpórea. Me retumbaba el pulso en las sienes y el pitido de mi oído izquierdo no dejaba de aumentar y aumentar.

—Mis cosas están allí. En la casa principal —susurré.

Si Julie se había llevado la ropa para lavar, eso significaba que todas mis cosas estaban allí, excepto mi móvil, el bolso y… Tal vez no me hacía falta nada más. ¿A quién le importaba una maleta y algo de ropa…?

El pasaporte.

Tenía el pasaporte en la maleta. Mi cerebro de borracha lo había metido en la maleta aunque mi vuelo fuera nacional. No podía dejar el pasaporte allí, ¿verdad?

—Ya lo sé —dijo Adrien, aunque yo estaba hablando para mí—. Te lo puedo traer todo, pero aun así tendrás que ir por ese camino al salir de la finca para ir al aeropuerto.

Volví a enfocar la vista.

—¡Tú me trajiste aquí! ¡Me dijiste que podía dejar todo en el otro cuarto y traer solo algo de ropa! —Lo señalé con un dedo acusador. Y yo le había hecho caso.

Apretó los labios y asintió con tristeza.

Estaba rebotadísima.

—Joder, Adrien, te voy a matar. —Apenas conseguí mover la

mandíbula para susurrar la amenaza. Estaba que echaba humo. Lo notaba.

Él dejó escapar un suspiro de resignación.

—En este momento, no creo que te lo impidiera.

33

Necesitaba un plan de fuga. Uno en el que no tuviera que interactuar con el hombre que me había arruinado la vida cuando tenía dieciocho años.

Según lo último que nos había dicho Alice, la casa principal era un hervidero de actividad, con toda la gente contratada preparando las cosas para la gran fiesta del día siguiente. Y como hacía un tiempo «tan bueno y poco habitual para esa época del año», no parecía que el grupito tuviera mucha prisa por meterse en la casa.

Que Alice nos fuera poniendo al tanto era el único motivo por el que había permitido que Adrien siguiera vivo. No era nada fácil. Seguía ofreciéndome que me sacaran en helicóptero desde el patio delantero.

—Tengo un helicóptero listo para despegar —me dijo en un momento dado, apartándose el móvil de la oreja—. No te preocupes. El piloto dice que hay suficiente espacio para aterrizar, para que así puedas subir directa.

Siempre había sospechado que la gente se volvía loca cuando tenía demasiado dinero. Eso confirmaba mis sospechas.

Lo ignoré, cada vez más impaciente y frustrada, y me metí hecha una furia en el dormitorio que habíamos estado utilizando para poder ponerme unos vaqueros y una camiseta de manga larga

arrugada que no había metido en el cesto de la ropa para lavar que Adrien le había dado a su madre esa mañana. Le cerré la puerta en las narices cuando trató de seguirme.

—Puedo arreglarlo. Por favor, ¿puedes hablar conmigo?

Me cambié de ropa, me recogí el pelo en una coleta despeinada, me puse un poco de desodorante y volví a salir cabreada, con el corazón en la garganta.

Adrien seguía de pie fuera de la habitación cuando salí echando humo por las orejas.

—Dame diez minutos. Solo necesito que me escuches.

De acuerdo. Pero se podía pasar toda una vida inventándose una infinidad de excusas para explicarme por qué había hecho lo que había hecho, que no serviría de nada. No me creería una sola palabra que saliera de esa boca mentirosa.

Pasé a su lado y me fui directa a la puerta principal. La abrí solo un centímetro antes de que él la cerrara con la mano. Era oficial: ese hombre deseaba morir.

—Habla conmigo.

Me di la vuelta de golpe, fulminándolo con la mirada mientras apretaba los puños a ambos lados del cuerpo.

—Ya no quiero hablar más contigo, Adrien. Llevamos sin parar de hablar una semana y hasta este momento, por lo visto, ¡no has dicho más que mentiras!

—Eso no es cierto. Si me dejas explicarme…

—Adrien, escúchame bien —dije con gravedad mientras aumentaban mi ansiedad y mi frustración—. No. Me. Importa. No me importa si tienes más excusas o cuentos lacrimógenos. No va a cambiar una puta mierda. Así que haznos un favor a los dos y ¡vete a la puta mierda!

Esa vez no me detuvo cuando abrí la puerta de un tirón, pero yo

no llevaba ni diez segundos con las zapatillas golpeando contra el sendero de piedra cuando su sombra me empezó a seguir como si fuera un patito, replicando cada curva y cada giro. Seguí caminando, pasando de él, hasta que pude oír a lo lejos la charla de su familia, que disfrutaba del brunch en el patio.

Se me aceleró el pulso a medida que ralentizaba el paso. Todavía no podía verlos, lo que significaba que ellos tampoco me veían a mí. Adrien y yo estábamos ocultos tras un seto enorme y bien recortado. Tan solo tres pasos más y llegaríamos a la esquina, y estaríamos a plena vista de la mesa y sus ocupantes.

No di un paso más.

Me caía el sudor por la espalda y me empezaron a temblar los dedos cuando llegaron las náuseas. Era la situación más incómoda y que más ansiedad me podría provocar de todas en las que me podría haber metido Adrien. En lo que respectaba a toda esa historia de venganza, con aquello se había superado, de verdad.

Me presioné los ojos con las palmas de las manos y solté un suspiro entrecortado, tratando de pensar. En ese momento solo tenía tres opciones:

Una: seguir hacia la casa y encontrarme cara a cara con la persona que me había arruinado la vida.

Dos: seguir hacia la casa con la cabeza gacha, ignorar a toda la mesa, entrar en la casa y dejar que Adrien se encargara de dar las explicaciones pertinentes.

Tres: quedarme ahí y esperar. En algún momento entrarían y yo podría llegar al cuarto a hurtadillas por la puerta lateral.

—Ria.

Me aparté de un tirón cuando noté que los dedos de Adrien me agarraban la muñeca.

—No me toques —siseé.

Que empezara a parecer destrozado no consiguió aplacar mi rabia. De hecho, por lo que a mí respectaba, no tenía ningún derecho a sentirse así. Lo había hecho todo él solito. Había sido él el que nos había metido en ese puto lío.

—Lo siento —susurró.

—No me importa una mierda.

A menos que su disculpa pudiera teletransportarme y sacarme de esa pesadilla, no quería escuchar una sola palabra.

—Puedo arreglarlo si tan solo… ¿Qué estás haciendo?

Pero yo ya había doblado la esquina.

Iba a entrar a todo correr en la casa. Era la mejor opción de las tres. No solo me sacaría más rápido de allí; además, tener que explicar mi comportamiento a su familia mantendría a Adrien ocupado mientras recuperaba mis cosas.

Se me empezó a salir el corazón del pecho cuando comencé a distinguir la charla distendida y las risas, con Adrien pisándome los talones.

«No levantes la cabeza. Pase lo que pase, no establezcas contacto visual».

Julie fue la primera en vernos, segundos después de que doblara la esquina.

—¡Ria! ¡Addy! —gritó. Por el rabillo del ojo pude ver cómo nos llamaba con la mano.

«Mantén la cabeza gacha. No respondas».

—Qué alegría que hayáis decidido acompañarnos. Venid, acercaos.

«Aguanta. Estás a menos de seis metros».

La puerta estaba allí mismo. Solo tenía que…

—¿Ariana?

Su voz se me clavó en la espalda, haciendo que encorvara los

hombros por instinto. Mis pies vacilaron.

—¿Ariana Sanchez?

Levanté la mirada.

Siete pares de ojos me miraban desde la larga mesa, decorada con gran detalle, pero dirigí mi atención de inmediato a él. Al puto Joshua Goldman.

—¿Os conocéis? —preguntó Julie.

A su lado, Alice daba un sorbo a su té, enarcando las cejas.

—¿Qué narices estás haciendo aquí? —preguntó Josh, su tono acusatorio rozando la grosería.

Vestía justo como hubiera esperado. Traje plateado ajustado. Reloj carísimo. Ondas rubias despeinadas apartadas de sus afilados y atractivos rasgos. Decía a gritos dinero, privilegio, éxito, sueños robados.

Estaba preparada, pero aun así, verlo me abrió la herida en la zona más profunda y oscura de mi alma, le echó sal y le prendió fuego.

Qué injusta era la puta vida, ¿verdad?

La mirada de acero de Josh se movió hacia un punto detrás de mí. Adrien, supongo.

—¿Qué está pasando? ¿Qué hace ella aquí? —preguntó el hombre de mediana edad sentado a la mesa enfrente de Josh. Su padre: Kenny Goldman.

—No entiendo nada. ¿Cómo es que os conocéis todos? —preguntó Julie mientras se le desvanecía la sonrisa. La conversación parecía sumida en un bucle.

Detecté el cambió en la actitud de Josh incluso antes de que abriera su bocaza y pude prepararme para su ataque.

—El padre de Ariana se encargaba de limpiar los baños en nuestro instituto. —Le brillaron los ojos y esa boca mezquina se

torció en una mueca condescendiente que yo conocía demasiado bien.

Todas las cabezas se volvieron hacia él, los hombros tensos. Gampy, con claras muestras de estar enfadado, frunció las cejas blancas en gesto de desaprobación.

—Cuidado con ese puto tonito, Goldman. —Adrien se acercó y noté su enorme presencia tras de mí.

Josh no le prestó atención. Ya había atrapado a su presa y no la iba a soltar.

—Ya me enteré —dijo—. Accidente de coche, ¿no? ¿Después de un turno de noche?

Me empezó a pitar la cabeza en algún punto cerca de la oreja izquierda. Comencé a ver borroso por el rabillo del ojo y el aire se volvió demasiado denso para respirar.

—Qué pena —siguió diciendo—. Un buen tío. Da que pensar, ¿no?

—Josh, basta —lo interrumpió Kenny—. ¿Alguien me puede explicar qué narices hace ella aquí? ¿La habéis contratado como parte del personal?

Yo estaba clavada en el sitio, con un nudo en la garganta. Sabía que me tenía que mover, sabía que solo había diez pasos hasta la puerta. Pero parecía incapaz de conseguir que mi cuerpo siguiera las órdenes de mi cerebro.

De pronto me sentí cohibida: mi aspecto desaliñado, el gesto de pánico, mi falta de carácter.

En una palabra: patética.

A la izquierda de Josh había una mujer con un impresionante diamante en la mano izquierda lanzándome destellos.

Mandy, como me esperaba, era muy guapa. Etérea y elegante. A diferencia de mí, no llevaba el pelo recogido en una coleta

despeinada de la que se le salían mechones por todas partes. No iba en vaqueros ni con una camiseta bastante arrugada con marcas de sudor cada vez más grandes.

No. Mandy llevaba un vestido veraniego tipo Bardot con volantes y un montón de flores, y el pelo negro le caía por la espalda como una cascada de seda que nunca hubiera oído hablar de la palabra «encrespado».

Era justo el tipo de mujer que hubieras esperado encontrar del brazo de Josh, el tipo de mujer que hubieras esperado ver del de Adrien.

—Están comprometidos.

La voz de Anthony me sacó de mi ensimismamiento. Pestañeé varias veces y me ruboricé.

—Íbamos a esperar hasta que estuvieran con nosotros para dar la noticia —dijo Julie con amabilidad—. Es algo que tienen que anunciar ellos, y nosotros… Ria, tesoro, ¿estás bien? ¿Necesitas sentarte?

—¿Quién se ha comprometido? —Josh.

Unos dedos cálidos me rozaron la parte baja de la espalda, un suave empujón hacia la puerta. Los pies se me quedaron clavados al suelo.

—Adrien y Ria. —Anthony.

Se hizo el silencio más absoluto. Durante lo que me parecieron tres siglos, nadie dijo una sola palabra.

La mirada de incredulidad de Josh se deslizó un centímetro a mi izquierda.

—Estás de broma.

Lo ignoraron.

Ahora Adrien apoyaba toda la mano en mi espalda. Se inclinó hacia mí y susurró:

—No pasa nada. Vamos.

Yo no sabía cómo su voz había conseguido reconectar los cables que me unían el cerebro a las piernas, pero lo hizo. Di un paso hacia delante con rigidez, luego otro.

Adrien dijo algo a la gente sentada a la mesa, pero yo ya me había metido en la casa y la puerta ya se había cerrado de golpe tras de mí.

Se me relajaron los músculos y tomé impulso. Salí corriendo escaleras arriba.

«Que le den a la ropa. Tan solo agarra la maleta y sal a toda pastilla de aquí».

Pero sentía en los oídos cómo me corría la sangre con fuerza cuando llegué al dormitorio y tuve que ponerme en cuclillas y meter la cabeza entre las rodillas. Era como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

«Da que pensar, ¿no?».

Notaba la bilis arder en el estómago, el dolor clavado en la garganta y detrás de los ojos. Iba a vomitar.

—Hey.

Me puse recta de golpe. Mala idea. Me dio vueltas la cabeza, empecé a ver todo oscuro, estrellitas salpicando los rasgos de Adrien, y me faltó el equilibrio. Me tambaleé dando un par de pasos hacia atrás y casi me caigo al suelo cuando me tropecé con el borde de la maleta.

Él me agarró antes de que pudiera estamparme contra el suelo, un brazo por la cintura y el otro apoyado en la pared para equilibrarnos.

—Madre mía —soltó. Una marca de preocupación fingida se grabó entre sus oscuras cejas mientras me observaba.

Como si de verdad le importara.

Como si eso no fuera justo lo que había querido.

—Suéltame —le ordené.

—Sanchez, estás pálida como…

—¡Que me sueltes! —Le empujé el pecho con los antebrazos y me di de espaldas contra la pared cuando me liberó a regañadientes.

Me sujeté las rodillas cuando una gota de sudor se deslizó por mi nuca. Había tenido pesadillas más agradables que aquello. La imaginación de mi subconsciente no se podía comparar con la habilidad de Adrien para la confabulación. Debería estar orgulloso.

Se quedó a medio metro, abriendo y cerrando los puños con fuerza como si no supiera bien qué hacer con los dedos.

Me erguí y lo miré a los ojos.

—¿Te sienta bien esto? —le pregunté con la garganta ardiendo. No traté de ocultarlo. Se merecía ver cuánto daño me había hecho —. Querías hundirme, ¿no? ¿Qué tal sienta?

Tuvo la osadía de quedarse allí plantado con cara de pena en lugar de aceptar su responsabilidad.

Recuperé el aliento y recobré algo de fuerza en los músculos mientras en mi pecho se iba abriendo paso el vacío, dando lugar a un aturdimiento que conocía bien.

Di con la parte posterior de la cabeza en la pared.

—¿Aún quieres saber por qué no fui a la universidad? —le pregunté. Llegados a ese punto, se merecía conocer la historia. Así podría dormir mejor por las noches, sabiendo todo el daño que me había infligido con aquello. El hombre se lo había ganado—. A juzgar por las preguntas que me has estado haciendo, doy por hecho que en la versión de Josh sobre nuestra ruptura hay varias lagunas, así que déjame que te ilumine.

Parecía como si fuera a decir algo, pero negué con la cabeza,

pidiéndole silencio. Me tocaba a mí.

—Salimos durante seis meses. Rompí con él cuatro semanas antes de la graduación. —Me limpié la comisura de la boca con el dorso de mi trémula muñeca cuando afloraron de golpe los recuerdos—. Colegio privado. Yo era una estudiante becada y mi padre trabajaba allí como conserje, así fue como nos enteramos del programa de becas.

Abehill era sin duda el mejor colegio de la provincia. De allí salían como churros estudiantes para las universidades de la Ivy League.

También tenía un precio anual de sesenta mil dólares, pero yo tenía mi codiciosa mirada puesta en la mejor facultad de derecho de todo el continente y Abehill era un primer paso para llegar a mi objetivo. No se trataba solo de la educación, también eran los contactos.

Al colegio acudían los hijos de las familias más adineradas y con mayor influencia de todo el país, además de mí y de otros dos chicos becados, ninguno de ellos de mi año.

—Allí me sentía como pez fuera del agua. Me pasé los dos primeros meses comiendo sola en la biblioteca.

Mi padre se había ofrecido para comer conmigo cada uno de esos días, aunque yo había establecido una regla muy estricta de «fingir que no me conoces cuando estemos en el instituto». Porque era una adolescente mimada a la que le preocupaba demasiado lo que pensaran sus compañeros de ella.

«La oferta siempre estará ahí por si cambias de opinión» fue su respuesta.

Me sequé la mejilla mojada con el puño. Lo que daría por poder compartir una sola comida con él ahora.

—Bueno —seguí diciendo—, Josh fue mi primer… amigo,

supongo. Íbamos a dos asignaturas juntos y un día me dijo si quería ir con él al cine después de clase. Empezamos a salir y estuvo… bien, en gran parte. Pero estaba claro que a él le daba vergüenza el origen socioeconómico de mi familia, y a medida que avanzaba la relación fue cada vez más irrespetuoso con el tema. Al final, me harté, me armé de coraje y rompí con él.

Y entonces todo se fue a la mierda.

—Trató de volver conmigo. Me negué. Siguió intentándolo. Seguí negándome. Entonces se volvió mezquino, agresivo, vengativo. Empezó a meterse conmigo, a difundir rumores sobre mí. Tuve que dejar de usar mi taquilla porque no paraba de meter mierda.

Tal cual. Mierda de perro, crema de afeitar y pelo. Todos y cada uno de los días de toda una semana. Me quedaba después de clase para limpiarlo porque si no lo hacía yo, tendría que hacerlo mi padre. Y no se merecía los daños colaterales de aquello.

—La dirección sabía lo que estaba pasando, pero el padre de Josh era uno de los mayores donantes del centro en ese momento, así que nadie movió un dedo. —Habrían dejado que el chaval saliera impune de un asesinato si eso significaba que el dinero seguiría llegando a raudales—. Traté de ignorarlo como pude. En ese momento, solo faltaban tres semanas para la graduación y me dije a mí misma que podría soportar cualquier cosa durante ese tiempo. La meta estaba tan cerca… Todo por lo que había trabajado estaba al alcance de mi mano. Se tendría que congelar el infierno antes de arriesgarme a perder ni siquiera una pizca de todo aquello.

Levanté un hombro y luego lo dejé caer.

—Y entonces pasó. Se congeló el infierno.

Adrien no me había dejado de mirar a los ojos ni una vez desde que había empezado a hablar. Y, salvo por el leve movimiento de su pecho al respirar, se quedó quieto, escuchando con atención y el

ceño fruncido.

—Josh buscaba una reacción por mi parte, y cuando no le di ese gusto, cambió de táctica. —Me empezaba a escocer la garganta de un modo doloroso y revelador, pero lo ignoré y seguí adelante—. Estaba trabajando en mi proyecto de investigación para Biología Avanzada cuando recibí el vídeo. Josh y unos cuantos de sus colegas habían forzado el armario del conserje y habían meado en el cubo de la fregona. En el vídeo se veía…

Hice una pausa y se me escapó un suspiro del pecho. Diez años después y seguía doliendo.

—Mi padre era sordo de nacimiento —le expliqué—. No oía nada. En el vídeo se veía a los chicos burlándose y provocándolo con su estúpida broma. Pero mi padre no sabía lo que decían, solo veía que se reían y sonreían, así que… les devolvió la sonrisa y saludó a la cámara, y…

Ahora ya respiraba de forma entrecortada. Me llevé el puño envuelto en la manga a la cara y me lo restregué con fuerza.

—No lo recuerdo —dije—. Tomar la decisión. Los exámenes estaban cerca, ya estaba estresada y trasnochando, y mi padre era… Cuando tenía seis años y no pudo permitirse comprarme la muñeca abogada de edición limitada que le había pedido, cosió él mismo a mano el traje para una de las que ya tenía. Y eso es todo lo que recuerdo pensar cuando salí corriendo de clase. El traje no era perfecto, no le encajaba del todo a mi muñeca e, incluso a esa edad, sabía que él estaba triste por no haberme podido comprar la auténtica. Pero siempre se esforzaba tanto… No me lo merecía. Era el mejor padre que pudieras… Y yo estaba tan cabreada.

Las lágrimas caían con tanta rapidez y fuerza que no podía seguirles el ritmo con la mano. El mundo se había transformado en una pintura al óleo emborronada y ya no podía distinguir los rasgos

de Adrien.

Hice una pausa larga para poder recuperar el aliento. Creía que, con el tiempo, volver a contar la historia sería más fácil. Por lo visto, no era así.

—Encontré el cubo de la fregona antes de que mi padre pudiera ver lo que habían hecho —pude decir al fin—. Entonces lo arrastré hasta el aparcamiento del colegio, rompí la ventanilla del coche de Josh con un ladrillo y derramé todo el contenido del cubo en el asiento del conductor.

Y, a cambio, Josh y su padre me arruinaron la puta vida.

—Tu tío es el dueño de uno de los bufetes de abogados más importantes del país. No tenía ninguna oportunidad. Fueran cuales fueran las mentiras que Josh le contó a su padre sobre mí funcionaron. Kenny prometió hundirme por «todo lo que le había hecho a su hijo» y lo cumplió. Se presentaron cargos, las universidades que me habían aceptado se echaron atrás y me expulsaron del instituto, lo que anuló mi beca de aquel año. Sesenta mil dólares.

Con suavidad, me sequé los ojos con la manga, moqueando.

Adrien había endurecido el gesto con una mezcla de asco y rabia; su pulso acelerado se le marcaba en el cuello y cada vez le costaba más respirar. Yo sabía que había sumado dos más dos, porque se le dilataron los ojos.

Por un instante, se quedó paralizado por completo. Entonces abrió los labios y dejó escapar una enorme bocanada de aire.

«Ya me enteré. Accidente de coche, ¿no? ¿Después de un turno de noche?».

«Da que pensar, ¿no?».

Horror.

Adrien estaba horrorizado.

—Sanchez. —Se le quebró la voz. No podía negarlo: el tío era un gran actor.

—Fue culpa mía —admití. Papá había muerto por mi culpa. Alba nunca se atrevería a decirlo en voz alta, pero en el fondo de mi ser sabía que también mi hermana me culpaba por ello. Era muy consciente de que nunca me había perdonado, que lo más seguro es que nunca lo haría—. Aceptó ese otro trabajo para poder pagar la matrícula que ahora le debía al colegio. Estaba agotado. Se estrelló contra un árbol. Dijeron que se había dormido un segundo al volante y con eso fue suficiente.

Silencio.

Me aparté como pude de la pared y di un paso titubeante hacia el frente.

—Debes de estar muy satisfecho contigo mismo, ¿no? Has conseguido darme donde más me duele.

Su mirada era intensa y vidriosa, medio entornada.

—Sabes que no es cierto. No tenía ni idea. Josh… —Se calló y tragó saliva—. Te juro que no lo sabía.

No me importaba una puta mierda.

—Estamos en paz —susurré, con el nudo de vuelta en la garganta—. Lo has conseguido, me la has devuelto. Ahora mismo no se me ocurre nada que pudieras hacer para que me sintiera más estúpida de lo que ya me siento. Por no mencionar humillada, patética, ingenua…, sucia.

Abrió la boca, vacilante, pero no salió nada.

—Estamos en paz, así que, por favor…, déjame sola de una puta vez.

No me permití analizar su reacción antes de pasar a su lado, recoger mis cosas en silencio y dejarlo allí plantado, con la cabeza gacha mirando la alfombra.

34

El aeropuerto estaba sumido en el caos.

La tormenta había obligado a cancelar casi todos los vuelos con llegada y salida en el sur de Ontario, Nueva York y todos los alrededores, lo que suponía que las compañías aéreas se habían visto afectadas y trabajaban contrarreloj para tratar de satisfacer a todos sus clientes, que estaban entrando en pánico, ya que todos tenían Un Motivo Muy Importante para tener que tomar el primer vuelo disponible que saliera hacia el este. Y como yo ni siquiera tenía billete reservado, era la última en su lista de prioridades.

Pero Finn, el agente de atención al cliente que destacaba por su impaciencia y parecía estar harto de mis chorradas incluso antes de que hubiera abierto la boca, iba a «ver qué es lo que podía hacer. ¡Siguiente, por favor!».

Para poner la guinda del pastel a ese día que ya de por sí había sido una mierda, los precios de los billetes se habían puesto por las nubes por la demanda, y como ya no tenía trabajo, ni me planteé derrochar dinero en una habitación de hotel además de lo que con toda probabilidad acabarían siendo unos dos mil dólares de billete de avión.

De verdad que me tenía que haber vuelto a casa cuando todavía tuve la oportunidad. ¿Qué cojones me había dado para quedarme?

¿Cómo pensaba que iba a acabar todo eso, si no en un desastre absoluto?

Aunque traté de no pensar demasiado en ello, me esforcé por no sentir nada.

Lo último que me hacía falta era tener un puto ataque de nervios en medio del aeropuerto, así que pillé el primer asiento disponible en la zona pública y me concentré en reprimir mis puñeteras emociones.

El mensaje llegó veinte minutos después.

Número desconocido: Lo siento.

Bloqueé el número y me volví a guardar el móvil en el bolsillo de la chaqueta. Volvió a sonar casi de inmediato.

De: Adhir King <AdhirKing@CloutierHotels.com>

Señorita Sanchez: Confiamos en que este mensaje le llegue en buen momento. Nuestro CEO, Adrien Cloutier, nos ha advertido de que puede que esté teniendo incidencias en su viaje debido a las condiciones climáticas extremas que están afectando a su destino y que lo más probable es que se encuentre en el aeropuerto sin opciones de volar.

Entendemos lo frustrante que debe de ser para usted y nos gustaría ofrecerle el uso de nuestra suite presidencial durante todas las noches que necesite.
Un coche va de camino a recogerla en el aeropuerto y ya se han hecho todos los arreglos necesarios para asegurarnos de que...

Dejé de leer, apagué todas las notificaciones del remitente y me levanté para darme el capricho de tomarme una taza de chocolate blanco en Timmies.

Unos cuarenta y cinco minutos después de eso, me encontró Finn, que parecía mucho más afligido que durante nuestra primera conversación. Iba acompañado de una mujer con un traje pantalón negro elegante que me estrechó la mano y se presentó como la directora del aeropuerto.

A la presentación la siguió una serie de rápidas disculpas por el tiempo en Toronto, como si ella fuera la responsable directa de la tormenta, y luego insistió en que disfrutara de uno de sus salones vip mientras preparaban una suite privada en la tercera planta para que pudiera pasar la noche. Gratis, desde luego.

Se iba poniendo más nerviosa (y casi me rogaba) a medida que yo seguía rechazando la oferta.

Luego apareció un gerente de una aerolínea.

Más disculpas por el tiempo que hacía. Más insistir en que estaban haciendo todo lo posible dadas las circunstancias. Más ofertas para acceder a un salón vip.

Me dolía la cabeza para cuando me los pude quitar de encima y me escapé a la segunda planta. Encontré un rincón tranquilo para descansar mientras esperaba que me llegara a la bandeja de entrada la notificación para informarme de un vuelo disponible, que tanto Finn como el gerente de la aerolínea ahora insistían en que lo más probable era que sería «mañana a las doce, a más tardar».

Me dormí encima de un duro asiento de dos plazas con las rodillas pegadas al pecho y me desperté con el cuello dolorido y el cuerpo tieso. Pero no me habían robado nada de valor, así que ni tan mal.

Para cuando me lavé la cara y pedí una taza de café, había recibido una notificación indicándome que me acercara lo antes posible al mostrador de información más cercano.

Prácticamente llegué corriendo.

—¡Señorita Sanchez! ¡Hola! —La joven se puso de pie en cuanto me vio, sonriendo como si fuéramos amigas que no se veían hacía tiempo.

—Hola, sí, acabo de recibir una notificación para que viniera aquí. Estoy intentando volver a Toronto. ¿Hay alguna…?

Me callé cuando hizo un gesto con la mano.

—Somos del todo conscientes de su situación. Ya tiene una plaza garantizada en el próximo vuelo, pero es en otra terminal. Estaré encantada de acompañarla hasta allí si ya está lista.

Ni siquiera me lo cuestioné. A esas alturas, volvería remando a Toronto en una puta canoa si eso significaba dormir en mi propia cama esa noche, con Tobigote haciendo todo lo posible por asfixiarme.

Y justo en ese momento recordé que Adrien me había obligado a mudarme a su estúpido edificio cuando comenzó toda esa pesadilla. Solté un quejido interno, tan preocupada por cómo resolver la

logística de tener que explicárselo todo a Jamie, recoger nuestras cosas y volver a nuestro apartamento lo más pronto posible que no me di cuenta de lo silencioso que estaba todo hasta que el eco de nuestros pasos fue tan evidente que por fin captó mi atención.

Parpadeé, mirando alrededor. El largo pasillo por el que caminábamos estaba, para mi sorpresa, vacío, salvo por dos personas que iban por delante de nosotras y un puñado de empleados trajeados tras los mostradores de aerolíneas de las que nunca había oído hablar.

—Eh, una pregunta…

—Anna —dijo, dándose cuenta de mi poco sutil intento de leer el nombre en su tarjeta de identificación.

—Un placer conocerla, Anna —dije con educación, y entonces me percaté de lo sospechoso que era que se hubiera mantenido en silencio durante todo el trayecto hasta allí—. ¿Puede decirme con qué compañía voy a volar exactamente?

En lugar de responderme, Anna se sacó su tarjeta de empleada del bolsillo del pecho y se la mostró un instante a los dos hombres de uniforme que había de pie junto a un par de puertas de ébano.

—Después de usted. —Señaló la puerta mientras uno de los hombres nos la abría.

Entré y… un salón. Me había llevado directa a un puto salón.

Apreté las muelas mientras mi frustración alcanzaba cotas insospechadas. Intenté mantener la voz tranquila y serena. De verdad.

—Mire, no quiero ser maleducada ni nada parecido porque sé que está tratando de hacer su trabajo, pero he pasado veinticuatro horas muy complicadas y lo único que quiero es volver a casa. Así que, si fuera tan amable de tan solo facilitarme la información de mi vuelo…

—Eso es todo, señorita Ross, muchísimas gracias.

Se me aturulló el cerebro cuando reconocí la voz. Me di la vuelta y enarqué las cejas cuando lo vi.

—¿Gampy? —¿O se suponía que ahora debía llamarlo Robert? No sabía muy bien lo que Adrien le había contado a su familia sobre nosotros cuando me marché el día anterior, si es que les había contado algo.

—Buenos días, Ria. —Sonrió.

Lucía un chaleco rosa pálido, una pajarita a cuadros y calcetines a juego. Lo hubiera reconocido de lejos si no hubiera tenido el cerebro tan frito como lo tenía.

—¿Q-Qué… qué estás haciendo aquí? —pregunté.

—Una visita improvisada a Toronto —respondió con rapidez—. Llevaba tiempo queriendo hacerlo. Mis compañeros de la universidad viven allí.

Jugueteé con el asa de mi maleta de cabina, dando vueltas con el puño a su alrededor.

—¿Has decidido de pronto volar a Ontario con los últimos coletazos de la mayor tormenta del año?

Tan solo se encogió de hombros como respuesta.

—¿El día de la fiesta de aniversario de Julie y Anthony? —presioné—. ¿No se suponía que era algo importante?

—Bueno, han sido bastante comprensivos. De hecho, Julie ha insistido en que lo hiciera. ¿Té?

Se acercó hasta la barra, que tenía de todo, donde un camarero ya estaba sirviendo dos tazas de té recién hecho, de menta a juzgar por el olor, y había empezado a preparar una bandeja enorme con una gran variedad de bollos y pastas de todos los colores.

Mi estómago rugió con solo verlo. El día anterior me había saltado dos comidas y me estaba empezando a pasar factura.

—¿Te ha convencido Adrien para que hagas esto? —pregunté cuando se sentó a una pequeña mesa de madera de nogal.

Enseguida llegó el camarero con los tés.

Robert torció el bigote. Le dio las gracias al camarero antes de prestarme toda su atención.

—No, querida. Ese chico no está hoy para convencer a nadie de nada. No en su estado.

No iba a preguntar.

Quería que lo hiciera, pero no iba a preguntar.

Apreté los labios y me moví inquieta en el sitio. Tenía que salir de allí, encontrar a Anna y rogarle que por lo menos me diera una pista de cuándo podría tener información de algún vuelo. Pero tampoco quería ser maleducada, porque la familia de Adrien había sido siempre dulce, acogedora y amable conmigo desde el mismo momento en que entré mintiendo en su casa.

—Tenemos menos de una hora antes de embarcar —me señaló Robert mientras untaba una fina capa de mermelada roja en un bollito—. Puedes quedarte ahí de pie mirándome todo el rato si es lo que quieres, pero me encantaría que me acompañaras.

Me mordí el labio inferior por dentro, abriendo más los ojos.

—Cuando has dicho «no en su estado»… ¿Está…? ¿A qué te referías?

No es que me preocupara que Adrien estuviera bien o no, porque desde luego que me daba igual. Ni siquiera era curiosidad. Era solo una charla intrascendente mientras decidía si debería sentarme y tomarme una pasta antes de irme.

Robert se empujó el bigote con el labio inferior mientras consideraba mi pregunta.

—Por una parte, está bastante mejor que Joshua. Una fractura del dedo anular y una ceja rota se curarán mucho antes que una

nariz rota, un pómulo roto y una mandíbula dislocada. Además, también duele mucho menos. Aunque podría haber sido mucho peor. Hicieron falta cinco personas, incluyendo tres de nuestro personal, pero consiguieron apartar a Adrien antes de que se provocaran daños irreversibles.

Abrí la boca de par en par.

—Por otra parte, sin embargo, nunca he visto a mi nieto tan… afligido, a falta de una palabra mejor. Lo que ocurrió ayer por la mañana le afectó de verdad. No quería ni ir a mirarse la mano; su madre tuvo que arrastrarlo al hospital.

Tal vez aquello me tendría que haber parecido una buena noticia, como si se hubiera hecho justicia o el karma hubiera actuado, pero me sentía fatal. Volvía a tener náuseas.

—Ria, de verdad que me encantaría que te sentaras aquí conmigo, por favor.

Vacilé. No era buena idea hablar con él de nada relacionado con Adrien. Y me había pasado la semana yendo de mala idea en mala idea.

—Gracias, pero la verdad es que creo que debería… irme…

Le sonó el móvil en cuanto empecé a hablar. Cinco pequeños pitidos rápidos y un sexto cuando me callé. Pero él tan solo siguió sonriéndome.

—Igual tienes que atender eso —dije.

Robert hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Seguro que solo es Alice poniéndome al día del estado de Adrien.

Un séptimo pitido, un octavo.

—¿Y si es importante? —Había grandes posibilidades de que hubiera destrozado mi maleta de mano para cuando acabáramos esa conversación.

—Lo más probable es que lo sea.

Nueve notificaciones. «¡Nueve!».

Joder. Vale. Me sentaría con él cinco minutos, pero solo porque me rugían las tripas de hambre. Y si, mientras tanto, Robert decidía leer los mensajes y confirmar que el idiota de su nieto no había hecho más idioteces o sufrido más lesiones idiotas, pues muy bien. Estaba en su derecho.

Me senté, fingiendo que no había notado la mueca divertida de Robert cuando me vio, con los ojos brillándole. En cuanto estiré la mano hacia un bollo, cogió el móvil. Me tomé el té, él leyó sus mensajes. Me puse una cucharadita de miel, él… frunció el ceño. En lo que solo se puede describir como una reacción exagerada por mi parte, se me aceleró el corazón y de inmediato me vinieron a la cabeza un montón de terribles escenarios muy poco probables al contemplar cómo él toqueteaba la pantalla del móvil, arrugando cada vez más el gesto a cada segundo.

—¿Va todo bien? —le pregunté por fin.

—¿Mmm?

—¿Está bien Adrien? —El pánico se hizo patente en mi voz a pesar de mi esfuerzo por mantener un tono relajado e informal.

—Oh —dijo Robert sin apartar los ojos de la pantalla. Y entonces —: No.

En vez de explicarse, apartó el teléfono y le dio un mordisco a un sándwich de pepino.

Apreté los dientes, me moví nerviosa en el sitio y me dije a mí misma que no pasaba nada. Al fin y al cabo, Adrien se merecía sufrir un poquito por todo lo que me había hecho pasar. Lo que no se merecía es que estuviera allí sentada preguntándome por lo que le había pasado, o que se me revolvieran las tripas de preocupación por él.

—Ah, antes de que se me olvide, creo que es importante que sepas que Joshua ya no es bienvenido en nuestra casa.

Mi atención dispersa volvió a centrarse en Robert.

—¿Disculpa?

—Para nosotros, ese chico ya llevaba un tiempo en la cuerda floja —dijo con un tono más firme—. La verdad es que yo nunca lo perdoné por lo que ocurrió con Mandy, pero Addy insistió en que lo dejáramos pasar porque no quería que se filtrara a los medios. Tienen la mala costumbre de tergiversar las historias que tratan sobre él para conseguir visitas, así que… Da igual, el caso es que ya no tendrás que preocuparte por encontrarte con Joshua si decides volver a visitarnos. Lo que, por otra parte, a todos nos encantaría.

Eso no iba a pasar jamás. Si Robert supiera…

—Adrien nos lo contó todo.

Yo dudaba que de verdad se refiriera a «todo»…

—Y me refiero a todo. Addy desembuchó en cuanto echamos a Joshua, Mandy y Kenny.

Vale. Pero era imposible que les hubiera contado lo de la relación…

—Incluida la auténtica naturaleza de vuestra relación. Ya sabemos que lo del compromiso no era verdad.

Noté cómo se me hundían los hombros mientras clavaba la mirada en el bollo sin tocar que quedaba en mi plato. Las cosas se iban a poner muy incómodas.

—Addy también se empeñó en que todos comprendiéramos que nada de todo eso había sido culpa ni idea tuya —dijo de forma enérgica—. Así que, por favor, no te pienses que hay alguien enfadado o molesto contigo, porque eso, simple y llanamente, no es así, y no es de lo que trata esta conversación.

Me arriesgué a mirarlo a los ojos.

—¿De qué trata, entonces?

Reflexionó un instante antes de decidirse por una respuesta.

—A la luz de toda la… falta de honestidad reciente, creo que es importante que comparta contigo un par de verdades. Solo para que comprendas mejor las cosas desde el punto de vista de Alice, Julie, Anthony y el mío propio.

Di un sorbo al té cada vez más frío cuando lo comprendí. Estaba a punto de darme uno de esos discursitos de «no estamos enfadados, solo decepcionados», ¿verdad? En su defensa diré que me lo merecía. En mi defensa…, seguía mereciéndomelo. Mis justificaciones y excusas no eran problema suyo, así que agaché la cabeza y lo escuché.

—Entiendo que vuestro compromiso no era real, pero los cambios que he visto en mi nieto durante vuestra visita desde luego que sí son reales. Y creo, como el resto de mi familia, que esos cambios están todos relacionados contigo. —Me hundí un poco más en el asiento, preparándome para lo peor. Pero entonces dijo—: Nunca lo he visto reírse con nadie como lo hace contigo.

Y fue tan inesperado que captó toda mi atención. Su sonrisa era sutil, pero amable, y en sus ojos no había juicio alguno, como yo había esperado.

—Esa es una verdad —dijo despacio—. A todos nos sorprendió mucho. Lo estuvimos comentando justo ayer por la mañana, antes de que llegaran los invitados. Tampoco lo habíamos visto nunca tan fascinado por alguien como lo está contigo. Mirar a nadie como te mira a ti. Y no me hagas hablar del hecho de que de algún modo convenciste al chico para que se convirtiera en un arándano humano.

Notaba calor en el cuello.

—No fui yo la que lo convenció —me defendí. No me hizo falta.

Casi se lanzó al taburete del puesto de maquillaje de cabeza.

Robert asintió, con un gesto extraño, como si estuviera conteniendo una carcajada.

—Está bien. El caso es que tampoco recuerdo haber visto a mi nieto divertirse de esa manera desde que medía, por lo menos, medio metro menos que ahora. Eso ha sido algo diferente y agradable, como mínimo.

Vale, bien. ¿Sabes lo que no era agradable? Que te mintieran y manipularan.

…

Pero supongo que Robert ya sabría eso.

Aun así.

—Y aquí tienes otra verdad para que reflexiones —siguió diciendo—. Yo estaba allí el día que Adrien se enteró de la aventura de Joshua y Mandy. Vi su reacción en persona y a tiempo real. Puede que le guardara a Joshua cierto resentimiento que acabó por enconarse, pero con Mandy… nada que ver con cómo ha estado las últimas veinticuatro horas. Josh tuvo suerte de que el enfrentamiento surgiera cuando había otras personas cerca para mediar. Y Addy tendrá suerte si no se presentan cargos, pero me estoy desviando del tema.

—Para que quede claro: no alenté, ni esperé, que hubiera algún tipo de represalia física cuando le conté a Adrien lo que había pasado entre Josh y yo. —Solo creí que… No sé, tal vez que se sentiría fatal durante un tiempo por lo que me había hecho y que luego pasaría página y punto.

Robert me tranquilizó.

—Adrien es un hombre adulto, muy capaz de tomar sus propias decisiones. No estoy aquí para echarte la culpa por cómo ha actuado.

Me mordí las mejillas, preguntándome cómo podría hacer la siguiente pregunta sin parecer maleducada.

—Te estás preguntando qué pretendo con esto —dijo Robert antes de que yo pudiera formular la pregunta—. Cuál es mi objetivo al contarte todo esto.

—Se podría decir así —admití.

Miró su reloj con intención.

—Vale. Iré al grano entonces. Trataba de ganar tiempo.

«¿Eh?».

—¿Ganar tiempo para qué?

—Bueno, me podría pasar toda la tarde aquí sentado y darte la chapa con más verdades que todos hemos presenciado, pero en realidad creo que no tengo palabras para describir con precisión el estado actual de Adrien… Bueno, ya lo verás.

Eh…, ni de puta coña.

—Por favor, no me digas que está viniendo —le rogué mientras entraba en pánico.

—Vale. No está viniendo —dijo Robert impasible.

Lo miré con los ojos entornados.

—¿Me estás mintiendo?

—No sienta bien, ¿a que no? —me regañó con una miradita cargada de intención.

«Joder».

—¡Me has dicho que Adrien no te había convencido para hacer esto! —exclamé, consternada por la magnitud de la traición. Siempre son los que parecen más inocentes con los que hay que tener más cuidado.

—Bueno, esa parte era verdad. Fuimos Alice y yo. Sobre todo yo, aunque estoy seguro de que si todo sale bien, ella te dirá lo contrario. —Dio un largo sorbo a su té—. Pero si nos sale el tiro por

la culata, dirá que no ha tenido nada que ver. Ya lo verás.

—¿Sigues ganando tiempo?

—No. Lo próximo que tenía previsto para ganar tiempo era pedir tu opinión sobre una grave discusión que tenemos Alice y yo acerca de la ubicación física de unos tatuajes a juego que quiere que nos hagamos por su cumpleaños. Ella está siendo muy maleducada respecto a todo este asunto y los dos estamos convencidos de que eres la persona perfecta para resolver el tema. Pero no te preocupes, no te llevará más de uno o dos minutos.

»Mira, yo he sugerido que los tatuajes ocupen la parte inferior de la espalda, porque así puedo ir contándole a quien no me pregunte que tengo un tatuaje de abuelo sexy. Pero Alice afirma que no soy, y cito, «lo bastante chica básica» como para que me pegue un tatuaje en la parte lumbar. Y aunque le he repetido hasta la saciedad que no hay nada más básico ni delicado que un viejo blanco con todos los privilegios del mundo, se niega a verlo desde mi punto de vista. ¿Qué opinas, Ria? ¿Soy lo bastante básico como para que me quede bien un tatuaje de abuelo sexy? ¿O tiene razón mi nieta criticona?

Señaló el móvil con la cabeza.

—Antes de que te sentaras, en realidad me estaba escribiendo sobre este tema.

Apreté los labios y apoyé las palmas en la mesa mientras me ponía de pie.

—Bueno, me gustaría poder decir que ha sido un placer, pero acabo de aprender una dura lección sobre las mentiras, así que solo voy a decir esto: Alice está equivocada, un tatuaje de abuelo sexy es algo graciosísimo, y de verdad que lamento muchísimo haberos mentido a todos, pero ahora me voy a marchar y, con suerte, nunca tendréis un motivo para…

Me callé de golpe cuando oí su voz ronca retumbar afuera y sus pasos apresurados cargados de descontento. Se me desbocó el corazón y me recorrió una oleada de adrenalina.

Robert se recostó en la silla y entrecruzó las manos frente a él, como un hombre que acabara de conseguir justo lo que quería.

Solté un taco entre dientes y me di la vuelta justo a tiempo para ver cómo se abrían las puertas y Adrien Cloutier entraba pavoneándose en la sala con todo su… ¿esplendor?

Oh.

Madre mía.

35

Puede que Robert hubiera restado un poco de importancia al… estado de Adrien, como lo había llamado. Aunque, para ser justa, no tenía claro si lo habría creído de haber sido capaz de encontrar las palabras para describir con precisión lo que estaba contemplando en ese momento.

Adrien llevaba la camiseta del revés y… al revés.

Eso fue lo primero que me llamó la atención. Mi cerebro pasó por alto el pelo despeinado, los ojos enrojecidos, la mejilla amoratada y la ceja con puntos, y se clavó en la etiqueta que sobresalía de la parte delantera de su camiseta.

—Tío, pero ¿qué narices?

Ni siquiera se dio cuenta de que estaba en la sala hasta que hablé. Y yo no me había percatado de que estaba hablando por el móvil hasta que se le tensó el hombro y giró la cabeza en mi dirección, clavándome esos ojos oscuros en el alma.

Adrien se quedó quieto y sin pestañear durante lo que fueron un par de atronadores segundos mientras me latía con fuerza el corazón, casi como si creyera que me iba a desvanecer con cualquier ruido o movimiento repentino. La pausa me permitió asimilar y procesar de verdad lo que estaba viendo.

Parecía como si el tipo hubiera atravesado todo un tornado para

llegar hasta allí. Era la única manera que se me ocurría de describirlo. Ah, y tenía un poquito de sangre seca en su reloj de plata.

—Eh… ¿Sunny? Te llamo dentro de un rato.

Colgó despacio, negándose a romper el contacto visual conmigo. Seguía con los pies congelados en medio de un paso.

—Estás aquí —dijo en bajito. En su tono la pregunta era clara. Era verdad que no esperaba…

—¿Té?

Los dos dimos un respingo.

Robert, de cuya existencia me había olvidado por completo durante un instante, había acercado una tercera silla a la mesa que habíamos compartido. Dio un par de golpecitos en el cojín de terciopelo mientras sonreía a Adrien.

—Tienes pinta de que te vendría bien una taza de té.

Adrien se puso más recto y su mirada inquisitiva pasó con cautela de mí a su abuelo.

—Ven a sentarte —insistió Robert—. Llegas justo a tiempo. Ria estaba validando mi estatus de chica básica y necesito un testigo para el más que probable caso de que Malicia decida no creerme cuando se lo restriegue por la cara.

Adrien torció el morro y se le relajó un poco el entrecejo fruncido. Pero no se acercó a la silla.

—No sabía que ibais a volar juntos. —Sonaba sorprendido de verdad, pero no disgustado por la idea—. Puedo esperar a que vuelva el avión. O ver si puedo encontrar plaza en un vuelo comercial a tiempo para…

—Qué tontería. No dejas de decirnos que no usemos el avión a no ser que sea del todo necesario. —Robert volvió a centrarse en mí —. Al chico le encantan los árboles. Deberías ver su apartamento. Es

casi un invernadero, con un jardinero a tiempo completo y todo.

A Adrien se le empezó a poner el cuello rojo. Fue a pasarse la mano por el pelo, pero se acordó en el último instante de que tenía vendado el dedo y los nudillos.

Robert se sentó, con aspecto de estar harto de esperar a que lo hiciéramos nosotros primero.

—Además —dijo—, el avión tiene doce plazas. Incluso con tu ego a bordo tendremos suficiente espacio. Hasta que se recupere, al menos.

Me mordí los carrillos por dentro y agaché la cabeza, intentando disimular la gracia que me hizo. No era el momento de sonreír. Estaba muy muy muy muy cabreada con Adrien.

—Gracias, Gamps —gruñó Adrien, aunque pude notar en su voz que también le había hecho gracia—. Que lo decida Ria. Si le parece bien que os acompañe, lo haré.

—Eh, yo no… Me han traído hasta aquí con engaños —dije, lanzándole a Robert una mirada cargada de intención. Me sonrió y le hizo señas al camarero para que le llevara más té a la mesa—. Esperaré hasta que haya sitio en un vuelo comercial.

Adrien tensó el gesto de esa forma que yo había aprendido a interpretar como que estaba listo para rebatir algo, pero Robert lo interrumpió antes de que pudiera abrir la boca.

—Addy, ¿por qué no te sientas con nosotros y nos cuentas lo que has hecho en las últimas veinticuatro horas? Malicia dice que los médicos no lograban separarte del móvil lo suficiente como para curarte la mano. Me gustaría saber qué es lo que era tan importante.

Adrien fulminó a su abuelo con la mirada como si fuera un niño cuyo tutor lo hubiera avergonzado al revelar su mayor y más importante secreto, con los nudillos de la mano sana poniéndose

blancos alrededor del asa de su bolsa de viaje de piel.

—Lo siento. ¿Demasiado obvio? —preguntó Robert con sarcasmo. Y a mí me dijo—: Creo que trata de guardar más secretos. El chico siempre ha sido demasiado terco como para aprender la lección a la primera. Aunque te diré una cosa: su ética de trabajo no tiene parangón. Lleva la camiseta arrugada y parece un poco trastornado en este momento, pero deberías saber todo lo que ha conseguido en un solo día. La verdad es que no sé de dónde saca la energía. El resto somos bastante vagos en comparación.

Adrien tenía los labios tan apretados que formaban una fina línea y las orejas, de color rojo remolacha.

—Y Gamps se ha pasado los últimos ochenta y dos años negándose a meterse en sus propios asuntos. De ahí le viene a Alice.

—Siéntate.

En ese momento pensé que debería haber agarrado la maleta y salir disparada del salón en cuanto entró Adrien, pero su aspecto desaliñado me había distraído tanto, y sorprendido también, que me quedé con los pies clavados en el sitio, tratando de asimilarlo.

—Creo que me voy a ir —dije, moviendo mi maleta.

Nada bueno iba a salir si me quedaba allí plantada.

Pero entonces Robert dijo:

—No seas idiota.

Me di cuenta de que no hablaba conmigo. Clavaba una mirada cómplice en su nieto, levantando las gruesas cejas por el borde de las gafas.

Adrien suspiró.

—De acuerdo, Ria. Ya sé que has dicho que te deje en paz, pero solo escúchame un par de minutos.

—No.

—Vale. Treinta segundos. He estado hablando con…

—Adrien, no. —No quería escucharlo. Me volví hacia Robert—. Mira, aprecio lo que sea que intentes hacer porque sé que tu intención es buena, pero de verdad que quiero que me dejen en paz. Y, de nuevo, lamento muchísimo todas las mentiras, pero espero de corazón que nunca jamás tenga un motivo para volver a encontrarme con vosotros o con vuestro nieto.

Fui todo lo amable que pude ser dada la gran frustración y el cansancio que cargaba sobre los hombros.

Aparté la mirada al tiempo que agarraba el asa de mi maleta de cabina y la mantuve gacha mientras salía en silencio de la vida de Adrien. Para siempre en esta ocasión.

Las palabras «estás siendo muy idiota» fueron lo último que oí antes de que se cerraran las puertas tras de mí. Aunque esa vez no estaba del todo segura de que Robert no se estuviera dirigiendo a mí.



La puerta del apartamento se abrió en cuanto mi maleta dejó de resonar sobre el suelo de mármol, antes incluso de que tuviera la oportunidad de sacar las llaves del bolso.

—Hola, Ariana —me saludó una Jamie del todo indiferente que parecía un villano de dibujos por cómo sujetaba contra su pecho a Tobigote, que ronroneaba y no apartaba la vista de mí—. Qué bien verte por aquí, sana y salva.

Me dejé caer con el hombro en la pared. No había respondido a sus mensajes en los últimos dos días. No desde que ocurrió todo lo de Josh.

—Lo siento —dije.

—Alba cree que te han secuestrado porque no le has respondido. No se lo he aclarado.

Me parecía bien.

—Para que conste, diré que me estaban pasando un montón de cosas.

Enarcó la ceja izquierda mientras Tobigote le daba coletazos en el brazo. No sabría decir cuál de los dos parecía más enfadado conmigo. Por mi bien, esperaba que fuera Jamie.

Apreté los labios. Tampoco sabía nada de lo mío con Adrien. Quería contárselo cuando llegara a casa, con una botella de vino. Entonces creí que iba a ser una conversación divertida.

—Me he acostado con tu futuro marido —le dije.

Abrió los ojos sorprendida y, poco a poco, una sonrisita irónica se le dibujó en la cara al tiempo que desaparecía todo rastro de enfado.

—¡Qué puta! Quiero. Saber. ¡Todo!

—Josh es su primo.

Se le heló la sonrisa.

—Un momento. ¿Qué?

—Tenemos que, eh, irnos —dije. De pronto veía borroso y se me hizo un nudo en la garganta—. Ahora, por favor. Tenemos que recoger todo e irnos.

—Es casi medianoche de un día entre semana…

—Por favor. ¿Podemos irnos ya? Necesito estar en mi propia casa. En mi propia cama.

Un instante de silencio y luego asintió, cogiéndome del brazo.

—Vale. De acuerdo. Vámonos ya.

Recogimos todo deprisa, en silencio. Traté de ignorar las miraditas de preocupación que Jamie no dejaba de lanzarme y ella hizo todo lo que pudo por fingir que no oía mis sollozos y que no

veía cómo trataba de forma poco sutil de enjugarme los ojos llorosos. Y no podría habérselo agradecido más.

El Uber nos dejó en nuestro viejo y destartalado edificio sin ascensor dos horas después. Cargamos con las maletas por las escaleras, soltamos a un Tobigote chillón en nuestro apartamento sumido en la más profunda oscuridad y, antes de que Jamie pudiera empezar a hacer preguntas, dije:

—Estoy agotada. ¿Podemos hablarlo mañana?

Me apretó la mano.

—Vale.

Y entonces me fui directa a mi cuarto, me hice un ovillo encima del edredón con la chaqueta todavía puesta y me puse a llorar desconsolada.

36

Once días después

—Ya está bien. Se acabó. Te vas a levantar.

El deslumbrante sol me golpeó en los ojos cuando Jamie me retiró de golpe la pesada manta. Me hice un ovillo cuando noté el repentino chorro de aire helador.

—Pero ¿de qué vas? —dije con voz ronca, mirando a mi atacante con los ojos entrecerrados. La queja salió raspando contra el papel de lija que era ahora mi garganta—. ¡Cierra la ventana! ¡Hay como diez grados bajo cero ahí fuera!

—A la bañera —me ordenó Jamie chasqueando con autoridad los dedos. Señaló la puerta—. Ya.

—¿Por qué no te has ido a trabajar todavía? —gruñí, cubriéndome los ojos con la punta de la capucha de la sudadera.

—Ria, son casi las seis de la tarde. Me fui a trabajar hace diez horas. Acabo de volver.

—Ah —dije—. Pues casi es la hora de dormir. Te veo mañana.

Agarré de nuevo el borde de la manta y me cubrí hasta las cejas. Luego volví a subir las rodillas al pecho, cerré los ojos y dejé que la oscuridad me consumiera…

Algo me agarró del tobillo y tiró.

Pataleé, tratando de que me soltara.

—Para ya —le exigí.

—Ni de puta coña. Te he dado once días para deprimirte. Es más que suficiente. —Ahora utilizaba ambos brazos.

—¿Por qué me haces esto? —lloriqueé, luchando por aferrarme a las sábanas de la cama mientras ella me arrastraba poco a poco fuera del colchón.

Conseguí enganchar los dedos en el borde del somier, pero no tuve bastante fuerza como para aguantar más de un par de segundos.

—Porque tú harías lo mismo por mí —respondió Jamie mientras yo me caía tripa abajo en la alfombra con un gruñido seco—. Aunque no habrías sido tan delicada conmigo.

Y luego mi, ya de forma oficial, ex mejor amiga me tiró una puta jarra de agua helada sobre la cabeza.

Solté un grito ahogado cuando el frío me caló hasta los huesos, me puse recta de golpe y abrí la boca de par en par.

—No me creo lo que acabas de hacer… ¡Jamie! Joder… ¡Para!

Sujetaba otra jarra sobre mí como una loca, inclinándola lo justo para que supusiera una amenaza.

—¿Has comido algo hoy? —preguntó, mirándome con el ceño fruncido como si yo fuera una chiquilla portándose mal.

Me aparté la capucha calada del pelo mientras me empezaba a funcionar el cerebro a cámara lenta, tratando de entender qué coño le pasaba a Jamie.

—Me acabo de despertar —dije.

Entornó los ojos.

—¿Cuándo ha sido la última vez que has bebido agua? ¿O que te has duchado?

¿Estaba de puta broma?

—Ahora mismo, tal cual. Me acabas de… ¡valevalevalevale! —Levanté las manos, rindiéndome, cuando inclinó la jarra lo suficiente como para que cayera un hilito de agua—. Vale, relájate. Beberé un poco de agua, joder.

¿Qué narices le pasaba? Me había empapado toda la alfombra.

Me puse de pie, apenas consciente de cuánto me había costado hacerlo. Tenía los músculos doloridos de una forma extraña, las rodillas más inestables de lo que recordaba.

Me arrastré hasta la cocina, me serví un vasito de agua y me obligué a tragarla aunque supiera como amarga arena líquida.

—¿Contenta? —dije con brusquedad.

El cristal chocó contra el fondo del fregadero con un clang mucho más dramático del que pretendía, pero no me importó.

Jamie ignoró mi berrinche mientras desenrollaba una enorme bolsa de basura, y luego se fue directa a mi cuarto.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —quise saber.

Noté que me faltaba el aliento al seguirla. Me aparté un mechón de pelo mojado de los ojos y la frente cuando Jamie se puso manos a la obra, agarrando latas vacías, botellas y la ropa del suelo.

—En serio, ¿qué estás haciendo? —volví a preguntarle.

—¿A ti qué te parece?

—Me parece que estás limpiándome el cuarto —dije mientras Jamie echaba un bote vacío de mantequilla de cacahuete en la bolsa.

—Pues eso es lo que hago. —Dejó la bolsa en el suelo y pasó a quitar las fundas de las almohadas—. Deberías meterte en la bañera antes de que se enfríe el agua. Le he puesto esa cosa de miel y lavanda que te gusta y ya tienes ropa limpia dentro.

—Puedo limpiar esto yo misma. —Solo que esa semana no había tenido ganas. Ni la anterior.

—Ya lo sé —dijo sin más—. No estoy diciendo que no puedas. Es solo… ¿Qué es esto?

Mi cerebro embotado tardó un segundo de más en comprender lo que ella estaba mirando.

Las tiras del fotomatón que nos sacamos Adrien y yo aquel día en el puerto.

—¿Eso es…? —Miró las fotos con los ojos entrecerrados—. ¿Es Adrien? ¿Por qué está azul?

Le quité de un tirón las fotos de la mano y me las llevé contra la tripa.

—No es él —dije.

Me miró la nariz y luego se relajó, comprendiéndolo.

—¿Guardas fotos de los dos en la funda de tu almohada?

Me iba el corazón a mil por hora y se me ruborizó todo el cuerpo. Ojalá nunca le hubiera contado lo de la fosa nasal delatora.

—Ria…

—Me voy a dar un baño. —Decidí. Luego me acerqué a la papelera y me obligué a soltar las tiras.

Pretendía deshacerme de ellas de todas formas. Solo que… con el tiempo.

Jamie estaba haciendo eso de mirarme como si fuera un gatito herido, así que aparté la mirada y salí despacio de la habitación, prometiéndome que no me metería en el contenedor para recuperar las fotos cuando ella, como era normal, sacara la basura.



Las dos voces que murmuraban entre susurros se callaron de golpe cuando entré en la cocina, con una toalla alrededor del pelo mojado. Una preñadísima Alba trató de dedicarme su sonrisa más

convincente desde la mesa, pero la sonrisa se desvaneció antes de que se le reflejara en los ojos.

—Hola —dijo mientras yo me dirigía con pisadas ruidosas hacia la nevera. La abrí y eché un vistazo a las baldas sin pensar, aunque en realidad no tenía hambre.

—Estás despierta —dijo Alba con demasiada alegría.

Asentí entre dientes, fijándome en un cartón de huevos. Sabía que tenía que comer en algún momento, pero ¿merecía la pena el esfuerzo de hacerme una tortilla? Tenía que sacar los ingredientes, preparar las verduras, calentar la sartén, cocinar, esperar, comer, limpiar…

Cerré la nevera. Comer era, de forma oficial, un problema para el día siguiente.

Alba carraspeó, tratando de captar mi atención. Me volví hacia ella.

—¿Qué? —pregunté, aunque no hacía falta.

El día después de volver de Victoria, me había reventado a llamadas para pedirme que le explicara qué era lo que había hecho para que Adrien le solicitara una reunión en persona y se disculpara por «literalmente todo», tal y como dijo ella. También quería saber por qué la había vuelto a contratar y por qué le había triplicado la prestación por maternidad. «¡Incluso me ha dado tres meses más de baja! Y cuando vuelva, mi horario laboral estará limitado a un tope estricto de cuarenta horas semanales, no podré trabajar en festivos y me va a obligar a que gaste todos mis días de vacaciones. En serio, ¿qué coño le has hecho?».

Le había prometido que ya se lo explicaría más tarde, y ahora ya era oficialmente «más tarde».

Pero en lugar de avasallarme pidiéndome todas las respuestas que le debía, señaló un montón de cajas de comida para llevar que

tenía enfrente.

—He traído comida india de ese sitio que te gusta. Pollo *tikka masala,* extrapicante. Con pan *naan* de ajo.

Ah. Bueno. Qué maja.

—Gracias —dije.

—De nada.

—Yo cojo los platos. Siéntate, Ria —se ofreció Jamie, poniéndose manos a la obra.

Se estaban comportando de forma rara. Su voz, sus actos, el rollo… no cuadraban. Me di cuenta de ello, pero vi que no me importaba tanto como para preguntar. Así que tan solo hice lo que me pidieron.

Hubo un silencio incómodo mientras Jamie ponía la mesa y Alba trataba de encontrar la forma de decirme lo que me tuviera que decir. Incluso Tobigote estaba tranquilo, algo poco habitual en él, hecho un ovillo en una de las sillas, moviendo esa cola peluda.

—Bueno —dijo mi hermana al fin, y yo sabía por su tono de voz que se estaba preparando para Una Conversación—. Qué interesante ver que esta espiral de pena funciona en los dos sentidos.

Jamie me puso un enorme vaso de agua al lado del plato vacío. Uno de esos de tamaño gigante que ya estaban en el apartamento cuando llegamos y que dejábamos al fondo de los armarios, porque a nadie le había hecho falta nunca beber casi un litro del líquido que fuera de una sola sentada. Salvo si venía directo de una botella de vino.

Hablando de eso…

—¿Tenemos vino?

—No —respondieron las dos a la vez.

«Vaya mierda».

Alba carraspeó por cuarta vez en dos minutos.

—¿Necesitas un caramelo para la garganta? —Fui tan borde como para que tanto ella como Jamie me miraran con las cejas enarcadas. «Mierda»—. Lo siento. No pretendía ser tan brusca.

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó.

—Nada.

Ladeó la cabeza.

—¿De verdad? Porque Adrien me ha contado al menos parte de lo que ocurrió en Victoria y no me pareció que fuera «nada».

—Pues así es.

Saqué un trozo de *naan* del papel de aluminio, arranqué un pedacito y me lo metí en la boca. Las dos se me quedaron mirando.

—Si te hace sentir mejor —acabó por decir Alba con delicadeza —, él tampoco lo está pasando muy bien.

El *naan* se convirtió en un montón de barro de golpe. Me obligué a tragarlo con muchísima agua.

—No me importa —murmuré, manteniendo la mirada gacha.

—Ria, deberías saber…

—Vale, ¿sabéis qué? Nueva norma —decidí—: añadimos de forma oficial a Adrien a la lista de temas de conversación prohibidos, justo por debajo de Josh.

—No —dijo Alba.

—No lo estoy sugiriendo.

—Y yo no me voy a quedar de brazos cruzados y dejar que te caigas en ese pozo otra vez —replicó.

—¿Qué pozo? Te estoy diciendo que no quiero hablar del imbécil de tu jefe…

—No, Ria. Se acabaron las conversaciones prohibidas. No quieres hablar de Adrien, no quieres hablar de Josh, no quieres hablar del instituto y nunca quieres hablar de papá. Solo… te tragas todo, te castigas y… para mí es muy difícil quedarme sentada mirando. Si

necesitas terapia, podemos…

—Alba, no quiero hablar de esto contigo —le dije con tanta calma como pude con los dientes apretados.

—Bien, entonces tan solo escucha —dijo Alba—. Vamos a tener esta conversación tanto si quieres como si no, porque ya no voy a, no puedo, quedarme de brazos cruzados y seguir sin hacer nada. No, por cuestión de principios. Así que déjame decirte lo que tengo que decir porque creo… A veces, por las cosas que dices y por cómo actúas, me da la sensación de que crees que lo que le pasó a papá fue culpa tuya y…

—Alba, ¡para!

Se le estaban llenando los ojos de lágrimas, le temblaba un poco la barbilla y empezó a frotarse la tripa.

—¿Tengo razón? ¿Es eso lo que crees?

Pero yo parecía incapaz de abrir la boca para responderle. Tal vez porque en realidad no sabía qué decir.

Jamie nos miraba con un gesto de tristeza, jugueteando nerviosa con los dedos con la delicada cadena que le adornaba el cuello.

—Ria, no me puedo quedar sentada y ver cómo te sigues adentrando en esta espiral de autodestrucción. Es algo físico, no puedo. Te he dado tu tiempo, te he dado tu espacio, pero no va a mejor, y me parece que sigues… «castigándote» porque crees que te lo mereces. Y si no quieres hablar de ello conmigo, bien. Pero al menos háblalo con un profesional.

En ese momento Jamie me cogió la mano y la apretó.

—¿Y qué te hace pensar que me estoy castigando? —le pregunté con terquedad.

—Bueno, para empezar, te has pasado toda una década conteniéndote, sin dedicarte a uno solo de tus intereses y malgastando todo tu potencial —dijo—. Has renunciado a tus

sueños, a tus ambiciones. Cosas que te han apasionado desde que tengo memoria.

Me atravesó un destello de rabia como si fuera corriente eléctrica. Ardiente y doloroso. No tenía ni de lejos la paciencia ni la energía necesarias como para controlarme.

—Para que lo sepas, Albs: no soy la primera persona en la historia que ha alcanzado la cumbre en el instituto. No entiendo por qué todo el mundo está tan obsesionado con el potencial que tenía o no tenía ¡cuando era una puta adolescente! ¡Superadlo de una vez!

Tanto ella como Jamie me miraron con las cejas enarcadas, pero Alba se recuperó deprisa, recostándose en la silla mientras entrecerraba los ojos con un destello de advertencia. Ya no le temblaban los labios. En vez de eso, su expresión y su postura empezaron a adquirir un matiz un poco más… desafiante. Como si estuviera preparándose para una batalla.

O tal vez lo estaba proyectando yo.

Me puse de pie, con los puños apretados a ambos lados del cuerpo.

—¿Te crees que me he contenido a propósito? —le pregunté—. ¿Te crees que yo elegí este camino? Alba, todas las universidades retiraron sus ofertas. No fue mi elección.

Si hubiera creído durante un instante que todavía había una sola oportunidad para poder…, da igual. Ya no tenía importancia, joder.

Alba se encogió de hombros.

Se encogió de hombros. Como si lo que yo acababa de decir fuera del todo irrelevante para el tema que nos ocupaba.

—¿Y? —dijo.

Eché la cabeza hacia delante.

—¿Esa pregunta va en serio? ¿O es por lo del embarazo?

—¿Alguna vez trataste de volver a solicitar el ingreso?

Jamie se metía trozos de *naan* en la boca como si fueran palomitas, con los ojos pasando de mi extremo de la mesa al de Alba. Parecía…

Pasaba algo. Las dos estaban tramando algo.

—¿Por qué iba a pagar un montón de pasta solo para recibir otra serie de negativas? —pregunté.

—¿Cómo sabes que te rechazarían?

—Porque eso es así.

—Pero ¿cómo lo sabes si nunca lo has intentado?

—Porque lo sé —solté con un gruñido.

—Ajá. Claro.

Jamie abrió la tapa de dos tipos diferentes de curri mientras contemplaba nuestra discusión: el *tikka masala* extrapicante y el curri amarillo con queso *panir*.

Me rugió la tripa y sentí el aguijón del hambre por primera vez en casi dos semanas. Pero seguí concentrada en mi hermana.

—Tengo antecedentes, por si lo has olvidado.

Se miró las cutículas.

—No me interesan tus excusas, Ria.

Clavé los dedos en la mesa. Me estaba provocando. No sabía por qué lo hacía, pero lo hacía, y, joder, le estaba funcionando.

—No es una excusa —me defendí.

Volvió a mirarme a la cara. Le brillaban los putos ojos.

—Demuéstralo —dijo.

—¿Qué? ¿Cómo?

Antes siquiera de que hubiera preguntado, metió la mano en una bolsa enorme de tela que llevaba.

—Así. —Sacó una carpeta azul, con una sonrisita de suficiencia extrañamente familiar en la boca. La movió provocándome cuando no cogí la carpeta al momento—. Venga. Tú has preguntado.

Se la arranqué de la mano estirada y la tiré en la mesa.

El tiempo se congeló.

—¿Qué… eh… qué es esto? —pregunté como una tonta. Aunque la respuesta estaba ahí mismo, escrita bien clarito.

Solicitudes de ingreso para cinco universidades diferentes, todas ya completadas. Con mis datos.

—Solo tienes que firmarlas —dijo Alba, sin lugar a dudas encantada con su pequeña victoria—. No podía firmar por ti. Por temas legales.

—Yo… no puedo —tartamudeé mientras una oleada de nervios me recorría el cuerpo. Me daba vueltas la cabeza, tratando de eliminar la espesa niebla en la que había estado sumida los últimos diez días. «Inventa una excusa. ¡Cualquier excusa!»—. Solo enviar esas solicitudes serían unos seiscientos veinticinco dólares. Incluso aunque ahora mismo tuviera trabajo, no me gastaría tanto dinero solo para demostrar que tenía razón.

Jamie me sirvió comida en el plato mientras sonreía satisfecha para sí misma.

—Qué curioso que conozcas la tarifa actual para presentar una solicitud universitaria —dijo Alba reflexionando—. Como si lo hubieras comprobado hace poco. O incluso de forma habitual. Como si tal vez este sueño no estuviera tan muerto como quieres hacerle creer a todo el mundo.

Estaba a punto de salirme una úlcera. Pero antes de intentar convencerla de que solo lo había adivinado de casualidad, volvió a meter la mano en la bolsa.

—Cinco cheques. Uno para cada universidad. ¿Alguna otra excusa?

Me invadió el pánico.

—No te voy a aceptar seiscientos dólares solo para enviar un

montón de ridículas solicitudes universitarias que, con solo echar un vistazo a mis antecedentes, van a ser rechazadas.

Pestañeó despacio y esperó un segundo antes de decir:

—Salvo por el hecho de que tus antecedentes no fueron el único motivo por el que retiraron las becas y las ofertas de ingreso. El padre de Josh movió sus hilos para que ocurriera y lo sabes porque te lo dijo él mismo. Justo antes de hacerte creer que nunca jamás ibas a tener la oportunidad de estudiar nada más después del instituto, como forma de devolverte «lo que le hiciste a su hijo». —Marcó las comillas en el aire en esa última parte, mientras le asomaba un tic de rabia en la mejilla.

Me quedé con la boca abierta.

—¿Y cómo sabes tú eso?

Tragó saliva y suavizó la mirada.

—¿Por qué no me contaste que te había amenazado? Podía haber intentado ayudarte.

Me dolía la frente de la intensidad con la que fruncía el ceño.

—En serio. ¿Cómo te has enterado? ¿Y cuándo?

—Ayer. —No respondió la primera pregunta a propósito.

—¡Qué capullo! —dijo Jamie mientras masticaba—. ¿Te imaginas ser un hombre hecho y derecho y amenazar así a una chiquilla de dieciocho años? Puto patético.

Alba asintió.

—La cuestión es, Ria, si de verdad, en lo más hondo de tu ser, no quieres hacerlo, entonces no pasa nada. Pero si hay una pequeña parte de ti que sigue aferrada a ese sueño…, deberías enviar esas solicitudes. Hazme caso.

—Mmm —asintió Jamie con la boca llena.

Miré a las dos con cautela, entornando los ojos hasta casi cerrarlos.

—¿Y cómo estás tan segura de que el padre de Josh no volverá a mover sus hilos? —pregunté despacio.

Alba me miró a los ojos sin pestañear, sonrió con suficiencia y dijo:

—Se han ocupado de él. Y de los miembros de las juntas de admisión que aceptaron sus sobornos.

Clic.

—Pero, espera, ¡hay más! —se metió Jamie mientras yo seguía sin apartar la vista de mi hermana. Se movía inquieta de la emoción —. Ria, dile que no crees que puedas permitirte la matrícula aunque te admitieran.

Para cuando acabara esa conversación iba a tener al menos una muela rota.

Alba torció esa sonrisita de superioridad.

—Ria, es muy normal que te preocupe eso —dijo, ignorando las ocho venas distintas que se me estaban marcando en la cara y el cuello—. ¿Sabes que hay algunos bufetes que pagan para que individuos «con un talento excepcional» vayan a la universidad si dichos individuos «con un talento excepcional» aceptan trabajar para ellos durante un periodo de tiempo después de graduarse?

—¡El programa de becas de un bufete! —gritó Jamie—. Incluso pagan los gastos de manutención si les interesas de verdad. ¿Quién lo hubiera imaginado?

Quién, en efecto.

—Ya, ya sé lo que estás pensando —siguió diciendo Alba. Las dos se lo estaban pasando en grande con ese teatrillo que me habían preparado—. Estás pensando: «Alba, esos programas de becas son para estudiantes de derecho. Yo ni siquiera tengo una licenciatura previa y obligatoria para meterme en derecho. ¿Por qué me iban a tener en cuenta siquiera para ofrecerme una oportunidad

tan increíble? Tan increíble que yo sería una auténtica idiota si al menos no la considerara».

Eso no era lo que estaba pensando.

—Bien, Ria, me alegra que me hagas esa pregunta —siguió diciendo Alba.

—De verdad que sí —me dijo Jamie—. Se ve a la legua.

—¿Y si te digo que si, y solo si, tienes «un talento excepcional» más que evidente, un bufete de abogados muy famoso en particular estaría dispuesto a cubrir los gastos de tu licenciatura previa?

Alba volvió a meter la mano en la bolsa mientras a mí se me aceleraba el pulso por segundos. Sacó una tarjeta de visita elegante y me la pasó por la mesa.

Sunny Kanun.

Socio sénior.

Kanun, Barr & Lee.

—Tienes la entrevista mañana por la tarde. Los datos de contacto están en el reverso —dijo Alba—. No llegues tarde. O sí. La verdad es que no creo que importe.

El silencio se instaló entre las tres mientras Alba y Jamie esperaban mi reacción. Al final cogí la tarjeta, me quité la toalla del pelo húmedo y dije:

—Voy a matar a Adrien Cloutier. Y esta vez va en serio.

—¡Sí! —Jamie saltó de la silla—. Pero ponte máscara de pestañas, ¿vale?

—Sigue en el despacho —dijo Alba sin más, y puso su tarjeta de acceso total encima de la mesa mientras Jamie me arrastraba hasta el baño, queriendo saber dónde había puesto el cepillo del pelo.

Ni siquiera intenté oponer resistencia.

37

Por segunda vez en dos meses, conseguí colarme en el despacho de Adrien Cloutier sin que una sola persona tratara de detenerme. Y eso que había entrado en el edificio echando humo por las orejas y con pinta de estar más que trastornada.

Adrien se sobresaltó cuando irrumpí en su despacho y apartó la cabeza de la pantalla cuando la puerta se estrelló contra la pared. Le brillaron los ojos cuando se posaron en mí, y se puso de pie de golpe.

—¿Ria? Estás aquí. Hola. ¿Por q… eh… estás aquí?

¿Le estaba dando un ataque?

—He intentado ponerme en contacto contigo para hablar sobre la ampliación de la garantía de tu avión privado —respondí con dulzura antes de dar un golpetazo con la carpeta azul en su escritorio—. ¿Tú por qué crees que estoy aquí?

Se aclaró la garganta y movió las manos con torpeza por la cintura de los pantalones antes de apoyarlas, incómodo, en las caderas.

—Por diversión.

Tuvo la osadía de parecer que lo decía en serio, además.

—¿Qué cojones es esto? —Señalé con un dedo acusador la carpeta.

Se encogió de hombros.

—Tú eres la que ha entrado aquí como una loca con eso.

—Te dije que me dejaras en paz.

Una mueca de malestar, casi de arrepentimiento, le cruzó el rostro.

—Que es justo lo que hice.

—¿Esto es dejarme en paz? ¿Reclutar a mi hermana para que me engañe y me provoque para que vaya a esta tontería del bufete Kanun es para ti dejarme en paz, Adrien?

Apretó los labios.

—Para que conste, diré que se suponía que no te tenía que decir que yo estaba detrás de todo. Se suponía que tenía que presentarte lo de la facultad y el trabajo como si hubiera sido idea suya.

Como si me lo fuera a creer tan fácilmente. Como si todo eso no apestara a él.

Me recorrió el cuerpo con la mirada mientras yo estaba allí de pie fulminándolo con la mía, furiosa.

—Tienes buen aspecto —dijo.

Empezaba a ruborizarse por la punta de las orejas y las mejillas.

Era culpa de Jamie, no mía. La máscara de pestañas había pasado a ser raya del ojo, colorete, corrector y tinte labial. Y no me hagas hablar de la ropa. Casi me había obligado a la fuerza a que me pusiera un sujetador con *pushup*.

Ella y yo teníamos que volver a fijar algunos de nuestros límites.

—He creído que al menos debería intentar estar guapa para cuando me saquen luego la foto para la ficha policial —respondí en tono seco.

Esbozó una leve sonrisa.

—Misión cumplida, entonces. Me gusta ese toque oscuro que te has puesto en los ojos.

Chasqueé los dedos antes de señalarlo con uno.

—No hagas eso —le dije.

—Solo digo que están increíbles. —Relajó un poco los hombros mientras se metía las manos en los bolsillos de los pantalones—. Más que de costumbre, me refiero.

Nunca iba a perdonar a mi corazón su reacción ante esas palabras. La manera en la que se agitó y latió con fuerza, enviándome al rostro una oleada de calor mientras Adrien buceaba en mi alma.

—Me alegro mucho de volver a verte —dijo.

Nunca le iba a perdonar a mi cerebro que pensara de inmediato: «Lo mismo digo. Yo también me alegro de volver a verte».

Me puse recta. Apreté los puños.

—No necesito tu caridad, Adrien. No tenías ningún derecho a hacer esto a mis espaldas. —Pero incluso mientras decía esas palabras, sabía que me estaba agarrando a un clavo ardiendo. Motivo por el cual, lo más probable, no iban tan cargadas de veneno como hubiera querido.

—¿Estás de coña? ¿Crees que esto es caridad? —Se calló un par de segundos, mirándome con esos ojos oscuros—. No es caridad, Sanchez. Es el puto karma. Dos miembros de mi familia te robaron algo muy importante, y lo único que estoy tratando de hacer es devolverte una pequeña parte. Pero eres tan terca y yo… he sido tan imbécil durante las últimas semanas que sabía que nunca lo aceptarías si venía directamente de mí. De ahí la elaborada estrategia. Sé que me he portado fatal contigo, solo… quería hacer lo correcto.

Volvió a callarse para estudiar mi reacción y darme la oportunidad de hablar. Cuando me quedé en silencio, dijo:

—Si es algo que ya no deseas, entonces de acuerdo. No

necesitas una educación universitaria ni una licenciatura en derecho, Ria. Eres la hostia de perfecta y valiosa tal como eres y de verdad que quiero que lo sepas. Pero es tuyo si sigues queriéndolo. Y si decides intentarlo, pero más tarde cambias de opinión, no pasará nada. Ya he hablado con Sunny. Y si no terminas, me mandará la factura.

Yo nunca me iba a perdonar a mí misma por emocionarme por lo que estaba diciendo. Por cómo sentí una opresión tan dolorosa en el pecho.

Intenté recobrar la rabia, le exigí que volviera.

—Yo no te pedí que hicieras lo correcto. Te pedí que me dejaras en paz —dije—. No eres mi amigo, no eres mi novio, solo eres un tío con el que he follado. No tienes ningún derecho a meterte de este modo en mi vida personal.

Me arrepentí en cuanto esas palabras salieron de mi boca, pero ya era demasiado tarde. Lo estaba mirando a los ojos cuando lo dije. Vi lo mucho que le dolieron.

Asintió y curvó los labios hacia abajo mientras pestañeaba despacio, quedándose con los ojos entrecerrados. Apartó la mirada.

—Solo un tío con el que has follado —repitió—. Eso es…

Se quedó callado y bajó la barbilla para volver a asentir, como si por fin hubiera aceptado algo que llevaba mucho tiempo negándose a admitir.

«¿Te has parado a pensar, aunque sea solo una vez, durante el último par de semanas, que soy un ser humano de verdad, Ria? ¿Con sentimientos reales y todas esas chorradas?».

Yo tenía un nudo tan grande en la garganta que incluso aunque tuviera algo que decir, no estaba segura de si sería capaz de conseguir pronunciar las palabras.

Tras lo que me pareció toda una eternidad, Adrien pasó el dedo

por el borde de la carpeta azul y la apartó a un lado.

—Vale —dijo—. Mensaje recibido. No volveré a interferir. Lo siento.

Lo podría haber dejado ahí. Decirme que me fuera de su puto despacho, del edificio, de su vida. Llamar a seguridad.

En vez de eso, decidió devolverme el golpe.

—Tú no —dijo clavándome la mirada vidriosa en los ojos de nuevo—. Para que quede claro también cuál es mi postura, tú no eres solo una chica con la que he follado. Puede que no sea tu amigo y puede que no sea tu novio, pero solo porque tú no quieres que lo sea. No porque yo no quiera serlo. Para mí no fue solo sexo. Siento… algo muy real por ti, Ria. Si por mí fuera…, las cosas serían muy diferentes entre los dos. Pero al menos ahora ya sabemos ambos a qué atenernos.

Yo respiraba cada vez con mayor dificultad, y no importaba lo mucho que lo intentara, no era capaz de decir nada a modo de respuesta. Así que me quedé ahí plantada, con la mirada fija.

Adrien me observó unos segundos, repasando mis rasgos como si tratara de memorizarlos. O tal vez lo estaba proyectando yo.

Tragó saliva y levantó la esquina derecha de su para nada mediocre boca, revelando un único hoyuelo. Pero en sus ojos había tanto arrepentimiento que solo consiguió que pareciera mucho más triste.

—Te has vuelto a quedar mirándome, Sanchez —susurró.

Fue culpa de cómo se le quebró su estúpida y ronca voz. Yo estaba manteniendo la compostura bastante bien hasta entonces. Pero en cuanto dijo esas palabras, con ese tono, con ese volumen, se me partió el alma en dos y me tembló el labio inferior.

La triste sonrisita de Adrien palideció al momento y se le tensó todo el torso.

«Mierda. Mierdamierdamierdamierdamierda. Contrólate, joder».

—Sanchez.

—Voy a… eh. —«Irme». La palabra que trataba de decir era «irme». Pero entonces me di cuenta de que una vez me diera la vuelta y saliera de allí, no lo volvería a ver nunca y…, joder. Me impactó lo suficiente como para quedarme sin aliento.

Nunca volvería a escuchar su voz.

Nunca tendríamos otra oportunidad de discutir, vacilarnos y tontear. Jamás.

Hasta ahí habíamos llegado.

Adrien se quedó paralizado en el sitio, con aspecto de estar procesando las cosas.

—¿Qué he dicho? —preguntó con gesto de impotencia en un momento dado, mientras a mí me temblaba el labio sin poder evitarlo.

Le debí parecer ridícula. Me sentía ridícula.

Intenté tragarme el nudo que tenía en el fondo de la garganta, pero no quería deshacerse. No cuando no dejaba de repetirme en la cabeza que esa era la última vez que Adrien Cloutier me iba a sacar de puto quicio.

La única vez que necesitaba que supiera que estaba mintiendo y que me lo dijera, optó por creerme.

Me mordí con fuerza el estúpido y ridículo labio inferior mientras le lanzaba una mirada asesina y fruncía el ceño, expulsando las lágrimas que me brotaban de los ojos.

Rodeó el escritorio, con aspecto de estar más desconsolado a cada segundo que pasaba. Qué descaro el de ese hombre.

Estiró las manos hacia delante como para agarrarme, pero pareció pensárselo mejor.

—Sé que es mi culpa, pero ¿me puedes decir qué es lo que he

hecho? Porque de verdad que esta vez no tengo ni idea —dijo.

Me limpié las mejillas con la mano, esperando que se llevara la máscara corrida que diera fe de mi estado, pero no había nada. Maldita Jamie. Sabía lo que se hacía.

—Ria, solo dime por…

—¿Solo un tío? —pregunté, mirándolo a esos ojos tan preciosos que me sacaban de quicio—. ¿Solo un tío, Adrien? De todas las mentiras que te he contado, ¿justo en esa es en la que decides no pillarme? ¿Esa es la que me vas a pasar por alto? ¡Estoy bastante segura de que cuando lo he dicho se podía notar cómo se me dilataba la fosa nasal desde la puta luna!

Señalé furiosa con el dedo dicha luna, que se veía a la perfección a través de los ventanales de su despacho.

Adrien abrió la boca despacio, mirándome a los ojos.

—Eres, sin la más mínima duda, el ser humano más irritante de todo el puto planeta, Adrien. Me has vuelto loca de remate, ¿sabes? En serio, desquiciada del todo. Solo hay que ver las señales.

Empezó a relajar el gesto al asimilar mis palabras y una sonrisita cómplice apareció en su boca. Dos hoyuelos. Torcidos y desiguales a más no poder.

—Ah, ¿te parece divertido? —pregunté, poniéndome recta mientras se acercaba más, más, más. Ni siquiera me había dado cuenta de que me había movido hasta que di con la espalda en la pared y chocaron las puntas de nuestros pies—. Me irritas y me pones nerviosa. Me cambia el humor sin parar. No puedo pensar con claridad ni sobre nada que no esté relacionado contigo. Apenas puedo cerrar los ojos cinco putos minutos sin sufrir alucinaciones con tus hoyuelos. Y no. No son sueños. He tenido sueños antes y ni de coña son tan reales.

Adrien me apartó un mechón de pelo de la cara con un delicado

movimiento de los dedos.

—Eso suena… bastante molesto —murmuró, y parecía estar encantado con mi sufrimiento.

—Es horrible. Y las alucinaciones no terminan ahí.

—¿No?

—Los colores, Adrien. Todos —traté de explicarle—. Su intensidad, ¿sabes?

Para mi sorpresa, dijo:

—Lo sé.

—Y la comida no sabe igual. Pero no es la comida en realidad, soy yo. A ver, es tu culpa, pero soy yo.

Me cogió de las mejillas con ambas manos, ladeándome la cabeza mientras repasaba todos mis rasgos.

—Pero has estado comiendo, ¿no? —me preguntó mientras me pasaba el pulgar por el hueco de debajo del pómulo.

No era una pregunta relevante, así que seguí hablando.

—Todo eso son señales de estar perdiendo la cabeza, según internet. Todo.

Adrien frunció el ceño y el gesto divertido le abandonó el rostro. Se le había curado la mejilla del todo, pero lo más probable era que le fuera a quedar una cicatriz en la ceja izquierda.

Ojalá a Josh le quedara una cicatriz en toda la cara.

—¿Hace cuánto que no comes, Ria?

Me moví incómoda en el sitio.

—Define «comer».

—¿Qué has cenado? —preguntó.

—Alba ha traído comida india cuando ha venido a desembucharlo todo.

Ladeó la cabeza.

—¿Y has probado bocado antes de marcharte hecha una furia?

—Un poco de *naan*.

—¿Desayuno? ¿Almuerzo?

—Me he despertado tarde —dije.

Le noté un tic en la mandíbula.

—Y soy yo el que te vuelve loca. Yo soy el irritante.

—Sí —coincidí. ¡Por fin! Estábamos de acuerdo en algo.

Me hizo cosquillas con el pelo en la frente cuando dejó caer la cabeza, suspirando como si yo le hubiera cargado todo el peso del mundo sobre la espalda.

—Vale. Vámonos.

—¿A dónde? —pregunté al ver que entrelazaba nuestros dedos y me guiaba para salir del despacho—. Todavía no he terminado de gritarte por mi deteriorado nivel de cordura.

—Puedes gritarme en el coche mientras te obligo a comer patatas fritas.

—Ah —dije. Y después—: De acuerdo.

No era una de sus peores ideas.



Le grité a Adrien en el coche mientras me obligaba a comer las patatas fritas que me había prometido, con una guarnición de *steak tartare* y las vieiras al horno más increíbles que había probado en mi vida. Le grité un poco más cuando subimos a la cima de aquella colina con vistas espectaculares a la ciudad, donde no me soltaba la mano por más que no me quejara.

Hasta que, al fin, ya no me quedó nada por lo que gritarle. A pesar de que intentara pensar en nuevas excusas.

Lo que significaba que la noche se había acabado y que tenía que salir de su coche. Ya.

Llevábamos dieciséis silenciosos minutos sentados frente al edificio donde yo vivía, observando cómo el reloj del salpicadero señalaba la medianoche. Adrien seguía cogiéndome de la mano, acariciándome la piel con el pulgar con delicadeza. Pero no lo hacía con tanta fuerza como para oponer resistencia si yo deslizara la mano de entre la suya. No mostró señal alguna de que quisiera que saliera del coche, pero había desbloqueado las puertas en cuanto aparcamos.

La pelota estaba en mi tejado, pero yo tenía demasiado miedo como para hacer lo que quería.

—Debería irme —acabé por murmurar, sin hacer movimiento alguno para cumplir con lo que acababa de decir.

—Si eso es lo que quieres… —respondió Adrien.

Me mordí el labio inferior.

—¿Qué quieres tú? —probé.

Me miró a los ojos.

—Pasar más tiempo contigo. Una oportunidad para hacer las cosas bien, ganarme tu perdón, tu confianza.

Así, sin más. Lo dijo con tanta facilidad, sin vacilar, sin temor. Me acababa de decir… justo lo que quería.

Bajé la mirada hacia nuestras manos entrelazadas.

—¿Me vas a dejar en paz después de esto?

Traducción: «Si me marcho, ¿es la última vez que te voy a ver en la vida?».

Reflexionó durante un largo rato. Luego dijo:

—Me has dicho que esto es lo que quieres. Tengo que empezar a respetar los límites en algún momento.

Se me cayó el alma a los pies.

«Dile que en realidad no quieres eso. ¡Díselo! Solo necesita oírlo una vez».

—Vale —murmuré en cambio.

Silencio.

Me soltó la mano.

«¿Recuerdas cuando Robert dijo que no fueras idiota? Porque estás siendo una idiota».

—Estaré aquí si cambias de opinión —dijo Adrien, devolviendo la mirada a la carretera.

Salí del coche sin decir nada más, entré deprisa en el edificio y subí corriendo las escaleras con los puños apretados, negándome a mirar atrás.

No pasaba nada. De hecho, era lo mejor.

«¿En serio? Sigues pensando que es lo mejor, pero ¿por qué? ¿Cuál es el motivo?».

Ignoré la voz de la duda y me concentré en hacer el menor ruido posible cuando entré en el apartamento a oscuras. Era un día entre semana, así que Jamie ya estaría dormida y yo no quería…

«No. Respóndeme, Ria. ¿Por qué es mejor no estar con él?».

Apreté los labios mientras me quitaba la ropa y me ponía una camiseta enorme y unos pantalones cortos de chándal para dormir.

«¿Es porque sabes que te hará feliz? ¿Y crees que no lo mereces?».

Me recogí el pelo en un moño flojo de camino al baño.

«¿Es porque todo lo que dijo Alba es cierto?».

Me eché agua fría por la cara y el cuello. Froté.

«¿Piensas que te mereces sufrir toda la vida por lo que le ocurrió a papá, así que vas a seguir castigándote por ello?».

«No vas tras lo que te apasiona porque crees que no mereces la felicidad».

«Te contienes porque crees que no mereces el éxito».

«No sales con nadie porque crees que no mereces que te

amen».

Me metí el cepillo de dientes en la boca, cerrando los ojos con fuerza mientras deseaba que la voz de mi cabeza se callara de una vez.

«¿Y cómo crees que se sentiría papá si lo supiera? Que te echas la culpa. Que crees que no te mereces el amor ni la felicidad».

Escupí.

«Le romperías el corazón. Lo destrozaría, Ria».

Me metí en la cama, cerré los ojos lacrimosos con tanta fuerza como pude… y de inmediato los volví a abrir, frunciendo el ceño. Algo crujió cuando apoyé la mejilla en la almohada y otra vez cuando levanté la cabeza.

Me senté, me llevé la almohada al regazo y metí con cuidado la mano bajo la funda recién lavada para sacar… las tiras del fotomatón. Una foto tras otra de Adrien con su ridículo disfraz de alienígena azul, rodeándome con los brazos mientras yo me divertía esquivando sus besos.

Había una nota adhesiva doblada detrás de una de las tiras y sentí un nudo en la tripa cuando encendí la lamparita de noche y abrí la nota.

Ojalá vieras estas fotos a través de mis ojos.
Es tan obvio.
Por favor, no seas idiota.

Me dio un vuelco el corazón mientras miraba las dos tiras y pasaba los dedos por el borde, igual que había hecho un millón de veces durante los últimos diez días. Había memorizado cada detalle de cada foto hasta la más mínima mancha azul de la camisa blanca de Adrien. Entonces ¿por qué se me seguía acelerando el pulso

como si fuera la primera vez que las veía? ¿Como si percibiera algo nuevo en ellas?

«Es tan obvio».

«Por favor, no seas idiota».

Robert había dicho lo mismo en el aeropuerto, y yo empezaba a creer que tal vez no fuera una coincidencia. Tal vez ellos eran capaces de ver algo desde fuera que yo no era capaz de entender.

Cogí el móvil, navegué por la lista de números bloqueados con los dedos temblando y saqué de la lista el último número. Tardé otros catorce minutos en reunir el coraje para sacar una foto de las tiras y otros tres para darle al botón de «enviar». Pero al final lo hice.

Sentí un cosquilleo en el estómago cuando el estado del mensaje saliente pasó de enviado a leído casi al momento, y contuve el aliento, contando cada segundo eterno hasta la desesperación, hasta que apareció el emoji de un corazón azul en la pantalla. Solté el aire y un subidón de alivio me estremeció el corazón mientras sonreía al emoji azul.

Luego llegó la foto. Las copias de Adrien del fotomatón, dobladas por la mitad para ajustarse al pliegue de su cartera.

Sonreí aún más mientras intentaba pensar en algo ingenioso como respuesta. Pero entonces me fijé en la palanca de cambios de la esquina, al lado de su pierna.

Pestañeé, comprobando la hora. Me había dejado hacía unos cuarenta minutos, por lo que ya debería haber llegado a casa. A menos que lo hubiera pillado algún tipo de extraño atasco nocturno. No era probable, pero ¿qué otra razón había para que siguiera en su coche…?

«Estaré aquí si cambias de opinión».

Abrí la boca de golpe.

Imposible…

Gateé hasta la ventana, la abrí, pero no me podía doblar bastante como para mirar por la esquina sin arriesgarme a caerme desde un tercero y romperme el cuello.

Era imposible que él siguiera ahí, y era típico de mi reciente descenso a la locura que yo entendiera algo así en lo que había dicho. Pero pese a eso…, no pasaba nada por comprobarlo. Solo para asegurarme bien de que no estaba esperándome en la calle como uno de esos tíos cursis (pero increíbles) de las comedias románticas de los noventa.

Bajé a hurtadillas las escaleras, abrí la puerta del edificio y, en efecto, tal y como había imaginado…

…

La leche, Adrien Cloutier me estaba esperando en la calle como uno de esos tíos cursis (pero increíbles) de las comedias románticas de los noventa. Pero mucho mejor. Porque era Adrien.

Ahora estaba de pie fuera del coche, apoyado contra la puerta del copiloto, con la mirada clavada en el móvil y la otra mano jugueteando nerviosa con su cinturón.

Hasta que me oyó salir a toda prisa del edificio.

No sabría decir cuál de los dos estaba más sorprendido de ver al otro, pero la sorpresa inicial duró un par de torpes segundos y luego los dos nos empezamos a mover, sonriendo y estirando los brazos.

—Lo sabía —soltó un segundo antes de que yo deslizara los brazos por su cuello y estrellara mis labios contra los suyos y dejara de ser una idiota.

Por fin.

«Por fin».

38

Nos tropezamos y caímos en el asiento trasero del coche de Adrien, enredando las extremidades y las bocas con una torpe desesperación.

Lo había echado de menos. De verdad, lo había echado de menos.

—Lo siento. —Tomaba aliento con cada oportunidad que tenía—. He sido una imbécil. Lo siento.

—Lo siento —no dejaba de murmurar él cada vez que podía—. Por todo. Lo siento.

Hasta que, de forma inevitable, llegamos a un punto en el que discutíamos sobre quién lo sentía más y quién la había fastidiado más.

—Deja. De. Disculparte —le pedí en un momento dado, mordiéndole el labio con mala cara.

Estaba a horcajadas sobre él y se aferró a mis caderas con más fuerza, acercándome más.

—No. Voy a estar disculpándome durante un montón de tiempo. Acostúmbrate a ello.

¿Cómo era posible que una persona fuera tan exasperante? Era un puñetero cabezota.

Lo besé con más fuerza, agarrándolo del cuello de la camisa

mientras peleábamos con labios, dientes y lengua.

—Joder, cómo te he echado de menos —murmuró cuando me centré en su mandíbula, con el corazón a mil en el pecho—. Ha sido una tortura, Sanchez.

—Lo siento —dije otra vez.

—Para ya —insistió él.

—No —lo imité, poniendo voz grave—. Acostúmbrate a ello.

Se rio entre dientes.

—Niñata caprichosa y terca.

Me aparté y le dediqué la más caprichosa de las sonrisitas mientras mecía las caderas contra su miembro erecto.

Tomó aire con intensidad y dejó caer la cabeza contra el asiento de piel mientras me clavaba los dedos en los muslos.

—¿Cuál es tu palabra de seguridad, señor Cloutier? —bromeé, arrancándole una risa siniestra.

—Aquí no. No después de toda la tortura y la espera.

—Podemos subir —sugerí—. Pero Jamie está dormida, así que tenemos que ser muy silenciosos.

Me repasó el rostro con su mirada vidriosa, recorriendo cada línea, hueco y curva. Tenía el gesto serio cuando volvió a los ojos.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Demasiado pronto? ¿Voy demasiado rápido?

Tras una larga y pesada pausa, preguntó:

—¿Todavía me odias?

¿Qué? Ya sabía que no era así. No dejaba de repetirlo desde Victoria, aunque yo seguía insistiendo… Ah, vale.

Le pasé los dedos por el labio hinchado de besarme al tiempo que negaba con la cabeza.

—No —dije.

Contuvo el aliento y movió la garganta al tragar saliva despacio.

—¿Sientes algo por mí, Sanchez?

Bum bum. Bum bum. Bum bum.

—Por supuesto que sí, Cloutier —susurré.

Un hoyuelo.

—¿Te provoco mariposas en las tripas?

—Sí.

Dos hoyuelos. Y ahora estaba ruborizado.

Adorable. Adorable de una forma irritante.

—¿Ahora podemos subir? —dije.

Me besó en la comisura de los labios.

—No me acuesto con nadie antes de la tercera cita —murmuró, y luego se recostó otra vez, con aire engreído y satisfecho consigo mismo.

Reprimí una carcajada.

—¿Y esta qué número es?

Hizo un cero con el puño.

—Eso es mentira —rebatí—. Esta noche cuenta y también el día del alienígena azul. Así que por lo menos hemos tenido dos hasta ahora. Tres si contamos el día que fuimos de senderismo.

—No —dijo.

—Me estás tocando las narices.

—Sí.

—¡Adrien!

—¡Ria!

Era muy difícil fruncirle el ceño cuando todos los músculos de mi cara luchaban por no sonreír.

—No te estoy pidiendo que salgamos —le dije seria.

—Se te acaba de dilatar la fosa nasal.

Dejó escapar una risita cuando estiré la mano hacia la manilla de la puerta, y me arrimó de nuevo a su regazo.

—Sanchez, ten una cita conmigo.

Lo miré con frialdad, indiferencia y despreocupación.

—Me lo pensaré cuando me apetezca —dije sin alterarme, y luego estiré de nuevo la mano hacia la manilla.

Me rodeó las muñecas con los dedos y tiró de mí hacia él.

—El viernes por la noche. Te recojo a las seis. Cena y copas.

Lo besé con ganas esperando que se derritiera antes de apartarme y dedicarle otra sonrisita de niñata caprichosa.

—Suplica, señor Cloutier —le exigí—. Pídeme una cita de buenas maneras.

Sus ojos oscuros brillaron con un destello sin lugar a dudas juguetón, como si esa fuera justo la clase de respuesta sorprendente que había esperado que le diera.

—Ariana Sanchez, por favor, por favor, por favor, ten una cita conmigo —bromeó, imitando mi voz.

Contuve la risa, y lo imité yo a él cuando repliqué:

—Se te da fatal hacer esto.

—Vale. Bien —dijo sonriendo justo antes de levantarme con delicadeza de su regazo, salir del coche y ponerse de rodillas enfrente de la puerta abierta.

Abrí la boca de par en par.

—Ariana Sanchez, ¿me harías el favor de tener una cita conmigo este viernes por la noche?

El corazón me iba a mil por hora mientras no dejaba de mirar a nuestro alrededor, tratando de asegurarme de que no había nadie más.

—¿Qué estás haciendo? —susurré—. ¡Levántate!

—¿Tendrás una cita conmigo?

Me iba a dar un ataque al corazón. Lo presentía.

—¡Adrien! Le-ván-ta-te. —Lo agarré del brazo, tratando de

meterlo en el coche de nuevo.

—Respóndeme antes.

—¡Sí! —grité en un susurro a sus estúpidos y preciosos hoyuelos —. ¡Es obvio que sí! ¡Y ahora levántate!

Ahogó otra risita, se puso de pie y me tendió la mano.

—Vamos —dijo—. Te acompaño a tu apartamento.

Dejé escapar un profundo suspiro y deslicé mis dedos entre los suyos.

—Te voy a hacer pagar por esto —gruñí con un tono poco convincente de desaprobación cuando llegamos a la tercera planta. Seguía con el pulso acelerado.

—Ya estoy contando las horas. —Me plantó un beso en la sien, aún sonriendo—. Buenas noches, preciosa.



Adrien no me preguntó ni me presionó por lo de la entrevista en Kanun. Cuando me desperté al día siguiente y vi su nombre en la pantalla del móvil, creí que tal vez al menos me iba a insinuar algo, pero solo era un mensaje de buenos días muy dulce que me quedé mirando demasiado rato, toda emocionada.

Jamie, por otra parte, nunca había entendido de límites. Estaba a medio teclear una respuesta pensada al detalle para Adrien cuando el diablo de Tasmania de pelo dorado echó mi puerta abajo. Y de pronto me encontré de frente con la fatalidad apuntándome.

—¿De dónde has sacado una pistola de agua? —pregunté, protegiendo el móvil debajo de la manta.

—Levántate —exigió con frialdad—. Tienes una entrevista dentro de cinco horas.

—Ni siquiera sé si… vvvspsssfff… ¡Jamie! —Le lancé la almohada.

—¡Arriba! —me ordenó de nuevo—. Ya he preparado el café y el desayuno, y también cinco conjuntos para que elijas uno.

—¿En serio?

—Sí. Y preguntas para prepararte la entrevista. Me he pillado la mañana libre para que podamos repasarlas.

—Qué bonito, Jamie. Qué buena amiga eres.

Sonrió con orgullo, poniéndose recta. Como una bobalicona.

—Ya lo sé. Hay gente que diría que te estoy tratando como a un bebé. Pero yo les digo, a tomar…

Me lancé en cuanto bajó las defensas, arrancándole la pistola de agua de la mano.

—Bueno, bueno, bueno —dije mientras Jamie levantaba las manos—. Pues mira lo que te has buscado tú solita.

Tobigote eligió ese preciso momento para entrar contoneándose en mi cuarto, maullando en busca de atención como si tuviera la cola ardiendo.

—Buenos días, bonito —le dije con cariño cuando se coló entre las piernas de Jamie.

—De acuerdo, tregua —dijo—. Montará un numerito si le cae una sola gota. En cuanto a la entrevista, vas a ir. No me importa si tengo que arrastrarte hasta allí mientras gritas y pataleas. Vas a ir y punto.

Bajé el arma y apreté los labios, pensativa.

Por norma general eso sería un error. Se abalanzaría a por la pistola en cuanto hubiera dejado de agarrarla con ambas manos. Ese día, sin embargo, simplemente se limitó a observarme cuando la dejé en la cama.

Le di un fuerte abrazo por la cintura.

—No te merezco —le dije con toda sinceridad.

Me devolvió el abrazo, suspirando con dramatismo.

—Ni tú ni nadie. Soy increíble.

Murmuré en señal de asentimiento.

—Y… ¿Jams?

—¿Sí?

—Gracias.

—No hay de qué —dijo—. Y… ¿Ree?

—Sí.

—Vas a ir a la entrevista.

La solté y di un paso atrás. Solo había una respuesta correcta y ambas lo sabíamos.

—Voy a ir a la entrevista —le confirmé.

Sonrió.

Sonreí.

«Tres, dos…». Las dos nos lanzamos a por la pistola al mismo tiempo.



Por tercera vez en dos meses, conseguí colarme en el despacho de Adrien Cloutier sin que nadie tratara de detenerme. Y eso que entré en el edificio como un torbellino, con pinta de ser una desquiciada total.

Sonrió cuando me vio, se puso de pie cuando entré corriendo en su despacho y me lancé a sus brazos abiertos.

—¡Lo has clavado! —me susurró en el pelo—. ¡Lo has clavado, joder!

Yo no tenía palabras. Había utilizado todas las que conocía en la entrevista de tres horas y no me quedaba ninguna. Así que solo me colgué de su cuello, saboreando el momento, el día, el millón de cosas que estaba sintiendo.

—Qué orgulloso estoy de ti —dijo mientras yo hundía las mejillas manchadas de lágrimas en el hueco de su cuello—. Me ha llamado. Los has dejado encantados, Ria. Lo has clavado.

Ahogué un grito en su cuello.

Era increíble. La entrevista, las oportunidades, Sunny. Era todo lo que mi yo de dieciocho años hubiera deseado y mucho más. No me había dado cuenta de lo mucho que aún me aferraba a ese sueño hasta que estuve allí, hablando con Sunny sobre cómo creía que iba a ser mi vida durante la próxima década.

Por primera vez en diez años, esperaba con ilusión el futuro.

—Nena. —Adrien me levantó en brazos y me llevó al sofá. Me apretó contra su pecho mientras yo me enjugaba mis lágrimas de tristeza, alegría, esperanza, alivio, gratitud. Tanta gratitud.

El bufete me iba a pagar todo, la licenciatura previa, la carrera de derecho, los gastos, siempre y cuando estuviera de acuerdo en trabajar con ellos cinco años tras graduarme. Solo cinco. Era una propuesta muy generosa para todo lo que me ofrecían, y era todo gracias a Adrien.

Sunny me explicó todas las cosas que Adrien le había contado sobre mí. Todas las palabras amables, más que generosas y dulces, que Adrien había dicho para convencer a Sunny de acogerme bajo su ala. No lo iba a olvidar nunca.

Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no dejarme llevar por las emociones durante la entrevista, así que las empecé a soltar todas de golpe en cuanto salí del edificio.

—Gracias —dije con un nudo en la garganta.

Adrien me besó en la sien y me pasó los dedos por el pelo.

Luego me dijo que no tenía que agradecerle nada. Que yo sola me había ganado esa oportunidad y mucho más. Y me abrazó hasta que me tranquilicé lo suficiente como para apartar la cara del hueco

de su cuello.

Le puse las manos en la mandíbula y la incliné para poder besarlo.

—Gracias —dije de nuevo, deteniendo sus incesantes protestas con una caricia del pulgar en sus labios—. En serio, Adrien. Gracias. No sabes lo que significa esto para mí.

Y algún día se me ocurriría la forma de demostrarle lo mucho que se lo agradecía.

Volvió la cara hacia la palma de mi mano y me plantó ahí un largo beso.

—Esto es solo el principio, Ria. Ya lo verás.

Epílogo

Seis años después

—¡Decid patata!

—¡Patataaa!

Las gemelas fueron las que más gritaron. Olena lanzó sus manitas al aire como si tirara confeti invisible y Ozie se había puesto el bajo de mi túnica de graduación a modo de capa.

Olive, que acababa de cumplir doce años la semana anterior, me abrazó por la cintura con fuerza y apoyó la cabeza con cariño en mi hombro cuando saltó el flash.

—Oooh, esta ha quedado muy bien —dijo Alba—. Ozie tenía un ojo cerrado, pero podemos fingir que estaba guiñándolo. Mucho mejor que las últimas diez. Gran trabajo, equipo.

Las niñas celebraron el inmenso logro de sacar una foto medio decente saliendo disparadas detrás de su padre a por el helado que les había prometido, mientras Alba se quedaba para sacar la siguiente ronda de fotos con mis suegros.

—Estoy muy orgullosa de ti, cariño —dijo Julie cuando mi hermana quedó satisfecha tanto con la cantidad como con la calidad de las fotos que había sacado—. Toda una abogada. Has trabajado muchísimo.

Me apartó el pelo de los hombros con la voz temblorosa de nuevo. Había llorado más durante la ceremonia que el resto del auditorio junto, lo más probable. Nunca me había sentido tan querida como cuando subí a la tarima y oí con qué fuerza me animaron todos.

Me emocioné y apreté la mano de Julie, incapaz de hablar. Verla emocionarse me había emocionado a mí, lo que, a su vez, la había emocionado a ella.

El día entero había sido una locura. Una locura llena de lágrimas y mocos. Y había adorado cada segundo.

Julie empezó a sollozar en cuanto pestañeé varias veces para tratar de contener las lágrimas. Adrien me apoyó la mano en la nuca, acariciándome la piel con el pulgar mientras me besaba con cariño en la sien. Eso solo empeoró las cosas.

—Ay, madre mía, ya estamos otra vez —dijo Alice, con su anillo de compromiso brillando bajo el sol mientras se ajustaba la tira del bolso—. De verdad. Parece que se ha muerto alguien.

—Sé amable, Malicia. —Gampy le dio un golpecito en la pantorrilla con la punta del bastón—. Todos fuimos testigos cuando viste *Up* por primera vez.

—Addy lloró mucho más que yo.

—Y no me arrepiento —dijo Adrien—. La segunda historia de amor más bonita de todos los tiempos.

Alice cruzó los brazos.

—¿Cuál es la primera? ¿Jamie y Jack? ¿O Dominic y yo?

—Tú y Dominic estáis los últimos en todas las listas —replicó Adrien con brusquedad—. Todavía me duele la cabeza de todo aquel calvario. Y Ria y yo somos los primeros, por supuesto.

—No es una competición —se metió Gampy mientras Alice se ponía en guardia—. Y si lo fuera, mi Lucy y yo os ganaríamos a

todos. Vosotros los jóvenes no tenéis ni idea de lo que significa echar de menos a alguien.

Tres horas. Discutimos sobre quién tenía la mejor historia de amor durante tres horas, presentando cada uno sus argumentos y compartiendo nuestras historias hasta mucho después de haber llegado a casa de Jamie y Jack para la barbacoa de celebración de la graduación.

Adrien me cogió de la mano cuando llegó nuestro turno, jugueteando con mi anillo de boda mientras nos reíamos al contar cómo nos conocimos.

Ahora, al recordarlo, todo era mucho más divertido, sabiendo lo que hicimos.

—En medio de nuestra primera cita de verdad, ya supe que me iba a casar con ella en menos de un año —aseguró Adrien, dándome un besito en el dorso de la mano—. Lo que no sabía era cómo iba a convencerla para que me dijera que sí.

—Que es lo que me dijo en medio de nuestra segunda cita —continué yo. Torcí el morro cuando Adrien soltó una risita al escuchar mi tono, acercándome más a él en el sofá.

—Me mantengo firme en mi decisión —dijo.

—Y yo me mantengo firme en mi reacción. —Que fue decirle que estaba loco, compartir mi ubicación en tiempo real con Jamie y pedirle al camarero la cuenta.

Me pidió matrimonio seis meses después. No lo dejé siquiera acabar la pregunta antes de abalanzarme sobre él gritando «¡sí!».

La mejor decisión que he tomado en mi vida. El hombre me hacía feliz de una forma tonta y delirante.

El tipo de felicidad tan absoluta y sincera que no te crees que existe hasta que «te golpea en las pelotas con un bastón de madera, te llama engendro descerebrado y pone toda tu vida del revés»,

como siempre dice Adrien.

Me pilló con la mirada clavada en él cuando les llegó el turno a Julie y Anthony, y supe que estaba pensando exactamente lo mismo que yo. Me levantó de nuevo la mano y la besó tres veces.

«Te quiero te quiero te quiero».

—Siempre y por siempre —murmuró en bajito.

—Siempre y por siempre —le devolví el susurro, apretando su mano tres veces.

«Te quiero te quiero te quiero».

Fin

Nota final de la autora

¡Sí! ¡Lo has conseguido! Muchas gracias por leer *Un trato con mi diabólico jefe*. Para mí fue una pasada escribir este libro y deseo de todo corazón que hayas disfrutado leyéndolo.

Buenas noticias: ¡la historia de Jamie y Jackson ya está disponible en KU!

Aquí tienes unos cuantos extras, dependiendo de lo que te apetezca. Si quieres…

Un epílogo erótico adicional desde el punto de vista de Adrien (exclusivo para las suscriptoras de la *newsletter*).

Una novela corta erótica gratuita (exclusiva para las suscriptoras de la *newsletter*).

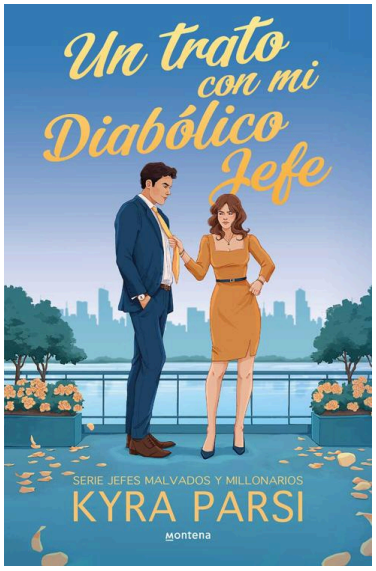
También te estaría muy agradecida si dedicaras un minuto a dejar una rápida reseña sobre esta historia en Amazon, Goodreads, Bookbub o en otro sitio que te apetezca. Cada una contribuye en gran medida a que otras lectoras descubran el libro.

¡Os deseo el final más feliz de todos!

Hasta la próxima.

Kyra

Llega el *enemies to lovers* que estabas esperando: una novela romántica llena de diálogos picantes y momentos para reírse a carcajadas, protagonizada por un diabólico jefe con hoyuelos y traje, y la mujer ingeniosa e insolente que consigue que se arrodille (literalmente).



Venganza (sustantivo): castigo impartido por un multimillonario arrogante e insoportable empeñado en hacerte sufrir por un errorcito minúsculo y diminuto de setecientos millones de dólares.

No me arrepiento de nada.

Bueno, puede que me arrepienta de algunas cosas.

En mi defensa diré que estaba bastante segura de que no me pillarían.

En mi defensa, también diré que no tenía forma de saber que «el Incidente» se haría viral.

Pero el multimillonario más famoso de Toronto no es lo que se dice conocido por su espíritu generoso y comprensivo, y no quiere ni oír hablar de mis excusas.

No cuando mi escenita pública le ha costado el acuerdo de inversión más importante de toda su carrera.

Lo que quiere es una venganza fría e implacable.

Y así es como me veo arrinconada y obligada a hacer un trato con el rencoroso diablo de ojos verdes.

No me queda más opción que estar a su completa disposición las veinticuatro horas del día, cediendo a cada uno de sus caprichos tiránicos.

Pero a medida que sus peticiones, y la tensión extrema, no dejan de ser cada vez más insoportables, no puedo evitar empezar a contraatacar.

Pero no conviene enfadar a un hombre como Adrien Cloutier.

Y como se suele decir, **las chicas malas merecen ser castigadas**.

Kyra Parsi es una autora canadiense de libros románticos contemporáneos. También es una romántica empedernida con un pequeño (léase gran) problema de acumulación de libros. Pero no te preocupes, está bajo control. Lo promete.



Título original: *A Deal With the Bossy Devil*

Primera edición: abril de 2026

© 2023, 2641198 Alberta Ltd.
Todos los derechos reservados
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Amaia Zorriqueta Ruiz, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Adaptación del diseño original de Chloe Quinn
Ilustración de portada: © Chloe Quinn

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún

fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87972-60-8

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Un trato con mi diabólico jefe
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Epílogo
Nota final de la autora
Sobre este libro
Sobre Kyra Parsi
Créditos